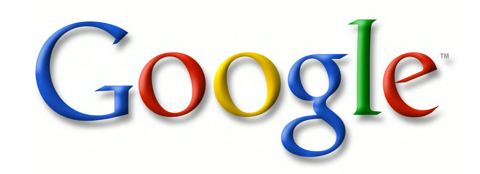
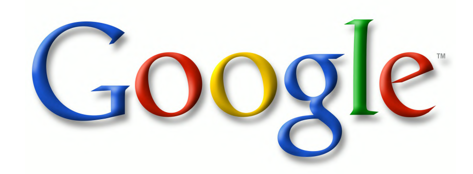



Google

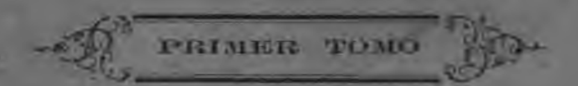
ELVIRA DUARTE

LA SENDA DEL MARTIRIO

o

El Misterio de una Tumba

NOVELA HISTÓRICA



Salto, República Oriental del Uruguay

SIGLO XX — FEBRERO 4 DE 1901



NOVELA HISTÓRICA

LA SENDA DEL MARTIRIO

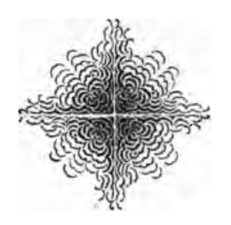
Ó

El Misterio de una Tumba

POR

ELVIRA DUARTE

Salto, República Oriental del Uruguay



Imprenta LATINA, calle Uruguay N.° 26 – MONTEVIDEO

1901



Elvira Duarte



PRÓLOGO

Indulgentes lectores que vais á emplear unas horas para recorrer estas páginas que os ofrezco, párrafos que dejo ver en parte la luz del mundo, no con la idea, ni mucho menos la pretensión de descollar en él, por lo tanto, os pido, que al caer vuestras torvas miradas, en vez de empañar con la crítica estos renglones que quizá muchos no aceptarán placenteros, sepan juzgar que la poca experiencia de los veintiun años solo puede tejer violetas con su pluma, jamás eternas siemprevivas para ofrecer á las memorias que puedan inmortalizar el criterio del observador profundo.

Son estas pues, pálidos lirios que en este día de dicha dedico á los autores de mi vida, y á la vez ofrezco á vosotros, todos, mis buenos amigos é indulgentes lectores, que honreis con vuestras benévolas miradas, y deis con ellas, un raudal de armonías á los desafinados acordes que encontreis en esta humilde leyenda que he formado.

ELVIRA DUARTE.



LA SENDA DEL MARTIRIO

ó

El Misterio de una Tumba

Á IMPULSO DE MI DESEO

Qué curiosidad!... Que misterioso deseo me impulsó llegar allá!... ¿Y por qué? ¿Acaso por qué admirase yo el paisaje fué que esa voz secreta mé dijo: «llegad allá al confin de la Aldea?

Así pasaba el tiempo y á medida que seguía en su rápida carrera, la curiosidad batía agitada sus alas tendiendo su vuelo hacia el bosque lejano de la Aldea, allá, en poético paraje, donde una fuerza mayor á la voluntad, me llevó para admirar obras perfectas de la naturaleza; y á la vez, la felicidad del hogar sin conocer la sed del oro. Esa sed delirante del ambicioso que vive en el engaño acariciando en el sueño de la vida las metálicas riquezas que es toda su felicidad, sin saber que vive en el engaño, sí, porque la ambición no le ha dejado despertar, le ha negado un rayo de luz de verdad, para pensar en el mañana, ese mañana, que quizá será tarde cuando el alma en recogimiento supremo, se ponga á meditar y comprenda entonces en el error grande que cayeron, al creer, el hogar con llamas, «solamente» en medio del vil metal. Error sí, por no dar cabida en su mente un instante siquiera, que la felicidad está lejos—«muy lejos del oro, la ostentación y los halagos»; sino, que solo existe en el

santuario del alma, cuando las sonrisas de la dicha van á poetizar el alero del corazón al arrullo de un inmenso amor, formando así un nido saturado de dichas, ornados por flores de la ventura, y entretejido de mirtos y siemprevivas, emblema inmortal de la única felicidad duradera en el erial, y único tesoro que al existir en el alma es duradero como ella, como esa divina chispa que sigue su ruta hasta más allá de la tumba, hacia esa región celeste de paz inmortal.

¿Y por qué?—preguntareis lector,—es que acude á la memoria mia el recuerdo de la grata tarde pasada, de esa memorable y encantadora tarde de primavera en que el cielo desplegó su celeste manto bajo túnicas rosas y plateadas. Tranquilo el dia parecia en su dulce calma, dormía en su poètico letargo la naturaleza y sonreía con encantos que orgullosa ostentaba al despertar. Encantos que también vemos á veces cruzar un instante por nuestro sueño, pero muy breves... apenas vamos á acariciarlo, cuando despertamos, encontrándonos con solo las formas de los objetos en la penumbra del aposento...

También puede ser una dicha imaginada á impulso de un deseo; ó bien, felicidad que al estar próxima á la realización de un ideal soñado, eterno al porvenir, apenas si se ha acercado al alma el caliz de la dicha. Apenas si el ritmo de la ventura llegó á acariciar el cielo de la felicidad y la sonrisa de la gloria poetizó ligeramente un fragmento de ese cielo, cuando nos la arrebata sin piedad el destino negándonos el tornar jamás á la realidad. Porque todas las alegrías y felicidades, son como todo, todo lo que nace y vive en este valle; son flores que abren sus pétalos á la brisa leve de una ilusión; crecen dichosas y altivas al dulce rocío de la esperanza; se ven iluminadas por los destellos de la luz rosa del sol de la realidad... pero... Apenas si han esparcido á la temprana vida del gozar sus primeros perfumes, y á cuya suave aroma imaginaríamos

esas horas de dicha inmortales á la existencia, cuando trocadas esas flores en tiernos lirios, las azota el dolor, el viento, y ah!... tronchando entonces la débil flor, retrato de la felicidad en este campo de amarguras, nos deja solamente los despojos, tristes y postreros recuerdos de un perfume moribundo... y luego... solamente las espinas para martirizar el alma que con sus amores y coloquios se iba formando su leyenda...

Volviendo á la mencionada tarde, á esa hora encantádora y poética, hora ideal para los sueños del corazón, y también en que se remonta el pensamiento, recorriendo en calma la imaginación, llenando de ideas el cerebro; mientras que el alma se inclina al dulce arrobamiento, entregada á contemplar el poder del cielo, y embargada por dulce y extraña melancolía, henchida de tristes ó alegres recuerdos, las lágrimas se agolpan á los ojos y sin saber á son de que las vertemos...

Quizá recordando una dicha tronchada en flor, que vino á interponerse como negra nube en cielo rosa de ilusión en ese Eden ideal de quimeras que forja dichosa el alma soñadora. Nube, que demuestra la tenebrosa y lúgubre realidad que casi siempre es el desenlace de una aurea de bonanza, que nació y sonrió en cada gota de rocío que descansa sobre lecho de esmeralda, y nos enseña que se sepultaron los sueños de rubí y zafir, al golpe fatal de la postrera esperanza.

Tantas veces, al rayo del sol ruge la tempestad; que es lógico, que al pié de una sonrisa brote una lágrima, en un momento de esos, por ejemplo, en que apenas la dicha embarga el alma cuando ve aparecer el angel de amor que le despierta al besar su frente y le acaricia al batir sus rosas alas de ilusión; cuando ¡ay! la aguja del destino señala la hora fatal en que el ave negra del desengaño, agitara también sus temibles alas en el alma, haciendo disipar al porvenir el verde, ese emblema dees peranza. Divisa que cual yo, lleva el que sueña y ama.

Bueno. habiendo prometido relatar un pasaje de la tarde aquella, os he dado á conocer y sin pensarlo, una de las páginas que aquella misma tarde aumentó mi historia... Perdonad, mas, decidme. ¿No soñais acaso también vosotros, cuando amais, ó bien, cuando veis imposible la realización de un sueño que no es dable que le acaricie la realidad?

Pues en el ástral de mi alma, allí donde se impregnan idilios y sueños, entre ellos, cuenta también el libro de mi vida, el que acarició mi pensamiento, alla, en el confín del bosque de la lejaná Aldeá. Junto a la mujer divina. Una seductora aldeana, de quien os voy a dar á conocer sus poseyentes bellezas; flores que atraen con sus balsámicos perfumes, en medio de su humildad; y satura también de dichas el ambiente de su feliz hogar.

Pues, lijeramente os contaré estas páginas de la historia de su vida, que formó su interesante y grandiosa leyenda, y también la mia... Más tarde os concluiré de contar su larga historia!!...

Porque no son las riquezas, títulos, ostentaciones, ni la apariencia, las mensajeras de la dicha; mentira es todo eso. Todo lo poseo con el título de Marqués para poder brillar á mi voluntad; y sin embargo en medio de mi riqueza, yo diera mi corona; renunciara á mis castillos; por ser dueño absoluto de la choza, y la dicha de los dueños de aquella rústica cabaña. Cabaña que parecía un nido de alondras, perdida entre el bosque, y cuyo techo de paja sirve de cielo á aquel hogar feliz que apenas asomaba tras de la selva. Y así como el techo, también los contornos de aquel nido, estaban tejidos por espesas enredaderas y confundida la fragancia delicada de la madreselva con la aromática flor del espínillo y el suave perfume del jazmin... Rosas pálidas: celestes campanillas: rojos penachos y blancas margaritas —esas preciosas flores del valle, engarzadas en el trébol formaba todo un conjunto admirable de colores y formas, todas lozanas y besadas por el ardiente sol, rey del día—dejaban bri-

llar las cristalinas gotas de rocío—lágrimas de la noche—que suspendidas en sus nacarados pétalos dábanle morada en su seno.

Lágrimas de la noche eran las transparentes perlas que al alba iban á beber las avecillas, luego volvían gorjeando á sus nidos, nido de dichas, que al pasar, el aura leve los embalsama cuando arrastra en sus alas los efluvios saturados por el perfume de la flor del limonero y la aroma de los nardos.

Cuantos sueños venturosos forjé á impulso de mi deseo contemplando aquella choza!... cuantos!...

Y cuantas veces mirando la encantadora aldeana, forjé en el sueño creado por el deseo verla cruzar y perfumar mi senda con su amor inocente de niña; para más tarde, esa hada de mis sueños me viniera á despertar, depositando un beso de pasión sobre mi frente, á la vez que me brindara las preciosas margaritas y jazmines que adornara su negra cabellera.

Jazmines, ese retrato fiel de su pureza que hoy me brinda solamente á la sincera amistad... Pero, todo esto es, y será un sueño que mantiene el espíritu en aras de un deseo que nunca veré satisfecho, sueño que solo le es dado el acariciarlo al pensamiento... porque aun que envidie el dichoso nido del labrador en medio de mi opulencia; aunque lo anhele con toda mi alma; con todo el fuego intenso de mi amor primero... es en vano... es tarde ya... lo siento... mas, no me avergüenza el decir, que el águila poderosa se interpusiera al yugo del sublime ruiseñor, ese dueño de los bosques que despierta cuando ya duermen las flores para cantar á la diosa del espácio—la luna, esa compañera del pobre y del que sufre...

No me averguenza, no, el decirlo, porque su recuerdo me enajena; me embriago junto á ella—¡aun que lejos!—la pura y perfumada brisa que me brindó su amistad, búcaro perfumado que esparció su delicada esencia en el santuario de mi pecho.

Ahora—preguntareis lector—¿qué habría en esa

tarde, y por qué acude tanto á la memoria mia, esa hora de grata inspiración, hora melancólica y poética, en que al morir la luz vespertina, las aves cesan sus dulces trinos y se ocultan entre sus nidos, y las flores cierran su broche é inclinan su tallo para dormir. Esa hora en fin, en que todo es vaguedad, silencio, tranquilidad y armonía, y que como de flor en flor cual la mariposa, anda el pensamiento recorriendo la imaginación y deteniéndose á contemplar un pasado, ya un presente, y queriendo sondear un futuro.

Ah! si como en la tarde de ayer pudiera yo á todas horas contemplar el panorama, y ver trocados en realidad mis sueños más queridos junto á la bella mujer de mis ensueños. Vivir al calor de sus caricias, miradas y sonrisas, oyendo arrancar notas á su alma — esa lira de grandes sentimientos — mientras yo en mi arpa de amor le ofrecía dichoso el porvenir, á esa criatura tan seductora. Mas, en vez de despertar, sigo soñando imposibles, porque todo son las sensaciones del sueño del deseo, que se presentan en completo desórden sin relación á lo presente ni á lo pasado. Son grupos de fenómenos aislados que cada hora nos alucinan, pero cada año despreciamos, porque comprendemos que todas son quimeras forjadas en el Edén del alma soñadora: efímeras ilusiones de una esperanza que se remontó en aras de un recuerdo y se agigantan á merced de una pasión; fuego celeste, pero fátuo, que domina el espíritu sin dejar trasver la realidad siempre anhelada, mas, jamás hallada...

Como esos quiméricos deseos y como esas ilusorias esperanzas, asi fué de inmensa la férula curiosidad que dominó mi voluntad, llevándome á la rústica cabaña de la Aldea, por donde tantas veces hube cruzado indiferente y hoy me detengo estaciado á contemplar.

El toque de la oración se oyó seguido del son de ...janos clarines que parecía presagiar la hora del ...bate en el campo de batalla. Tanta melancolía

aumentaba así la esplendidez de la penumbra el tinte violaceo que iba tiñendo el horizonte, mientras Febo desaparecía en occidente entre arreboles de púrpura y oro.

¡Que silencio religioso reinaba en torno de la Aldea!, silencio interrumpido á veces por el aleteo de algún ave de paso que cruzaba buscando el abrigo de sus nidos; ó por la ferviente plegaria que en alta voz alzaba al cielo alguna aldeana de las que en grupitos y de hinojos sobre la tierra dirijían sus místicas plegarias al Creador.

Después que me detuve á contemplar el bonito cuadro que formaban aquellas jóvenes y tímidas doncellas, bajo el dosel de enredaderas que aumentaba la lozanía del paisaje, del cual emanaban efluvios saturados con los perfumes del estío, caí postrado ante aquel profundo y religioso silencio, cuando oí pronunciar la divina palabra de su autor —¡Dios!—que me pareció más sublime aún pronunciado por los lábios tan puros y humildes como lo eran las hijas del labrador.

Con tanta insistencia las miré que ha poco no dejé de notar que aquellas jóvenes me miraban también, pero buscando avergonzadas un refugio á causa de la desconocida educación que el destino les negó poder cultivar, quizá su inteligencia en alguna de ellas, y por esto se sentían disgustadas al verse sorprendidas en su oración.

Unas suspendieron sus preces, esperando mi marcha que emprendí al instante comprendiendo esto, mientras las otras más reposadas y tranquilas seguían adelante.

Por contemplarlas, creo que aún comprendiendo que las interrumpía me hubiera quedado, mas, como veia que empezaba á desplegar su túnica gris la noche, y estaba bastante retirado del Palacio del Recreo—donde estaba á pasar unos días—emprendí mi marcha; pero mi curiosidad hizo que siguiera adelante mi ruta emprendida, con el objeto de llegar al nido perdido entre la selva, y después de andar

y mucho andar, llegué por fin al paraje de mis ensueños de donde saqué unas vistas preciosas aprovechando los últimos destellos del sol que asomaba tras de los bosques é iluminaba la choza del labrador que contemplaba el divino panorama de la tarde. Vistas que guardaré en memoria de ese día, junto á las flores que más tarde me brindó la aldeana, aquella mujer á quien sin conocer buscaba y hoy la veia aparecer como visión celeste en mis sueños...

Así como hube terminado de sacar unas vistas y creia haber contemplado ya todo aquel paraje —que me llevó una vez la curiosidad después cuantas el deseo! —creyendo conveniente el retirarme acomodé de nuevo la máquina fotográfica, y estaba pronto á marchar; pero, me sentí cansado del trayecto que había hecho á pié y estos se negaban dar un paso más, puesto, que medía la distancia con el pensamiento, y era larga la senda que tenía que cruzar para llegar al Palacio del Recreo, la morada de mi prometida hija del Conde de Rókson.— Encontré por fin á mi busca un montón de piedras junto á un estendido cerco construido con grandes troncos de ñandubay, y pasado por entre ellos cinco hileras de gruesos alambres, que formaban dicho cerco el que abarcaba un poético aunque pobre jardincito y entre él, el nido aquél de mi curiosidad, la choza del aldeano.

Allí en el montón de piedras me senté á descansar mientras me entretenía mirando formar las nubes que hacía el humo del aromático habano que fumaba, mientras descansaba, así como también me sentía feliz aspirando la brisa perfumada por las flores. El perfumado ambiente descendió hasta mi y me trajo en sus alas la suave esencia de los nardos, aroma que parecía haber penetrado hasta mi alma, llevando una caricia á mis recuerdos ¿y cómo no distinguir aquél perfume entre otros tantos?... ¿cómo no desear cojer un ramo de ellas cuando eran las flores predilectas de mi amada?... ¿Cómo hacer para llevarlas á mi regreso de la Aldea, para verla

aspirar su aroma delicada, mi bella prometida, mientras descansan sobre su seno palpitante?

Pronto me puse de pié, pues no sentía ya el cansancio, y empezé á buscar con la mirada, allí, entre el jardincito el sitio guardador de los nardos. Pero vano fué mi intento al dar con ellos y querer cortarlos, fueron inútiles mis esfuerzos de poseer aunque uno de ellos, puesto que no estaban aquellas flores al alcance de mi mano, sino que de lejos perfumaban.

Intenté penetrar por un pequeño portoncito — cubierto de madreselvas — que estaba abierto de par en par, esto fué lo que me animaba á penetrar, pues el silencio absoluto me hacía convencer que aquello estaba completamente solo. Estaba ya decidido á entrar. Dos pasos había dado, pero al tercero me detuve; la reflexión vino á tiempo, cuando sentí el grito de la voz de la conciencia que no me dejó proceder sobre la marcha, penetrando en un sitio que me constaba estar habitado, puesto que observé por la entreabierta puerta del pequeño balconcito — cubierto también por las mismas enredaderas y cuyas ramas entretejidas colgaban de la reja. —Luego vino á confirmar mi duda, un grupo de personas que divisé muy cerca de allí, al pié de un añoso ceibo, al parecer también oraban, y no apartaban de mí su intranquila mirada. Entonces al mirar aquella gente tan en zozobra, me tranquilicé, desistiendo de mi propósito, pues pensé que sin duda alguna, serían aquellos los moradores de la choza, y tal vez al penetrar yo en ei jardín pudieran llenos de sobresalto interrumpir su plegaria que debe con el fervor que rezan, llegar hasta el término del toque de la oración. Y vaya que tuvieran qne interrumpir la plegaria para venir á saber cómo me hube permitido y buscando qué, penetré dentro del jardín. Ya era, bajo todo punto de vista, imposible obtener aquellas flores por medio del robo, hasta que al fin, resignado, desistí de todo propósito, para esperar la vuelta del anciano labrador y su familia para así po-

der conseguir aunque fuera una de aquellas flores de mis recuerdos. Flores que me hicieron forjar los primeros sueños de amor en el pasado, y un nuevo sueño en el presente, en la tarde de que os estoy de ella relatando un pasaje. Flores cuyo perfume llevaron mis ojos hacia la imágen que buscaba sin saberlo, ni aún soñarlo siquiera, porque no la imajiné jamás.

Pues, yo seguí con la mirada buscando las flores aquellas, solamente porque su aroma embalsamaban los recuerdos en el altar de mi alma, donde levanté la imágen adorada de mi primer amor, y sentía embalsamar las promesas hechas por mi honor en el altar de mi conciencia. Y también hoy, su perfume me recuerda la hora aquella en que al entregarmelas la bella Aldeana, mató en flor mis espeperanzas todas, cuando le hube pintado todo mi amor, sin saber que ella estaba al cabo de mis amores, y aún màs, que sabía mi próximo enlace... ¿Cuándo iba á imajinarlo que ella lo sabría? cuándo!... Pero, la mano de la justicia, siempre, tarde ó temprano cae, y descorriendo el denso velo de la falsía, deja en descubierto para que luego brille la verdad; los malditos periódicos me vendieron... ¡Ah! sembré esperanzas con mil promesas á la divina Aldeana, esperanzas que quizas nunca serían realizadas, por estar ya empeñado mi nombre, y era imposible echar en olvido mi primer amor, pues no era nada correcto semejante proceder en un caballero.

Amaba demasiado á mi bella prometida á quien había jurado entregar mi corona y tenía que cumplir mi prometido. Y así que al saber mis amores, la Imágen de la Aldea, como hubóme obsequiado con las preciosas flores cultivadas por ella, también había sembrado las semillas del desengaño, con cuyas flores brindaba su ingenua alma cuando le pintaban ante sus ojos y su inteligencia futuras realidades para el mañana nunca llegado, y vivir en el hoy de puras ilusiones hasta ver la realización de

esos prometidos sueños jamás alcanzados, como el que yo le hice en medio de mis promesas: de que sepultara su hogar bajo el lujo y riquezas de un Castillo, pero ella, sensata, sonreía al escucharme é hizóme comprender con pocas palabras, pocas sí, pero bien pesadas, llenas de verdad; que su hogar era humilde, pero llena de dichas y venturas, era verdadero, mientras que el castillo ofrecido lo veía tan lejos que por más que viajara el pensamiento no podría divisarlo. Así como también decía, que si llegara un día á imaginar el castillo sería construido en la arena, por lo tanto no quería ni soñarlo.

Como que ya había olvidado el propósito de incomodar á aquella gente por temor de ofenderlos, esa fué la fuerza mayor á la voluntad que me impulsó aguardar allí el regreso de aquellos buenos obreros y así lo hice, entretanto que apoyé mis brazos sobre el primer alambre del cerco y me puse á contemplar de nuevo el precioso panorama que ofrecía la tarde, y aspirando el delicioso perfume confundido de las flores, dí alas á mi pensamiento soñando dichas y venturas mil junto á Alicia: mi futura, allí, en la poética choza. Mi ardiente deseo se remontaba hasta las regiones rosas de lo ideal; pues en aquel momento decidí hasta entregar cuanto se me pidiera por ser el dueño de aquella choza y poético jardincito tan bien planteado.

Con estos pensamientos estaba, cuando de pronto y como cortado por una corriente eléctrica derrumbé al olvido tantos sueños forjados á impulso de mis deseos, cuando mi mirada acompañada de mi confuso pensamiento, volaron á clavarse entregadas no precisamente á contemplar la preciosa glorieta tupida por las enredaderas que trepaban formando un docel, y cuyas flores entretejidas formaban así con sus colores, matizado manto, que tendido desde la techumbre caían hasta su base y antes de tocar la tierra, recibía el beso perfumado de los nardos que circundaban aquel nido de las aves — diré así — porque ellas habían fabricado allí sus hogares, allí,

donde en inquieto volar recorría de flor en flor enjambre de mariposas de miles de colores que revoloteaban en torno de la glorieta posándose después sobre las fragantes flores quedando confundidas entre el matiz de las corolas. Así como también el delicado picaflor que iba á libar el néctar de las flores.

Todo era vida y felicidad envidiable, la que circundaba la rùstica cabaña del labrador, que en vez de parecer éstos sus dueños, parecían fueran las aves —como ya os he dicho— porque tranquilas vivían entre sus nidos sin temor de que nadie interrumpiera su tranquilo sueño. Pero nada de eso yo miraba, pues veía algo para mí, mucho más sublime que las aves y las flores, y también que el paisaje todo; porque pronto olvidé todo en aquel instante, en que al entregar mi pensamiento se rindió y como humilde vasallo sentí caer mi alma de rodillas ante la reina de las flores. Ante la aldeana bella, de quien ya os he hablado en mis pájinas, aquella que encontré de hinojos entre el follaje con la dulce mirada clavada en el firmamento y enajenado el pensamiento en la oración!...

Cuánto envidié en aquel instante la vida del aldeano, cuanto!... y cuánto también la dicha de las aves que gorjeaban en torno de ella, de aquella criatura inocente y seductora!...

Mil ideas se agolparon á mi cerebro y sentía cocomo un murmullo de alas invisibles, que me hicieron olvidar del mundo entero, y hasta mi injusto corazón se negó à latir al son del recuerdo de mi dulce Alicia, la hija del Conde de Róksón — como ya os he dicho en mis pájinas anteriores — y dueño del Palacio del Recreo, palacio construido allá en la Aldea, para ir á veranear con su familia, y como vuelven en el estío las golondrinas á buscar sus nidos que fabricaron bajo el alero, abrigados por la lluvia de oro que desparrama el sol, ese rey del espacio, así volvía el conde dé Rókson con su familia al palacio de la Aldea, abandonando el de la ciudad, has-

ta que las primeras brisas del Otoño dando su frío beso, arranque las amarillentas hojas de los árboles, y al quedar éstos desnudos, perdiendo el tinte sonriente de su color primaveral se desborde el torrente é impera el invierno.

¡Cuánto hubiera dado por penetrar en el jardin y hablar á aquella joven! pero, asi como que su pobre conocimiento (á juzgar por la apariencia) hubiera dejado tal vez pasar de alto mi atrevimiento, y su vulgar alcance, como toda hija de ignorante, hubiera podido quizas sin ofensa, olvidar tal osadía, tomándolo como si tal, la libertad ruín que me tomé valido de su pobreza y poco entendimiento; como también podria salir burlado al creer una cosa y dar con el revés de la medalla, al acercarme audaz á ella ofender su pudor y comprometería tal vez ante los ojos de sus padres, que quizas fueran aquellos que velaban tan cerca de su hogar su valioso, asi como precioso tesoro.

Viendo imposible ya el poder penetrar allí, y como ante los imposibles todo estalla; asi estalló mi propósito impulsado por el deseo de mi corazón enagenado...

Por fin sonó ei tañido último de la campana de la iglesia de la Aldea, y espiró también con él la última nota que arrancaran los clarines, notas y sonidos que se fueron perdiendo en el espacio hasta el confin, quedando todo entregado en absoluto y religioso silencio.

La joven y divina aldeana aquella, que oraba entre el follaje, luego que hubo hecho la señal de la cruz y llegó á mis oídos el dulce nombre de « J e s ú s » que pronunciaron sus lábios con ferviente amor, se puso de pié, y con el andar pausado, magestuoso, cruzó el jardín como el ave en el silencio, saliendo luego por el portoncito para ir, sin duda, á reunirse con su familia. Observando que pasé desapercibido á su paso, tomé entre mis manos las ramas de un sauce, las que empezé á mecer para hacer crujir las hojas al chocar unas con otras, para

así poder llamar su atención, y al fin, viendo que también fué inútil esto, las incliné tan exajerado, que doblándose se rómpieron, llegando el estallido á oídos de la hermosa jóven, que dió vuelta y miró apenas hacia el sitio de donde partió el sonido: algo de temor agitando su ser le hizo acelerar el paso, como huyendo avergonzada y con miedo de la gente, así como tal vez fuera por el valor creado por el temor mismo de que alcanzando un poquito más allá de mis ideas formadas por su humildad, temiera que sus padres llegaran á dudar de su recta conducta é inmaculada inocencia, y tomando éstos la tanjente de la desconfianza, dejara por siempre al porvenir una estela de duda en la memoria de los autores de sus días.

Apenas dirigió á mí la vista, dió vuelta en el acto su pundonorosa mirada sin volverla una vez más atrás; así fué, pues, que en vano mecí de nuevo las ramas.

El viento zumbaba en aquel momento y agitaba él entonces las ramas de los árboles, llegando á mis oídos el chirrido de las hojas, me parecía se agigantaban cuanto más llegaban á mí, hasta el punto de creer que reía á carcajadas de la lucha secreta que mantenía entre el corazón y el alma, entre el amor y el olvido, el hombre sin voluntad própia en ese entonces dominado por la belleza seductora de la Aldeana y el recuerdo imperecedero de los encantos de mi futura... Quería olvidar el pasado para sonreir al presente que parecía brindarme más dichas al porvenir, pero... amaba demasiado para olvidar tan pronto y sepultar bajo un presente los sueños de rubí que acarició mi alma y las promesas todas hechas á Alicia... y sin embargo, era tan bella la Aldeana... tan seductora! que era imposible cruzar indiferente á su lado, como imposible también despreciar el Edén que hacíame entreveer las horas del porvenir junto á ella; ese mundo de delicias que me ofrecía, y brindarle en cambio de su amor, celeste amor nacido del alma que domina

todo lo ingénuo y candoroso y como galardón á ese cariño, ofrecerle mi honor, mi nombre, el corazón, el alma y mis riquezas todas y entregarle dichoso el porvenir...

La Aldeana, así como se reunió con su familia y dió cariñosos besos en la frente de sus padres, después de acariciar en un trasporte de amor filial las callosas manos del labrador y depositar sobre ellas un tierno beso en recompensa á sus fatigas, encamináronse luego á su hogar como las aves á sus pobres nidos, pobres sí, pero perfumado por las flores, como lo era el hogar del Aldeano, modesto, rústico, pero saturado con el perfume de la dicha y abrasado en las llamas de un puro amor.

Caminaba la Aldeana en medio de sus padres demostrando en su semblante la mayor suma de felicidad y satisfacción, y así como ella, también sus padres y sus hermanitos, quienes sonreían extasíados recibiendo dichosos las caricias de la jovencita Aldeana, aquella mujer que embalsamaba de dichas y reanudaba á cada instante el indisoluble cariño de familia. Tan pronto acariciaba à su anciano padre que, orgulloso y satisfecho escuchaba el acento dulce, pareciéndole notas de lira, de aquella niña idolatrada que nació para completar su dicha y hoy en el ocaso de su vida, vino á coronar de glorias su anciana cabeza, después de haber cruzado el sendero de flores, aquel en que vió brillar las primeras ilusiones en su temprana vida; luego subió otro escalón, encontró el campo de la realidad por el que tropezó no sólo con flores ya, sino que también con espinas, últimas tal vez con las que tropezará hasta el término de su jornada en la carrera de su vida. Ni esas espinas que halló, ni los años tampoco la habían agobiado, sino que sus fatigas sean la causa de que lucieran en su noble frente los surcos trazados por la experiencia, tanto más cuanto lo demostraban las hebras de plata que vinieron á sustituir sus cabellos, antes rubios.

Jamás encontró pesado el trabajo al calor del

amor de su hogar, amor que le fortalecía para todas las luchas que pudiera ofrecerle el destino. como en las pobrezas y amarguras que le deparase la suerte; pues él tenía caricias, bienes codiciados por todo aquel mortal que conozca la felicidad verdadera, así es que para él eran flores sin espinas, y más aún cuando se miraba en el espejo de su hija modelo, tan ingeniosa é inteligente, por quien si bien se sacrificó, hoy se veía recompensado cón creces. Nada más ambicionaba el labrador, creyéndose con esto uno de los más ricos del mundo, como efectivamente lo era, puesto que gozaba de salud perfecta y si bien es verdad que no poseía metálicas riquezas, como ya os he dicho, tenía en cambio fuego en el hogar, á cuyo calor germinaban las santas semillas de la virtud más acrisolada, que era esta la riqueza que pedía á Dios le otorgara por siempre y eternizara también.

Despuês de acariciar á su padre volvía las caricias á su madre, mujer joven aún, de grandes ojos y cabellos negros, entre los cuales asomaba una que otra hebra blanca, como también en su bondadoso rostro aunque pocas, las huellas dibujadas por sus fatigas; pero dejaba asomar todavía en su semblante, la estética belleza de su pasada juventud, que marchaba en pos de los años. Belleza que hoy iba á reflejare para lucir en aquella hija divina, que parecía un premio del cielo á la virtud y humildad, para más tarde irse á reflejar también en el semblante de su hermanita, niña que aunque pequeña, ya íbase admirando en ella su futura belleza, como en el cristal de sus grandes ojos de cielo, se admiraban los nobles sentimientos que atesoran su alma inocente, retrato fiel del alma virginal, de aquella hermosa joven á quien llamé y llamaron después Imágen de la Aldea.

Ya estaban próximos á entrar en el jardín los dueños de la choza, cuando oponiéndome á su paso interrumpí imprudente su reposado andar, y así como hube cambiado un saludo con aquella simpática y

humilde gente que con cariño me correspondieron deteniendo su paso al parecer sin disgusto y aunque mucho me costó omitir su turbación; pero la calma de ellos dióme valor para hablarles y aun que esperaba sin duda un grosero trato en medio del arcaismo de sus frases, pronto salí de mi engaño cuando el anciano dirigiéndose á mí con mucha atención preguntóme la causa de mi encuentro en aquel paraje solitario, que si algo deseaba de su humilde persona, le ordenara al instante, que estaría pronto siempre que fuera al alcance de sus fuerzas.

Una vez que hube agradecido intimamente su atención y le hice ver que era un extranjero perdido en los bosques, sin brújula para poder segnir el rumbo fijo que debía orientarme para llegar al Palacio del Recreo, palacio, del que sabía yo bien la dirección, pues recordaréis lector, hace poco de él os hablé y fué donde y desde su torre contemplando el bosque despertó mi curiosidad el nido entre la selva. ¡Si sabría yo la dirección del Palacio, cuando era hoy él mi morada! A él había venido á pasar días de recreo en compañía de mis hermanas «Beatriz» y «Silis», para presenciar el soberbio baile á celebrarse en dicho palacio, y si de allí me dirijí, ¿cómo era posible perder la brújula para atravesar de nuevo el mismo sendero á mi regreso, sendero que ya cansado estaba de cruzar, y más aún, cuando era él, el que en otras veces me había llevado á la morada de mi prometida? ¡Imposible!... Este era el único medio de que podía valerme para hablar á aquella hada del bosque y contemplarla de cerca, oir su bruto lenguajé y así desilusionar mi amor hacia ella, al faltarle la educación y conocimientos, ese perfume y alma de la belleza de la mujer. Y al contemplar una belleza escultural y sin alma la admiraría entonces en lo sucesivo, sólo cual la bella camelia por su forma y hermosura, mas sin desearla porque carece de su fragancia; pero comprendía que necesitaba una desilusión así, para no amar aquella beldad del bosque.

Así como le hube preguntado al labrador la dirección que buscaba y que me hubo indicado la ruta que debía tomar para llegar más pronto á mi destino, me mostré bastante cansado del trayecto qne había hecho á pié, perdido entre la selva umbría y estaba rendido para emprender de nuevo el camino. El anciano, comprendiendo mi cansancio y compadecido de lo largo que era el derrotero qne tenía que hacer, quedó en silencio; silencio que interrumpió después de vacilar y examinar un instante mi persona, sin duda deseando, y sin atreverse á darme albergue en su modesta choza. Yo que comprendí en el silencio lo que quería decir, porque vaticinó mi pensamiento, alenté su indecisión, repitiendo que estaba rendido de cansancio, guardó silencio, hasta que al fin obtuve de él lo que deseaba, ofrecerme su choza, y no se atrevía por el temor de que fuera rehusada su humilde ofrenda.

—Caballero, díjome, comprendo que es un absurdo el ofreceros mi humilde hogar para que en él descanséis el tiempo que necesite vuestro cuerpo para reposar, ó bien, el que gusteis, más, lo pongo á vuestras órdenes á pesar de lo humilde que lo encontrareis, acostumbrado á tantas comodidades, que por cierto, no las hallareis aquí; pero creedme, caballero, y á pesar de todo, aún cuando lo rechaceis. me queda la satisfacción ante Dios, de haber ofrecido de todo corazón mi humilde albergue, y la dicha del deber cumplido de haber brindado descanso al fatigado y agua con que apagar su sed.

Nada más puede ofreceros estas ingenuas almas, si necesitais del brázo del pobre, á vuestras órdenes está, podéis mandarle con confianza.

Como era lo único que yo esperaba, me ofreciera su hogar para pasar unas horas junto á la aldeanita y hablarla, aceptando gustoso su ofrecimiento legítimo del corazón, colocando una mano sobre el hombro del anciano le dije:

—Buen hombre, gracias os doy por vuestra generosidad, tanto ofrecimiento que con placer acepto

gustoso con toda el alma, lejos de haber pensado un instante siquiera lo que habéis imaginado fuera á rechazar (como decis) mirando vuestra posición y la mía.

Siento lo hayais pensado pudiera esto suceder, mas, no importa, porque al aceptarlo, os convencereis que para mi alma no existe, como que tampoco acepta nada ficticio, sinó que admira lo verdadero y da acogida sin mirar la posición jamás, á amistades francas y sinceras como la vuestra.

Luego de cambiar unas palabras más, nos dirigimos todos al jardín, y así como estuvimos dentro, la aldeanita bella corrió á la choza, volviendo en el acto con un blanco sillón de mimbre, el que tomándolo el labrador para aliviarla del peso, me lo brindó luego para que en él descansara, seguido de mil atenciones que le es característico á personas como ellos, que su humildad los condena; pero al profunsdizar su entendimiento vemos en seguida reflejado en sus frases su profundo ingenio, como los objetos mirados al través de un límpido y claro prisma, como en este caso, que los juzqué de escasos conocimientos por su posición, y tuve que pesar y mirar más tarde al través del cristal de aumento de la verdad que me dejó ver que alcanzaban mucho más allà de lo que imaginé...

Hay que tener presente, —y me sirve esto de lección, que bien sabré aprovechar en lo sucesivo—que no se debe juzgar jamás por la apariencia haciendo juicios, tal vez indebidos, mientras no se palpe la realidad. Porque, así como en este caso hice juicios que no pueden dejar huellas al porvenir, en otros casos, es fácil hacer caer al inocente en la red de la calumnia y hacer al inocente, pecador. Y hay que pensar bien, que después de caído, aunque se luche por levantar una fama del abismo, nadie le ayudará, y muchas veces para que no encuentre el fallo de su inocencia en las almas generosas que pueden correr el velo de la calumnia, para dejar lucir la verdad, esa luz divina. Luz divina sí, que desgracia-

damente se oculta en el foco de la sociedad, de ese miserable censor que siempre trata de seguir sus juicios ruines hechos á la lijera bajo la máscara de la hipocresía y la énvidia, hasta ver á su víctima en la mayor decadencia. Oh! no hay que juzgar, no, tan á la lijera sin ver la realidad antes, porque se está expuesto á condenar, y cuidado!... que hay invisible una mano justiciera que ella toma la venganza de cada obra!... ¿Còmo no nos atrevemos á colocar todo el peso del cuerpo sobre un terreno desconocido ó sospechoso, sin antes mirar bien si estamos seguros, de que es firme y no se nos derrumbará aquel pedestal? Bien, esto nos enseña que lo que para tí deseis, lo deses para vuestro prójimo, puesto que Dios tampoco miró de colocar de otro espíritu una chispa á unos, y de El á otros.... ¡No! que todo, todos llevamos una chispa igual y divina, eso que llamamos alma, y feliz el que en este mundo de ilusiones trata de perfeccionarla para cuando vuelva allá, donde brotó!...

¿Por qué, Dios mio, condené yo aquella buena gente de escaso saber, por su pobreza? ¿por qué, por su humildad? ¿por qué?

¿No se vé una y mil veces lucir sobre seda y encajes; preciosas piedras y radiante de hermosura vá su dueña? más, ¿y el saber y los conocimientos dónde están? ¿brillando en aquél cerebro, pero... por su ausencia?...

La conversación del aldeano no podía ser más florida y agradable; pero ansiaba cortar el hilo de ella que con él mantenía, para entablarla con la joven que hasta entonces permanecía en el más profundo silencio, y no hacía más, que mirar y sonreir mientras jugaba con unas silvestres florecillas que con cariño acariciaba entre sus blancas manos.

El silencio en que aún permanecía se iba sucediendo, y ya con pesar creía adivinar la causa, pues, creíala muda al principio y por esto no me atreví á dirijirle la palabra: pero pronto otra idea vino á reemplazar aquella, cuando oí que en voz

baja habló con su mamá, ya no cabía duda que la causa fuera su gran timidez, ó bien por no interrumpir nuestra conversación. Tan pronto concebía una idea como otras fuera esta la causa, pues, ya no me quedaba más que pensar el porqué de su mutismo, hasta que al fin salí de duda, cuando oyéndose el llanto de su pequeña hermanita Eva, quien venía corriendo tras del rebaño penetrando luego entre la glorieta del jardincito, allí donde á la entrada soltó su llanto al encontrarse con una avecita muerta, luego marchó llorando la pérdida de un gorjeo, una de las notas principales, como el canto de la alondra, que desaparecía de la gran poesía que encerraba el jardín.

La imágen de la Aldea, al oir llorar á Eva, y en su lamentación mirándola tristemente la dijo:

—Ven Evita mía, ven.

La niña obedeció, y sin omitir en nada su dolor profundo, por mi presencia, siguió su llanto mientras entregaba á la aldeana, aquel objeto de sus lágrimas que parecía ser para ellos una pérdida muy grande aquella, puesto que la alegría que revelaba, un instante hacía apenas, el semblante de la joven seductora, se cambió en melancólico al nublar su frente una nube gris de tristeza, nube de dolor que llegando á lo más íntimo llevó la nostalgia á su alma, y estalló, y al romperse la nube, asomó la primera gota tan pura como el rocío, pero lágrima amarga que tembló en sus negras pestañas, luego rodó cayendo sobre el objeto aquel que tenía entre sus manos, que si para mí no tenía importancia al ver tantas iguales cruzar el espacio, para ellas de que gran valimento era!...

La joven se levantó de su asiento y presentando la tierna avecilla muerta á su padre, díjole:

—Mirad que dolor, padre de mi alma, una avecilla dejará de gorjear mañana entre el follaje!...

—Hija mía—contestóle el anciano—¿No vereis brillar ni un rayo de esperanza de qué volverá al jardín?

—Papaito—dijo Eva interrumpiendo la conversación de su padre y de su hermana—no hay ni un átomo de esperanza, está muerta ya, la pobre avecita mía!...

El llanto bañó de nuevo sus mejillas.

—Cuanto daría yo también como tú Eva—dijo la imágen de la Aldea—si pudiera volver á la vida nuestra querida avecilla y entregarla de nuevo al jardín: pero... Vano es soñar imposibles como el querer nosotros poner de nuevo el alma á esta materia muerta...

Si la pena se redobló en el corazón de aquella joven, al ver marchitada la flor de su esperanza. En mi corazón despertó mayor entusiasmo ella, cuando le hube oido pronunciar con toda el alma frases tan llenas de sentimiento, frases legítimas, brotadas de esa chispa divina.

Luego que hube observado y comprendido bien la sobrada razón de su tristeza, por calmar en algo su dolor, dirijiéndome á ella la dije:

—¿Y sois capaz de entristeceros por qué haya muerto un ave?

—Caballero—contestóme la joven—¿Créeis un absurdo el que pudiera entristecerme por la muerte de un pajarillo? pues que no os quepa duda que soy capaz de eso, y aún más, de llorar sobre su tumba. Si supierais cuanto, cuanto las amo, segura estoy, no me hubierais hecho esa pregunta que vino á aumentar mi pena... ¿No comprendeis que la aldeana necesita de todas ellas para completar la alegría, y el encanto de su tranquilo hogar? pues yo no quisiera que una de ellas jamás me faltára en el jardín porque ellas son mis amigas, mis únicas compañeras en esta soledad.

—Pero niña—proseguí diciéndole—¿No veis que son tantas las que viven, y aún más, tantas las que no han salido todavía de sus nidos, que una vez que salgan se multiplicarán, y como ellas; tantos los gorjeos, que ya ni hechareis de menos ésta, ni recordareis siquiera que cruzó un día por vuestro jardín.

—Que equivocado estais si asi lo creeis!... —me respondió—Podrán multiplicarse las aves—como decís—y elevar también al cielo la mayor suma de variados ritmos, pero, comprended caballero, que no podré ser tan ingrata con aquella que tantas veces me alegró; y porque muera voy á hecharla en el olvido pensando en que viven tantas. Pues entre esas tantas, ninguna será ésta que tantas veces, ¡cuantas! con sus compañeras volvía á su nido cantando su dicha. Esta, que tantas veces habré visto cruzar el jardín, posarse sobre las flores libar su nectar y cobijarse luego entre el ramaje para dormir!...

Como la flor del recuerdo no puede nunca marchitarse, en vano es decir «le olvido». ¡No! imposible es olvidar una memoria que se ha grabado en el astral del alma. Puede el lábio profanar, que no tiene valor, son todas palabras al viento cuando no las acompaña el pensamiento.

Ya veis señor Marquez; cuanto tendré que tener presente á mi amada avecilla del alma, y más aún, cuando al morir las tardes, miro las otras que felices rebolotean en torno de sus nidos, contemplando ¡cuanto fuego! en sus pequeños hogares...

¿Créeis que su recuerdo no vendrá á flotar en mi memoria, cuando ella fué la causa de la primera nube de dolor que empaño mi frente, nube que cargada en atmósfera de tristeza se rompió para verter mi primera lágrima?

¡Ah, si supierais cuanto presiento con la muerte de este pajarillo!... Me parece que se abren las puertas del dolor, en mi tranquilo hogar, para darle paso á la tristeza...

Dios mio, cierto es que me dais un amigo, más, me quitais una compañera incomparable y sincera!...

—No tengais esos presentimientos amiguita mía, ¿no veis que es ley natural que se mueran las aves? por lo tanto, pensad que es imposible esto no sucediera, y alguna vez debió ser la primera. Tratad ahora de olvidarla.

—¿Olvidarla?... Ah jamás!...

— Escucha entonces: Dice el refrán, que una sola golondrina no hace primavera.—pues, bien interpretado este refrán, pensad, que si al vapular el invierno, por ejemplo, si al beso de la nieve se marchan las golondrinas —como es natural; tienen que abandonar sus nidos para buscar cálidas regiones. Pasa la estación del hielo y vuelve á renacer la primera ¿no es esto? bien. Si en esa región donde de nuevo anidaron, por qué el frio las hizo emigrar, allí queda alguna de ellas sin venir á recibir do nació, las primeras suaves brisas del Estío: Ya porque encontró al calor de otro nido, nuevo cariño cuando cruzó los mares y llegó antes que á su playa, á otras más cercanas que le enseñaron á olvidar el antiguo alero donde feliz se albergó entre su nido, y tendió su vuelo al calor de otro y otras caricias. O bien puede faltar, porque le sorprendió la muerte. ¿Quereis decirme ahora, si no es un imposible que, porque falte una ó veinte de ellas, dejara por esto de volver la estación de las flores y la poesía?

Creo que estareis convencida que porque os falte esta entre el follaje, no por esto van á dejar de gorjear las otras.

Una sola gota de agua no puede formar un océano.

—Y sin embargo caballero, una gota de agua también ocupa su lugar... Una gota de agua puede ser un océano para apagar la sed de la mariposa—por ejemplo—que fatigada de volar, se posa sobre los pétalos de una flor, y en aquella gota de rocío busca alivio á su cansancio...

—Teneis razón... Habeis sido más profunda en vuestro modo de pensar: pero ya que esto es inaceptable, porque os doy la razón con justicia, pensad, y aceptad el refrán en que dice: Que una sola golondrina no puede hacer primavera.

—Bien, lo acepto, porque veo en ella lucir la verdad y como marcho en pos de ella, tengo que ser razonable; mas, decidme ahora una cosa.

¿No os parece, que si faltara esa, ó esas tantas

golondrinas—como os plazca—se morirían de pena las que aguardan en su helado nido la vuella de su ingrata compañera?

—¡Oh, no lo creais así!... ¿No veis que son tantas las golondrinas, que si una desaparece, otra puede suplir la falta de aquella. Y además, son todas tan iguales que se confunden entre ellas y así se olvidan de su primer amor en medio de la nueva dicha.

—¿Habeis pesado bien vuestras palabras, señor Marqués? ¿Hablais acaso con el corazón, ó mejor dicho, fueron esas frases dictadas por vuestra alma?... ¿Creeis que se pueda sepultar una dicha para gozar otra nueva?... Responded!

—Pero no veis, amiga,—no os he dicho ya—que eso es ley natural! Y más las aves!... no saben distinguir, no tienen alma!...

—¿Y creis acaso que no tienen alma porque les falta el don de la palabra? ¡Qué engañado vivis!... ¿Quereis decirme porqué gorjean entónces?... porqué no olvidan su nido y vuelven después?...—en una palabra—¿porqué viven? Razón clara! porque también tienen alma!...

—Bien, será por eso, teneis razón; podrán tener alma, como que también la tienen las flores, que es su esencia, pero ellas no sufren, y en medio de tantas, ni se conocen, al punto de olvidar unas por otras.

Y decis que nadie, ni nada, vive sin alma, y yo ¿cómo sin alma vivo, quereis decirme porqué?

—Bien, ¿con que vivis sin alma? Ahora, muy bien.

Indudablemente habeis amado alguna vez, y creo que amais todavía—decidme. Si habiendo colocado los lares queridos de vuestro amor para adorarlos en el altar de vuestra alma, y amándose vuestra alma y la de ella, como se aman las aves y las flores, ¿qué haríais si os faltara su amor mañana? ¿No sufririais acaso y en vues-

tra tristeza os consagraríais por siempre á seguir amando y venerando su imágen y recuerdos en el altar que la hubisteis levantado? ¿No sentiríais retemplar en vuestra conciencia el grito del juramento de amor, si quisierais amar de nuevo?

Pues así yo lo creo, que si la amasteis—cual yo por ejemplo á mis aves adoradas y las flores, si sintierais otro amor junto al primero, ¿no vendría á levantarse potente en vuestra mente las reminicencias del pasado é hiciera extinguir la nueva llama de amor que apenas se encendió en vuestro pecho? Sí, como que vivis sin alma, justo es que á el ser que la habeis dado la venga á reclamar.

Y creo que de la misma manera pueden también amarse las divinas avecillas, y quizas como nosotros se recuerden ellas también hasta morir, de aquella infiel que sepultó en la nieve del olvido su nido idolatrado.

—Por lo visto parece que adorais las avecillas?... ¡felices de ellas!

—Y como no amarlas, Dios mio, si son tan divinas; cuando encierran ellas en su poesía un átomo del Creador?... ¿Y cómo no admirar las obras de ese potente infinito arcano?

Para ellas cultivo yo las flores para que vivan dichosas y no se alejen nunca de mi lado, para que no me falte jamás una siquiera en el jardín, porque necesito de ellas para vivir completamente feliz.

¿No sabeis acaso, señor Marqués, que el trino de las aves es la música del labrador, y que al son de sus gorjeos trabajan más contentos? ¿no lo sabeis?

¿No sabeis que ellas son nuestra alegría, el encanto de nuestros sueños, y junto á ellas, el amor al hogar, las flores y en fin, la Natura es donde se encierra la poesía, y donde lée el aldeano como en un libro abierto?

¡Si vierais qué felices somos, cuando al despuntar de la dudosa aurora, sentimos el murmullo de las alas al revoletear en torno de la choza, y es para

despertarnos enseñándonos que ya es la hora de ir á la faena, como lo están ellas también. Mientras unas buscando con que construir sus nidos, las otras buscando su alimento, y apagando la sed en las cristalinas gotas de rocío.

¿Còmo no amarlas, señor, cómo no amarlas, cuando ellas son la alegría, y únicas compañeras de esta pobre aldeana que apartada del mundo y olvidada vive en esta soledad del desierto?...

¡Olvidada he dicho!... mas, si es del mundo ¿qué importa? cuando hay una mirada; una fuerza prepotente que acompaña y vela como en el palacio, en la choza? No, mil veces no, no es cierto, no es verdad no, que vivo sola. ¿Qué son pues esos himnos divinos que en sus trinos me brindan las aves? ¿que son las flores y perfumes? ¿qué la luz; y qué los astros?...

Las más dulces compañeras; las más sinceras amigas de quienes solo bebemos puramente verdades, y quienes también en vez de empañar con una nube de dolor y mentira nuestra dicha, nos enseña á rendir culto á lo divino, al Rey de lo Creado, y á amar esa senda iluminada por la preciosa luz de la verdad. Nos enseña á diferenciar la verdad de lo ficticio, por lo tanto, á esparcir las llamas del cariño para que pueda en esas llamas arder un hogar.

Nada más yo ambicionara por toda mi existencia, solo que el creador del Universo, no me niegue jamás un perfume de los que me brinda junto á todos los pedazos de mi alma!...

—Los pedazos de vuestra alma, habeis dicho?... ¿Quereis decirme cuáles son, si no es importuna mi pregunta?...

—¿Por qué importuna? nunca, con que placer, pues me siento feliz al decir, que amo á Dios, la primera nota de perfección que arranca mi alma. Luego mi hogar, la patria, los astros, las aves, la música y las flores, en fin, todo lo que encierra de divino y verdadero en la naturaleza, he ahí la escala sublime de los lares que adoro en el altar de mi alma. ¿Estais satisfecho?

—No, porque falta una nota que tal vez... no quereis decir quizas porque motivo.

—¿Cuál es ella, señor Marquéz?

—Decidme, junto á esos amores no sentis acaso, ò sentisteis un otro amor también?...

—¿Otro amor?... Cuál, por ejemplo? pues creo no hé olvidado mis amores, todos os los he hecho saber.

—Otro amor que quizas querais callarlo, y yo imprudente quiero hacerlo arrancar á vuestro lábio.

—No os comprendo ¿quereis tener la amabilidad de hablarme sin ambajes, y decirme de frente lo que deseais preguntarme?

—Bien, ya que así lo deseais, os lo diré—Un novio por ejemplo.

—Eso es lo que deseabais saber? Bien, creo que quedareis satisfecho, cuando sepais, y os juro que no ha amado jamás el alma mia, salvo á lo que os he dicho ya, y creedlo caballero, que junto á esos afectos no ha existido otro nunca, jamás, jamás, otro ninguno.

—Quiero creerlo, amiguita mía, pues aun que lo contrario fuera, estoy seguro que no me lo diriais. Decidme ahora—ya que en la escala de vuestros afectos soñó también la nota de la patria, quisiera saber cual es vuestra divisa, ¿quereis decírmelo, si no teneis inconveniente alguno?

—¿Inconveniente? ¿por qué? Ninguno, muy al contrario; con que placer.—Allá vá.

Mi patria es el Universo, mi divisa es Dios.

—No teneis además de esa otra divisa, otras opiniones?—pues esas serán seguramente las de vuestra almá. Ahora decidme, cuál es la de vuestro corazón, y cuál es vuestro caudillo?

—Sí, cierto es que llevo otra divisa. Amar á mi prójimo y desearle el bien, bajo la bandera del firmamento azul, y perdonar las injurias ante la divisa de la Fé, para obtener el amor de mi inmortal caudillo « Jesús ». Creo que quedais enterado ahora de cuál es mi patria y mi divisa ¿no es verdad?

—Muchas gracias, sois muy buena. Os felicito por vuestra opinión. Razón teneis para no abrir opiniones en que no debe meterse nunca la mujer, puesto que difícilmente saben discutir causas que ignoran, yo á veces, no teniendo más base que la simpatía que nació por lo que hubieron oido, sin ni siquiera haber leido una página de historia de los antepasados.

Volviendo á lo de hoy... entonces no habeis amado nunca?

—Nunca, y miradme bien, veries como no os engaño.

—Lo creo, sí, porque si amarais, el recuerdo de vuestro amado aminoraría la tristeza que os ha causado la muerte de esa avecilla; y ni una lágrima de pesar, seguramente que no hubierais vertido, porque no tendriais tiempo para pensar en ella, puesto que todos vuestros pensamientos, estarian consagrados á él...

— Entonces tal vez más las recordara y las amara mucho más que ahora, porque al contemplar su dicha, y la adoración á sus nidos, me enseñarán ellas á querer mucho más.

—No necesita vuestra ingénua alma que las aves os enseñen á querer, puesto que lo sabeis demasiado. Pero creedme; si amarais, ya no necesitaría vuestro oido el dulce trino del ave, ni el murmurar suave de la brisa, porque aún más grata música oyera vuestra alma al arrullo de los cantos de amor, esos efluvios misteriosos de mejores dichas y supremas glorias.

—¿Lo creeis por ventura así?

—Lo creo, y casi, me atrevo á afirmarlo.

—Perdonad os diga, que os engañais y no debeis de asegurar una cosa, que si apostarais algo, debiais iros aprontando para pagar, puesto que era segura la pérdida.

¿Creeis que otra felicidad pudiera hacerme olvidar este hoy? No, ni aún cuando estuviera alumbrada con otro sol inmenso de dicha, dejara yo

nunca en el olvido marchitarse este ayer que ya no sería hoy entonces.

Pueden aumentar las dichas con sus perfumes de alegría, pero olvidar uno por otros sus perfumes, nunca!!

Así como podré sentir esa música, himnos celestes de amor, y á la vez el trino de las aves, pues no tendría porque olvidar éstas por aquellas, puesto que en unión las dos aumentarían la melodía éptitica, y al formar mayor armonía se asemejaría á una completa y divina orquesta, cuya música llegaría al alma, llevando en cada nota una plácida sonrisa... una gloria... ya un ensueño...

Seguramente me habeis juzgado por experiencia, y si es así, sobrada razón teneis para ello, cuando vivís en el foco del bullicio y rodeado de mil comodidades. También teneis amigos, y ellos, os harán olvidar, quizá y sin duda, de las obras perfectas de la naturaleza: Pero yo, que desde la cuna vivo adorando las obras de Dios porque hasta en la brisa lo siento! pensad si sería imposible olvidar las avecillas; las avecillas queridas que gorjeaban en torno de mi choza cuando yo nací, cuando salí á recibir el beso primero de la brisa saturado por el perfume de las silvestres flores, y sonreía al ver cruzar los pajaritos que llenaban toda mi atención entonces, y ahora ser la mensajera de mis más dichosos días!... Pesad en la balanza de la justicia mis razones, y solo así podreis ser razonable, vereis como poniendo la mano sobre vuestra conciencia os diría si debo echarlas en olvido, ó amarlas cual las amo hoy!...

El más profundo silencio reinó en aquel instante, silencio que solo era interrumpido de vez en cuando por un hondo suspiro que se escapaba del pecho dolorido de la aldeana que se quedó absorta ante la helada avecilla.

Yo quedé abismado en un cúmulo de ideas que se agitaron en mi cerebro, mientras contemplaba la belleza estética de la joven, belleza que era el reflejo también de su alma.

Ella seguía en el silencio mirando el ave muerta entre sus manos. Yo la miraba, cuando contemplé de nuevo, que de súbito dos lágrimas rodaron por sus mejillas y fueron á buscar su tumba en el yerto cuerpecito aquel. Luego mirando á su anciano padre, entregándole el avecita, pidió que buscara una tumba para su primera lágrima.

El anciano que idolatraba á su hija, como á sus nidos las aves, dando un beso paternal—y necesario al dolor en la frente de la joven, beso que dió para secar el llanto y aminorar la profunda pena que se iba dibujando en su risueño semblante; como negra nube de tempestad en tranquilo y sereno cielo.

El labrador se dirigió al jardín y la joven seguía con la mirada los pasos de su padre, como acompañando al sepulcro, y rindiendo homenaje á aquella obra del Creador. Aquella perfecta obra de su admiración y amor, que cuantas veces la habría hecho sonreir dichosa, y hoy la hacía verter su primera lágrima de duelo y la primera nube de tristeza que cruzó en su alma.

Nube y lágrima que abrieron las puertas para que fueran á empañar las prlmeras páginas rosas del libro de su vida.

El silencio se prolongaba, y como la ví entregada á sus fúnebres pensamientos, temía ser imprudente y no quise hablarla, entre tanto seguía admirándola.

Cuánto hubiera dado yo en aquel instante por haber vuelto á la vida á aquella ave. ¡Cuánto!

Acaricié en el deseo varias veces esa esperanza vana, porque esa esperanza era también cadáver; sólo el gran deseo de ver sonreir á la aldeanita, hizo nacer varias veces una esmeralda ilusión á mi pensamiento enagenado, mientras que mi pobre corazón palpitaba rendido de pasión, pasión que jamás, quizas nunca, le volverán á hablar mis lábios, aunque... así como nació no podía morir tan pronto, ni aún al calor de otras caricias...

Ya se habían extinguido los pasos del aldeano que se perdió de vista en el confín del jardincito. Luego que la joven no lo hubo distinguido más, elevó al cielo sus dormidas pupilas exclamando:

—Señor! Me quitaís un gorjeo, le robais una caricia á mi alma y aumentais una acibarada gota más en el profundo mar de la vida! Adios, pobre avecilla de mis dulces sueños, ya no os volveré á ver otra vez cruzar dichosa por mi jardín... Adios!!

Luego se sucedió un instante más de silencio, silencio que interrumpí mientras se cruzaban nuestras miradas, que hablaban mucho más de lo que quería decir la palabra, tanto más cuanto pudiera decir el alma y el pensamiento, después la dije:

—Perdonad mi curiosidad, mas decidme: ¿el nombre que llevais, está en armonía con vuestra estética belleza?

--Marqués, me respondió la aldeana, os agradezco; el favor inmerecido que me quereis hacer, tal vez juzgando por mi humildad, me creeis vanidosa y quereis profundizar mis sentimientos, os agradezco; pero perdonad; no puedo inclinarme á creer lo que está lejos en mí, y si así fuera, mirad hacia el horizonte.—¿Veis aquella blanca nubecilla con celajes de púrpura y oro? Miradla, no la perdais de vista, y dentro de un instante me direis si ha cambiado de forma, ó bien si se habrá disipado. ¿Qué es, pues, la belleza fisica, cuando se van multiplicando los años? Un retrato de la nube, nada más! y luego al morir, el alimento del gusano, he ahí lo que admirais y llamais extasiado belleza!

—Tampoco permitis os diga que sois bella, y aun más, dudais de mi sinceridad creyendo que lo que os digo es por probar si sois vanidosa?

Preciso es que sepais distinguir las verdades que derraman mis lábios, como sabeis distinguir todo lo demás... pero... en fin... Razón teneís para juzgarme así, puesto que recién me conoceís, más,

creedme que aún dando tiempo al tiempo que es el mejor testigo, oirais siempre estas palabras, serán ellas nada más que un éco que siempre repercutirán cual arpa de verdad, que dando paso á la razón dejará oir siempre las notas de justicia!

—Suspended vuestros galanteos que están demás para la que como yo se cobija bajo rústico techo; comprended Marqués, que la aldeana, no merece ni una frase alhagadora de tan noble caballero.

Guardad esas flores, mejor, en la memoria, para que broten sus perfumes en vuestros lábios cuando veais cruzar á vuestro paso a esas bellas de vuestra esfera, que allí sí, y sin crítica ninguna os está permitido el hacerlo (aún cuando esté reñido con la verdad, solamente por la costumbre creada de aprovechar el encuentro, por la mera oportunidad.

Ellas las recibirán con halagos porque les es casi necesario el oirlas y en cambio os colmaran de atenciones en galardón; pero yo ¡pobre, humilde labradora! podré creer que es una crítica que al dar vuelta la espalda os reiriais á carcajadas de las frases que me habeís dirijido. Frases que aún cuando hubieseis creído que fueran á dar en el blanco, porque bien en mi pobreza podreís creerme crédula y que con esto se queda satisfecha el alma mía, verdad? Pues felizmente aún cuando quisiera creerlo siento que siempre van á dar en el vacío. Hacen el mismo efecto esos halagos á mi alma, como las rugientes olas del Océano que van á estallar contra las rocas...

—¿No teneis un espejo acaso, que pueda retratar fiel vuestra belleza para que así pudiera reflejarse en él también, mis sinceras frases,—y asi no sintierais entonces el aguijón de la duda que os hace ver la verdad sólo como nueva oportunidad?

—Marquês,—el único espejo en que me miro, es cuando sentada á orillas de un lago, me veo reflejada en el cristal de sus dormidas aguas, allí donde orgullosa me contemplo al mirar reflejado también un fragmento del divino dosel del firmamento, y

en alas de lo divino se remonta mi pensamiento buscando la luz de la verdad, cual busca el errante peregrino, un claro de luna en las profundidades negras de una selva, en una noché cruel de tempestad.

—Razón teneis entonces para ignorar vuestra belleza, puesto que al ver el lago en cristal, reflejada vuestra imágen, envidiosa meció sus aguas para no dejaros descubrir la realidad.

—Agradezco tanto elogio, os repito y para finalizar de una vez este tema que no dá cabida á tal error ni credulidad, os voy á decir:

Que el espejo en que se mira el labrador bien debiais saberlo cuàl es, es pues, la tierra en que siembra las semillas para mañana y contemplar sonriendo en el fruto de su trabajo la recompensa de sus fatigas. He ahí mi espejo...

—Razón también teneis para importaros un mito en miraros al cristal, cuando no necesitais de él para saber si sois hermosa, puesto que os basta con elevar vuestros ojos á la inmensa bòveda azul y allí mirar reflejada vuestra divina imágen en aquellos cuerpos celestes.

—Por favor, quereis hacerme el obsequio de suspender ese tema, amable Marqués.

—Bien, basta que lo pidan vuestros purpúreos lábios para que no se pueda menos que rendirse sometiéndose á vuestra voluntad.

—Ya que me lo pideís así, lo haré, entre tanto os admiraré en silencio.

—¿Quereís decirme ahora vuestro nombre?

—Mi nombre sí, podeís admirarlo y elevarlo á las nubes si quereís, que os lo permito al hacerlo y con justicia, puesto que lo llevó nada menos que la madre del Señor!

—María, os llamais? Verdaderamente que sois poseedora de un nombre que está en armonía con vuestra inmaculada belleza...

¡Qué dulce suena al oído! Parece una música celeste cuyas notas sublimes, son cual gotas de bál-

samo para el corazón enfermo, que van á aminorarle horas de nostalgía.

¡Feliz el mortal que pueda llegar a llamaros!... Digna sois de llevar ese nombre, María!...

—No es el mortal digno de llevar una emblema del cielo, porque es todo demasiado puro y verdadero para alcanzarlo en este valle material, ficticio. Lo llevo porque fué elección del autor de mis días, en tributo de amor y gratitud al Todopodero, al derramar caudales de dichas y armonías en nuestro querido hogar...

—María! ¿No habeis oido ya acaso decir á toda persona que como yo he tenido la satisfacción de pasar gratas horas en vuestra compañía, que vuestra belleza física y moral eclipsan la belleza y perfume de las flores?

—Por piedad os pido y os repito no prosigáis queriéndome hacer creer un imposible. ¿Cómo quereis que crea yo? ¡Pobre aldeana! que pueda eclipsar la belleza de las lozanas flores; cuando en vuestra esfera hasta la reina de las bellas necesita de ellas para realzar sus encantos; cuanto más yo, que necesito estar rodeadas de ellas para que me presten su reflejo y me embalsamen con sus perfumes... No habeis pensado lo dicho.

¿Delirais acaso Marqués, con alguna imágen adorable que habeis encontrado alguna vez en la senda de vuestra existencia, y ha venido en este instante á visitar vuestra alma y pensamiento?

—Tampoco he amado nunca yo, y creedme María lo que os voy á decir:

Que sois la imágen primera que conmovió mi alma y vivirá en mi memoria. El primer amor que encerrará el pecho mío, y también la que vendrá á visitarme en mis sueños...

Os amo María, y si haceis que escuche un canto de esperanza el corazón de este errante peregrino, miradme á vuestros piés, soy vuestro humilde vasallo...

—Sois demasiado indulgente, demasiado gene-

roso y delicado, Marqués, para tratar á tan humilde gente con tanto miramiento. No os aventureis tampoco en un momento de inspiración, ó no se bien, de qué decirlo, de arrojar palabras al viento, como al hablarle de ese amor desconocido á esta pobre labradora que no merece os ocupeis de ella; y meditad un instante que en la soledad, cuando os entregueis en profunda meditación; con la risa en los lábios, tendreis que murmurar pensando en estas horas: ¡Qué tiempo tan perdido!!!... Nada sería si pudierais echar en olvido sin recordar un instante siquiera que me habeis encontrado como ave de paso en vuestra senda... pero, si sucede lo contrario!!...

—¿Olvidaros María?... ¡Ah, qué imposible!... ¡Si supierais!...

—Si supierais ¿qué? Hablad con confianza Marqués que teneis tendida una mano amiga que os ofrece á la vez una tumba en la memoria.

—Ya que me lo pedis, os voy á complacer abriendo de par en par las puertas del corazón para convenceros una vez más, que no es lo ficticio lo que busca mi alma María, y creedme que ni á las aves envidiara yo, si pudiera marchar á vuestro lado en busca de la dicha, y siendo el amor las estrellas que nos indicára el rumbo cierto para encontrar las glorias... Os juro, María, por mi honor, os juro que no os engaño, que yo cambiaría mis riquezas, mi corona por vuestro amor, por adoraros siempre de hinojos cual adoran una imágen los creyentes.

Yo velaría vuestro sueño mientras durmierais, luego al despertar confundiriamos nuestras almas en un beso... Yo...

—Deteneos Marqués, es hora ya que desperteis; no prosigais en el delirio de un sueño.

Soñad venturas con la que está á nivel de vuestra alta categoría, y ella puede aumentar luz á vuestro nombre, y no soñeis con una como yo que fué tan humilde su cuna, y no hará más que ro-

dear de sombras vuestro nombre. De tristezas un hogar, porque no es posible que podais alcanzar la victoria soñada junto á la humildad, y aún más, no podriais amar con el entusiasmo de hoy á aquella que por su culpa os veis desheredado de la gloriosa corona de Marqués.

Seguramente no habeis pesado lo que habeis dicho, pues si así fuere, segura estoy, que el pensamiento no lo hubiera ni admitido, cuanto más ver la realidad un día;... ¡Qué imposible!

—Imposible!... ¿Y porqué María? ¿Nació Jesús en cuna de oro acaso? Y sín embargo, ya veis quien fué ese inmortal que vive en las memorias.

—Como se ve que soñais cuando habeis podido comparar el gran Omnipotente Todopoderoso, con nosotros pobres mortales!...

¿Qué le importó nacer en la pobreza, cuando sabía que era el cielo su morada, y después de sus martirios volvía á Dios?

Sacad vuestra alma soñadora de entre las redes de la ilusión que le aprisionan, Marqués, y dadle libertad absoluta al pensamiento, para que se remonte al infinito, á esa región celeste iluminadas con antorchas de verdad, y vereis entonces que absurdo es comparar á ese Sobrenatural con nosotros!...

No le hagais tan grande ofensa, y pensad que si es verdad que nació en la pobreza, es cierto también que cambia de especie con todos los que nacemos también en rústica cabaña...

Despertad de una vez de ese letargo que embarga vuestro pensamiento haciendoos forjar cuantas fantásticas quimeras! y entregaos mejor en brazos de la razón, porque tal vez cuando apenas os marcheis de mi lado. marcharán también las ilusiones con los recuerdos de la tarde, en el fúnebre del olvido...

—María, por piedad, no confundais al que os brinda su sincero amor, con aquel que se lanza en alas del interés, en brazos de la sociedad cuyo

patrimonio es el lujo, la envidia, la hipocresía, la avaricia, la soberbia y la venganza, creyendo un mito las riquezas del alma.

No María, mi alma se inclina a las verdaderas felicidades, y en prueba de ello os prometo mi nombre y mi porvenir, si dais una esperanza de amor!...

Hablad, no enmudezcais, ¿aceptais?

—No podeis cumplir jamás esas promesas... Seguid en la barca del amor que viaja por el mar de lo posible para que pueda así segura desplegar su vela de la realidad, para llegar más pronto á esa divina rivera que divisa el alma, á la rivera de felicidad, donde podais anclar y estacionaros allí en medio de venturas y dichas sin cuento...

—Temeis acaso que á vuestro lado, un día, pudiera dar vuelta la mirada hacia el pasado y al encontrarme sin la corona pudiera humillaros, mirando mi pobre posición?... Si es por esto no temáis María, ni lo penseis siquiera un instante, que así como este supremo instante os habla mi alma, os hablaría también toda mi vida, porque solo pensaría en amaros; y corta encontraría yo la vida, para viajar á vuestro lado por ese país de la dicha y los ensueños.

Vuestras bellezas física y moral, junto á vuestros grandes conocimientos. Luego unido á esto el amor de vuestra alma, amor tan puro como las flores, como la brisa, he ahí los grandes tesoros que admira y anhela el alma mía para entretejer de glorias un hogar cuyo ambiente saturado por los perfumes del azahar, se sintiera abrasado por las llamas de un amor tan grande como eterno...

—Imposible, Marqués!... despertad!

—Por qué lo creéis un imposible la realización de ese sueñó? ¿No veís que queriendo no hay abismos, y que no existen tales imposibles aquí en la tierra? La voluntad y el amor es lo que imperan y ante ellos no hay obstáculos, todo se vence.

—Las cadenas de la ilusión aprisionan vuestra

alma, romped esa cadena y solo así podreis ver brillar la luz de la verdad.

—No es ilusión, María, lo que en mi pecho encierro.

No duermo para que me digais ¡ despertad ! Despierto estoy, y rendido á vuestros piés os repito que os ama el alma mía...

—Con vuestra visita me basta para que honrreis mi hogar. Os agradezco vuestro amor, mas perdonad no pueda aceptarlo, ó mejor diré, corresponder.

Dejad los peces que vivan en el agua, porque es imposible que vivir puedan en la tierra. Y á las aves dejadlas, que solo ellas puedan cruzar el espacio...

—Gracias María. Os he comprendido que soy demasiado importuno; perdonadme y culpad á mi amor sin limites...

—Poneos un instante en mi lugar Marqués—y comparad si puedo ó no.

No solo mirando vuestra posición y la mía, sinó que también, por ejemplo, si me creerías si yo os dijera: «os amo», y hace apenas unas horas que me conoceis?...

No veís que no hay tiempo suficiente para conocer el carácter y el sentimiento de las personas, en tan breves horas? La imprudencia de una ilusión forjada á la lijera que os hace ver un Edén en la cabaña, podría brindaros una hora de felicidad á la vida, y después una cadena eterna de infortunios!...

—Decid mejor que vuestro joven corazón rechaza mis himnos inmortales de amor, y así solo podré creer imposible vivir á vuestro lado un día, Maria.

—Volviendo á que tan poco nos conocíamos, una curiosidad quisiera saciar, y creo, amable Marqués, que como en vuestra mano está, os será muy fácil sacarme de ella.

—¿ Cuáles es, María?

—Que si no es molestia, querais tener la ama-

bilidad de decirme vuestro nombre, que hoy, con el dolor de la muerte de mi querida avecilla, cuando os hallasteis presentado, se escapó á mi memoria, en vano intenté retenerla: y ahora quisiera saber con quién tengo el honor de hablar.

—Hablais con vuestro amigo Omar de Starleins; un esclavo á vuestros piés.

—¿Sois el Marqués de Starleins?... ¡Ah, qué placer en conoceros en persona, pues ya de nombre mucho os conocia!

—Conocias de nombre á vuestro esclavo, entonces?

—No os permito esa frase, Marqués. Buscad afectos y usadla mejor cuando pueda reflejarse vuestra alma en el espejo de otra que esté á los ojos de la sociedad, á la altura de vuestra alta aristocracia, porque cuando no se está á la misma altura, puede sentirse tibio el hogar... después helado!!...

No os avergonzais, aunque por broma lo hayais dicho, nada menos que un noble á los piés de una aldeana?...

¡Ah! si os oyeran las damas de la córte!... ¿qué dirian? ¡Qué dirían del Marqués de Starleins!¡...

—No pongais más obstáculos ante mis ojos. Decid que no os inspiro amor y creeré justo rechazarme. Esa dicha de ver realizados los sueños dorados, solo la gozan los privilegiados de Dios.

Otro mortal más feliz que yo, tal vez ya os brindó su amor, y le habeis entregado vuestra alma, y no quereis por esto quizás desviaros de la senda emprendida... Sed feliz, muy feliz, María!...

—Ya os he dicho Marqués, y sin omitir en nada, cuales son mis afectos todos y no me volvais á hablar de afectos desconocidos porque no ha amado jamás el alma mía, salvo á lo que ya os nombré, y hasta hoy sentia palpitar mi corazón, pero él no ha latido nunca por mortal ninguno, jamàs.

—Y si hoy no podeis... ¿no podrias llegar con

el tiempo á hacer mi corazón palpitar al vuestro? ¿No llegaríais á amarme un día?

—No pidaís tan grande imposible como el que los ojos físicos puedan alcanzar á sondear lo que el pensamiento... Olvidad, amigo, esos sueños fantásticos, todas esas qüimeras, todas...

Pensad en lo posible.

—No penseis en nada más que lo que os pregunto, María. ¿Podríais llegar á amarme un día?

—No podría deciros que os amo, ni tampoco que podría amaros un día, porque encierra tantos misterios el alma!... Al corazón no se le puede mandar, no tiene freno; por lo tanto, ó se obedece ó se sufre. Ahora, no puedo aventurarme tampoco á asegurar lo que no he tenido tiempo de reflexionar, puesto que unas horas solamente hace os he conocido, por lo tanto, os repito, que unas horas no bastan para conocer los caracteres y profundizar el sentimiento. Así como podría yo engañarme, podrías también engañaros amando la cara y no el corazón.

Mejor fuera, entonces, que me hablarais de una amistad pura y franca y no echeis al viento más palabras de amor.

—Mis frases de amor son hijas legítimas de mi ingénua alma, María, y os juro, que si me amais, decidido estoy por vuestro amor á renunciar á la corona. ¿Lo aceptais?...

—Vanas son vuestras palabras puesto que no encuentran su eco en el alma mía. Soy humilde, muy humilde, ¿ya lo veis? mas no ambiciono riquezas ni triunfos. Quiero la paz en mi alma, Marqués, el reposo, ese en que ha vivido siempre; mientras que si mi corazón palpitára y os unierais un día á la pobreza, en vez de ser llena de glorias y esperanzas risueñas cada palpitación que os enviara mi pecho, sería un dardo de duda á la vez de remordimiento que agijonearía mi alma eternamente, recriminando la traición que os consentí hacer á la que feliz os espera, para que cumplais vuestros juramentos al pié del altar...

—María ¿qué es lo que oigo? ¿Quereis valerte de ese medio para que reconcentre en mi pecho tanto amor y no os hastié con mis palabras de amor?

No seais tan poco noble con quien os ama, María, tened piedad de mi, no me rechazeis tan sin compasión!!...

—No juzgueis poco noble à mi alma, Marqués. Sed razonable, y mirad si sois injusto, pues aun cuando no tengo el placer de conocer á vuestra futura, no puedo consentir que se traicione tan inclemente.

—¿Mi futura? ¿Soñais María?

—No oseis engañarme, ni creais tampoco que sueñe yo, Marqués. Decid la verdad para no matar en mi corazón todo el aprecio que me habeis inspirado.

—¿Dudais de mi palabra?

—Si dudo, teneis la culpa, pues ¿cómo quereis hacerme ver que mi cabaña es un palacio?... ¿cómo quereis hacerme creer que estando como estamos en la risueña tarde, querais que vea el lucero de la noche, y no el rubio sol que nos alumbra?...

—Es preciso destruir esos errores y hacer que brille radiante la antorcha de la verdad.

¿Quereis decirme á quién habeis oido hacer mención de mis amores, para así y ante vuestros ojos, demostraros palmariamente su error?

¿No os habreis confundido?

—Que sois el Marqués de Starleins me habeis dicho, y que buscando el Palacio del Recreo, palacio del Conde Rókson, os habeis perdido entre el bosque? ¿no es verdad?

—Cierto es lo que me preguntais, María, mas creo que esto no es una base sólida para que podais levantar sobre de ella el faro de la realidad.

Me hablais de unos amores que á la verdad me tienen intrigado, puesto que no tengo conocimiento y soy sin embargo, su protagonista, y aún más, re-

presentando un papel en que tengo que cumplir un juramento ! !...

¿Cómo podríais confirmarme que tienen fundamento vuestras bromas?

—Perdonad, Marqués, quizas esté equivocada, mas, vais á tener la amabilidad y dispensar si os dejo un instante solo, pero en cambio saldremos muy pronto de la duda, y así podremos probar si soy yo injusta y me valgo de este medio para no aceptaros, ó bien si quereis engañar á una pobre aldeana mintiéndole con amor que no ha de ver su realidad jamás.

Corrió María á la choza y apenas salió ya, estuvo de vuelta con un periódico en la mano, periódico que presentandomelo me dijo:

—Podrán tener errores de imprenta los diarios, es muy facil suceda esto, pero yo creo imposible y muy sumamente imposible, pueda equivocarse al punto de repetirse ya en seis, errores de nombres en los edictos; sln que se haya salvado semejante error, que creo no habrá pasado desapercibido para ninguno de vosotros,

Mi corazón latía. Temblaban mis manos con el periódico que tenía entre ellas. El alma se me cayó á los piés. Ya no tenía escapatoria, estaba descubierto ! ! Y aún tenía valor, é iba buscando una fórmula para convencer y obtener así, el amor de María. Viendo que quedé un instante en el silencio, prosiguió diciendo;

—Ahora sí, que si me es permitída la frase de deciros, poco noble, Marqués, puesto que intentais engañarme, que por cierto no lograreis vuestro propósito, sabiendo, que mi corazón se convertirá en roca si le hablais otra vez de amores, y bien sabeis que entre rocas no pueden nacer las flores.

Os tiendo mi mano desinteresada de amiga y con ella, la amistad del alma, y así será solamente mi afecto, y como hoy, siempre; porque será mi alma templo oscuro, de vuestro amor interesado, que no se levantará jamás el incienso de ese cariño para perfumarlo, nunca!

—No quiero negarlo más María, es tan cierto mis amores como lo prueba el periódico.

No me califiqueis de poco noble, mi tendencia no fué engañaros miserablemente ofreciéndoos un porvenir de rosas y brindaros abrojos; no María, por piedad, no me tacheis de poco noble. Os oculté mi amor conociendo vuestra alma ingénua, que me privaría de vuestras caricias, apartándome de vuestro lado por donde me parecía brindarme el destino una senda de perfumadas flores; de glorias, por no dejar que sufra otra alma á quien prometí mi corona.

No creais que quise ocultaros, no María, mil veces no, os lo juro por mi honor, que pensé callarlo, para que me aceptarais; y después, á vuestro lado hacer el cuento un día... Soy el prometido de Alicia de Rókson, pero ante su amor y grandezas, estoy dispuesto á renunciar á todo, y á ella, si me amais, y formaremos un Paraiso en la cabaña.

—Un juramento echo en nombre del Rey de lo Creado, no debe violarse así, y mucho menos, al calor de un entusiasmo.

¿No sentiriais mañana,—no mañana, luego no más—volver á renacer ese amor, cuando á su lado, feliz; oigais las flores del alma, sintais los latidos de su joven corazón que en cada palpitación os brinda su pasión? ¡Oh sí! que no os quepa duda, que renacerá el entusiasmo, como renacen las marchitadas flores al beso del sol, cuando reclinado á los recuerdos vuestro pensamiento, sintais retemplar en la conciencia el grito de su voz reclamandó el juramento de amor... y volverán las reminicencias del pasado, que tantas veces refrescaron vuestra frente, á anidar en el alma; cúal las golondrinas en el Estío, vuelven, bajo el alero do hubieron dejado su nido idolatrado...

No os aventureis á creer lo que os hace soñar el divino panorama de la tarde, quizá la melancolía dulce de vuestra alma... pensad en que pronto tenderà su manto, de negro crespón, la noche, y otros

sueños más gratos embargarán vuestro pensamiento, cuando alla... en el palacio, junto á vuestra amada contemplando el firmamento vuelva á ofreceros otro cuadro, más aceptable, la Naturaleza, y entonces, en el silencio de la noche volverá tal vez á renovarse un juramento hecho por las estrellas, por esos divinos planetas, todos. Por aquel rayo que enviará la diosa del espacio que bajará á besar vuestras soñadoras frentes...

—Como todo se perdona, María, también puede perdonarse un juramento mancillado.

—No es digno de recibir el perdón del cielo, el ser, que á un primer entusiasmo viola un juramento hecho por Dios. ¿Sabeis bien lo que decís, Marqués, cuando pronuncian vuestros lábios ese nombre divino? No profaneis, mirad siempre al evocarlo, por qué; y para qué lo haceis.

—Pero, María, ya que decís que es tan justo el Divino, no tendría acaso piedad de mi alma y me otorgára su perdón al sepultar en el olvido un juramento hecho en el pasado y al calor, entonces sí, ilusión, que creí fuera amor eterno y por eso lo hube jurado?

¿No sería mil veces más imperdonable unirse para siempre sin cariño: martirizando después un inocente que me amara, y llenara de caricias, á mi alma forrada con el hielo cruel de la indiferencia?

No puedo amarla María... Vuestro nombre se ha impreso en mi pensamiento, vuestra imágen en el alma... Os amo María... os amo y no volvais á repetirme que es adulterio mi pensamiento...

—Pensad que como aquella, otra nueva ilusión será ésta, que la destruirá el tiempo de la misma manera quizas que la primera vez que creisteis amar. Otro engaño será este, que mejor es evitarlo, para que ya que vuestra alma no sufriera otra tan pura como inocente, no tenga que llorar arrepentida la credulidad de un instante de feli-

cidad, sin pensar que es imposible que pueda brotar afecto tan inmenso en un instante apenas que me conoceis.

Despertad de ese ensueño que embarga vuestro espíritu, y mirad latente la verdad y entonces recordad cuanto amaba yo mi querida avecita que tantas veces hube acariciado; y si cabe en lo posible, olvidarlo, por esa que recién pasó y no pude admirar su trino por la rapidez con que cruzó el espacio, y tal vez no la volveré á ver jamás.

Pensad y comparad las aves, con el amor que ofrecisteis á vuestra prometida, y el que habeis brindado á esta aldeana que apenas conoceis; y solo así podreis ver que es imposible sepultar una dicha bajo un entusiasmo que durará lo que una alborada...

Un profundo silencio cortó el hilo de nuestra conversación interesante, sellando quizas para siempre el tema de amor que se había desarrollado entre nosotros.

María lloraba, cuando apenas nos conocimos, y yo reía... Ahora ella sonreía... mientras mi alma embargada de dolor lloraba en el silencio...

Mi corazón le amaba!!!...

Un momento después y en profunda meditación, así nos encontraron los labradores padres de María.

Las horas pasaron veloces y sin sentir, que volaban, me sorprendió el manto gris de la noche, brillando sobre él, una que otra estrella que ya asomaba para empezar á formar la guirnalda en el firmamento.

Recordando en medio de mi dolor, y egoista, lo fatigado que estaría aquel anciano con el peso de su trabajo, creí conveniente retirarme para que aquella buena gente descansara, y así lo hice, ofreciéndoles con toda sinceridad mi castillo, á lo que correspondieron ofreciéndome nuevamente la choza, la que acepté, ofreciéndoles visitarlos en las risueñas tardes de primavera mientras permaneciera en el Palacio del Recreo.

Una vez que me hube despedido de aquella tan buena gente, volví de nuevo á estrechar la mano de María, me hice el propósito de no mirarla, mas, el amor hizo desobedecer mi voluntad. Amor que no quería poner de relieve ante sus ojos, nunca, jamás y hacer un mito al porvenir, pero... En mi mirada se reflejó todo lo que breves momentos hacia ella habíale comunicado; lo que no pasó desapercibido para ella, su perspicacia observadora le hizo comprender el poema de amor que encerraba mis pupilas, y por esto desvió de la mía su dormida mirada.

Volví de nuevo la vista recorriendo el jardincito, luego la choza, y al contemplar las preciosas flores y sentir por ellas embalsamada la brisa, destacando entre aquellas la esencia del nardo, abusando de la bondad demostrada por los aldeanos, dirijiéndome á María, me tomé la libertad de pedir una de las aromáticas flores que adornaban la cabaña.

María, con placer se retiró de nosotros, y no tardó en volver con un precioso ramillete, flores recojidas por sus blancas y pequeñas manos, luego, entregándomelas me dijo:

—Llevadlas en memoria de vuestro paseo á la Aldea; y ofrecedlas á la que dichosa, é impaciente os estará esperando allá, en el huerto del palacio...

—Gracias, María—la dije—gracias por vuestra meritoria ofrenda: ellas me hablarán siempre de vosotros... siempre!... porque llevan en su perfume el retrato fiel de vuestros sentimientos.

—Sois muy bueno, señor Marqués—respondióme el anciano—y agradezco con toda el alma tantó favor á tan pocos méritos.

Tributais demasiado á lo pequeño, ó mejor diré, á la nada que hemos podido seros útil; pero ¿qué quereis? Se encumbran los deseos de poderos servir, más, lo que exije vuestra posición y mereceis, no es posible en nuestra humildad brindaros, por lo tanto, doble mérito tiene vuestra

indulgencia, porque mira la razón ante la posición.

En conversación estaba con el aldeano, mientras María, corrió á su balconcito, cogió una de las celestes campanillas que le adornaban, luego pidiéndome el ramillete con que me había obsequiado, le circundó con las azules flores.

Los nardos parecían que más perfumaban entre las campanillas, trayéndome á mi memoria un recuerdo de mejores días, de una aurora de dichas y glorias, mientras que las otras ¡ ay ! hacían contemplara en mi pensamiento la loza funeraria que guardará la marchitada flor de mis nuevas esperanzas que forjé en mis sueños fantásticos de ilusión junto á María, quien luego entregándomelo nuevamente, díjome:

—Ahora sí, podeis guardarlas emblema de la ingenuosidad de nuestras almas, así ellas, os dirán siempre y mejor, nuestra inmensa gratitud. Es este— como ya os he dicho— el único galardón que pueden ofreceros estos aldeanos á vuestra visita.

No tendrán valimiento quizas para vosotros, mas, creo que bien por medio de ellas sabreis cuánto, cuánto agradecemos! ...

—María—contestele.—No podríais haberme recompensado nunca con algo mejor que las flores. Os he dicho yo, y os vuelvo de nuevo á repetir, que para las almas del mismo temple, no hay posición, apariencia, ni esfera, porque sólo reconoce los méritos, en aquel que lleva el alma iluminada por la divina luz de la verdad, la ciencia en el cerebro, y obedece á latir su corazón á la voz de la conciencia. He ahí la lápida sólida colocada sobre lo ficticio, No soy de esos tantos que tienen que temblar ante las escenas representadas en el teatro de la sociedad. Los que con sinceridad, como estas flores me brindan, son los que con placer acepto; nunca me confundais, María, con una, entre el emjambre de esas máscaras que se desvían de la senda de flores, iluminada con la antorcha de la

verdad, para seguir aquella que les marca la sociedad; todo esto es apariencia que duran solo lo que las bombas de jabón. Un minuto de paraíso para condenación de una eternidad de martirio quizas, cuántas veces!!...

—Perdonad, Marqués. Lejos de pensar en eso os dirigí esas frases; cuánto siento que ellas hayan herido vuestra sensibilidad. Como generalmente y por ley, la nobleza se sacrifica en aras de sus títulos, no imajiné un instante siquiera, que pudiera existir una entre ella, que pudiera trasver lo verdadero, al través del arca de sus bienes.

Espero pues de vuestra bondad me disculpeis echando en olvido mis ofensibas frases.

¿Me prometeis Marqués, sabrais disimular, y no caeré á vuestros ojos?

—María, ni aún mayores ofensas hechas por vuestra voluntad ó capricho, llegarían á ofenderme; ni caeríais jamás por nada ante mis ojos.

No puedo ya hacerme un bajo juicio, ni mirar la mujer que admirada en el altar de mi alma la contemplo en lo alto, como el cielo.

Las miradas de María se cruzaron nuevamente con las mías,

Si enamorado estaba de la aldeana, creyéndola cual la creía, de escaso ó desconocido conocimiento, tímida é intratable, juzgando por su mísera posición que le habría negado quizas cultivar la chispa del saber. Cuanto más se redobló mi pasión por ella, cuando por fortuna á mi desgracia pude profundisar su entendimiento! Luego que la armonía volvió á resonar en el arpa de la amistad, como vuelve al mar la calma despuês de envolverse, cual serpiente herida, entre sus olas al vapular la tempestad—estrechando amistosamente otra vez la mano de María, y haciendo una cortesía me retiré con profundo pesar de aquella choza encantadora, de aquel nido envidiable de paz y ventura, de glorias sin fin, y modelo de virtud, y me dirijí por la ruta que me indicó el aldeano para llegar más pron-

to al Palacio del Recreo, donde después de andar y mucho andar llegué al fin á mi destino!... Y siempre pensando en Maria, y contando las horas que faltaban para llegar la deseada tarde del venidero día, le pareció más corto el camino, y con estos pensamientos sin sentir llegué.

EL PALACIO DEL RECREO

Así como el Marqués Omar llegó al palacio del conde de Rókson, el mencionado Palacio del Recreo. Apenas había caminado mitad del magnífico y soberbio jardín embalsamado por la brisa de la tarde, perfumada por las flores; cuando detuvo su marcha al encontrar junto á la elevada gruta, construida de preciosas piedras de diversos colores, y en cuya cima se levantaba luciendo gran estátua de mármol, estátua cuya base ó pedestal estaba limitada por multitud de dorados bronces que representaban flores unas, aves otras; por entre sus pétalos las primeras, y por sus piquitos las segundas, brotaba á raudales el agua que al recibir el beso del sol se asemejaban á chispas ó finísimas corrientes de fuego. Luego esas aguas iban á dormir dentro de la fuente, allí donde miles de pecesillos, rojos y plateados flotaban sobre el cristal de las tranquilas aguas como pequeñas embarcaciones que seguían la tensión de la corriente, después se abrían las aguas para sumejirse.

Junto á la gruta y en rústico banco de piedra, ornado de plantas que levantan sus ramas encima del respaldo; allí encontró sentada á Alicia, su prometida, el Marqués.

Alicia meditaba con su cabeza coquetamente reclinada sobre su brazo, se entretenía en mirar nadar los pecesitos, mientras que deshojaba entre sus manos las flores que acariciaban sus cabellos, á la vez que jugaba maquinalmente su diminuto pié, con el espeso musgo que formaba mullida alfombra en la extensión del huerto.

Tan espléndida estaba en su romántica postura y

su aire de Marquesa, que así como la vió su prometido el Marqués Omar, quiso olvidar de nuevo á la aldeana creyendo que la belleza de Alicia eclipsaba la hermosura inmaculada de María; pero, la reflexión vino y razonó, cuando puso en parangón el humilde y sencillo traje que vestía la seductora aldeana, pues lucía solamente un negro corpiño sobre bata blanca de nanzú; corpiño que ajustando sus esculturales formas hacía destacar su modelado cuerpo de catorce á quince años. Circundaba su nívea garganta un doble hilo de corales de donde pendía una pequeña crucesita de oro, luego los únicos adornos eran solamente las flores cultivadas por ella misma, flores que adornaban su cabeza mientras otras dormian sobre su pecho virginal contando los latidos de su joven corazón. Mientras que si ricas y valiosas eran las joyas que ayudaban á realzar la belleza de Alicia, no mucho menos lo era el soberbio traje de seda y encajes que ostentaba. Y apesar de todo lo que llevaba encima, no eclipsaba ésta la estética belleza de la hija del labrador.

El Marqués, al principio no quiso interrumpirla y siguió contemplándola, oculto detrás de las plantas más inmediatas; pero al rozar inconsciente con ellas, llegó el ruido á oidos de Alicia que se intranquilizó y temblaba de miedo.

Al verla temblar el Marqués se encaminó hacia ella, se saludaron con gran afecto, volviéndose, ya no ella sola entonces sino, ambos, á sentarse en el rústico banco desde donde cortó el Marqués unas flores ofreciéndoselas á su prometida para disipar la nube del enojo que empañaba el cielo del amor; pero, sucede, que apenas pasaba la nube de tempestad é iba á poner su túnica de záfiro el cielo del amor donde se veia ya asomar el iris de paz; cuando fueron interrumpidos por la voz de la doncella de Alicia que venía en busca de ésta, Luego seguido de este llamado se oyeron sonar multitud de timbres eléctricos que recorrían la extensión del palacio, sin duda llamando al comedor.

Aquellos obedeciendo la orden superior del Conde padre de Alicia, no tuvieron más remedio que decidirse—aunque contra su voluntad—á abandonar el poético jardín, donde dichosos y entre caricias se sentían tan satisfechos.

Un momento de silencio reinó en aquella soledad de dós, luego el sonido de un beso resonó y su eco perdióse en el confín del huerto...

Un momento después el Marqués ofreciendo el brazo á su prometida, en quien ni la más mínima seña de rubor se vió asomar á su rostro, y sin embargo en sus lábios sentía aún latente el beso. Esta aceptando gustosa la invitación del Marqués, se pusieron en marcha donde á poco subieron á la primera galería del Palacio del Recreo, donde sorprendieron un coloquio de amor en el que eran protagonistas la bella Silis, hermana del Marqués Omar de Starleins y Alberto Rókson, hijo del dueño del Palacio del Recreo.

Como los hubieron encontrado á su paso hicieron allí una breve estación, tiempo necesario para narrar, el Marqués Omar, el encuentro de la Imágen de la Aldea y las poseedoras bellezas que le adornan.

Luego que terminó su narración, invitó á su amigo Alberto, para ir á la Aldea en la próxima tarde, y como fuera favorable la respuesta de su amigo, cortaron inmediatamente el hilo de la conversación é intentaron, marchándose el Marqués y Alicia para ir á formar su coloquio á la otra galería, y dejar en paz aquellos; pero, como éstos que ya habian sido llamados también, marcharon en pos de los que interrumpieron su idilio y se dirijieron todos á la segunda galería para pasar después al comedor, donde ya impaciente y sentado á la mesa esperaba el Conde de Rókson.

Este era un hombre de mucho conocimiento, pero de alma envenenada por el ruin interés, el vil metal y la ambición; que cobijaba bajo la capa impura del oro todo insano sentimiento, por-

que si alguna idea ó pensamiento bueno cruzaba su cerebro, pronto se convertía al recuerdo del oropel...

Las riquezas era el lema de su corazón. El lujo y la obstentación su divisa. Su compañero más fiel era la sociedad; su placer, mostrar al mundo las potencias de su título poseido y riqueza: y su sueño dorado apilar oro, aun que fuera adquirido á costa de su honor y sacrificios...

Junto á el conde estaba su esposa, la condesa Alicia. Señora de gran talento y sociedad, de sentimientós tan encumbrados tanto más cuando lo demostraba su gran ingenio y la elevada nobleza de su alma cansada de sufrir, puesto que amando con todas las potencias de su corazón y se unió á su esposo, creyendo que el pecho de éste, era cárcel de purísimas afecciones.

Rara vez asomaba á sus lábios una sonrisa, pues cuando alguna sensación las impulsaba, reía con lágrimas, ante el recuerdo de aquel hombre que lejos de amarla, se unió á ella para multiplicar sus bienes. Y el alma, iluminada por la divina luz de la verdad, si le está vedado bañarse en sus rayos ¿qué le importa de títulos, riquezas, ni mil fantocherías para ostentar al mundo, cuando se cobija dentro un nido de hielo; sin un perfume de amor, sin una sonrisa de cariño, sin una mano cariñosa que seque sus lágrimas y mitigue sus horas de pesar?

¿Y cómo ella habia de pedir una caricia á su esposo, cuando éste era ciego al amor verdadero y solo conocía la adoración á las metálicas riquezas? ¿Cómo iba á pedir canciones de amor á un alma que solo piensa en lo material?... ¡Imposible! que pueda impresionar su espíritu la música, cuando no conoce ni sintió jamás la harmonía épica de la sublime melodía. Solo conocía el grosero choque de la desacorde escala que forma el golpe del oro, la plata y el cobre, iluminados todos á [illegible] de sus miradas de avaricia y acariciados por

su pensamiento. He ahi la musa que inspira al ambicioso, y solo piensa en halagar al mundo, antes que á los impulsos de su alma. Reñir un sentimiento legítimo, para cobijar una ley creada por la exijente sociedad y poder brillar en la corriente.

Ante estos recuerdos y sintiéndose huérfana de caricias, empezó por despreciar á su esposo, luego por odiarlo. Imaginaos ahora, lector, la batalla que habría en ese hogar sin fuego, por donde el aura embalsamada de maldades y ódios recorrerían ese hogar, donde en su seno se injuriaban y maldecían en contínua riña; y luego para presentarse al mundo se ponían la máscara de la mayor « paz, amor y unión ... »

Junto á éstos estaban también Martha de Rókson, hija de los dueños del Palacio del Recreo, y también junto á ésta, estaba Beatriz de Starleins, hermana del marqués Omar, y completaba la selecta reunión, varios personajes de la misma esfera; y entre ellos se encontraba el abogado Roberto, prometido de Beatriz.

La primera de éstas, era una rubita encantadora, rubita de elevados sentimientos tan puros como la brisa. Su alma noble y generosa se podía poner en parangón con los rayos del sol, que no mira, posición ni persona, para que caiga sobre ella su lluvia de oro — porque jamás miraba su grandiosa fortuna y mucho menos su cuna; era honrada, sin mancha su frente pura —las demás eran miserias de la vida, todo era un mito... Pues ella igual al pobre en su cabaña, al enfermo en su miserable lecho, colmábalo de atenciones y consuelos, ó bien los acompañaba á llorar y á sufrir — con mucho más placer acudía allí —que á los dorados palacios, donde solo brilla potente el asiático lujo, y por doquier el derroche de la opulencia, la mentira, la impureza, la maldad imperando el lujo, el metal y el oropel...

Martha era el reverso de la medalla con su hermana Alicia. Los sentimientos de su alma esta-

ban reñidos con los que anidaban en la de Alicia, que era ésta, del temple de su padre, pues eran sus dos almas templos obscuros al afecto, y profanados por la ambición, el oro, que dura muchas veces lo que la espuma que forma al mecer las aguas la barquilla, espumas que quedan desechas en la nada antes de llegar la ola á la rivera, sin dejar más, que, la estela del recuerdo de que cruzó el mar!....

Alicia había nacido como toda mujer frívola, para adorar su persona y vivir toda su vida en sociedad. No pensaba en el mañana que quizas tuviera que verse el águila altanera, al grado de degradación como el tenerse que arrastrar por la pendiente del vicio, proclamando en su desgracia una limosna y amparo por Dios.

No teme á la mano de la justicia, que puede darle el premio de su misma obra, castigando su orgullo y sacrificios hechos en aras del interés.

Beatriz de Starleins, era la segunda, la prometida del abogado Roberto, joven inteligente de grandes conocimientos y alcances, pero su mezquina suerte, le negaba su expléndido y merecido bien pasar, para brindar el trabajo á otros, de ilimitado cinismo y adulonería.

Beatriz amaba lejos del interés, y su amor imponía yugos hasta el sacrificio, ante las oposiciones mezquinas y sin fundamento que le hacía su madre. Turbando su reposo, martirizando su casta alma, pero no se le aniquilaba nunca las fuerzas del sufrir en la lucha mantenida hacía ya años. Ella en aras de un puro como eterno amor; juró no rendirse jamás, en la vida, no desviarse de la ruta emprendida, por lo tanto no era el olvido el galardón con que su ingénua alma fuera á brindar á Roberto, en el mañana, en tributo à los grandes sacrificios hechos por ella, pues, por su Roberto, estaba decidida á batallar hasta vencer, y ser feliz al recordarlo un día, quizas no muy lejano; la alcanzada victoria de su amor, sacrificios y constancia; victoria

que coronará de laureles la leyenda que formaron esas dos almas, que parecía de muchos, y muchos años veníanse encontrando.

Sus sueños, rosa de felicidad, no se extinguieron de su mente un segundo, por la oposición, al contrario. Esto era atizar el fuego de un amor que no moriría nunca, porque la unión de ellos era ley del destino y había que cumplirse, aún cuando esos sueños de esmeralda y rubí, al tocar la realidad, muy poco les iluminara el sol de la dicha: así como muy pocas auroras, brindando sus flores de ventura, sorprenderían el despertar de la pobre Beatriz, y llegando la noche cruel del último día en que sonrió la divina aurora de felicidad, envolverá para siempre en su fúnebre sudario, que desplegará la noche enlutada en el crespón, para ocultar para siempre las risueñas realidades de un ideal soñado que ya golpeará al ocaso, porque durará—después de tanto correr tras de él—lo que una nube de humo, que apenas si se ha acercado la ráfaga, ya se disipó.

Bien, volviendo al comedor, y después de un instante de alegría en medio de los brindis del champang, volvió el Marqués á hacer de nuevo el relato del encuentro de la Imágen de la Aldea en su aun deseado y favorito paseo, y hastiada Alicia de oir justísimas ponderaciones para otra mujer, como para la Imágen de la Aldea, apurando hasta las heces el cáliz de la envidia, levantando altiva su cabeza y dirijiéndose al Marqués con voz férula le dijo:

—Omar: Dejemos la aldea y sus aldeanos, que hastiada estoy de vivir en este desierto retirada de la sociedad; rodeada de gente rústica, grosera y lacerado los oídos pór el concierto diario de los animales, pues esos solos bien debían ser los cínicos habitantes de la aldea.

Apesar que el Marqués no encontró en las frases de su prometida, ninguna nota que armonizara aquel arpegio desacorde de vibración hiriente; pe-

ro amaba mucho á Alicia, y quiso creer que la causa de aquella expresión fuera el ave negra de los celos que había cruzado por su alma, pues no imaginó, ni cruzó por su mente la realidad. No era el ave de los celos, no, que batía sus alas. Era el faro de la envidia que potente se encendió en el corazón de Alicia, desprendiendo chispás de ódio y envidia.

El Marqués pronto olvidó aquel pasaje desagradable, convencido que la estrella refulgente del amor se había encendido en el alma de su prometida y entonces su pensamiento voló, remontándose á la región celeste de lo ideal, buscando el pensamiento amigo, el pensamiento dc María, para viajar dichosos por los poéticos bosques y las selvas, y vivir su vida en coloquio con la aldeana.

El silencio se sucedió en absoluto. Las ideas bullian en aquellos dos cerebros, los pensamientos viajaban, y sin saberlo, los dos marcharonse á la Aldea. El de Alicia, buscando en su ódio á la aldeanita bella, mientras que el del Marqués, se había sumergido en los recuerdos de la tarde. El amor por María se apoderaba de él, enajenando su corazón y su alma donde templaba la lira del cariño al calor de las reminiscencias; mientras sus lábios pronunciaban el dulce nombre de la madre del Señor — « Maria » — otra nota que armonizaba el acorde del recuerdo al través de la distancia.

Luego, lanzando un profundo suspiro arrancado por la ausente, no por la que estaba á su lado, dijo:

— Si conocierais la seductora aldeana, Alicia, estoy seguro la amaríais! ¿Quereis acompañarnos mañana cuando vayamos al bosque con Martha y Alberto?

Alicia enmudeció, solo miró al Marqués, y si con los ojos lo hubiera podido herir, le hubiera traspasado sin pena el corazón, en aquel instante, pues, aquella mirada, dijo todo lo que el lábio calló...

El Marqués volvió de nuevo á interrumpir el silencio, preguntando el por qué de su mutismo, y si

su proceder había sido incorrecto al invitarla para ir al paseo de el bosque.

—Quereis responder á mi invitación Alicia?—prosiguió el Marqués—¿Por qué habeis quedado muda, y solo me habeis respondido con amenazadora mirada?

—Me pedis que hable? pues bien, voy á hablar, para que sepais que agradezco vuestra invitación, y á la vez, que no puedo acompañaros; porque no me gusta la Aldea, ni el bosque, ni visitar las chozas.

La Aldea, porque es demasiado sepulcral el silencio que en ella reina, cuanto más en aquellos confines donde al toque de la oración, y los clarines parece todo funerario. Y la choza, porque no me gusta la gente rústica.

Perdonad, mas, no puedo aceptar vuestra invitación.

—Y creeis Alicia que son escasas de conocimientos toda esa gente?... pensad que no hay regla sin excepción, por lo tanto, á la altura de la más llena de méritos, inteligente y poseedora de los más altos conocimientos, allí coloco á María, ella es la excepción, es la nota de perfección en toda la Aldea, Y además Alicia, creo que aquel que ama, no encuentra penas ni tristezas, y esté adonde esté, junto al ser amado...

¿No gozariais complaciente mi voluntad, cual gozo yo al complacer la vuestra?

— Bien.—Si es verdad que es una satisfación el complacer mi voluntad, demostrádlo Omar, no bajando al bosque, nunca más.

—Imposible!... He prometido visitar á los buenos aldeanos, y quiero cumplir mi prometido; no quiero que crean que orgulloso los desprecio en su pobreza.

No quiero caer ante sus ojos de la altura que me colocaron, y mucho menos, mis sentimientos ante los ojos de sus ingénuas almas.

Bien podiais complacer mi voluntad, yendo los dos á visitarlos.

—¡Como se conoce que estais enamorado de esa mujer Omar!... Já, já... Que ridiculo no querer caer ante los ojos del labrador!... Que poco favor os haceis!... Podeis bien ir solo á la Aldea, que lo que soy yo, no puedo, no me siento dispuesta á acompañaros.

—¿Qué estoy enamorado? Alicia, ¿no sabeis ya cuál es el hada de mis sueños, y la que será pronto la reina de mi hogar, amor mío? No creais que creo rebajarme si amara á Maria, ¡no! Digna es de cualquier mortal que en alto se estime, y feliz, muy feliz será el que dueño absoluto de ese tesoro pueda llevarla á su hogar y estrechándola entre sus brazos pueda llamarla, mía!...

—Se vé que la amais, Omar, —respondióle Alicia, —el fulgor de vuestra mirada cuando pronuncias su nombre. os condena.

Si es que sufrís porque la amais, y en vuestra caballerosidad os lamentais esté empeñada vuestra palabra, no maldigais en el silencio la hora que me crucé en en vuestro camino, que por mi parte, podeis hacer de cuenta que desempeñais una alhaja, —al desempeñar vuestra palabra empeñada —y podeis consideraros tan libre como las aves, aûn más, como el aire, porque ellas no están nunca libres del cazador...

Fabricad vuestro nido como la pobre avecilla olvidada en medio de las hierbas del bosque' y olvidad no más que teniaís que fabricarlo como el ave altiva en la palmera ...

—No os aventureis, Alicia mía, en hacer juicios indebidos, que no tienen fundamento alguno. Si es verdad que vuestro amor brotó del alma, de esa chispa divina que despide solo luz de verdad, verdad sin velo, quiero que por el amor que encerrais para mí en ella, desecheis la idea y razoneis, que la felicidad no consiste en las riquezas. Dejad reflejar en el espejo de la verdad los nobles sentimientos que atesora vuestra alma pura, y vereis que todo lo que ella encierra es lo que se llama « Felicidad », y

entonces, Alicia, ante vuestro paso por el erial, se abrirán de par en par las puertas de la gloria, recinto donde con confianza, podreis llamar y os responderá la « Dicha », ofreciendoos mil venturas.

No creais, no, que porque fabriquen sus nidos esas aves en las altas palmeras, están por eso más seguras de que caiga sobre ellas un azote del cielo, os equivocais, porque quizas al azotar la tempestad—por ejemplo—los derrumbe primero desde la altura al encontrarlas á su paso, y con sus alas mojadas, sin poder volar, pueden quedar sepultadas en la tormenta... mientras que las otras quizas se libren del golpe fatal. ¿No son de Dios las dos, y El las ha creado para alegrar y ser ellas las dueñas de las selvas y los bosques?... ¿No tienen las dos el poder de cruzar los mares y el espácio, como de gorjear las dos?

Pues no creaís entonces, que por que viva María cual ave olvidada entre el bosque, el que llega á profundizar su entendimiento, contemplar su belleza y sondear sus sentimientos, como grandes conocimientos, deja de colocarla á la altura que Dios colocó á vosotros. ¡Ah, siempre, siempre la maldita apariencia!...

—Omar, por favor os pido, no me hableis más de ese medio de conquistar la dicha; porque no lo creo... Con confianza, decid claro que estais enamorado de esa mujer, de la aldeana.

—¿Delirais acaso, Alicia mía?

—No es que delire, Omar, ni es que me sienta atormentada por la impresión de un desagradable sueño tampoco, sinó, que tengo base fundada para decir que amais con pasión á la labradora; decidme pues, ¿Qué significan estas flores que durmieron tanto hoy sobre vuestro corazón, y luego, cuando cerraron sus pétalos las habeis guardado en el bolsillo?... Seguramente guardará en su seno algún recuerdo?

—¿Cómo podeis creer que encierre algún recuerdo, cuando una vez marchitas las he tirado?

—No intentes engañarme, Omar, que con esa mentira me dais una prueba más para conocer y juzgar malo y sin hacer excepción, al hombre. No es que por vuestra voluntad, vuestras manos hayan tirado esas flores, no, pues os he observado cuánto, cuánto las habeis buscado, cuando os disteis cuenta de que se os habían perdido.

Tomadlas, guardadlas si quereis, pero sabed bien, que se os han caído al sacar el pañuelo, y en el acto, sin deciros nada, yo las recogí. ¿Quereis decirme quién os las ha dado?

—¿No veis que son flores vuestras, mi amada visionaria?

No sabeis que una es la que ama mi corazón, y á esa amará mi alma eternamente, y jamàs, á otra mujer ninguna?

—Podreis amarme mucho, mucho, quiero creerlo Omar, pero, no me hareis creer nunca tampoco —porque en vano intentareis engañarme—que esas flores que en vida fueron nardos, entretejidos por campanillas de la selva; flores que habrán adornado quizas alguna choza!... ha sido obsequio mio...

Mientras estos amantes amontonaban nubes de ódio, envidia y á la vez de dolor, tristeza y sentimiento, todas en confusión chocando en el cielo del amor. Otros se juraban amor puro y eterno ante unas flores.

Lo que pasó después, entre el Marqués Omar y Alicia: ellos lo saben!!!...

EL JURAMENTO DE AMOR ANTE LAS FLORES

Silis palideció ante el pensamiento de que Alberto fuera á la Aldea, con el objeto de conocer la bella hija del labrador.

Una sombra de tristeza se dibujó en su semblante risueño, apagando de sus lábios la sonrisa de alegría y felicidad, mientras que sus párpados caian como ocultando á sus ojos alguna horrible visión que torturaba su alma, pero la real visión estaba batiendo sus alas temibles, puesto que el ave de los celos remontaba su vuelo, abismando su pensamiento en un mar de ideas, haciéndola presagiar un funesto porvenir, habiéndolo soñado de rosas.

Alberto y Silis permanecían callados. El primero, muchas veces intentó romper el silencio, pero, no quiso interrumpir con su conversación, sacando á Silis de la profunda meditación en que se había entregado, y seguíalo contemplando con inmenso amor, mientras que de hinojos le adoraba su alma —cual adoró el Marqués á la seductora aldeana.

Silis, habia dejado caer coquetamente su bella cabecita rubia como el sol, sobre el respaldo de la lujosa poltrona de brocato azul, como todas las que adornaban la galería expléndida del Palació del Recreo, y estaban colocadas dispersas entre las preciosas é históricas estátuas de mármol de Carrara, completando el adorno grandes espejos de viselados cristales, colocados á cortas distancias, realzaban la lujosa galería, así como también la gran cantidad de cuadros al óleo de la familia de Rókson y todos sus antecesores, é infinidad de figuras de onnix y bronce que destacaban entre la enorme y variada cantidad de plantas.

Silis sonreía con tristeza y de vez en cuando sus ojos buscaban en la mirada de Alberto, como queriendo encontrar escrita en ella un verso eterno de adoración y supremas glorias, y ante los recuerdos y el amor chocaban sus miradas como dos electricidades; así como ante la sonrisa de inocencia que se hubo dibujado en la corálea boca de Silis; habían lágrimas de tristeza en su alma, que hubieran querido saltar de sus ojos en cada pensamiento que formaban los celos; pero... era necesario beberlas, reprimirlas, hasta poderlas verter en la soledad, porque aún cuando amaba con los ingénuos sentimientos de su alma, sentía orgullo su puro amor, y no quería verter una lagrima, por no humillarse ante aquel ser que tanto amaba. Y á la vez por el temor de que pudiera ser olvidada un día, y miserablemente ser burlada por él, basado en su inmensa y sacra pasión eterna...

Pues si el tronco del árbol no permanece inmóvil y enérgico al viento, éste no se conformará solamente con sacudir á su antojo las débiles ramas; sinó que también querrá jugar con su tallo... y ante el amor está la energía, como ante los hechos la reflexiòn!

Como siguiera el silencio, Alberto lo interrumpió; pues creía que el amor sentido hacia él por Silis hubiera sufrido en aquellas horas unas metamórfosis, y sacándola de su profunda meditación le dijo:

—Que os pasa, que un instante apenas hace, os ví dichosa sonreir, y feliz pronunciabais palabras cariñosas, contándome un sueño de puras rosas al porvenir. Y ahora, importuna sombra de tristeza intempestiva y misteriosa, espantó á la vez la adorable sonrisa, que me guardan, esos tus lábios rojos, decidlo, por qué?...

—Una vez caerá la máscara que ante el amor no debió jamás caer, dejando brillar todo el afecto, respondió la joven; pero al fin no diré que la causa de mi tristeza será tal vez el demasiado amor...

—¿Y os parece demasiado el amor que vuestro corazón siente por su Alberto?

—Demasiado, no lo creo cuando es bien correspondido, mas: ¿si es el olvido su galardòn, Alberto?...

—¿Y creeis acaso que pudiera olvidáros, olvidar estas horas tan gratas á la vida?

—Como cualquier mortal, y no os recriminaría si tal sucediera; pues sería ley natural, ley del destino.

—¿Y créeis en el destino, Silis? Pues si se abismara nuestro sueño de ventura, no lo diría que fué el destino, sino casualidad.

—Alberto, perdonad que os diga, mas, lo que no existe es la casualidad y creo no ha existido jamás, por lo tanto, si se sepultaran en el ocaso los sueños de rubí sin llegar á tocar la soñada realidad, yo diría: Que es ley de la justicia, esa diosa que rige nuestros destinos.

—¿Y á qué vienen ahora estas supersticiones, visionaria mia?... Ah! Teneis razón, ya creo haber dado en la tecla, Se ve que no teneis más en que pensar, y os hace agrupar estas ideas el silencio absoluto que reina en esta triste y solitaria aldea, y acostubrada al bullicio en que vivís, forzosamente teneis que extrañar. Y al volar vuestro pensamiento buscando ánimo y alegría en el seno de la sociedad, recordando que estais lejos de ella, justísimo es que de vuestra alma se apodere la nostalgia en esta monótona soledad del desierto!

—¿Cómo podeis creer en lo increíble, Alberto? No veis que es imposible que este divino silencio y soledad que dan expansión á el alma mía, pudieran llevarme al hastío? No sabeis que se cumpliría mi voluntad, si pudiera yo cambiar por esta soledad y silencio, los festines y bullicios en que obligada tengo que vivir ante las vanidades de la sociedad y bajo mil disfraces, como todo lo que se relaciona con ella? No sabeis, Alberto, que yo renunciaría satisfecha y feliz á un tiempo, para no

seguir yo también enmascarada, la rueda, (cual se sigue en la sociedad), teniendo que tender la mano —como todas las que allí las tienden —con placer —en apariencia —brindándonos un beso, pero... como Júdas lo brindó?

¡Cuántas veces nos echan flores á la cara para arrojarnos á la espalda las espinas!... Ya veis, Alberto, si estando convencida, cual lo estoy, de la sociedad, pueda extrañarla, y sienta correr tristes mis dias aquí, donde nadie interrumpe mi reposo, aquí donde se vive tan tranquila, cual ave olvidada entre la selva umbría.

—Cierto es, mi dulce Silis, que es sublime la soledad de dos en este silencio, pero también donde no hay variación se siente hastío, por lo tanto, no os recriminaría; la sociedad, es parte de la vida, y más vosotras que habeis nacido para adornar y brillar en el seno de ella, y si faltàrais, justo será que extrañeis y también que ella os reclame, exigiendo vuestra belleza, el derecho de renunciar á vivir en la soledad de la Aldea.

Esa metamórfosis que habeis sufrido en tan pocos minutos, será tal vez motivada por que mi lira de amor no sabe escoger las frases cual lo pide vuestra alma. Si es así, Silis, lo siento, mas, qué quereis que yo haga; muchas veces el silencio... dice más que la palabra.

Halagos, admiración será lo que necesitais? O tal vez os pide vuestra alma un otro amor en que no enmudezca el lábio?

—¡Qué equivocado, estais!... ¿No sabeis, Alberto, no os he dicho ya, que quisiera seguir una senda iluminada por la luz brillante y pura del faro de la verdad; y no por la ruta escabrosa cual marca la sociedad... apesar que ahí está el mérito, el estar junto al foco y no quemarse? Si algo yo deseara, Alberto, fuera que la sociedad, en su manto, jamás me cobijara, ¿y sabeis por qué? Por que es de apariencia ese manto y al desplegarlo, ... cada uno de sus pliegues lleva oculto la mi-

serable crítica, la envidia y mil otras muchas maldades para pregonar al mundo sus ruindades, creadas cuantas veces, lejos de la verdad, hija del mezquino y débil género humano.

Son miserias que se ajigantan á medida que van recorriendo la extensión del mundo, en vez de cortar su vuelo y abismar una calumnia que tantas veces levanta en su atmósfera, la sociedad; la deja remontarse en vez de hacerla caer en el abismo del olvido cual la avecilla mortalmente herida con sus alas rotas!!...

Ya véis pues, Alberto, si puedo extrañar la sociedad y contar en mi existencia que ella ha sido la causa de arrastrar á mi alma nostálgicas horas y noches sombrías.

—Y cuál sería entónces vuestra dicha? ¿Queréis decírmelo, dulce bien mío?

—Mi aurora de dichas fuera vivir cuál vivo en este instante, aquí mismo en la Aldea, en brazos de un amor...

—¿En brazos de un amor? ¿Y no soy yo acaso ese soñado bien de vuestra vida? ¿No me lo habeis dicho ya; ú os habéis arrepentido?

Teméis acaso que un dia, aquel que os amó pueda miserable ir á pregonar los sentimientos nobles y puros que atesora vuestra alma?...

—No, no puedo creeros que sea vuestra alma tan innoble; pero...

—Hablad Silis, no calléis que para eso os he abierto de par en par mi corazón... ¿O acaso me estáis confundiendo con uno de esos tantos?...

—No quiero confundiros Alberto; no quiero haceros tan poco favor, creyéndoos uno, de esos tantos séres enmascarados. Si por desgracia mañana me olvidais... con todo el dolor de mi alma solo me oiriais, porque os repetiría lo que hoy: Que no os recriminaría jamás, pensando en que la ley del destino tiene que cumplirse, y no, la voluntad del hombre.

Quisiera deciros mucho de lo que mi alma encie-

rra, mas, voy á callarlo hasta el mejor día prometido, en que juntos veamos brillar la aurora!... morir las tardes; y lucir las noches!...

—Hablad, no calleis, por piedad Silis mia, abrid vuestro corazón al ser que os ama, cual las aves á sus nidos. Cual ama la golondrina que no olvida jamás bajo el alero en que anidaron.

—Y de qué vale que al calor del amor que sentis hoy, me hagáis mil promesas; si un nuevo entusiasmo (por ejemplo) enajenara vuestro pensamiento y corazón mañana? Decid? ¿oiriais responder si le hablaráis á una roca?

—Jamás.

—Pues bien, vuestro corazón, en este caso, seria cual la roca, á mis amores... y que triste cuando se ama y vive el alma junto á otra: quedar á oscuras y sola en el oasis...

—Os estoy desconociendo, Silis, por ventura ¿queréis decirme lo que motiva tanta desconfianza; cuál es la causa de que crucen por vuestra frente soñadora, tan oscuros pensamientos? Decídmelo? por qué?

—Alberto de mi vida... será tal vez porque os amo demasiado... porque....

—Hablad, Silis mia, por piedad no calléis, dad espansión á vuestra alma pura, mientras que yo estasiado contempladoos os escucho. ¿No sabéis que es imposible transformar mi corazón en roca, y que solo al encontrar el fulgor de vuestra mirada, palpita rendido de pasión? ¿No sabéis que en contacto están siempre nuestros pensamientos y confundidas nuestras almas?

Hablad sin ambajes ni temores; habladme, Silis mía, no calléis.

—Algo de lo que iba á deciros era, Alberto. Que nada más ambicionara mi alma, hoy y siempre, si vivir pudiera cual vivo en este supremo momento, oyendo vuestro acento cariñoso, aspirando los dos el mismo ambiente perfumados por las flores, recibiendo el mismo beso de la aurora; el mismo

beso del sol; y el beso mismo de la diosa del espácio que al caer sobre nosotros, en coloquio nos sorprenda...

—¿Sólo eso ambicionáis?

—Nada más ambiciona mi alma Alberto, nada más...

—También quisiera yo, que esta ventura fuérase multiplicando y eternizará; y que nunca encontrarán nuestras dichas, el ocaso donde sepultarse,

Y así eternamente oyéramos vibrar la dulce arpa de amor, al arrullo de nuestras dos almas. Y después, cuando al pié del altar, unidos por siempre quedáramos apartados del mundo, cual las aves, al confín del bosque nos iriamos á anidar...

—Proseguid Alberto, no calleis, ahora os lo pido yo, soy tan dichosa en escucharos!... ¿Es verdad todo cuanto me decis?... ¿me lo juraís?

—Con el alma os lo juro Silis mía, y he ahí una prueba más, de que os amo, y cual os he prometido cumplir mi juramento.

Alberto tomó entre las suyas la nivéa mano de su amada que tembló, al contacto de las de su adorador, mientras el carmin tiñó de lleno sus pálidas mejillas, porque sintió diversas impresiones, pues á la vez que de temor y desconfianza, al mismo tiempo de satisfacción.

—¿Por qué temblais, prosiguió diciendo Alberto, al sentir entre mis manos la vuestra? ¿No seré un día dueño absoluto de ellas, acaso? Ó es mentira vuestro amor, Silis, y el motivo de vuestra metamórfosis sufrida, será que recién despertais del engaño que aletargaba vuestro enajenado pensamiento?

—Alberto, no lo creais así, pues no es ni será jamás un sueño, lo que germina en el alma, y bien sabeis, que lo que brota en esa chispa, todo es como ella: «Inmortal».

¡Oh, Alberto! si me amarais con el alma, (cual me decis). Al través de tiempos y distancias; yo sintiera latir en paz mi corazón, porque la duda, no

amargaría tampoco entonces, ni una hora de mi vida, llenando de amargura el alma mía, que creo os ama demasiado!...

—¿Y por qué decis que si fuera el amor del alma sintierais latir en paz el corazón?... ¿No sabeis, no os he dicho ya, que es el alma la que os ama, Silis mia?

—No siempre se quiere con el alma Alberto; también se ama con el corazón. Cuando es el alma la que ama por más pequeño que sea el cariño, ¡cuán inmenso es, pues es eterno! ¿Qué no será entonces cuando ama con todo su fulgor?...

Cuando ama el alma, se estasia como compañera al arrullo de los cantos de amor, y que expléndido! de que incomparable belleza se encuentra el ser amado; aún cuando la hermosura esté ausente de ella! Mientras que cuando quiere el corazòn, es cuando mirais una mujer bella (por ejemplo) que os confunde y enloquece el fulgor de su dulce mirada. Créeis amarla con el alma, correis trás de ella, conseguis ser su absoluto dueño; sois feliz al haberla conquistado. Vendrán trás el dia del triunfo muchos días más, luego los meses, y después... los años, y con ellos, irá marchitando la belleza, y el fulgor de aquellos divinos ojos se irá también apagando,

¿Qué será del ser que por poseerle y ser dueño de una beldad corrió trás ella; y creyó que le amó con toda el alma? pues nada más justo que la decepción sea completa, puesto que la ama el corazón, y como que el corazón es materia al no ver en él ya la hermosura aquella reflejada, de dolor y tédio sentirá que se marchita el pobre corazón desilucionado.

Por eso, digo Alberto que quiero unir mi suerte á la de un ser que me adore con el alma, con ese legitimo cariño que vá más alla de la tumba, y no con el amor del corazón que allí concluye....

—Y sois de los que creen, Silis, que más allá de la tumba, hay otra vida para el alma?

—Alberto. ¿Como no voy á creer que el alma sea una chispa que nos presta Dios, para que tratemos de perfeccionarla, y luego de cumplir su misión sobre la tierra, tenga que volver adonde brotó, á recibir ó perder, según sus obras, su corona?

¿Y cómo no ha de seguir amando desde allá, lo que en el mundo amó? Pues credme, Alberto, que si muriera, os amára yo desde ultratumba,

—Pensad que os amo, Silis, y que no os importe si es amor del alma ó del corazón, puesto que como hoy, os amaré siempre, siempre...

—Mi amor es como el sol, astro divino, cuya firmeza no varia jamás. Verdad es que se oculta, —á nuestra vista, al beso de la noche; pero vuelve al otro dia á brillar. Es mi amor comparable á ese astro que brilla en el cielo del alma, y también puede ocultarsé tras alguna nubecilla que lo empañe, y á veces, por el crepúsculo de un engaño; pero también y como el sol, volverá á brillar después. Mientras que si es el corazón el que os amara, à la primera nube no más, quizá pudiera encontrar su ocaso y en él sepultarse por siempre... Pues, pensad y comparad, que triste será para él que con el alma corresponde, eternamente, al afecto mortal del corazón!...

En que sombrías noches se convertirán sus dias por venir, mirando solamente brillar á la esperanza, como luciérnagas en el crepusculo de la duda, hasta que un dia brillará la aurora dejando en descubierto la realidad, para que apague su luz, la postrera ilusión de esperanza...

—No debeis importaros, ya os he dicho, si os ama el alma mia, ó el corazón: ni debeis ser tampoco supersticiosa. Recordad, Silis, que el amor de la infancia, no encuentra jamás su ocaso: jamás... ¿O no recordais ya el pasado?

—¿Si recuerdo el pasado, me preguntais? ¿Y como no recordarlo Alberto, si cada pasaje guarda una reminiscencia nuestra?... Esos árboles del

huerto donde juntos nuestros nombres hemos grabado!... ¡Cuantas fechas memorables ellos guardan!.....

¿No recordaís cuántas veces al pie de aquellas palmas, que junto á la fuente, gallardas se levantan, nos juramos un amor puro y eterno mientras nos veiamos reflejar en el cristal de las aguas?

—¿Nada más recordaís, Silis amada?

—Sí, cuando corriamos dichosos por el huerto, en busca de niditos y de flores; cogiendo frutas, y cazando mariposas!...

—Y nada más que eso, recordais?

—Recorre mi pensamiento; el libro de mis memorias, y es tanto lo que hay escrito!... que creo nunca terminará de contáros!...

—Pero quisiera que me contaráis, precisamente lo que callais... ¿No recordais aquella tarde, junto á la fuente, cuando os contaba como se aman las flores, y en sus perfumes también se decían: «eternidad»... Luego juntando dos de ellas hice se besaran, á la vez que también se unieron nuestros lábios?...

Silis calló, bajó su mirada de fuego, inclinó su cabeza, como débil flor empujada por el viento; y solo dijo:

—Sí... lo recuerdo!...

—Recordais hoy, como en aquel entonces, el lenguaje de las flores, Silis mía?

—Y como no recordarlo cuando me lo habéis enseñado, Alberto? Cuando ellas eran las mensajeras de nuestro amor, y cuando no podiamos bajar juntos al huerto, por medio de un ramo de ellas nos hablábamos?

—Bien, si lo recordáis. Tomad estas flores que en su lenguaje, os dirán cuanto, cuanto os amo.

—Alberto, y si muerèn estas flores que me brindáis como emblema del amor que por mi sentis; como es tan corta la vida de las flores, duran solamente un dia á veces, tendrá tambien que ir el amor á buscar su tumba; cuando mueran estas tiernas flores?

—Silis mía, ¿no recordáis por ventura, que tambien tienen alma las flores?

—Lo recordaba sí, más quería ver si tambien lo recordabaís.

Verdad entonces, que aún cuando mueran ellas vivirá lozana y perfumando nuestra existencia la flor inmortal de nuestro amor?

—¿Me amais mucho, dueña mia?

—Si Alberto, os amo tanto!...

—¿Me amareis cuanto yo os amo?

—Creo que os amo tanto más, cuanto me amais...

—Comparemos nuestro amor, Silis mia, y veréis tal vez que os amo yo más...

—Bien, ¿con qué comparáis vuestro amor Alberto?

—¿Yo?... Con una siempreviva. ¿Y vos con qué lo comparais, Silis?

—Con una estrella...

—Yo con el sol, entonces.

—Bien, entonces yo con el cielo.

—Yo, con el cielo y los astros todos.

—Y yo, con el Universo entero.

—Ya que decis que el alma vá más allá de la tumba que es inmortal; vida mía, yo lo comparo con el alma entonces.

—Y yo, Alberto, comparo el amor con el todo, y no hay más. Con Dios.

—Está bien Silis, me habeis ganado, pero el ganar una apuesta; no quiere decir por esto, que yo no os ame tanto cual me amais ¿verdad?

—Veremos, el tiempo será el fiel testigo, por lo tanto, yo no aventuro los hechos del porvenir. Esperémoslo con calma y que sea lo que Dios quiera.

—¿Lo que Dios quiera decis?

—Eso mismo.

—Pues lo que querrá será que pronto, como pienso, se realicen nuestros sueños de rosas...

—Aún está muy distante, y podreis soñar tanto todavia!!!...

—¿Tan lejos créeis que esté la realidad de esa dicha soñada?

—Sí... Tanto cuanto más lejos está de nosotros, la estrella más lejana... y quien sabe lo que vendrá del hoy dichoso, al mañana!!...

—Silis, ¿dudais de mi honor, juramentos, amor y palabras?...

—¿No sabeis Alberto, que la duda es hija del grande y sincero amor? por lo tanto cuanto más se ama, mayor es la duda; y es tan horrible amar con el alma, y tener que dudar!...

—Matad la duda, esa serpiente oculta trás de las flores del alma que no os dejan la libertad absoluta de poderlas arrancar, para dejar así aspirar sus perfumes, vuestras frases cariñosas.

¿Y cómo yo os amo tanto Silis, y no dudo ni un momento de vuestro amor?...

Decidme mejor que creis amarme, y os habeis engañado, y buscais ahora el medio de evadiros de la red en que habeis caído y os valeis de este medio, diciendo que dudais de la sinceridad de mi amor... porque es el único pedestal en que podeis afirmar vuestro propósito, para borrar con el codo lo que habeis escrito con la mano...

—Por mi honor os juro Alberto, que no busco medios de desacerme de un amor que me dá á gozar á la vida horas tan dichosas.

¿Cómo podeis créer en lo increíble, Alberto de mi alma, cuando sois mi soñado bien, y sereis el único con quien hablaré de amores en la vida; pero... decidme ahora. Cuando se llega á dudar del cariño de una madre... de esa mujer adorable, vida de vuestra vida, y alma de nuestra alma; por quien damos sin vacilar la última gota de sangre que corre por nuestras venas; si de ella he llegado á dudar, decidme Alberto ¿de quién no se duda?...

—Silis, ¿es cierto que dudais del amor santo de vuestra madre?... Quizas la amareis mucho, y os parecerá tal vez poco su amor, para galardonear el vuestro?

¿Será sin duda, muy poco cariñosa, muy fria, y

como tanto le amais, necesitais sus caricias? pues de lo contrario, no veo sea posible dudar del amor de madre.

—Sí, Alberto, quiero creer que le amo demasiado y sea quizas ésta la causa... pero!...

—Pero yo creo que soy bastante expansivo, y convencida estais que mi amor es tan puro como la brisa ¿verdad qué no lo dudais ahora, alma de mi alma?... Verdad también que sabeis que soy vuestra voluntad; tú mi reina, y yo vuestro vasallo?...

—Apesar de todo Alberto, mejor es estar prevenida y es bueno siempre dudar un poco del hombre.

—Y por qué dudar, cuando se tiene tantas pruebas convincentes?

—Porque el hombre va recorriendo por donde le marque el destino, y al seguir la trayectoria de su vida, se asemeja á las pardas golondrinas, que mientras cruzan los mares en busca de cálidas regiones, en cada una que se vá estacionando deja en cada una de ellas, un nido... como dejareis vosotros, donde vais, quizá cuantos amores!!!...

—¿De mi amor también dudais Silis, sabiendo que es tan puro cual la brisa, tan firme como el sol?... De mi amor, que nació en la infancia, y hoy despertó con todo el fulgor de la pasión?... Recorred vuestra imaginación, pensad cuando los dos eramos aún niños... ¿dudáis aún?

—También desde entónces os amo, y niña os entregué el corazón. Ahora el alma, pero...

—¿No recordáis ya tampoco allá en el huerto y bajo las palmas, cuando eterno amor nos juramos?...

—Cómo no recordarlo; si, me dijistéis lo que hace un instante me repetisteis. Que yo era vuestra idea, vuestro pensamiento y alma y ¿qué os respondí yo Alberto?

—¡Oh ya lo recuerdo!... me dijisteis entonces: ¡A nuestro amor una palma!... Pues, vuestro, Alberto, os demostrará palmariamente en el porvenir, si fué sincera mi palabra.

—Quién sabe, Alberto lo que el destino nos depara... El hombre propone y Dios dispone, por lo tanto, no podemos aventurar contando un hecho como que gozaremos ese sueño de puras rosas, en el porvenir. ¿No recordais que marchamos á merced del destino; y que á veces esas mil ilusiones que se forja el alma. Esa senda de flores que soñamos, se trueca en escabrosa ruta, y a cada paso abismos encontramos en este insondable mar de la vida, por donde seguimos cual débiles barquillas, en medio de las encrespadas olas de dolor y desengaños, sin divisar siquiera un faro de esperanza, y asi tendremos que peregrinar siguiendo siempre la ruta, en medio de las tinieblas sin brújula, ni guia, que nos pueda enseñar y conducir á una ribera de dichas, para ofrecernos unas flores?...

—Hablais, mi dulce Sílis, cual si realmente fuerais cruzando una senda de espinas y abrojos.

Si la habéis soñado de dichas, y creeis que será de martirios; prometo que desde hoy, no habrá ya, ni siquiera nubecillas, pues todo se convertirá en flores.

Yo, en mis sueños he visto que viajamos, por paises de amores y venturas, cual viajan nuestros pensamientos entre rosadas nubes de ilusión, y tocando ya en el puerto de esa realidad querida, donde una antorcha eterna de ventura nos brinda supremas glorias...

—Alberto!... ¿qué son los sueños? Nada más que fuegos fátuos, que brillan para dejar el pensamiento abismado en un mundo de ilusiones... El sueño, es la realidad del deseo y la caricia de lo imposible...

El sueño, es el único mensajero que nos hace ver la realización imposible de la más completa felicidad tan entera como eterna...

En fin, Alberto, no creais, en la realización de tanta ventura porque así lo hayais soñado: Pensad que los sueños, son mariposas de luz que sobre del

fuego duermen, y al despertar... se encuentra con sus alas quemadas!... Eso es el sueño...

—Silis, por Dios, os estoy desconociendo. ¿No soñabais hace apenas un instante, cual sueña mi alma enamorada, y anciosos esperando la realidad; el paraiso de eternas venturas que gozaremos en el mañana los dos?

¿Decid, porqué, Silis de mi alma, porqué quereis despertar?

¿No veis que hay sueños que quedan tan impresos, que parece á cada paso en la vida, sentir la sensacion en realidad?

—Os gusta entónces, vivir soñando, dormido, ó bien despierto, contemplando por toda la existencia, un paraiso en la memoria?...

Pues yo, quiero la realidad por más negra que sea: porqué la realidad es la vida latente de los hechos y las cosas. En una palabra, la realidad, es lo que se llama verdad sin velo!...

Y cuando tanto se sueña, y sólo por haber soñado convencido está de que la realidad llegará ¿qué sería si despues de haber iluminado el faro de esperanza, empezára su luz á oscilar, hasta apagarse, y diéramos entonces contra las peñas del desengaño?

—Siempre que fueran los sueños solamente, los que sucumben, pero marcharemos en pos los dos, nada importaria, puesto que estando juntos todo el pesar fuera nada; y la vida seria más llevadera.

En medio de tantas espinas, habiamos de encontrar alguna flor!...

—Y si llegarais un dia á olvidarme, Alberto?

—Imposible me parece que fuera tanto vuestro amor, que hasta os hiciera dudar de vuestra sombra...

Olvidad, por mi amor os lo pido, el preságio doloroso que pronosticó un momento de duda, embargando el pensamiento sin dejar trasver la dichosa realidad del mañana.

—Ya os he dicho, Alberto, amor mio, que es mejor estar prevenido á todos los combates de la vida,

pues de lo contrario, pudiera ser para la lucha moral cual débil soldado, rendido ante la batalla, y como no pudo salir victorioso no habrá un laurel para poner sobre su tumba... pues de la misma manera, puedo ver alcanzada una victoria, y puede sér ese el momento preciso en que la voy á perder...

No siempre y de flores, cual hoy, hemos de encontrar régado el campo de la vida por donde se deslicen nuestras dos existencias, por que para mí, como para cualquier mortal, tendré quizas que tropezar con peñas...

—¿Y dudais, Silis de mi alma, que el destino se oponga á nuestra felicidad?

¿No os dice también ese faro de verdad, que cual su luz, es el amor que inspirais?

¿No teneis fé? ¿Aun dudais?

—La fé, Alberto, es la compañera inseparable de mi alma, y es la que ayudará á levantarle si un tormento de la vida tiene que agobiarle...

La fé, es un hilo de oro, que nos une con el Divino, y salpica de bálsamo de resignación las heridas, haciéndonos ver que, si se trocan los sueños en este valle, hay otro más allá, en el cual se irán á realizar después...

—Pues, mi fé, Silis, es vuestro amor, y vuestro amor son los lares que reanimarán mi espíritu, haciéndome un héroe en todas las batallas de la vida.

—No veis que es inverosímil las palabras que os hace pronunciar el cariño. ¿Mi amor vuestra fé? ¡Alberto! no os aventureis á creer lo increible, y pensad bien lo que es la «Fé»...

—Nada os hablaré de la fé, ya que no quereis aceptar lo que os digo; «De que es vuestro amor mi fé» pero escuchad: Os amo con todo el amor de mi alma Silis mía, y cada minuto que pasa aumenta mi cariño, y os juro por mi nombre que cada vez será más, y eternamente.

—Deteneos Alberto; no prosigáis un juramento, que podeis muy fácil violarlo.

—Yo sé que no sois capaz de dudar de mi amor y

juramento; que sólo me decis eso Silis, porque quereis de nuevo escuchar que os amaré hasta la tumba.

—Gracias mil por tanto amor, pero créedme que al escucharos, á pesar de ser feliz, á la vez siento tristeza.

—¿Y por qué—mi dulce bien — sentis alegría y pesar á la vez?

—El por qué, me lo preguntais? ¿No me habeis dicho Alberto que vuestro amor durará hasta la tumba? pues bien veo, no sabeis amar hasta la eternidad... cual os amará el alma mía.

No me deciais ha un instante apenas que, aún que mueran las flores, nunca el recuerdo del perfume, porque es la esencia el alma de ellas?

Pues creo que nuestras almas pueden amar desde ultratumba.

—¿Amar desde ultratumba? Perdonad, mas, no lo creo, que después de esta real y verdadera exista otra más alla. Decidme entonces, ya que creéis en ese gran imposible. Si muriera uno de nostros—por ejemplo—¿cómo sabriamos uno del otro? ¿Cómo que seguimos amandonos siempre y esperándonos allá para unirnos otra vez para toda la eternidad?

—Si teneis fé, facilmente sabríais que nos seguimos amando. Una prueba necesitaría y ésto bastaría.

—¿Una prueba? podeis pedirla, cual es ella, Silis?

—Un amor eterno como grande, y jurarme si yo muriera primero, no amar jamás, ni unir á otro ser ninguno, vuestra suerte.

—Bueno os lo juro Silis mia, más, no hablemos de tumbas ni ultratumba, ahora tan luego que es la hora del amor.

Os amo, os adoro y os prometo, por mi honor, que pronto os llamaré mia.

Y os lo vuelvo á jurar ante estas flores, flores que quiero las guardeis en memoria de este día.

—Las guardaré cual me lo pedis Alberto, y cui-

daré que no vayan á deshojarse, porque como es el emblema de nuestro amor, no quisiera que se perdiera de ellas un pétalo.

—Y ¿porqué temeis perder un pétalo de ellas?

—¿Me lo preguntais Alberto?... ¿No veis que es tan corta la vida de los lirios?... ¡Y como me las disteis emblema de vuestro amor!...

—Bueno; No las guardeis como símbolo de mi cariño, guardadlas solamente, porque durmieron todo el día sobre mi corazón y contaron sus latidos, que al colocarlas sobre vuestro pecho os los entregaran, contandoos á la vez, mi amor.

—Gracias, muchas gracias Alberto. Recibíd en galardón á ellas esta flor que aún cuando poco delicada y sin perfume, pero lleva escrita en su nombre, el amor inmortal del alma mia.

—Os agradezco, la guardaré cual me lo pedís. ¿Me juraís sobre ellas, un amor inmenso como puro, cual yo os juré, un amor inmortal á la existencia?

—No prosigais un juramento que bien podeis violarlo inclemente, pareciendoos imposible el olvidarlo en momentos que creeis amarme con pasión. Juradme solamente que me quereis, y apurará mi alma vuestras frases en el calíz de la dicha: más, no me jureis que no me olvidareís jámas porque es tan débil el género humano, que otro amor puede haceros mancillar el juramento de eternidad.

—Llevo acaso en mi frente el sello de la ingratitud y la injusticia? ¿Creeis por ventura Silis, que pudiera brindar mi amor á otra mujer, ó bien, que ama ya mi corazón y os oculto á vuestra alma noble, ese amor?

—No es que crea que ameis hoy, precisamente, no, pero decidme: Si en el sendero de vuestra existencia, llegarais á tropezar con otra mujer, llena de encantos y atractivos: decid ¿que hariaís si sintiérais palpitar por ella el corazón, y sintierais enajenado, á su recuerdo, vuestro pensamiento; hasta tener que seguir sus huellas, y seguir con ella en

pos de la ventura hasta encontrar el soñado porvenir de rosas, que os hace entrever el amor?

No sería vuestra la culpa; por lo tanto no espereis os recrimine jamás.

—Y que haríais en ese caso —que por escucharos os pregunto— lejos de que pudiera suceder?

—Perdonaros; porque mi pensamiento dando paso à la luz de la verdad razonaría y diría solamente: Lo quiso el destino... Resignación y calma!

—Amais demasiado, y en amar, es mucho mayor inmensamente más grande los celos, y los celos son mensajeros de esa maldita duda que tanto os hace sufrir.

¿Creís que pudiera morir un dia vuestro nombre de mi memoria, para levantar el de otra imájen que no fuerais tú, y adorarla cuál os adoro en el altar de mi alma?

Silis, Silis mía, pensad cuánto os ama, vuestro Alberto!... cuánto!

Las frases que me habéis dirigido, ¿son dictadas por vuestra alma, ó por los celos, ese mensajero de los fantasmas?

—Alberto, os amo tanto, que bien podeis pensar que, las frases que os he dirijido son hijas de los celos; pero, creedme que ellas son dictadas por el alma de quien su amor todo no se entrega pensando solamente en el hoy, porque piensa también en el mañana... Y como que también sois hombre!...

—Y si esto sucediera, ¿seríais capaz de sufrir por un ingrato que no merece ni una lágrima á su memoria?

—No, precisamente, sufrir porque os alejariais de mi, puesto que la delicadeza y el amor própio, haría pensar que desde que os alejabais, sería porque no me amabais, por lo tanto, teníais que buscar de distanciaros para no tropezar con quien pudiera violentáros, pero sufriría si, porque debe ser tan horrible la tempestad de un desengaño!... Tan cruel, ver bajo la planta el sér áquién en otro tiempo le hubimos elevado á la región celeste!...

Qué triste vivir en tinieblas, después de haber gozado la luz del sol!...

—¿Sabeis porque os parece tan triste? Porque debe ser inmenso vuestro amor, y en amor inmenso, siempre se presentan fantasmas misteriosas que atormentan robando al espíritu el reposo, porque se siente repercutir en ella, la voz imperiosa del amor, que a casa paso nos dice ¡alerta!...

—Y que hariais, que diriais si recibierais una decepción?

—¿Queréis saber lo que haria? bien. Aún con el corazon y el alma desgarrada por el golpe cruel de un desengaño nunca soñado, oiría la voz de mi conciencia que me diría: «Pensad en el destino» y entonces resignada yo dijera: Qué me importa tropezar con espinas en la escabrosa senda de la vida, si cada espina es un laurel que conquistamos, cada lágrima, al fin será una flor que iría á aromatizar y completar la aureola de la gloria, prémio que tal vez nos estará destinado al traspasar la tumba.

Oh, no me arredran las luchas de la vida, tengo el alma iluminada con la divina luz de verdad, que me enseña, que la vida es un corto carnaval por donde solo pasamos peregrinos, por lo tanto, ya veis Alberto, no sería tan cruel el golpe del dolor si tuviera por desgracia que recibirlo, cual barca abandonada que va a estallar cóntra las duras peñas, del desengaño, porque sentiría cual nàufrago que oye en su alma un canto de esperanza al divisar la rivera que le promete salvación.

—Sois demasiado resignada Silis, parece que os fuera indiferente si yo os olvidara!... ¿Sabéis que estoy por creer que os habéis engañado al creer que me amabais?

—Si creeis Alberto, que puedan amar á sus nidos las aves, podreis creer si os ama ó nó vuestra Silis.

—Y perdonariais deveras, al ingrato que inclemente os pudo olvidar?

—Sí le perdonaría, me preguntais? ¡Vaya que sí, y con toda mi alma! pues ¿cómo borrar lo que



está escrito allá en los altos designios, y luchar contra el destino? ¡imposible! A qué luchar como débiles barquillas, en el insondable mar de la vida? para qué? para que más pronto abra paso el agua y nos pueda guardar en el mar sus entrañas? y si hay fé en el alma, espera y cuenta el náufrago; que hay quién apiadado les tenderá un cable, desde la orilla?

Y como que yo llevo levantada en el alma, la cruz de la fé, y el ancla emblema de la esperanza, y junto á ellas, la resignación, no lucharé jamás con lo imposible, con esa fuerza potente; esperaré resignada la voluntad del Señor.

—Y si yo os dijera, mi amada visionaria, que esa resignación no me hace feliz, ¿qué me diriais?

—Y porque Alberto ¿no me créeis acaso razonable?

—Porque en vez de créer que me amais, supongo lo contrario. ¿Será la duda maldita la que os hace ser tan poco razonable? ¿Serán los celos?... ¿No sabeis ya cuanto os amo, Silis mía, cuanto y que es imposible poder amar más á otro ser?

—Tanto cuanto me amais; podría á otra mujer amar vuestra alma entonces, pero más no, imposible?

Ya veis pues, si tengo ó no razón para dudar de juramentos del hombre, y no sólo pensar en las quimeras del presente que están envueltas y presos todos los sueños en la red de la ilusión!...

—Apesar de que en algo sois razonable, perdonad os diga que á la vez, sois en más alto grado supersticiosa.

—Supersticiosa llamais á quien sabe distinguir la ilusión de la realidad? A quien no es egoista, y no quiere rendirse á pensar solamente en el hoy, para pensar en el mañana?

¿No sabeis Alberto, que ante la dicha inmensa hay que temblar, por que dura solamente una aurora?

—Silis mía, no prosigais con vuestros presen-

timientos, olvidemos todo, y sólo pensemos en amarnos, y formemos con nuestros juramentos; un marco de oro, emblema de pasión á ese eterno cuadro de amor que hemos soñado; saquémosle el marco de ebano que con la duda le hubisteis colocado, porque es él, símbolo de tristeza y duelo.

Las aves del amor, que gozan dicha completa — baten sus celestes y rosadas alas, y son ellas, que nos arrullan y carician para despertar.... dejándonos en las puertas de la realidad.

Las aves del amor? Quereis decirlo sin duda por nosotros, ó bien por tanta ilusión forjada ¿no es verdad?

—Cierto es, visionaria mía, habeis adivinado.

—Me llamais supersticiosa, celosa, y visionaria?... Ojalà, Alberto, todo cuanto presiente mi alma fueran fantasmas de celos, y no llegaran esas sombras á convertirse en realidad!...

En fin. Levantemos el telón del gran teatro del mundo para mirar cara á cara el escenario de la vida, para admirar así, la decoración completa de las ilusiones que ante los ojos se nos presente. Decoración que contemplamos con los más vivos colores; luego, vemos aparecer la más engalanada aurora, con sus trinos, perfumes, música, flores y luz; formemos un poema, y para completarlo, hasta en las gotas de rocío, sonriendo al beso del sol. Desaparecerá esa escena, esperaremos otra; vendrá la del crepúsculo, que pronto estará iluminada con la luna, esa diosa del espacio, ofreciéndonos venturas, en sus rayos, brindándonos tal vez de nuevo otra aurora!... mas. ¿Y si cayendo el telón, en vez de brindarnos la prometida aurora, oculta ya la primera y segunda decoración, y solo nos ofrece al porvenir la tercera representación de la tumba de las forjadas ilusiones? Un cielo gris emblema del amor; y un pálido sol que vá sepultándose en el ocaso, como diciendo: «Ahí van las realidades» esperadas, y las felicidades gozadas en el ilusorio campo de la vida!...

¿No veis, Alberto que es un sueño la vida, y todo en ella es ilusión?

—El amor os hace ver el porvenir al través de los celos, ese vidrio de aumento; y como ese es cristal que siempre está empañado de fantasmas se puede ver claro, y os hace ver visiones tal vez yores que el firmamento; fantasmas que ocultan pensamiento la realidad de un ideal soñado, y no dejan comprender que es imposible violar un mento.

Pensad que os amo con toda el alma, y así vol- en vuestro espíritu la calma, cual vuelve al el reposo después que se envuelve en sus ru- es olas cuando azota la tempestad.

is: los celos es una tempestad que azota en el cuando se ama. La duda es el ronco rugido trueno que recorre la imaginación, mientras e el cerebro, ese mar de ideas, envuelve en sus olas de temores, y á la vez de amor; fantasmas y visiones que en lontananza mira el pensamiento.

El amor y los celos, es el choque de las dos nubes que lanzan el rayo de la desconfianza.

He ahí el retrato fiel de la tempestad que siente en el alma aquel que sabe amar....

—No son celos, Alberto, es preciso que compréndais, que sepais, no son ellos los que me hacen que os diga lo manifestado, sinó, un sentimiento tan puro cual lo es el amor que os he pintado, y que llegarais á olvidar la mujer primera que encontrasteis en vuestra senda, y á quien jurásteis y os juró eterno amor.

—Entonces decidme, Silis, cuál es la base segura que teneis, para levantar ese fantasma de superstición.

Quiero creer que sean los celos, y como al demostráros palmariamente mi amor sentido, se derrumbará ese inseguro pedestal, esperemos que pronto dará la hora el reloj del destino, hora en que los sueños de hoy se vean trocados en realidad, y entonces desaparecerán de vuestra mente las visiones, y solo aparecerá el amor. ¿No es verdad?

—¿No quereis convenceros, Alberto? bien; no trataré más de haceros creer lo que no existe y que veais la verdad latente. Dueño sois de convenceros si quereis, de que la tarde, es noche.

—Entonces me quereis decir que soy poco razonable? Os agradezco el alto concepto en que me teneis, Silis.

—No me comprendeis, Alberto; parece que no vibraran al unisono nuestras almas.

Lo que quiero deciros, que no quiero, que me juzgueis celosa, sin serlo.

—Entonces, ¿amais, sin celos?

—Asi ama mi alma; duda, pero no cela.

—Estais confundiendo los celos con la duda, ó bien, me quereis ocultar esa pasión del alma.

—Bien haceis en llamarle pasión á los celos, pero creedme Alberto, que ello, no me va á hacer representar en la vida, ningùn drama, como á muchos protágonistas famosos....

Y una vez más os digo, no se lo que son los celos, ¿quereis explicarme?

—Sí. Creo que habeis oido decir á Omar, que mañana por la tarde bajaremos al bosque, con el objeto de conocer á la imágen de la Aldea, ¿no es eso?

—Cierto, mas ¿qué es lo que quereis decirme con eso?

—Creo que sois buen entendedor, por lo tanto, podeis pensar, y sacareis en consecuencia....

—¡Ah! ya caigo... Lo que quereis decirme, es, que la aldeana que vais á conocer mañana, me da celos?

No lo creais Alberto, ni lo soñeis! No por su humildad lo creais imposible que pueda darme celos, no, nunca jamás, pero lo creo porque apenas la conocereis, y con una vez que la veais, no tendreis tiempo suficiente para conocer su carácter.

—Y creeriais que esa mujer pudiera turbar un dia nuestra dicha?

—Y porque no, Alberto, si la amarais y ella os amara también? Lo más natural.

—¡Vaya pues el ejemplo, tiene que ver!...

—Ella, sí, y como ejemplar la pongo, como pudiera ponerme yo, ó cualquiera otra mortal,

—Silis mia... No soñeis un imposible. ¿No veis eso cuán lejos de mí, está?

—Sí, teneis razón por un lado pensando que al uniros á ella es disponerse á perder la corona condal, pero como juzgo vuestra alma por la mia; por los mios vuestros puros sentimientos, creo que está ante la conciencia, el amor y la paz, y no la corona del sacrificio.

—Bien hicisteis en juzgarme asi, pues prefiero verme desheredado de la corona, antes de tener que cargar á cuestas por toda una existencia, con la pesada cruz del martirio.

Si un átomo de duda os queda, que fuera capáz yo de renunciar á la humildad, ó al amor sacro que me brindaran, por conquistar la corona; desechad la idea os lo pido por el amor que encierra vuestro pecho. Y os repito, que no estoy dispuesto á cargar en mi alma con el peso de una eternidad de pesares y duelos.

¡Desgraciado mil veces el que se sacrifica en aras del interés, porque tarde ¡muy tarde! conocerá el gran error en que cayó!...

¿Será verdad que tanto me amais Silis?... No vivireis engañada?

—Alberto!... Habeis herido con vuestra importuna pregunta la sensibilidad de un alma tan pura como las flores, que solo en amáros pensó, y en también ser por su Alberto, amada. Y jamás en ver apilado el vil metal, cuidado un día bajo la corona condal, porque mi corazón jamás dió cabida á tales errores, como el de latir al compás del interés. Ni sonó jamás tampoco en la lira de mi alma, una nota inspirada por la ambición, porque al templarla, sus arpégios de amor y ritmos, se elevaron á las regiones rosadas de lo ideal y la verdad, buscando allí su alma compañera para viajar por el Edén del amor. Oir gorjear, con ella, á las aves.

Aspirar el perfume de flores, ser besados los dos por la brisa, y escuchar sola yo, las notas arrancadas de la lira de su alma, cual canta el ruiseñor á la noche.

Me habeis herido Alberto, mas, porque os amo, os perdono, pero os pido no juzgueis mis sentimientos tan pobres y mezquinos, como el sacrificarme por el interés y la apariencia, que lo creo tan poco duradero, tan liviano, como plumas llevadas por el viento...

Y sabed, os repito Alberto, que mi alma, esa arpa de amor, hubiera enmudecido, hubiera quedado sin cuerdas antes de dar una nota, cuanto mas de vibrar al compás del sacrificio.

Levantad un poquito vuestra frente para mirarme siquiera un poquito más arriba del bajo terreno que habeis colocado mi sentimiento, y entonces vereis, que ama mi corazón y no la ambición. Amo el sentimiento, no, la apariencia... Amo al hombre, y no á la posición... Admiro los tesoros y riquezas del alma, nunca las viles y metálicas riquezas que todo eso cual el plomo que se derrite apenas acercado al fuego...

—Perdonad Silis mía, razón teneis para estar ofendida, Os he hablado sin reflexionar, y mucho menos pensando en ofenderos. Pero en ese instante, tantos dramas se presentaron á mi mente! que á impulso de ellos hablé tan á la lijera, y sin medir las frases.

Verdad que me perdonais, amor mío, y hechareis en olvido mis palabras?...

Un nuevo juramento será la lápida de esa ofensa, y esa lápida no se volverá á abrir jamás ¿quereis así, mi dulce bien?

El más profundo silencio reinó entre ambos, y se extendía también en la plácida noche de Diciembre.

La luna, esa reina de la noche, dejó caer su lluvia de plata dando su beso sobre la frente de aquellos amantes enamorados, protagonistas del coloquio.

Al claro de la luna, sus ojos se encontraron y se dieron un beso con sus miradas ardientes, beso que fué á repercutir en aquellas dos almas, renovando el juramento de amor que se hicieron ante las flores.

Sus manos se entrelazaron. Sus corazones latían al compás mismo, y con tal vibración, que fácil hubiera sido contar sus latidos...

Sus almas se abrazaron en el fuego celeste del delirio, mientras se buscaban de nuevo sus ojos reclamando el derecho de amor, á la vez que se entreabían sus lábios, para dar paso á una sonrisa, cual se abre el firmamento para dar paso á las estrellas refulgentes...

La brisa sonrió al pasar, en aquel instante, trayendo en sus alas efluvios saturados de escogidos perfumes, á la vez que misteriosos... mientras que en su gemido al parecer decía:

«Cuidado enamorados que no estáis solos, aunque está oscuro, hay á vuestro alrededor testigos!...

¡¡La luna se ocultó, el ruiseñor callaba!!

¡¡La noche tendió su manto de crespón!!

. . . .

MARÍA

En efecto, y bien podia decirse que era María un ejemplar de perfecta belleza, que puso Dios sobre la tierra para admiración; por lo tanto bien hacian en llamarle «Imágen de la Aldea» como le puso el Marqués Oniar, cuando la nombraba, ó bien para llamarla cuando se encontraba con ella en la Aldea.

Apenas catorce primaveras se reflejaban en su semblante bello, radiante de hermosura y lozanía: de majestuoso porte, elevábase su talle flexible con la gallardía de las palmeras. Negro corpiño le ajustaba, destacando sus formas esculturales.

Sus cabellos caían en gruesos rizos acariciando sus hombros y su rostro de azucena, asemejábase su cabello á un marco de ébano, y su rostro, era el cuadro que representaba la nieve. Bajo la nacarada bóveda de su frente se veían brillar sus grandes ojos negros, soñadores, velados por larguísimas y arqueadas pestañas del mismo color también que su cabellera. Y mientras sus rojos lábios parecían haber robado el color al coral; su boca parecía un pequeño y modelado estuchecito, que se abría, para dejar asomar dos hileras de perlas que había robado àl mar.

Luego uniendo á su belleza física, su belleza morál, su tálento; era fuente inagotable que vertia á raudales sus conocimientos, é inteligencia cultivada.

Sus nobles sentimientos, esos perfumes escogidos y puros, portadores de felicidad. ¿Quién no se sentía rendido, y sin resistencia caía ébrio de amor á los pies de María? ¿Quién á su lado no olvida la humildad de la cuna á que pertenece; y le ofrece feliz el

porvenir? ¿Cómo era posible pues encontrarla al paso en la senda de la vida, y pasar indiferente junto á ella sin admirarla, y adorándola como una imágen decirla suplicante: «Eres el arca de mi ventura, os busco... os amo... ¿Podríais amarme mujer divina?... Responde...»—«Os consagro todos mis pensamientos, todas las palpitaciones de mi pecho, y os entrego enamorada el alma, decid: ¿Me amais?»

Al arrullo de su amor y sus caricias desaparecen las vanidades mundanas, porque en ella se vé lucir la verdad sin velo, dejando lo ficticio en lás tinieblas, en el olvido... y he ahí un ejemplar. Mirada la morada de María, esa rústica cabaña, obra tal vez de su pádre el labrador, pobre, pero en su seno se redobla la felicidad, y se multiplican las sonrisas cada dia.

¿Y quién no es dichoso junto á María, esa imágen casta y hermosa por quien solo se siente inspiración divina, cual los sentimientos que atesora su alma virginal, y cuya humildad le hace sombra, sin dejar trasver más que su belleza física, pálido reflejo de la aureola que le adorna, porque sus bellezas, física y moral, puestas en la balanza de la justicia; vacilarían las dos en su peso, porque ninguna se podría eclipsar. Pues era estética su belléza física, y nunca bien ponderada su moral.

¿Cómo no envidiar entónces la dicha de lós seres que vivían junto á ella, y pedir á Dios eternizára esa ventura al lado de María, donde jamás faltaba la alegría y la paz, y jamás en medio de la pobreza, se echó de menos las sonrisas de felicidad en el hogar?

¿Cómo no admirar esas dos notas de perfección; luego, la virtud, esa joya tan preciada, y sus notables habilidades? Todas podrían confundirse dúlcemente formando una armoniosa vibración.

Vivía María, como ya bien sabéis lectores, en la choza de la Aldea. En aquel envidiable nido de ventura inmensa, y en cuyo seno brillaba solo la sonrisa de paz, y el beso del amor entrañable de fa-

milia, y la adoración á su tranquilo hogar. Hogar que hoy venía á completar la dicha de él, la Imágen de la Aldea, con su talento que fué á cultivar á la ciudad, al convento del Sagrado Corazón, donde, y desde su entrada en él, tuvo gran acogida, hasta el punto, que después de recibir completa instrucción en él, hizo derramar amargas lágrimas de pesar á la Superiora del convento, sor María Gloria, que amaba con adoración, con el amor de madre á la preciosa aldeana María, quien con ahinco y gran aspiración al saber, supo bien aprovechar los sacrificios y el esmero que por ella tuvo, para darle entera educación su inolvidable protectora.

Generalmente, aquel que carece del metal para cultivar la inteligencia, ese es, el que á fuerza de sacrificio se labra un porvenir de lucidez, para descollar más tarde en el mundo de las ciencias y las letras. Mientras que aquel que derrama el oro por el mero gusto de la ostentación, se arma de joyas y preciosas piedras que puedan sobresalir sobre sus descollantes trajes, realzando la belleza de su físico (si la posee) mas, cuando se les acerca á esos muchos ejemplares, para buscarles ese don preciso de la palabra, ese perfume y alma de atracción, ¡qué desencanto, que ante los ojos del saber presentan aquellas piedras, joyas y los màgnificos trajes!... ¡Qué poco mérito, y qué liviana se considera la mujer ó el hombre que ama lo ficticio, la vanidad y la ostentación!... Por eso he ahí María, sin riquezas y lejos de la sociedad, mas, recordada fué, y proclamada en la Aldea y los salones para conocer que atrae á ella sus bellezas y talento.

Cuando ya ocultaban las estrellas trás la túnica gris del firmamento, y apenas quiere éste cambiar la túnica desplegando su manto de zafir, para que empiece á asomar la dudosa aurora, y trás de ella el sol ese rey del día que empieza à enviar, reflejando sus inciertos rayos sobre la naturaleza, que

está, ya con sus perfumes y flores, ya pronta á saludarlo á su primér rayo, primera sonrisa y mirada que parece ser la de Dios.

A esa hora, en que ya un enjambre de avecillas en bandada remontó su vuelo gorjeando en torno de la choza, mientras liban el néctar de las perfumadas flores, elevan sus trinos saludando al Creador; y a la vez despiertan al labrador anunciándole que ya es la del Ave María, hora en que despues de elevar sus místicas plegarias al Cielo, se marcha el aldeano en busca del pan de cada dia.

Entonces, despierto ya el dueño de la choza, el feliz labrador; éste con su azada al hombro y la dulce sonrisa en los lábios, sonrisa que apura el alma henchida de felicidad; y su corazón desbordando de alegria; sale de su humilde hogar donde reina imperiosa la paz y la verdad, y se dirige al trabajo después de dar un beso en la frente á su idolatrada compañera y á sus amados hijitos, quienes correspondian con sus besos y caricias, el cariño de su adorado padre, mientras que imprimian tambien sus caricias y besos en las toscas y callosas manos del anciano. Besos filiales sí, y con amor grandioso eran los ósculos que daban en aquellas groseras manos tan queridas para él que como sus hijos, comprenden la causa de que en aquel estado se encuentren, mientras que serian repulsivos rozarlas no más con la fina mano del rico, que en su opulencia no recuerda cuántas veces aquellas manos habrán servido para cultivar la tierra, para su mismo alimento... O bien, aquellas callosas manos que ni ver podrá tal vez el rico, cuántas veces la habrá visto tendida, ante él, pidiendo el pago de su trabajo que tanto le costó para ganar, y sin pena del pobre que necesita y pide lo que es suyo, aquél en su opulencia se lo niega, pensando solo en su bienpasar; y uno trás otro dia así se irán sucediendo, hasta que avergonzado muchas veces de tanto golpear la puerta, y ser despedido de la

una manera, le perdona el pobre aquel dinero falta le hace al infeliz para sus alimentos, ntras que el gran señor de la apariencia se los fruta por hacerse ver. Robar al pobre su sudor, a tirarlo en festines!... He ahí mucho de lo e se ve representado en la vida por esa misera- apariencia, condenación de cuántas almas mu-as vecos!...

Pobres manecitas queridas, proseguía diciendo aldeanita al besar las manos de su padre, ¡qué ría de nosotros si nos faltaráis!... y en qué es-tado lamentable se encuentran, Dios mío, para que no nos llegue á faltar un día el pan!... ¡Cuán-to, cuánto os amo manecitas mías, y cuánto ¡ay! daría si las mías las pudieran reemplazar, ó al menos ayudarlo en sus fatigas—¡Qué feliz fuera entonces esta aldeana!...

¿Y qué se oiría después de la dulce despedida que hacía el labrador, cual pajarillo que se ale-ja de su nido en busca de alimento para sus hi-juelos, en ese silencio misterioso silencio del alba que reina allí en Aldea, á esa hora tranquila en que solo se siente el gorjeo de las aves anunciando el nuevo día, hora en que las flores abren su broche al aura leve de la primavera para embalsamar con sus perfumes las frescas y suaves brisas matutinas?

. Ah!... ¡Cuánta dicha en tan pequeño hogar, dirán los habitantes del palacio, viendo la felicidad de la cabaña, cual decía María al mirar los nidos de las dichosas avecillas!

¡Qué envidiable felicidad goza el pobre en su humildad; felicidad que bien podría gozarla el rico mejor, en su opulencia, y sin embargo, le está vedado...

Terminaba el Ave María, y así como callaban las campanas de la iglesia de la Aldea y enmudecían los clarines y tambores que repercutían doblemen-te en el silencio, se levantaba el labrador que ya-cía de hinojos en la tierra, y tambien su fam

que le acompañaba en la oración; luego se alejaba de su nido mientras lleno de satisfacción entonaba una canción. Canción que tambien alzaba armonizándola la argentina voz de María, mientras que seguía con la mirada las hüellas de su padre, hasta que se perdían los pasos del anciano, en el confín de la selva umbría. Luego cesaba su canto para elevar al Señor otra plegaria, pidiendo en ella le ayudára en su trabajo y lo volviera dichoso á su hogar.

Después satisfecha y dichosa corría á su jardín, para dar de beber á las plantas, saludar á las flores sus hermanas, á la vez dar alimento á sus queridas avecillas, que éstas, ya acostumbradas á los cuidados delicados de María, ni bien la veían asomar en la glorieta, ya se posaban en sus hombros, en su cabeza, otras en sus manos confundiéndola con sus variados trinos.

¡Oh, qué felicidad envidiable; y qué comparable dicha en el seno de aquel hogar!... ¿Y porqué sería eso, si eran tan pobres, tan humildes; y apartadas del mundo vivían, entre la selva, en aquel desierto tan triste y solitario?

Porque dos riquezas son las que Dios puso á prueba en el mundo, y según la que se elige y como sea su uso, será su prémio.

Una es, las metálicas riquezas tan ambicionadas del mortal que piensa en la dicha en medio de ella. Y la otra la riqueza de sentimientos puros de almas; riqueza que Dios les había otorgado a aquellos séres dueños y habitantes de la cabaña. La verdad sin velo. El amor entrañable de familia que enciende en llamas inmensas el fuego del hogar, porque mentira son las riquezas del oro, la ambición, títulos y halagos.

Mentira son las fortunas, porque á veces así como brillan se deshacen, y otras veces, son contempladas grandiosas en apariencia, pero como se contempla el tranquilo mar que luce diáfanas sus aguas, pero cuidado!... que al mecer ese cris-

tal, pronto viene á flotar en su superficie el lodo que ocultaba en su fondo...

Pobre el que se sacrifica buscando la vida en medio de las exigencias de la máscara de la sociedad, por contentar á todos, y brillar como el primero; y sin pensar que poseyendó todo eso, nada importa que esté de hielo cubierto el hogar!

Qué será de aquél que se sacrifica en aras de la apariencia, marchando á merced de la sociedad, si llega á faltarle mañana esos bienes que le hicieroñ brillar y por esto lo admitió los grandes centros en su seno?... ¿Creéis por ventura, que los que en contacto con él estuvieron en la sociedad, correrán á su lado, para prodigarle un consuelo en su horrible decadencia; y creéis que lo llevaran de nuevo cobijándolo bajo su manto de opulencia que en su riqueza, otro tiempo cobijó? No, mil veces no, ese manto de hipocrecia que despliega la sociedad ya no os envolvería, porque todos aquellos que amigos se titularon á la fortuna, no al hombre, aquellos sin reconocer ya mérito, ni valor, os dará sin piedad la espalda, porque al perder el metal dejasteis de ser quien fuisteis ¿qué sería, si está de hielo cubierto el hogar que por la ostentación y la ambición egoista hubisteis elegido?

Creéis que aquellos que al ver brillar el oro y os halagaban, van á correr á vuestro lado para mitigar la pena, y ofrecer sus lágrimas en vuestro dolor? Esperadle, que cansado de esperar os agobiará el dolor, en vano os forjareis ilusiones que jamás verán su realidad...

El vil metal es para algunos un sol, pero cuidado!... que á veces apenas ha brillado cuando ya encuentra su eterno ocaso, y quizá jamás volverá á brillar: y ¡ay! si se marcha dejando la estela del recuerdo que vendrá á aguijonear el alma día por día, y hora por hora, al ver que lo soñó eterno, cual el que brilla en el firmamento, y se apagó para no lucir ya jamás?

El del firmamento, justo es que vuelva á lucir mañana, y esto mismo es para demostrarnos que de lo único duradero é inmortal es su morada el cielo, y aquí todo brilla, y es pasajero como la vida, fuegos celestes, pero fátuos, Como la belleza física que arrastra los años, y todo se evapora como las ilusiones bajo las tumbas.

A qué pues, sufrir, desear ambiciones y ostentar?

Hay que reir de lo ficticio y las maldades egoistas, de lujos, riquezas y mil vanidades, y buscar la dicha que solo la hallaremos completa — aquí en este valle — en el hogar donde brille el amor con toda su potencia, siguiendo la senda de la verdad, senda de flores.

Sin la salud ¿para qué se quiere el dinero, y la la fortuna, para qué se quiere sin el amor? Solo para brillar en la sociedad, entre ese eterno carnaval, cuyas máscaras, cada dia que pasa mayor es su disfraz, y por solo brillar entre ellas unas horas, creéis por esto dejar un nombre inmortal en las memorias? ¡ Ah, en qué error, en qué horrible engaño vivís, aquellos que convencidos estáis de que si faltáis un día, la sociedad será una siempre-viva, la flor que ofrecerá en memoria á vuestra tumba...

Será una flor perfumada y lozana sí, que simbolizará el reciente duelo, pero dejad que sobre la lápida pierda su lozanía, y el sol con sus rayos seque la lápida aún mojada, y veréis si os echará de menos en su seno la sociedad, y si tendrá una lágrima, un recuerdo, ni una flor más para dedicar á vuestra tumba olvidada.

Ya os olvidó, para buscar de nuevo, aquel que aún cuando sin nombre, basta que sea poseedor de bienes, para llenarlo de halagos, pero, pobre tambien si llega á perderlo, porque ya publican miserables quién fué y cual fué su obscura cuna.

Porque vale — para algunos — más la apariencia que la virtud, y más el oro que el amor...

Desgraciados mil veces los que os apartais de

la senda iluminada por el faro de la verdad, por las exigencias inaceptables á que muchas veces obliga la sociedad. Porque os confunden en halagos muchas veces, para con calumnias echar al fango una reputación para robar el porvenir de rosas soñado.

Y al dáros cuenta, será tarde, cuando querais desechar cuantas ideas y pensamientos venenosos creádos por ella. Clamareis por la aura de dicha prometida, pero tal vez os veréis sola, abandonada cargando á cuestas con una pesada cadena de martirios: Os falta lo principal, os falta el oro, no penseis, pues, en que os cobija más bajo su manto miserable de hipocresía y maldad.

Por eso María era dichosa con sus tesoros, y jamás concluía de dar su eterno agradecimiento al Rey de lo Creado, contemplando su choza idolatrada. Así como jamás cruzó tampoco en su pensamiento una ráfaga de deseo, ni un instante siquiera de entusiasmo tuvo jamás, de llegar un día al seno de la opulencia, porque creía que á su dicha no habria superiores dichas.

Admiraba siempre todo lo que era bello como objeto de lujo. En otros veía realzar soberbia esplendidez, pero como para su alma, como las obras de Dios no habían más perfectas obras; no daba mayor valimiento á las obras del mortal, por más completas que ellas fueran.

Pensaba en el poder del cielo, que hasta la más alta montaña, una fuerza potente puede derrumbar su gigantesca áltura, así es que nada más ambicionaba, porque muchas veces la dicha está oculta bajo un rústico techo de paja, y no bajo uno de cristal.

Al rayar la aurora del día después de la visita del Marqués á la choza; éste, apenas había amanecido ya había cruzado la Aldea, hasta internarse en el bosque, y fué de donde pudo admirar y oir la canción de la aldeana, porque al oir su voz dulce y melodiosa hizo alto para escuchar, con

deseo de llegar á ella, mas temía ser importuno ya con sus visitas, pensando en que volvería por la tarde con Alberto y la hermana de éste, Martha. Así es, que desistiendo de su deseo, aunque con el pesar mayor de su alma, saludó á María al pasar cerca de su jardín donde ella estaba.

El Marqués amaba á la joven con todo su corazón, pero ya estaba su nombre empeñado, que de lo contrario, feliz hubiera renunciado á su corona por ser dueño absoluto de María, y aún cuando tuviera que llevar después en su frente el sello de la humildad y el deshonor; pero ¿qué le importaría á él, si llevaba la verdad en su alma, y el amor soñado que era la estrella de su felicidad?

Pensaba en amar y ser correspondido, no daba oído á los díceres poco razonables que lanzara el mundo, díceres diré, porque según quien sois y lo que poseéis os tapará una falta y os guardará indulgencia.

El amor por la aldeana era tan inmenso, que embalsama su alma y su pensamiento, dejándolo imposible para pensar en su amor. El recuerdo de María era un imán que hacía del Marqués, lo que hace el imán cerca del acero,

Al fin, y solo con el deseo se marchó al Palacio del Recreo, donde esperaba ansioso, la deseada hora del toque de la oración. Hora que pareciale eterna; pero al fin llegó y pusiéronse en marcha para la Aldea.

AMOR Y OLVIDO

Mientras los viajeros estaban ya de marcha hacia el bosque de la Aldea, à cumplir con la prometida visita á los labradores, Maria ya estaba en su jardín en espera de sus interesantes visitas, recordando á la vez, la agradable conversación y gran franqueza que le hubo inspirado al Marqués Omar. Razón, tenía Maria para gozar, al evocar los recuerdos de la pasada tarde, porque tan pocas veces en la vida se le presentaban momentos de expansión, horas tan gratas ! Pues al verla en su humildad, unos le daban vuelta la espalda, y los otros, que eran también de igual cuna, generalmente eran tan rústicos y sin un ápice de educación, que al no ser comprendido su florido lenguaje, preferia enmudecer y hablar con aquella gente de campos y animales, porque de esto solamente les era concedido conversar á aquella gente tan sin educación.

Estos pensamientos acariciaba Maria, cuando dirigiendo su vista hacia la carretera, que tomó ayer tarde el Marqués para ir al Palacio del Recreo, divisó el magnífico coche del Conde de Rókson, que venía tirado por una yunta de espléndidos caballos obscuros.

Se dirijió al jardincito para esperar allí á la futura condesita como le decía á Martha—pero, el toque de la oración se oyó en ese momento, y Maria abandonando todo pensamiento, se fué á ocultar entre la glorieta, donde dirigió sus más fervientes oraciones y plegarias al Señor.

El coche llegó por fin á su destino después de una larga jornada. María nada oyó.

Bajaron de él sus interesantes visitas, quienes tuvieron que esperar para ser recibidos, á que diera el último tañido la campana de la vieja Iglesia de la Aldea, tañido que después de un instante y como todo llega tarde ó temprano, al fin sonó.

Luego que el Marqués húbole presentado á María, la compañera de su paseo la futura condesita Martha y también á su amigo Alberto, este ofreció á la aldeanita su sincero corazón de amigo. Pero, el afecto que sentía Alberto fué como el Marqués, que sin darse cuenta estaban enamorados y sentían una fuerza misteriosa que enajenaba sus pensamientos arrastrandolos á su lado; hasta el punto de hacerles olvidar el juramento de amor hecho ante las flores, y decidirse á unir su suerte á la bella aldeanita—si le amaba—porque Alberto si es verdad que amaba á Silis, dudaba del amor que ella le brindaba, juzgándola por su hermana Alicia, quien lejos de amar al Marqués Omar, se sacrificaba obedeciendo la fuerza de la ambición, sin mirar que puede apilar tanto oro, y sin una base segura, que al peso tan enorme, bien puede derrumbarse el débil pedestal del error en que estan, creyendo que jamás le faltará—é irse al abismo.

Y, ay de ella si no hay fuego en el hogar, y está cubierto solamente de ambición é interés, pues—seguramente estará, puesto que sacrificaba su amor en aras del metal y los títulos, y también, por obedecer al pedido de su padre, ¿y como no hacerlo si eran sus dos almas del mismo temple? Su padre le robaba la dicha al inculcarle ideas envenenadas, que ella aprobó, apartándola de una senda de flores, porque amaba legitimamente y con toda su alma a Horacio, el hijo del banquero, é iba a unir su suerte a otro hombre que no amaba, al Marqués. Y convencida que era, é iba á ser adúltero su pensamiento después, así mismo ante el título miserable lo aceptó.

Alberto como Martha, imaginaron podía ser bella la aldeana, pero jamás que su poseyente belleza ra-

yara en la perfección, y más aún cuando—como el Marqués—pudieron también ellos, profundizar los sentimientos más íntimos de su alma, y sus grandes conocimientos.

Sí, Martha sintió inmenso afecto por María, no pudiendo menos que exclamar: ¡Qué criatura tan soberbiamente bella, se confundiría con los Angeles del cielo!... Si yo que soy de su sexo siento que embarga mi alma y la amo, deseando estar siempre junto á ella. Razón sobrada tendreis vosotros de ambicionar ser dueño absoluto de ese tesoro ejemplar de belleza.

Si acepta mi invitación: ¡Ah, yo no me marcho sin llevarla, quiero que se convenzan de que es algo que ya no alcanza, porque no se encuentra la palabra precisa para poder ponderar este ejemplar.

Pues si Martha la amaba y apenas la conocía, ¿figuraos cuánto la amaría Alberto, que decidido esperaba el oportuno momento de declarar su amor: pensando, y sin un átomo de pesar ninguno, miraba en el porvenir, ser desheredado de su correspondiente título de conde.

Esto no lo apena si logra conquistar el corazón de la aldeana, y ese amor sacro, que fuera la luz para iluminar el templo obscuro de su alma, quizas profanado por un amor interesado. ¡Qué porvenir de rosas!... Qué senda más luminosa se abrió ante su pensamiento, alumbrada con la antorcha de la verdad, haciéndole entrever el soñado porvenir de glorias! La presente tarde y la pasada, parecía se encontraban frente á frente en el pensamiento, y luchaban los recuerdos y el amor de Silis y de la aldeana, en el alma de Alberto, como exaltados y enfurecidos rivales.

Se deslizaban rápidas las horas de aquella tarde inolvidable y grata, y al irse apagando los últimos arreboles rojos, el manto obscuro de la noche aparecía en el horizonte, mientras que las primeras brisas nocturnales columpiaban las matizadas corolas.

Alberto, que amaba á la aldeana, sufría al ver que ya había espirado sepultándose en el ocaso el último resplandor de Febo; mas él no perdía tiempo, y la felicidad que al porvenir contemplaba junto á María,—felicidad pintada por su pensamiento—en medio de la desinteresada conversación que eran párticipes todos, solía arrojar de vez en cuando, una que otra flor de amor á la bella aldeanita.

Había huído la luz del sol—ese rey del dia, mas sin embargo, no faltaba la primera lluvia de pláta que enviára la diosa del espacio iluminando el poético jardincito, donde, apartàndose de aquel grupo—bajaron María la aldeana acompañada de Martha de Rókson, á gozar de la brisa perfumada por las flores en medio de la encantadora glorieta, mientras que Alberto, de lejos y con deseos de volar do estaban ellas, las contemplaba, ansioso de participar de tan animada conversación él también.

Una vez éstas dentro de la glorieta, ofreciendo asiento á Martha, María sentóse también coquetamente, á la vez que mirando á la hija del conde, la dice:

—¡Qué direis—mi buena condesita—del valor mío al traeros aquí á este pobre y mezquino jardín, cuando eleveis vuestro pensamiento hacia el palacio y contempleis en vuestra imaginación aquellas calles de palmeras, olivos y eucaliptos, que al tocar sus ramas forman un dosel de esmeralda por donde feliz y gozosa paseareis! Luego sus poéticas galerías adornadas de escogidas plantas entre los artísticos adornos de valioso valor! Esa glorieta de preciosas piedras con su divina estátua de mármol de Carrara. Aquellas aves y flores tan simbólicas, de donde salen esas finas corrientecillas de agua que al caer dentro de la fuente forma una lluvia, lluvia que ya acostumbradós á sentirla los pintados pececillos, tranquilos siguen su nado á flote del diáfano cristal del agua de la fuente. ¡Qué direis al pensar que aquel jardin hermoso del cual

sois dueña, jardin iluminado por las noches por la diosa del espacio, esa compañera del triste, « la luna », y además de ella por el sinnúmero de focos eléctricos, y las mil lamparillas de diversas bombas de colores, que realzan la belleza del lujoso jardín, construído à todo costo y á la voluntad de un millonario! ¡ Ah, qué direis pensando que éste, que decís os gusta tanto — cuando no le presta sus rayos para iluminarlo la luna; la única luz que le adorna, son las luciérnagas que brillan entre las flores, en las sombras de la noche, y en sus tinieblas, oyendo en el silencio las brisas murmuradoras, ya el canto del ruiseñor que trina cerca de lá cabaña, cuando no brama el trueno haciéndonos temblar, y entonces sin más luz que la que esparce el enfurecido relámpago ! ... mientras que vosotros que habéis nacido en cuna de oro ni tiempo tendréis en las noches de invierno ó de verano, ni oir rugir furioso el trueno, ni murmurar la brisa !...

— Razón teneis, bella amiguita mía, en dudar de mí, — amiguita digo, si me permitis la frase, — puesto que apenas me conoceis, pero, dejemos correr el tiempo y ya sabreis distinguirme, que aun cuando por desgracia, pertenezco á la nobleza, no mora en mi alma, como generalmente en la de toda esa gente el egoismo, la envidia, el orgullo, la ambición y la soberbia... Vosotras, que poseeis la luz del conocimiento y de la inteligencia, no formeis tan pobre juicio de aquella que ama y busca la humildad, para ser feliz y estar en su apogeo, ya que el destino le negó morar cual morais, bajo pobre techo.

Pensad, pues, que no hay regla sin excepción!

Ah! no sabeis amiga, no os imajinareis jamás, cuánto envidio vuestro nido. Este precioso y poético jardín donde, si es verdad que no pasais las horas en animada velada, en las noches cansadas del invierno, pero sois más dichosa, oyendo el ruiseñor, contemplando ese espácio silencioso, esos

astros misteriosos, esas sombras de la noche que esperan para cruzar las aves nocturnas, y de cuando en cuando, anuncian con un gemido su pasada. Podeis en el silencio pensaré inspiráros, para abrir con más libertad campo á la verdad y el saber, mientras que yo, en medio de brillantes salones, solo escucho ese canto antipático á mi alma de las intempestivas ponderaciones é inmerecidos galanteos de los adulones sin conciencia, sin vergüenza y sin honor, que se lanzan en aras del interés sin pensar en el que dirán y el pobre concepto que se merecen á los ojos del que los ve arrastrarse por tan triste pendiente, sirviendo de bufón á aquella que más vil metal aparenta tener. Ah! no llegareis quizas nunca á comprender el valor que os doy, y doy á vuestra atrayente choza!...

—Gracias condesita, no esperaba menos de vuestra bondad que una sincera ponderación para mi pobre choza. Cierto es que no envidio, ni envidiaré jamás la morada del que vive en la opulencia, puesto que soy inmensamente rica, con el tesoro que me otorgó el cielo. Mi pobre cabaña iluminada de dichas y venturas, donde una sola nube de pesar nubló mi frente, nube que chocó con el dolor y rompiéndose brotó una lágrima, lágrima primera que derramé en mi temprana vida. Quien puede contarlo, y también cual fué su causa, es el Marqués Omar, ante quien húbela derramado, á pesar, la contenía, mas en vano fué quererla ocultar. Mé decís que no podré hacerme una idea de lo que es vivir en la sociedad y el bullicio? ¡Ah, condesita, aún que jamás pertenecí á ese elevado centro, pero jamás deséé un instante, ni en pensamiento jamás miré tan insensata, para ambicionar vivir en la apariencia y en el lujo asiático de un palacio y despreciar el Edén que me brindó el destino. Me gusta más oir de cerca la música del labrador, música celestial, divina, ese trinar de las aves, que ayudan y fortalecen al trabajador que lo escucha al golpe repetido del pico ó de la azada; y no á la orquesta

de bufones en un soberbio salón radiante de lujo y ostentando sus riquezas.

—Imágen de la Aldea—repitióle Martha.—Ya veo que sabeis bien diferenciar la verdad de lo ficticio.

Dejemos este triste tema ahora, para reanudar el hilo de esa conversación cuando me hayais conocido bien á fondo, pues podreis creer ahora, que tal vez os hago ver la verdad, por la curiosidad, para que abrais las puertas de vuestro corazón á mi alma...

Hablemos de las flores, de vuestro jardincito, en fin, de ésta donde se aspira con toda dicha, felicidad y ambrosía.

—Bien, ya que quereis de esto hablar, á vuestra disposición estoy, dispuesta á complaceros, entretanto decidme: Ya que tanto os agradan las flores, ¿me permitiréis obsequiaros con una de éstas cultivadas por mí? — no quiero decir que por el mero hecho de ser yo su botánico puedan por esto tener mérito alguno, no, puesto que es nada más que el trabajo del labrador. Mérito tendrían si fueran ellas cultivadas por vuestras manos, por ejemplo, acostumbradas á templar una lira, un laud, ó recorrer el blanco teclado de un piano, pero por mí!...

—Sois demasiado modesta, bien podríais llevar el nombre de violeta, esa divina flor que vive oculta entre sus hojas, cual vivis entre las selvas. Ella, se hace buscar hasta encontrarla sirviendo de guía su perfume; y se os buscaría á vos por vuestro talento y prendas morales, perfume y alma de la mujer.

—Qué amable sois! oh! muchas gracias ...

—Sensillamente, os diré, que la justicia no admite premio.

—Oh, condesita, cuesta tan poco ser atenciosa con quien merece cual merecéis!... Mas, siendo buena cual sois, tan cariñosa, tan indulgente, con qué placer!...

—Si supierάis cuanto os amo, cuanto! no me hubierάis pedido consentimiento para obsequiarme con estas meritorias flores, flores que aún cuando

podais creer no tengan mérito para mi, estáis en un error que el tiempo mejor testigo os convencerá de la sinceridad de mi amor y mis frases, ¡qué hermosas son! me parece contemplar en ellas vuestra belleza, y su perfume, vuestro amor tan puro, María, porque sois merecedora á compararos del mundo solo con ellas, tanto por su perfume, por su belleza y atracción, como por su pureza y modestia.

—¡Oh! muchas gracias ya en vuestras frases veo, está de relieve en la bondad de vuestra alma noble, mucha indulgencia. Ahora viene el oportuno momento, y recién me doy cuenta de que hoy al nombrarme me habéis llamádo «Imágen de la Aldea». Os habéis confundido, perdonad, y permitidme os diga en caso que quisierais ó tuvierais que usar de mi nombre—me llamo María—ó bien, simplemente podéis llamarme aldeana.

—Si queréis que os complazca, tendrèis también que complacerme: os llamaré María, mas si me amáis cual yo os amo no me llamaréis Condesita, —á vuestras órdenes Martha.

—A cada paso me dáis pruebas de vuestros nobles sentimientos, os doy las gracias, mas no consiento en que las dos nos demos el mismo valor. Podéis bien permitir que os dé el nombre que os es caracteristico llevarlo, pidiendoos que no me obliguéis á tener que hacer gestos de desagrado cada vez que me llamárais, cual me habéis llamado, puesto que me parece que os burlais, y ya que sois razonable, pensad que en mi pobreza tienen que sonar esas frases como notas discordes ál oido.

—No podeis creer que quiero ofenderos al decir la verdad sin velo. He justificado, por lo tanto, al aprobar el nombre que os ha puesto el Marqués Omar, y también hoy llaman en el palacio, no puedo yo obligar á que callen mirando la realidad.

Bien, con nuestra conversación os habeis olvidado de las prometidas flores que me habeis ofrecido, y creedme, las reclamo porque mucho os amo y quiero guardar un recuerdo vuestro, y á la vez, porque les doy un valor imponderable.

—Con cuanto placer, voy á obsequiaros con un ramillete, cuyo perfume os dirá que os estimo, y llevarán una sincera caricia de mi alma á la noble é indulgente condesita.

—Exijo que si me llamais de veras no me deis ese nombre, ¿me lo prometeis María?

—No puedo prometer lo que quizas no podré cumplir, puesto que la razón me obliga á limitar esta concesión, basándome en que, á la alta esfera á que perteneceis solo puedo ser á vuestro lado, solamente humilde doncella. ¿Y os parecería bien que una doncella os tratara como hermana?... No por cierto, por lo tanto, no exijais de mi un imposible.

—Podeis estar tranquila, pues no creais que me violenta al llamarte cual os es característico, no, muy al contrario, con cariño lo hago, á la vez que con el afecto y respecto que se merece.

—María, haced por mi un pequeño sacrificio ¿me prometeis cumplirlo?

—Quisiera saber primero cuál es el sacrificio que se me impone, pues, si está en lo posible, ya sabéis con cuanto placer os complaceré, ¿cuál es?

—Está en vuestra mano el complacerme, María, ó mejor, en vuestra voluntad.

—Veamos cuál es.

—¿Me prometéis hacer justicia? me lo juráis?

—Siempre que sea razonable, y esté en lo posible, os lo juro ante estas aves y estas flores; ante el firmamento y las estrellas, mas, si no está en lo posible, me perdonaréis, no puedo complaceros.

—Estoy conforme, y la prueba que os voy á dar os convencerá que tengo razón; primeramente, decidme María: ¿Amáis mucho á las aves y á las flores?

—Con toda el alma, y ellas son las que completan la escala de mis amores.

—Bien, cuanto me alegro, también yo las amo y las admiro porque es obra de Dios. Decidme ahora: El ave que en la selva vive, ¿no tiene la liber-

tad absoluta de gorjear cual gorjea la que cruza en la ciudad? ¿No viven las dos, si quieren ocultas entre las yerbas, como sobre las gallardas palmeras? No son las dos dueñas de los prados, de los bosques y las flores?

—Sí, eso es, cuando goza de absoluta libertad; porque si está prisionera, solo es dueña de su cárcel.

—Bueno, se trata aquí de dos aves en libertad. Una como dices—dueña de las selvas—y la otra de los palacios. Con justicia, decidme: ¿No somos iguales acaso, é hijos del mismo Dios? ¿No colocó en vuestro ser esa chispa divina suya á que llamas alma, cual colocó en mi ser también?

No vivimos las dos bajo el dosel azul mismo, del firmamento acaso? ¿No nos presta la luz de ese astro y divino sol, la misma luz á las dos? ¿No nos dá igual para gozar de toda la naturaleza y el mismo suelo para pisar? Las mismas flores, las mismas brisas; los mismos trinos, y el beso mismo de las auroras, de las tardes y de las noches?...

—Verdad es cuanto dices, mas pensad que lleváis el sello de la nobleza, y yo en mi frente el de la humildad. Pensad que sois hija de un señor conde, y yo tan sólo de un buen hombre, un labrador...

—Es la voluntad del alma la que impera en mí, María, y mi vista la recreo contemplando el firmamento, y mis pensamientos los dejo remontar, vuelo á las regiones de lo ideal y verdadero; jamás en las miserias de este mundo, que son tan fugaces y egoistas, tan mentira es todo, tan corta es la existencia, que ni tiempo hay para soñar. ¡Ah, he dicho que ni tiempo hay para soñar, y sin embargo, en este instante se presenta á mi pensamiento un cuadro de felicidad con sus más preciosos y vivos colores! ¡Cuánto yo diera en este instante si llegara á la meta de mis caros sueños!...

—¿Queréis contarme lo que soñáis?

—Con placer os lo contaré. Acercaos á mi lado y escuchad:

—Tenéis aquí una mano y pecho amigo, tan puro como sincero. Y qué honor para mí, inclinar sobre de él mi cerviz, para después al levantarla recibir un beso de amor de vuestros lábios purpúreos; Luego abrir de par en par mi corazón y depositarlo en la tumba de la memoria amiga.

—Suprimid la palabra honor, que no la merezco, y usadla mejor con otra de vuestra esfera. Vuestras amabilidades me confunden, y más que ellas, quisiera que me contaráis lo que me habéis prometido contar, ú ¿os habéis arrepentido?

—Lo que iba á contaros María, es que soñé una gloria de dicha con vuestra honrosa amistad. Amistad que sería el rocío bienhechor de mi alma cual el rocío de la noche, para abrir sus pétalos las flores. El bálsamo santo que salpicárá las heridas de este corazón, que aún cuando me véis tan joven ya cansada de sufrir, pesa sobre mí una eternidad de amarguras y dolores!!...

—¿Cansada estais de sufrir siendo aún tan joven, cuando apenas habéis pisado las primeras flores de la vida, y váis á acariciar los primeros ensueños, como á contemplar el iris de la esperanza!

—Si supieráis, María, cuanto envidio vuestra dicha, al ver correr la mía, obligada á arrastrar una pesada cadena de martirios, cual la que arrastra el que nace en cuna de oro!...

—¿Y porqué os sacrificáis? No tenéis voluntad para despreciar y apartar de vuestro lado esas espinas que abisman vuestra joven existencia? ¿No tenéis padres que os ayuden y aparten de vuestro paso esos abismos?

—¿Mis padres? ¡ah!... Pensad que ostentan un título, y es la causa de mis pesares... ¡Qué horrible es para el alma que pide calor y amor, nacer en cuna tan fría á los afectos, y ser mecida por el interés!...

¡Qué triste llevar el sello de la nobleza en la frente, para aquel que solo reconoce la nobleza y tesoros del alma, para el que comprende la verdad sin velo, y desprecia las vanidades de esta vida...

Si me jurais vuestro afecto, y me aceptarais como vuestra primera amiga del alma, yo os juro, María, que en la corona del martirio que estoy predestinada á llevar, le arrancaría una espina, para aumentar con vuestro cariño, la primera flor que abrirá sus pétalos luciendo su corola como símbolo de alegrías y dichas.

Entonces, con toda la confianza más íntima y el amor, como en un libro abierto, os contaría en tan pocos años cual veis, en tan corta existencia, ya una historia!!

—Que os jure mi afecto es lo que quereis? mi afecto, que en vez de daros luz, hará sombra á vuestro nombre? Si es que mi amistad puede endulzar —como decis— horas amargas de vuestra existencia, sobre estas flores y ante esta cruz os juro, así como también para que no vayais á creer que la curiosidad es la que os ofrece mi amor tan puro como la brisa. Amistad os juro, y os lo repito, que lejos la doy de los fines ruines y mezquinos, sinó, con el solo objeto de mitigar en lo posible vuestros tormentos, y ofrecer un pecho amigo donde reclinar vuestra sien cansada.

Martha tenía entre sus manos los rizos de color de ébano que acariciaban los hombros de María; luego, llevándolos á sus lábios, imprimió sobre ellos un dulce beso.

Buscó María la blanca mano de Martha, para galardonear con creces aquel afecto sincero, pero antes de llegar á sus lábios la detuvo Martha, diciéndola:

—María, soy vuestra amiga del alma, por lo tanto, sabes que está mi rostro para recibir vuestras caricias. En las manos como en los piés, solo se besa al Señor... Ahora, esto sí, y como á mí, os está permitido.

Y cortando Martha una azul campanilla y otra color de rosa, uniólas por sus tallos con una hebra de sus cabellos de oro, depositó sobre de las dos un beso, después las colocó sobre el escultural pecho

de la jovencita aldeana. Así como también sacando de su cuello una espléndida cruz de oro con la efigie del Señor, llevándolo á sus lábios, luego á los de Maria, por último, después de jurarse una eterna amistad sobre ella y ante el divino Jesús, la colocó en un hilo de corales que siempre llevaba en el alabastrino cuello de María.

Este era el símbolo de la amistad. María la rehusaba al principio, avergonzada á la vez de no poder aceptar aquel recuerdo y corresponder de la misma manera, mas las exigencias de Martha le obligaron á aceptarla, y en cambio guardar la que usaba María siempre, humilde y pequeña crucesita de oro que llevaba con ella desde que nació.

La misma escena que hoy se repitió con el cambio de las cruces, jurando nuevamente amistad, que nadie pudo romper su florido lazo, jamás, jamás !...

Ejemplar de amistad tal vez único en la vida, ante tí, yo me posterno...

Porque muchas son las que juran amistades, mas, mayor que el afecto, muchas veces, es el mezquino interés.

Muchas llaman á ciento de relaciones, mis amigas, á todas se distingue, y sabe Dios cuántos Júdas se tiene al lado. Por eso yo, en la escabrosa senda de la vida, tropecé varias veces con séres que al amarlas con el alma inclinaba feliz mi cerviz, cual la inclinaban ante mi amor también, mas la hipocresía era un disfraz que ocultaba la verdad, dejando en descubierto el falso amor.

Mas, aún que tarde, pero al fin cayó la màscara y quedando en descubierto, pude conocer la falsedad.

¡Oh, santa amistad ! Apesar que tantas veces fuí traicionada inclemente, ante tí me inclino, y te bendigo, pues, al fin llegué á gozar de vuestro afecto un día, días adorados é inolvidables que endulzaron tantas horas de mi vida, luego tocan al ocaso, porque ya amaba su corazón... yo llegué tarde... Luego amé de nuevo, mas, nadie comprendía mi amistad tan pura... solo ella !...

¡Oh, amistad, iris de paz de las almas enfermas, què feliz si la acaricias!... Yo que conozco ese afecto, y lo elevo al infinito, á esas regiones de lo ideal, triste es decir que la ambiciono, mas el mundo está desierto, No tengo amiga!... Solo cuentó con un mundo de relaciones...

En animada conversación estaban las nuevas amigas, cuando las interrumpió la voz de Alberto, quien cansado ya de conversar con la madre de María se marchó á la glorieta, anunciando á Martha que ya cerraba la noche, pero, como el Marqués que salió á recorrer los alrededores de la selva con el anciano labrador, aùn no habia vuelto, pensando que mucho demorarían en llegar, porque estaban todavía muy lejos, Alberto tomando un asiento inmediato al de María, se sentó cómodamente á contemplar á ésta.

Después de un instante de silencio, mientras enmudecía el lábio, hablaban los ojos en su lenguaje. María contemplaba el azul del firmamento que ya lucía sus diademas de estrellas, y la luna, que con sus ténues rayos, iluminaba las galas del poético jardincito.

Las dulces brisas murmuradoras, pasaron gimiendo en aquel instante meciendo los negros rizos de la bella aldeana. Alberto que las oyó, dijo:

— Habladle!... habladle, oh brisas de la noche! y decidle cuantos cantos de amor le guarda mi alma!...

Luego tomando entre sus manos un ramito de flores que descansaba en el ojal de su levita, mirándolas prosiguió diciendo:

—Decidle toda la ternura que mi apasionado corazón guarda... Hablad, ¡oh flores amadas de la patria mía! y decidle lo feliz que yo fuera á su lado un día!...

Y entregándoselas á María, siguió en el mismo tono:

—No las rechaceis: guardadlas, María, que en su lenguaje mudo y su perfume, os dirán por quien palpita mi pobre corazón!

—¿Con qué amais también?—respondió María. Os felicito, apesar que esto lo imaginaba ya, pues un caballero tan amable, galante y tan simpático, justo es, que al brindar las notas, su alma, esa lira de amor haya encontrado éco en otra lira?...

—No es que amara mi corazón á ninguna antes de venir á la Aldea, sinò que me retiro de ella, llevando impresa en mi alma, la imágen adorada de la que despertó mi corazón al amor, María!

—¿Y en la Aldea la habeis encontrado?... ¡Qué raro es, pues más fácil hubiera sido encontrarla brillando rádiante de hermosura en los lujosos salones de algún palacio!

—No creais amiga, que los ornamentos de aquellas que descuellan en los lujosos salones, puedan cegarme, ¡no! Amo con el alma, nunca con el interés, y os demostraré palmariamente con el tiempo. Por eso os pido guardeis esas flores, para que sepais el amor que habeis despertado en mi alma, desde el momento en que os conocí... No pierdo la esperanza, pues... me habeis dicho que soy...

—Muy simpático, amable y muy galante. Y por esto, ¿alimentais una esperanza?

—Si aceptais mis flores con la condición que os brinda mi alma ¡sí! Mas...

—Caballero, perdonad os interrumpa, pero, sencillamente os diré sin engaño alguno, que si las flores me las habeis brindado hablándome por su lenguaje, lo que encierra vuestro pecho, no os ofendáis que os diga: No puedo aceptarlas, porque no es posible creer que podais amarme tanto, si apenas ha unas horas me conoceis, mal podeis amar, si no teneis tiempo para conocer mi carácter y sentimientos, puesto que no está de relieve en mi rostro. Me las brindais en prueba de amistad sincera? con placer yo las recibo, mas, si es de otro modo, perdonad, no puedo pensar me pudierais juzgar tan insensata.

—Razón teneis para creer un absurdo lo que os dije por medio de esas flores, pero, haced por mí un pequeño sacrificio.

—¿Y cuál es él?

—Que aún dudando de mi puro amor, querais tener la amabilidad de hacer el pequeño sacrificio de guardar estas flores, hasta el feliz dia de la realización de un sueño.

—¿De la realización de un sueño, caballero?... Pues no comprendo el enigma que encierra el porqué misterioso, que he de guardar yo estas flores hasta mejores dias que os veré dichoso. ¿No sois feliz acaso?

—Feliz seria, María, si me dierais una esperanza de que me amais, para levantar en el templo de mi alma la realidad de mis ideales, á vuestro lado un dia.

—¿Delirais Alberto?... No os aventureis á manifestar pasiones que estarán quizá distante de su verdad, puesto que apenas me conoceis, no puede tener pedestal seguro vuestro amor nacido en horas, amor que creído legítimo, puede extinguir la luz al través de la distancia. Hay muchos modos de amar y tal vez os confundais, Alberto.

—Muchos modos de amar decis, ¿y cuáles son ellos? pues esto mismo ya lo he oído otra vez, y quisiera saber que quereis decirme, pues tengo curiosidad.

—Podeis amar con el alma, por ejemplo—y este afecto es legítimo y tan duradero como ella que es inmortal. Puede amar el corazón y ese amor es duradero, á veces, solamente hasta la tumba, porque al dejar de palpitar, párase el relój de la materia y todo concluye bajo la fría lápida, mientras que ya veís cuando es del alma el amor, traspasa las tumbas y sigue amando en ese más allá... También pódeis amar la belleza, como también las grandezas metálicas. Ya veís pues si hay muchos modos, y mucho, que amar en la vida...

—Como yo amo con el alma, la esperanza, que diviso en lontananza, la sostendrá el pedestal de la fe, haciendo ver de par en par abierto el campo de la realidad, donde aparecerá un laurel que simbo-

izará el triunfo de nuestra victoria: «Triunfo de amor.» Mañana tal vez no os desagradaré quizá, y aceptando mi sacro amor, esos lábios de rosa pronunciarán mi nombre acompañado de alguna frase cariñosa.

—Mañana será lo mismo que hoy Alberto, por lo tanto no os violenteis en echar tantas palabras al viento como lo haceis al ocuparos de una labradora que no merece os ocupeis de ella. Podeis recordarlo después y con fastidio olvideis quizá hasta la amiga que ansiosa esperará en las tardes del estío vuestra honrosa visita á la rústica cabaña.

—¿Relegaros al olvido, María, no sabeis que es imposible; que os amo, no os lo dicen esas flores, y la brisa?

—Ellas me dicen que acepten vuestra sincera amistad desinteresada y ella me basta para ser feliz.

—Si no me amais hoy, dejad a mi alma que os ame María. Y no os disgusteis cuando os hable de ese afecto...

—No ameis un imposible, amigo mío...

—Un imposible, ¿por qué? Si no hay que soñar en que pueda el amor nuestro encontrar una barrera.

—Inmensamente grande, es, la que la razón pone ante mis ojos.

—¿Por qué apenas me conoceis? pues, dejemos correr el tiempo, y á esta duda, el convencimiento se encargará de destruirla, y pasaremos sin más obstáculos después.

—Hay otra mayor, Alberto, que es imposible, tan fácilmente como crées pasarla.

—Veamos ¿cuál es ella? pero antes decidme otra cosa:

¿Respondería vuestra alma á la mía si os citara á jurarse eterno amor un día, en el que ya decidido os ofreciera mi porvenir y mi nombre?

—No puedo aceptar esa seguridad que me manifestais, creyendo y juzgando por el hoy, que en el mañana pudierais amarme mucho más.

El abismo que habría en nuestro amor sería mi humildad, y la alta esfera á que perteneceis, Alberto.

—Decídme que me amais, y lo demás es mito.

—No me hableis de amores interesados, que esto me hace dudar hasta de la sinceridad de vuestra amistad,

Yo no puedo, bajo ningún punto de vista, haceros feliz; jamás, Alberto.

¡Qué dolor, pensad, pudiera yo causaros, cuando á vuestro lado tan acostumbrado estais, desde la cuna puede decirse; si permitis la frase, á vivir rodeados de amigos! Ese roce social que se destaca en vosotros, y yo, tan sencilla, tan poco ácostumbrada á presentarme, por que no se fingir, sin boato...

—¿Por eso no más, creeis que no puedo encontrar á vuestro lado ese paraíso soñado? ... ¡Ah, en qué error estais, María! ... ¿No veis que sois poseedora de lo necesario para templar un hogar y saturarlo de dichas, cual las perfumadas flores saturar con sus efluvios esta apacible brisa, que acaricia vuestra rizada cabellera?

—No prosigais con vuestros vanos pensamientos y preguntas. Pensad—como ya he dicho—fabricad vuestro nido á la altura del vuestro, como el ave que busca anidar en las palmeras altivas y gallardas, nunca entre las yerbas olvidadas; entre las selvas umbrías ...

Despertad, no soñeis un imposible; y pensad con un poquito más de calma vuestra situación y la mia. El grado de esfera á que perteneceis y veréis de relieve lucir las exijencias que se le impone á los que, con el transcurso del tiempo, tienen que recibir su correspondiente corona. En fin, Alberto. Os habla con todo el alma, la amiga que no quisiera recibierais un desengaño en la vida, y os pido recorrais vuestra imaginación, y al chocar la humildad contra el orgullo y la opulencia, la segura desilusión, al ver dos posiciones reñidas, la razón hará que olvideis estos importunos sueños imposibles de realizar.

—No lo creais tan imposible, María. La voluntad y el amor son fuerzas mayores para sugerir á la verdad, las vanidades de la sociedad.

—¡Imposible!...

—Pero ¿por qué, María? ¿Es un capricho, acaso, el querer poner mil obstáculos al amor? ¿O habeis entregado ya vuestro corazón y desgraciadamente llegué tarde?...

—Os repito que es tan imposible como el querer abarcar el mundo con los brazos. Y ya lo sabeis el porqué.

Vuestro criterio bien lo comprenderá también, pero, vuestros generosos sentimientos no quieren dar expansión á la verdad, por no herir la sensibilidad de esta humilde labradora.

Os agradezco intimamente la indulgencia que me guardaís, mas, tratad ahora de no violentar más vuestra buena voluntad. Repitiendoos que vuestra sincera amistad me basta, y al aceptar, sabré corresponder con el aprecio y la estimación que se merecen, quien como vosotros, habeis tenido la galanteria de honrarnos con vuestra amistad.

—Bien, me rindo á vuestra voluntad, María. Echad un velo al amor que os hube pintado—si quereis,—dejando solamente en descubierto la sincera amistad, pero permitidme que en silencio os siga amando.

La constancia es una fuerza que sostiene al amor y ayuda á realizar los sueños más acariciados en la vida. Bien puede oponerse al amor legítimo del alma, la oposición del mundo, que aquél siempre lo vence. La fuerza del destino, es superior á la voluntad del gènero humano.

—Permitidme os diga, que no os perteneceis, puesto que la nobleza no tiene voluntad propia, tiene que someterse á las exijencias de su esfera, para llenar el cumplimiento que le impone su nombre.

—No doy importancia á la esfera á que pertenezco, sólo miro ser libre, y en mi voluntad de hom-

bre, dueño de mi acción y voluntad ofreceros mi amor y mi porvenir, Prefiero la corona de glorias para mi alma y no la de palmas de oro para mi frente ostentando el título de Conde de ... Prefiero coronar mi alma con la aureola de la dicha y la ventura sin límites, y no mis sienes, fatigado, sobre la corona del sacrificio, entretejida de preciosas piedras, piedras que equivaldrían más tarde á lágrimas y pesares ...

—Y sin embargo, teneis que resignaros. La alta sociedad así lo exije, y quizas en ella encontreis un ángel que sepa comprender y corresponder á vuestros elevados sentimientos.

—No sabeis, no os lo he dicho ya, que para mi alma ese ángel soñado, sois vos, María?

¿No somos todos iguales é hijos del mismo Dios todos? ¿No estamos colocados ante El todos á la misma altura? Pues entonces, ¿qué me importa del mundo y sus nécias vanidades, fundadas ¡en qué Señor! en una tumba?

La sociedad no me dará por cierto con sus halagos y adulación, la dicha que me promete el porvenir á vuestro lado.

—Teneis razón, Cierto es que ante Dios pertenecemos todos á la misma esfera, pero ... para el mundo, no, y teneis que llenar su fórmula. ¿No decís que no se puede ir contra el destino?

—Y eso, ¿á qué viene ahora?

—Que si hubiera sido nuestro destino unirnos, Dios ya hubiera hecho que perteneciéramos los dos á la misma cuna, y no nacer uno en cuna de oro y el otro sobre el heno ... Ya veis, Alberto, que ... ¡no hay efecto sin causa! ...

—Y ahora, á que viene á vuestra memoria nuestros nacimientos?... y además, ¿Quereis decirme, María, qué quiere decir el dicho ese que creo vino tan intempestivo?

—¿Cuál, Alberto?

—No me habeis dicho: «¿No hay efecto sin causa?»

—Sí, ¿y os pareció demasiado intempestivo, mi dicho?

—Y me llenó de curiosidad, á la vez.

—Y por qué? ¿No os parece tan vulgar y como otro cualquiera?

—Si fuera en otro caso, y cualquiera otra conversación, tal vez hubiera pasado desapercibido, pero en este!...

—Por qué no en este, como en otro caso cualquiera?

—Porque no habeis sido la primera en hacerme oir esas frases y en caso exactamente igual á este.

—Y esa persona os habló de la inmortalidad del alma?

—Sí, y cual me hablais, María.

—Justo es que le hayais oido decir, puesto que su alma piensa en el más allá...

—También le he oído hablar de la fuerza del destino y de ese desconocido más allá.

¿Quereis tener la amabilidad de darme un poquito de luz y decirme en qué os fundais para tener esa convicción que demostrais y decir que el alma que ama en esta vida, puede seguir amando desde ultratumba?

—Creo que no puedo dar luz como pedís, con lo que sencillamente os voy á decir, y es: Que creo amen las almas después de la tumba, porque ella es inmortal, y como regresa á su patria, cuando ya deja esa carcel de materia que la aprisiona, justo es, que al seguir viviendo el alma, viva también lo que brotó en ella. Esta es mi creencia, pueda que esté en un error, pero!...

—No: estoy por creerlo también, y si es inmortal el alma, os juro María que es ella, la que os amará eternamente.

—Trocad esos vanos sueños creados en un momento, en que seguramente se encontró lejos de la razón, la reflexión. Pensad en lo posible, y nunca en lo difícil de ver realizado.

—Ya os he dicho, y creo, no existen tales imposibles.

—Os parece, y sin embargo, pensad en el deshonor que contraeríais al uniros á una labradora y que la sociedad—sobre la marcha—os cerraría sus puertas mirando quien soy, y con quien vais... Hay que pensar en el mañana, y no egoista, entregar el pensamiento solo al hoy. Hoy que bien puede brindarnos flores y mañana solo espinas...

—Estoy dispuesta á rechazar las exigencias de la enmascarada sociedad. Quiero acariciar ahora esa luz de verdad, esa divina luz que alumbría m i alma, vuestro amor y caricias, María.

—No me hableis más de un amor que no correspondo, y es por eso que no os doy ni un pequeño perfume de esperanza.

Dos notas desacordes jamás suenan bien al oído, lo hieren, por lo tanto, no admite jamás un aplauso...

—Sonando dos almas al unísono, cual dos notas harmoniosas, bien merece ser aplaudido, y sin embargo el egoismo siempre por más convencido que esté de la razón, no quiere aceptarla. Pero ¿qué nos importa el egoísmo cuando el justo nos aplaude?

—No espereis un aplauso jamás de los de vuestra esfera si llegára el destino á unirnos.

Tratad mejor de elegir una preciosa y delicada flor en el vasto jardín de la aristocracia... y no busqueis entre los bosques las campestres florecillas casi sin aroma, que quizas las contempleis lozanas unas horas, ostentando radiante de hermosura su corola las deseis, y después de poseerlas las veais sin mérito, y al seros indiferente las dejeis abandonadas, hasta verlas en decadencia... después marchitas, buscar su tumba...

—María, comprendo bien lo que encierra en su fondo lo que quereis decirme.

—Bien sabía que sois buen entendedor, por eso precisamente fué que os lo he dicho en esa forma.

—¿Creeis por ventura, María, que una vez conquistado vuestro amor pueda llevarme al hastío el tener que agacharme al trabajo por haber perdido

la corona en aras de vuestro amor? No me creais tan poco noble, y pensad solo que jamás echaría absolutamente nada de menos viviendo á vuestro lado.

Sed la reina de mi hogar, no me rechaceis, María... Sed la mensajera de mi ventura... La diosa de mi dicha suprema... Pensad en amarme, y en el amor tan puro que os brindo y que á nuestra razonable conciencia le importe un mito los díceres poco ó nada razonables de la sociedad.

Responded al corazón y jamás á los viles ornamentos muchas veces criminales de la dicha.

Vive mi alma presa en la red de la ilusión, soñando amores y venturas, y así vivirá hasta despertar en esa aurora de bonanza que se llama realidad...

—Vuestro modo de pensar, Alberto, esa traslimitación de sentimientos manifestada por medio de tan floridas frases, que jamàs pensé pudierais usarlas conmigo, pienso y comparo vuestra atención, y siento que mi corazón da un lugar preferido á vuestra amistad, dándome ánimo para aceptaros como mi mejor amigo quizá.

—Gracias, María. De cualquier manera, basta que vuestro corazón me aprecie, estoy contento; pero no completamente conforme y feliz...

—Y ¿por qué, Alberto?

—Bien lo sabeis que no es el afecto de amistad el que os brinda mi alma. Os amo, María. Y haced que este peregrino huérfano de amor pueda oir un canto de esperanza...

—No os aventureis pidiendo esperanzas, que serán vanas, porque al darla sería avivar la llama de un amor incierto, por lo tanto ¿á qué amar si ese amor durará una alborada?... No, dejadme seguir cual lo he hecho hasta hoy, oyendo la voz de la conciencia, y así podré ser feliz, porque jamás me engaña. Me ilumina con su luz de verdad, enseñándome por donde dirigir mis inciertos pasos por el erial de la vida. Olvidad tantos sueños!

—Bueno. Si no me dais una pequeña esperanza, al menos no aventureis tampoco los hechos asegurando que será imposible amarme, en esos soñados dias del porvenir, en que os probaré palmariamente mi amor del alma. Ahora, si no teneis paciencia para esperar... razón teneis para asegurarlo. Acepto vuestra decisión, mas, no me conformo con que juzgueis por el presente y asegureis no amarme en el transcurso del tiempo.

—Alberto. No solo pienso en el hoy porque sus brisas me embalsamen con la dicha ¡no! Ya os he dicho, y os repito, que la felicidad del presente no me hacen olvidar el mañana...

—¿Y á qué viene esto ahora? ¿No os he hablado con todo el alma, María.

—Ha sido un pensamiento que cruzó oportunamente, haciéndome entrever lo que va de una á otra esfera.

—¿De una á otra esfera?

—Sé á la que perteneceis y á la que pertenezco yo; que llevan tanta diferencia como al día de la noche.

—¿No os he dicho yo también, que para las almas del mismo temple de sentimientos hay para todas una sola esfera, y están al mismo nivel de la verdad?

—Es verdad, me lo habeis dicho, y así lo creo también: pero: Aquí en el planeta de la tierra se distingue bien la choza del palacio, por lo tanto, hay que saber diferenciar sus habitantes, y como que le dan á cada uno el lugar correspondiente, pensad si sería triste y doloroso, si yo por ejemplo — crédula á vuestras palabras oyera vuestro canto de amor — impulsada por una ilusión — bien. En pos de la ilusión justo es que viniera la esperanza y tras de ella la realidad ¿no es eso?

—Es cierto. Y al llegar esa soñada realidad, nuestro amor ya sería eterno, y aún más inmenso que hoy... Decidme que me amais, María, y olvidad todos esos pensamientos, ese cúmulo de ideas

que embargan vuestro cerebro, sin dejaros arrancar ese ¡ sí! del alma, que deseo oir á vuestros lábios.

—No estoy decidida á complaceros, Alberto. Hay que medir bien los pasos que se dan en esta vida, y aún más, aquella que lleva impresa en su frente el sello de la humildad... Es tan malo á veces el género humano!... que no os perdonará jamás la falta, el deshonor que cometeriais—á los ojos de vuestra alta aristocracia—el unir vuestra suerte à la mía. ¿Y qué sería de esta pobre aldeana, si en la flor de su ilusión, después de haber embalsamado de dichas un hogar, después de amáros tanto y en la dicha de sus días de amor encontró al calor de vuestras caricias, el cielo más lleno de encantos, la brisa más llena de poesía... más llena de perfumes las flores y pareciéndome hasta más vivos sus preciosos matices, en fin, cuando pareciéndome todo más bello con vuestro amor. ¿Qué sería de mí, pensad Alberto, si se extinguiera de vuestra alma esa llama de amor, cuando cansado ya estuvierais de mis pobres cantos de amor, y rechazarais mis caricias?

¿Qué sería de mí, en medio de mi humildad, si no pudiera levantar mi frente altiva—cual puedo hacerlo hoy—ante vuestra presencia y tener que ir al silencio y la soledad á llorar avergonzada ante la efigie del Señor, mi imperdonable credulidad de un momento de ilusión?

Ah, no, ese gran error no cabe en mi alma! Yo no cambio, no, unas horas de placeres que tan pronto se marchitan, para sufrir más tarde una horrible y pesada cadena de pesares con la decepción...

—Pedidme la prueba. El mayor sacrificio para vuestro convencimiento, que sobre la marcha estoy dispuesto á dárosla María.

Os juro por lo que mas querais, que jamás me cansarán vuestros dulces cantos de amor.

—No me convencen las palabras, Alberto; porque hay veces que la brisa se las lleva en sus alas.

—Bien, si no bastan las palabras, os lo probarán los hechos. Pedid, María, que estoy dispuesto á todo, conquistando mi amor vuestra púdica beldad.

—Más calma, Alberto, más calma. Dad tiempo á que la reflexión invada vuestra mente soñadora, y vereis entonces á lo que estoy expuesta.

—¿Expuesta?

—Sí, Alberto, expuesta.

—Me creeis tan innoble? ¿No conoceis ya, María, la ingenuidad de mi alma?

—Hace tan breves horas que os conozco!...

—Teneis razón. El amor dió expansión á la palabra é hizo olvidar que en unas horas no podeis comprenderme ni conocer mis sentimientos tan puros.

Me he hecho un mal por aventurar una manifestación tan...

—Temprano.

—Porque ahora hasta podeis dudar de mí...

—Sinceridad.

—Bien, María. El tiempo es el mejor testigo... Mas, decidme: Porqué me habeis dicho que con mi amor, ó unidas nuestras suertes, viviriais en la duda y estaríais siempre expuesta?

—Primeramente, Alberto, porque la apariencia me condenaría, al ver vuestras continuas visitas á mi choza.

—Gracias, María. Me quereis decir con esto, que os visite, pero no con la frecuencia que pensé.

—No quise ofenderos Alberto, no me habeis dejado continuar mi párrafo, cuando con vuestras gracias me habeis interrumpido.

Lo que quise deciros es: que podeis venir siempre que os plazca el hacerlo, que con gusto os recibiremos: pero esto es, si no os trae el interés que demostrais. ¿Quedais convencido?

—Basta que lo digan vuestros lábios.

—Ah! si así tambien se cumpliera la ley, se hiciera justicia con todos, ricos y pobres, lo mismo;

ro nada temería entonces, y tal vez asi, ya os res-
)ondería á las exigencias de vuestro amor.

—Basta que haga justicia la conciencia, para no mportar de las miserias del mundo.

—Es que el corazón no se manda, Alberto. Y ısí como creeis amarme, podeis muy bien haberos engañado porque puede ser solo un entusiasmo lo jue hubisteis sentido por mí, y... Qué triste ¡ah!)ensad, Alberto, si hastiado de mí un dia, mirando vuestra elevada cuna y la mía tan pobre, llegárais ı despreciarme amandoos yo hasta el delirio!

—Aunque eso pasara—pongamos un ejemplo—¿qué sucedería? No os habría ya dado mi nombre al pié del altar?

—Olvidais ya, que cuando es un casamiento así, al no aceptarlo la nobleza os está permitido anularlo, para formar nuevamente un otro hogar, que estén los dos al mismo nivel que marca la alta sociedad?

Y en medio de mi amor, apareciera en mis sueños ese hogar que habeis formado, y mientras que yo en la pobreza estaré muriendo de pesares entonces, al ver mi deshonra, y abandonada... Vosotros unidos ya ¡ah! olvidando la justicia, estareis brindando por la felicidad futura.

Por piedad Alberto, no me hableis de un imposible, de un sueño que no tocará á la realidad. Quiero despertar, porque antes de vivir entre la hoguera de la duda—y amando con toda el alma—cual os amaría—no podría jamás encontrar reposo, con esos fantasmas que me perseguirían nublando mi dicha y turbando mis horas de alegría.

—No me creais tan poco caballero, tan innoble y miserable, María. Borrad de vuestra mente esos fantasmas en completo desórden que á ella se presentan, solo para frustrar mis queridas esperanzas. Pensad que como hoy, me vereis siempre, de hinojos á vuestros piés, como también está mi alma, desde que os conocí—implorando vuestro amor tan puro como las flores.

Yo tengo la culpa de que dudeis, porque no debí dar á conocer tan temprano, mi amor, pero, ¿qué quereis que hiciera si, comprendiendo que la voluntad y la razón deben estar siempre ante el amor, aún comprendiéndolo así, no me avergüenzo deciros: Que el amor puso bajo su yugo á la voluntad. Guardo una esperanza, aún cuando me habeis manifestado, esa seguridad de no amarme jamás con otra pasión, otro afecto, que no sea amistad.

—Dejad marchitar esa vana flor de esperanza, ahora que apenas recibió las primeras brisas de entusiasmo y tratad de olvidarme que bien podeis conseguirlo, puesto que es un amor que apenas ha brillado...

—María. Y quién tanto habla de las grandes verdades, y de ese más allá... se rinde ante una idea sin base, y poniendo como valla la idea de la infundada innobleza de un espíritu que ofendeis sin conocer aún?

—Teneis razón. Mal hago en levantar vuestro amor sobre los cimientos de la desconfianza, duda é innobleza, puesto que no conociendoos, no debí juzgaros. ¿Me vais á perdonar?

—Basta que lo pidais, María, ya sabeis, no tengo voluntad para...

—Oh, gracias. ¡Qué amable y bromista sois!...

— Bien. Esa era la única valla que poneis á nuestro amor?

—Hay otras tras de ella... mucho más difíciles de pasar, y como ya las divisa el pensamiento en su potencia, quiero evitar á la vida, tempestades, ahora que estamos aún á tiempo.

—No pongais más abismos ante mi amor, que jamás encontraremos ningún obstáculo.

Decidme que me amais, María, y sinó ahora dadme una esperanza de responder á mi pasión. Dejadme que os ame, que os cante los versos de adoración que os guarda la lira de mi alma.

Permitidme que os acompañe en vuestros favoritos paseos por la Aldea, y así con el continuo estar

juntos, tendreis tiempo de conocer los himnos de amor que os guarda mi lira.

—Alberto. Perdonad os diga, que aún cuando os amára con inmensa pasión, trataría de reconcentrar ese afecto íntimo en mi pecho, y el secreto, en la tumba de mi memoria... La causa... bien la sabeis!...

—Y si el destino es el que marca la ventura nuestra en nuestra unión, ¿os negaríais á manifestar, ante las súplicas de mi alma, vuestro amor sentido?

—No creais, Alberto, que nuestra unión sea la ventura que nos brinda la suerte, no; estais en un error. ¿No comprendeis, que si así hubiera sido, hubiéramos los dos nacido en igual cuna? Eso de querer luchar con lo imposible, es ir contra el destino.

—No veis que ya es imposible borrar de mi alma vuestra imágen, y abismar un amor tan grande como puro?

—El bullicio, los festines y en ese foco de alegría en que acostumbrado estais á vivir, os harán olvidar instantáneamente los caprichosos impulsos de un entusiasmo que pasará sin dejar una estela al porvenir.

—¿Creeis, María, que pueda ser entusiasmo lo que brotó en el alma?

—No; creo que si nace allí, no puede jamás morir; pero, no veis que podeis confundiros y el entusiasmo bien puede ser el móvil que os guía.

—Ya veo no puedo convenceros, ni matar la duda con mis sinceras frases. Dejaré el tiempo correr, y habrá un día dichoso en que os probaré palmariamente que no estaba confundido el sentimiento del alma con la seducción del interés.

—¿Y qué es lo que de mi esperais?

—Oir arrancar á vuestros coráleos lábios una frase de amor.

—Y ¿para qué?

—Para con esa primera flor, llena de vida y per-

fume, unirle luego otras, y tejer así una guirnalda de dichas entretejida de glorias, flores que embalsarán con sus esencias, el paraíso que formará nuestro amor.

—Alberto, ¿y si esas flores no nacen nunca al aura de vuestras esperanzas... al ténue rayo de esa ilusión?

—María, mientras late el corazón no se pierde la esperanza...

—Bien: quiero creer que naciera. ¿Y si al nacer, y apenas abrieron sus perfumados pétalos para derramar en su esencia el «Sí del alma», y tiene que inclinarse mústia para en flor buscar su tumba al ver extinguida la llama de vuestro amor, al recuerdo de mi humildad?...

—Y el juramento hecho en el altar de mi conciencia, ¿no lo sentiría retemplar?

—Tantas veces han sido violados que una vez más!...

—Me creeis tan cobarde, tan mezquino como que llegara yo, María, á burlarme de vuestro amor en medio de...

—Continuad, de mi pobreza quisisteis decir, ¿verdad?

—Justamente fué lo que pensé, mas no creyèndolo própio el decirlo, lo confieso, preferí callar.

—No pienso en que podais ser malo. Son ideas mías creadas por la misma humildad. Es el aguijón de la conciencia, esa guardiana que mide rigurosa nuestros actos, y siento me dicen á cada paso: Hay que medir el terreno, y pisar con pie de plomo... porque es tan malo el género humano, que á aquella que carece del vil metal, si la condena no más una apariencia, como no tiene con que comprar de nuevo su reputación abismada, — su honor, esa joya preciada, — hundida por una calumnia creada quizas por la envidia y la maldad; y en cayendo, falta el oro, ya no podrá levantar su fama del abismo, como aquella que en cantidad lo posee y con el vil metal puede tapar su falta por más de-

migrante que sea, y hechar un velo al pasado, dejando lucir reververente el hoy — que en apariencia — más límpido no puede ser, para volver á brillar en sociedad, donde vuelven á llenarla de halagos y atenciones ...

— Ya veis si es una máscara la sociedad, que se pone el antifaz de oro para perdonar una falta al rico, mientras se descubre encarnizándose con el pobre! ... con la que no puede comprar el honor con oropel ...

— Os agradezco íntimamente no me creais malo, porque os amo tanto, tanto María!... que por más que ambicioneis relegar al olvido ese amor, ya es tarde, no puede olvidar ni matar lo que nació en el alma. ¿No me habeis dicho tener esa creencia?

—Me amais Alberto? lo siento, porque tendrá que morir ese afecto...

— Morir cuando apenas ha nacido?... Es imposible, no puede suceder eso, ni lo espereis jamás María, porque será cada vez más inmenso.

— Y sin embargo, esa fuerza mayor á vuestro amor, pondrá á este afecto bajo su yugo.

— Y cuál es esa fuerza? acaso mi descendencia y la vuestra?

— Precisamente, ley impuesta por vuestra noble descendencia, y el jefe de vuestro hogar lo impondrá, vuestro señor padre el conde que proclamará su honor.

— Se obedece si hay justicia, de lo contrario el sacrificio en aras del título no me hará violentar mi voluntad, y más que ésta, mis elevados sentimientos. Mi ámplia libertad de hombre no se vende por un trono, por acceder á caprichos, voluntades y aspiraciones agenas. No voy á marchitar las semillas que en profusión están esparcidas en mi alma y germinan en el corazón también, quiero feliz mirar su fruto de amor y justicia.

— Bien, pero os gustará la paz en el hogar ¿verdad?

— Me basta en que haya paz en mi alma y ello consiste en que me ameis.

—Tronchad en flor esos sueños todos que habeis forjado, así ni una nube de dolor cruzará en vuestra frente, y tampoco en vuestro tranquilo hogar, allí, donde si supieran los impulsos de vuestro corazón odiarían á muerte á esta pobre aldeana sin culpa. Como se consumen las flores al beso de la helada, así marchitara esa ilusión al beso del deber!...

—Aún cuando quisiera imponerse la voluntad al amor, sería imposible, porque no puedo olvidaros, María. Habeis impresionado grandemente mi alma y al faltarme esa luz de esperanza que ilumina mi porvenir, pensad si será triste quedarme y vivir en tinieblas, y enlutar el altar de mi amor, que levanté en el alma!!...

Alberto amaba con toda la potencia de su alma á la divina aldeana, y sin embargo, apenas—bien puede decirse—se conocían.

Qué misterios tan grandes encierra el alma! ¿Porqué será que hay veces que basta un segundo no más para conocer á un ser, para que brote en el alma una chispa de cariño, y esa chispa va creciendo y más creciendo hasta encender una llama, luego se forma un astro, á cuya luz concluimos por divisar la imágen que nos impresionó y contemplamos en el alma, ¿y desde entonces es la visión que nos persigue, y sin saber porqué se le ama?... ¿Cómo descifrar ese gran problema, ese misterio del alma?

Solo veo escrito al claro de un rayo de luz, como respondiendo á mi pregunta, que: «No hay efecto sin causa» mas, esto no basta para resolver el problema del misterio; es muy ténue el rayo de luz enviado de esos mundos desconocidos que llaman infinito.

Si Alberto amaba á María, no mucho menos ella que sintió palpitar por él, su joven corazón, con toda la ternura del amor primero, pero, era reflexiva y razonable á la vez, pensaba y comparaba su pobre cuna en que nació y la de Alberto... ésta era

una barrera que hacía cerrar las puertas del amor á su alma para no dejar en descubierto un sentimiento legítimo, y que tal vez más tarde podría ser burlado, al sentir avasallado su gran sentimiento.

La brisa de la noche refrescaba.

La luna iluminaba con sus ténues rayos las galas del poético jardincito. El gemido de la brisa y la murmuradora fuente era lo único que interrumpía la conversación para admirar el poder de la Infinita inmensidad.

Todos felices y placenteros sentían correr las horas allí, y no se hubieran dado cuenta que tenían que marcharse, si no es por el Marqués Omar, que recordó en ese instante que su prometida Alicia estaría esperándolo impaciente en el huerto del palacio. Levantóse rápidamente y dirigiéndose á sus compañeros de viaje les indicó la avanzada hora que en ese instante sonaba en el reloj de la Aldea.

Como Martha con gran pesar vió que era preciso el marcharse, sintiendo gran pena en su alma el dejar á María, le cruzó el pensamiento de llevársela consigo, trayéndola ella misma después de la comida. Pero, en vano fué la invitación que cariñosamente hízole la hija del conde, á aquella humilde violeta, que temía fuera una invitación superficial, un cumplimiento de mera oportunidad de los que acostumbran en su elevada esfera social; y vaya á tener que servir de mofa cuando al llegar al palacio la vieran tan inferior á los que la honraban con su compañía. Y entonces cuanto hubiera tenido que recriminar su inocencia, al verse humillada en medio de su pobreza!

Martha que todo lo hacía por el dictámen de su alma pura y generosa, se sintió herida al verse desairada por aquella criatura que amaba. No quiso comprender las razones que con dulzura dábale María, todas eran inútiles, y al fin manifestó que se marchaba de aquel paraje donde tantas horas felices corrieron para ella, llevando un recuerdo triste de la poética cabaña, y esto le privaría de venir en

las venideras tardes á reclamar el himno de amistad que le ofreciera el alma de María.

La aldeanita, tristemente y silenciosa la escuchaba, y al pensar que la hija del conde, llevaba grabado en su corazón una sensación desagradable de ella, rompió al fin el silencio, y accedió á la segunda súplica de su amiga, el ir mañana ella á visitarla en su palacio. Y esto, aún que á duras penas lo hacía, era complacer á su nueva amiga, reconociendo en ella un corazón tan puro como la brisa de la aurora.

Así como obtuvo favorable respuesta de la bella aldeanita, se marchó Martha muy satisfecha, y no mucho menos que ella, Alberto, que ya contaba seguro el triunfo de su lira de amor, puesto que sus almas vibraban unisonas, y no se equivocaba pues, como él amaba á María, cuánto!... cuánto le amaba ella también!...

La luna brillaba con pálidos resplandores. De las nocturnales aves ya se oía el aleteo y el gemido que lanzaban, al ángel de la noche que tendió sus alas...

LA HORA DE LA CITA

El coche donde venían los visitantes de la choza pronto estuvo próximo á la entrada del huerto del Palacio del Recreo, y tal era el entusiasmo de los enamorados, que solo creyendo tener por testigos la bóveda azul tachonada de estrellas y la diosa del espacio, — la luna, — no pensaron en que podrían muy bien haber sido sorprendidos, puesto que ni habían sentido el rodar hueco del coche que cruzaba por la calle de las Encinas. Coche en que venia el Marqués, prometido de la protagonista del coloquio, que formaba en la poesía del huerto, completándola su adorador Horacio, el hijo del banquero á quien amaba ciegamente Alicia, pero por orden é indicación de su padre é impulso de ambición también, se sacrificaba en aras de la corona al unirse sin cariño al Marqués, que la adoraba con todos los sentimientos y las ternuras de su alma noble, y ante su adoración, no soñó un instante siquiera. que aquella mujer de quien le enamoró su púdica beldad, iba á ser la portadora de unas horas de dicha a su existencia, y luego la mensajera de su irreparable desgracia.

Por fin, sintieron el rodar del coche, y Alicia desesperada, viendo ante ella inmóvil su adorador,

—Marchaos, por Dios, Horacio, marchaos, de lo contrario, estamos perdidos.

Horacio en su mayor calma respondió sonriendo!

— ¿Por vuestro honor, me jurais ser mía un día, y seguir mi destino, Alicia?

— Os lo juro, sí, todo cuanto querais, Horacio, — díjole aquella ofuscada y temerosa, — pero, por piedad, marchaos allá . . .

— ¿A dónde?

—Al confin del huerto, junto á las peñas y esperadme allí, que después de la cena, que esta noche tendremos—festejando mí desgraciada y próxima boda,—yo bajaré, para recibir de nuevo el beso de la reina de la noche, nuestro testigo único!...

— Voy á complaceros, alma mía, no os agiteis...

—Marchaos, Horacio mio, marchaos, que ya se acercan y si nos ven somos perdidos!...

Los lábios se unieron, y un profundo beso sonó en el silencio perdiéndose en el espácio.

La brisa gimió al pasar presagiando quizás en su murmullo un fin funesto ...

Zumbaba ya el viento, y las hojas al chocar crujían, impulsadas por la fuerza de él.

La luna se ocultó un instante, y Horacio, aprovechando la obscuridad de la noche que envolvía el jardín, se marchó á ocultarse entre las peñas, mientras Alicia sentóse en el rùstico banco, allí, junto á la gruta. Su rostro estaba encendido y lo ocultaba entre sus manos. Su cabellera negra, medio en desórden, caía por sus hombros, y era tal su confusión, que al sentir la mano del Marqués temblar sobre las suyas al contacto, dió un salto de terror gritando: ¡Piedad, marchaos!... pues le pareció que era Horacio que había vuelto á ella, y al fin pudo tranquilizarse cuando á los rayos de la luna reconoció á el Marqués, su prometido.

Ante éste, y los recuerdos de su infiel pensamiento, volvió de nuevo el carmín á teñir de lleno sus mejillas y con todo cinismo, omitiendo su turbación, devolviendo la caricia al Marqués, se acercó á éste, tomó su mano y mirándolo le dijo:

—Me habeis asustado, pues cansada de esperarme rindió el sueño. Ya no os esperaré más aquí en el jardín. Cuando vayais a la Aldea, tratad ahora de volver siempre por la Avenida Rókson ó calle de las palmeras, así entrareis por el mismo portal del jardín que me queda próximo al Palacio.

Un momento de conversación tuvieron: luego vino al caso, el favorito tema del Marqués y ahí se

desarrolló una animada conversación de la Imágen de la Aldea,

Alicia, hastiada de oir ponderaciones para otra mujer que no fuera ella, se marchó, pero con otra intención. Aprovechando que el Marqués estaba entretenido con Alberto, subió á su aposento tapizado color azul eléctrico, y una vez allí abrió su espléndido secreter. Tomó de él un precioso y elegante papel perfumado, donde grabó estas líneas:

«Marchaos si podeis, Horacio, os lo pido, porque es imposible otra entrevista hasta mañana, al toque de la oración.

Tened paciencia y resignaos con vuestra suerte, pues vuestra esperanza de vernos junto á las peñas y esperar allí el beso mismo los dos de la diosa de la noche, que dejaria caer su lluvia de plata sobre nuestras frentes, con pesar os digo, se ha frustrado nuestro querido sueño de amor... Hay movimiento en el Palacio... Adiós. Siempre vuestra hasta morir.

ALICIA.»

Luego entregó el billete amoroso á la cómplice doncella, que bien paga la tenía, y una vez en manos de ésta, salió del aposento de Alicia, bajó al jardín, cruzó por cerca de donde estaba el Marqués y Alberto en lo más entusiasta de la interesante conversación, tan entusiasmados estaban que ni vieron cruzar el jardín á la doncella, que ya estaba junto a las peñas, allá en la cascada artificial construída en el confín del huerto, donde esperaba Horacio, quien al sentir los pasos de la doncella los confundió con los de su amada Alicia, y al salir á su encuentro lleno de satisfacción, grande fué su asombrò y decepción cuando se encontró con la doncella que le entregó el billete, y se marchó á ocultarse trás de algunas espesas plantas contiguas al rústico banco donde seguían su conversación el Marqués y Alberto, que proseguía diciendo:

—Sabeis entonces que amo á María con todas las potencias de mi alma?

Ah! no sé si será para felicidad ó desgracia mía el haberla conocido!... En fin, que Dios lo disponga.

—Y le habeis brindado ya vuestro amor, Alberto? —preguntó el Marqués.

—Cómo no, si á su lado he soñado un mundo, un paraiso ...

—Tened piedad de María, no labreis la desgracia á esa inocente criatura, con promesas que no habeis de cumplir jamás. Pensad que digna es de mejor suerte.

—Y no podrá ser tan feliz conmigo como con otro cualquiera? ¿La amará otro mortal más de lo que la amo yo acaso? ¡Nunca Omar, jamás!...

—No recordais que no teneis voluntad propia, y que teneis que estar bajo el yugo de vuestro padre?

—Creeis que siempre voy á depender de él cual hoy? ¿Dónde está, pues, la libertad del hombre? Y entonces, ¿qué me importa de su infundada oposición? ¿qué me importa de honores y mi cuna, si logro su amor? Yo mismo, no demorará mucho en que le manifestaré los impulsos de mi corazón, y pese á quien pese, venceré.

—No aventureis tanto los hechos. Más cordura Alberto, más cordura... y mirad con mas calma el porvenir. No os apresureis á sembrar esperanzas que se disiparán como el torbellino de nubes que en las alas del viento se disipan.

—Ya sabe que le amo.

—¿Y os ha aceptado?

—Con el tiempo tal vez logre su amor, lo que por ahora solo me brinda su amistád sincera.

Entonces, ¿os ha hecho abrigar una esperanza al porvenir?

—Ninguna.

—¿Y cómo pensais vencer entonces?... pues sin esperanza yo no me explico de qué manera; sin base, ya colocais el laurel del triunfo?

—La amo, y la constancia es una base segura, y también la principal para conquistar un amor puro, y lleno de oposiciones. Y luego, el amor y el capricho en unión, será una fuerza para la victoria.

—Creo que convencido estais de que, si os unieseis á María, os desheredarán del trono correspondiente?

—Convencido estoy ¿y qué opinais de eso, Omar?

—Un consejo es lo que me pedis, ó, simplemente que dé mi opinión sobre ese proceder.

—Los dos à la vez,

—Pues mi consejo como buen amigo y más lleno de experiencia, fuera que, tratarais de olvidar á María, y ambos, dejaran caer esas primeras ilusiones —primeros perfumes de amor y esperanza—en el insondable abismo del olvido, antes que llegara á saberlo el conde.

Ahora mi opinión, es, que es una injusticia sacrificar un amor puro. Y que si yo amara...

—Haríais lo mismo que yo haré,

—Pero, como estamos en distinto caso, yo soy libre y dueño absoluto de mi acción... Tú aún dependes de otra voluntad...

—El tendrá paciencia, porque yo pienso cumplir mi prometido.

—Por ahora será imposible, pues bien sabeis lo severo y grave que es el respetable conde.

—Nada me importa, ni me asusta en el mundo, si logro el amor de María.

Soy hombre, y aún cuando nunca tuve necesidad del trabajo, nada absolutamente me importa tener que ganar el pan á fuerza de fatigas. Al fin sería feliz, ganando mi anhelada y gloriosa victoria.

—En fin Alberto, yo nada os aconsejo en este caso, pues son asuntos tan sumamente delicados, que no quiero tomar parte en ellos. Lo único que mi criterio os reprocha, es, que hoy se lo digais al conde, y también, que en todos los momentos de la vida podeis ocupar al amigo.

Ya os digo, mejor dejad correr los sucesos, que lo que sea sonará...

—En que gran error está aquel que crea que la felicidad se bebe en cáliz de oro!... como los creen muchos padres, que sacrifican un hijo vendiéndolo por el vil metal... Lo que soy yo, no cedo al capricho ageno. No estoy dispuesto á sacrificarme. Voy á esperar la felicidad para mi alma, dentro una choza y no en un otro palacio, porque no vendrá entonces á mí llamado en el lujoso carro de ópalo, la dicha inmensa que anhela el alma mía.

—Pero creo que por ahora, debeis—bajo todo punto de vista—callar ese amor,

—¿Callarlo? Ya aún cuando quisiera, seria imposible, pues hay quien ha oido nuestra conversación y se encargará de publicarla hasta que llegue su eco á oidos de mi padre.

—¿Y quién es, el que se ha atrevido á escuchar oculto nuestra conversación: para ir luego á pregonarla? ¿Lo habeis descubierto?

—Sí, la doncella de Alicia, y seguro estoy es mandada.

—No importa, con muy poco dinero la compraremos, y permanecerá muda al secreto. No temais por eso.

—Temo se lo comunique á Alicia, porque llegado á ella soy perdido...

—Callaos Alberto. No creais tan lijera á vuestra hermana, parece que no comprendierais quien es Alicia.

—Por lo tanto, temo...

—Y aún cuando lo sepa, le impondré silencio y callará...

Entretanto, demos tiempo al tiempo, que él nos dirá mejor que nadie la felicidad que nos trae en sus alas y su rápida carrera, ó bien, nos leerá la sentencia que nos depara el destino.

—Casi siempre, Omar, para una flor hay cien espinas!...

. . . .

LA VELADA EN EL PALACIO DEL RECREO

Algunas semanas después de la visita de Alberto á la choza de María, cuando ya éstos se entendían, y enamorado uno del otro estaban, como las aves de sus nidos. Aunque Alberto satisfecho estaba por la gran velada que se daria en el Palacio del Recreo, la misma noche de ese día, en que al despuntar de la aurora, en esa mañana espléndida y risueña que pasó junto á María. Aún trayendo los más gratos recuerdos é impresiones, su alma no estaba satisfecha, al pensar que la humildad de su cuna no le permitia gozar en aquella soberbia fiesta, pero en fin, acariciábale la idea, que pronto tal vez renunciará á todos aquellos ilusorios festines, para concretarse solamente á María, y acompañarla allá en su nido idolatrado, donde soñaba que quizá le esperaba su felicidad.

La tarde avanzába, hasta que al fin, después de haber copiado los lagos y las fuentes en sus cristales, los coloreados árboles por los últimos tenues rayos del sol que bañaba las galas de las selvas y jardines, la última lluvia de oro que enviára el rey del espacio, el sol, huyó al ocaso tiñéndose en arreboles, hasta que al fin se apagó su roja llamarada, para tender su manto de crespón la noche, formando las estrellas caprichosos relieves sobre el firmamento azul, donde realzaba la luna, esa diosa de la noche admirada por el mundo.

Las diez de la noche sonaban en el reloj de la Aldea, y á pesar de estar ésta bien distante de la gran ciudad, muchos eran los concurrentes que en el tren venian para asistir á la brillante fiesta del Palacio del Recreo.

Luego que se oyó el silvato del tren anunciando su llegada, gran aglomeración de coches, particulares unos, de plaza la mayoría, se acercaron para tomar los pasajeros: un momento después arreglados cómodamente dentro de los vehiculos, marcharon todos en dirección á la Avenida Rókson, llegando luego todos á su destino, donde fueron recibidos con gran acojida por la elegante y selecta Comisión.

Mientras que un sin cuento de luces eléctricas brillaban por doquier en el palacio, realzando ellas su estética esplendidez y asiático lujo, así como mucho más, lo completaba las bellas damas de la corte con sus soberbios trajes y preciosas piedras que le adornaban, en la choza de María se alumbraban apenas con el claro de luna que entraba á la cabaña, para prestarles luz con sus ténues rayos á los moradores, reflejos que iban á caer besando el risueño semblante del labrador, que parecia que más lleno de gratitud, y por momentos, le sonreia con amor.

Esto no pasó desapercibido para María que desde su balconcito contemplaba aquel cuadro, forjándose la idea que aquel rayo de luz era la mirada del Señor que los acompañaba.

De pronto pasó la brisa murmurando junto á ella, trayéndole en sus alas las preciosas notas que arrancaba la completa y sublime orquesta que ejecutaba las más dulces y escogidas piezas. Notas harmoniosas que llegaron hasta el fondo del alma de María, haciéndole recordar sus dichosos y venturosos dias de escuela, y más que esto, su inolvidable protectora, la bondadosa Hermana de Caridad, Sor María Gloria, quien húbole enseñado la esplèndida música que en aquel momento precisamente ejecutaba la orquesta «Fuerza del destino».

La música predilecta de María, que llena de emoción misteriosa la escuchaba, recordando en ese instante el pasado y el presente, y luego sin darse cuenta, sin duda á alguna evocación que en silencio hizo su alma, lanzó un suspiro que se cruzó en la

brisa, con otro que en el momento dado también, lanzaba Alberto...

Terminado los últimos acordes de «Fuerza del destino», reinaba en la Aldea la mayor quietud, á la vez, que, el genio de las sombras, formaba mil visiones á su alrededor.

De pronto los vibrantes acordes de un voluptuoso vals rompió el baile, y allí aparecieron gran número de parejas soberbiamente engalanadas, descollando entre ellas Alicia, con su régio traje de princesa, asemejándose á un foco de luz eléctrica en contínuo movimiento, por la enorme cantidad de brillantes y piedras preciosas que le adornaban; desde la diadema que lucía su artística cabeza, hasta sus elegantes zapatos que cubría su diminuto pié.

Alicia estaba en todo su apogeo, recibiendo con satisfacción extrema, las mil atenciones, ponderaciones y zalamerías de sus amigas y amigos. Pues aún cuando se reconocia estaba bella, no había necesidad de apersonarse y comunicarle á ella misma lo que ella ya sabía y le constaba, porque se lo decían los espléndidos espejos que adornaban el gran salón: pero muchas veces la adulonería... como ya lo he dicho, porque he tenido oportunidad para palpar entre algunos de mis amigos —está ante el que dirán, y como generalmente adula aquel que nada vale... se recuesta á la luz para ver si da un rayo á su sombrío nombre, pues, con el rose contínuo, tiene la esperanza de llegar á ser algo!!!... Pues, ¿no había en la fiesta jóvenes tan bellas como Alicia? Pues allí estaba Silis de Starleins, hermana del Marqués Omar; y también Aurora, la hermana de Horacio hijo del banquero.

Llevaba Aurora en su nombre su pureza, y completaba más la aurora las divinas margaritas y violetas emblema de su modestia, así como también modesto número de preciosas piedras entre las que se destacaba el rubí, que eran sus predilectas como símbolo de amor. Luego su belleza!...

No dejaré escapar á mi pluma, aunque pálido re-

flejo de la aureola que adorna á Silis, á esa divinidad que bien podía ser la diosa de la fiesta—porque podía decírsele con justicia y en la extensión de la palabra. Lucía Silis, su sencillo «toillet»—junto á las que allí brillaban—su traje de blanca seda, cubierto de encajes, sosteniendo en cada recogido, con todo «chic», un precioso ramo de sensitiva, símbolo de su alma. Y entre sus joyas destacaba las transparentes esmeraldas engarzadas junto á los cristalinos brillantes negros, parece que su color, en su lenguaje decían: «Mis esperanzas se abisman!!...» Y daban lugar á confirmarse esa combinación de piedras y colores con la sombra de tristeza que iba aumentando, como los rayos solares que empiezan pálidos, hasta que al fin queman...

Pues ninguna de las tres parecía haber eclipsado con su belleza física, así es que no podría decirse, si se observaban detenidamente, cual de aquellas tres gracias podría ser la mimada y reina de la fiesta.

Pero bien pronto la adulación, que carece de justicia. quizo que realzara la belleza de Alicia, y como bien sabeis lector, que en sociedad cuantos ejemplares de estos se encuentran, aquella noche parece que éstos se dieron cita, olvidaron á todas los concurrentes á la velada, para rendir homenaje á la hija predilecta del Conde de Rókson. ¿Y cómo no ser la hija mimada del Conde, si sus sentimientos eran los mismos, igual que sus ideas, y ambos soñaban ver apilados sus tesoros, sin mirar que era á costa del sacrificio?

La ambición, ese fuego infernal que tantos arden entre sus llamas y se abrazan en ella. La idea de los títulos y las riquezas, gravita en sus mentes con todas las potencias y era el arma que ponía ante aquel que á su paso no rindió homenaje. Era ésta el reverso de la medalla con su hermana Martha, quien mostraba la mayor indiferencia por la nobleza á que pertenecía, y hacíale ver á Alicia que la fortuna es muchas veces como los rayos solares,

que brillan refulgentes á veces en dias de tempestad solo por demostrarnos su existencia. Y también le hacía ver que el cielo ostenta su manto azul cuando sonríe, y cambiaba en gris cuando anunciaba tormenta, lloraba...

Pues este era el retrato que Martha hacía de la fortuna, y à la vez un ejemplo que ponía ante los ojos de su orgullosa y ambiciosa hermana, que humillaba aún más al pobre, complaciéndose en demostrar ante ellos su grandeza.

Mientras Martha recreaba y elevaba su pensamiento y su pupila en esa grandiosa bóveda azul del firmamento, queriendo sondear ese misterio del más allà... la otra, Alicia, — digna de compasión, mujer frívola, — recreaba su pupila aquí en la tierra sin pensar ni siquiera en ese poderoso Eterno, porque toda su felicidad y gloria era aquí en este interminable carnaval del mundo...

Todas satisfechas, todas contentas y en animada conversación sonreían dichosas, dejando correr las horas sin apercibirse que quería agonizar la noche — salvo Silis de Starleins, que en su mirada — se reflejaba como en un cristal de aumento — la profunda melancolía que la hizo quedar en el más completo silencio, y sus miradas, ¡ ay ! llena de hondas meditaciones parecía ver sus más queridos sueños — troncados ya... como los oblicuos rayos del sol — prontos á sepultarse en el ocaso!

¿Cuál sería la causa de ese destello de melancolía que aumentó — en vez de apagar — su virginal belleza?

Ah!... Después de lucir una aurora de dichas, prometiendo en sus flores, sus trinos de amor, brisas de ilusión y en sus ardientes rayos de sol, una eternidad de venturas, triste es decir que la prometida aurora se trocó en noches sombrías, llenando de nostalgia el alma á los recuerdos de su fugaz felicidad... que ya no volveràn !!!...

¿Quién sería el criminal de su dicha que daba término á las sonrisas de glorias, que, unos días apenas animaban su alboreante belleza?...

El olvido de su ingrato Alberto, quien destruyó de su cerebro el recuerdo del juramento de amor que le hubo hecho en las pasadas y no lejanas tardes. Aún que este, sonreia y parecía estar del todo satisfecho junto á Silis, pero, en apariencia no podía ser más completa la satisfacción de encontrarse junto á ella; mas: si como en un libro abierto pudiera haberse leído en el fondo de su alma, á buen seguro que su tristeza era inmensa, puesto, que recordaba y sonreía á las reminiscencias de las tardes y noches de plateada luna que gozaba allá, en el balconcito de la choza, al lado de la Imágen de sus ensueños, de aquella mitad de su existencia, y alma de su alma, que le hacia amar á la vida. Maria á quien mandaba en alas de la brisa, sus más hondos suspiros acompañados de los preciosos acordes que arrancaba la sublime orquesta, enviándole en cada nota, una caricia y un beso de amor.

Terminó el vals, y como Silis viera que Alberto enmudeció á su lado ya; hasta algo de fastidio pareció notar en el semblante de su compañero de vals, con toda delicadeza y á la vez agradecimiento, dirigiéndose á su inolvidable é ingrato Alberto, le pidió tuviera la bondad de acompañarla al toillet, donde penetró triste, apesar de querer ocultar su gran pesar. Su alma generosa y pura lloraba, mientras que su lábio reía, al encontrarse con la mirada de Alicia, que un momento hacía estaba en el toillet.

Esta, al ver entrar á Silis, y no pasando ante ella desapercibido la sombra de tristeza que empañaba la púdica beldad de su amiga, dirigiéndose á ella le dice:

—Aún cuando creo estais satisfecha, Silis, noto en vuestro semblante, una pequeña nube de tristeza, que roba un reflejo á vuestra gran belleza,

¿Será la causa de esa nostalgia, alguna nubecilla de verano que cruza el límpido cielo de vuestro amor, enlutando en el alma los gratos recuerdos de mejores días?...

—No es nube de verano la que cruza el cielo del amor, Alicia,—respondió la joven,—éstas al fin pasarán sin dejar una estela al porvenir... pero... este nubarrón de tempestad, arrastró en sus rugidos mi dicha, dejando desgraciadamente en mí cozón y mente. las huellas imborrables de las reminiscencias adoradas de los pasados días, y esos sueños de amor que apenas hube forjado, ya los veo tocar en el ocaso, que irán á sepultarse para siempre!...

—Y ¿cuál es la causa de tal decepción?

¿Ama á otra mujer, Alberto, que no lo seais vos Silis?

—Otro amor tan puro como el mío, anida hoy en su pecho. ¡Y es tan digna que se le ame!...

—No desmayeis... Ya venceremos...

—Hay fuerzas mayores, Alicia, que así lo imponen. y no hay más remedio que obedecer su potente voz.

—Y ¿qué voz es esa? ¿Acaso habría justicia, si no se cumpliera el juramento de amor que hubieron hecho ante el firmamento y las flores?

—Tantos juramentos se pueden hacer, que la potencia del destino los destruye!...

—Déjate de destinos, que siempre estais con eso y con las potencias del « y o » del alma, y es por esto que no vivis dichosa. Piensa como yo, en este suelo adorado y sus goces, y olvidad ese después incierto... Pensad en amar que ya venceremos.

—Alicia, ¿quereis decirme de qué vale imponer amor á un alma noble y desinteresada al través de riquezas sin afecto?...

Alberto ama con todas las potencias de su alma. Yo lo he visto sonreir al recuerdo de la que adora en el altar de su alma. Yo he oido pronunciar muy, muy bajo, un nombre tan dulce y querido!... Yo le perdono.

—Y aún así ¿sois capaz de perdonarle?

—Vaya que sí, y con toda el alma, pues, no hará más que cumplir su destino.

—Y creeis con sinceridad, que Alberto ama?
—Me consta que adora á la bella aldeana.
—De qué mala fuente brotó ese sarcasmo?
—De la inagotable fuente de su amor.
—Silis, por Dios, no le hagais tan poco favor.. ¿Creeis por ventura que pudiera unirse á gente de tan baja esfera como lo es la hija del aldeano. Y renunciar nada menos que á su corona por tan humilde mujer?... Será tan tonto acaso para ir á morar en una choza, desheredado del castillo?... Como se conoce que el amor no os deja trasver lo imposible.
—¿Imposible porqué? Podrá pertenecer—cual pertenece la aldeana, ante el miserable mundo—á la esfera secundaria, mas, podrá poseer la cárcel de su cuerpo una alma más elevada que cualquiera de nosotras.
—Callaos; ya estais como Martha, que siempre está poniendo el alma y la materia en parangón con las riquezas metálicas, y las del alma, como si esta no fuera tambien mentira. ¿Creeis por ventura que esa humilde desgraciada podrá poseer un alma, como decís, más grande que la nuestra—y si es que no es materia—¿no veis que todo está á su nivel, y la que posee un tesoro, débelos poseer todos?
—Estais engañada, Alicía, y perdonad os diga, estais embuida en lo material. Pues en el caso de Alberto, yo despreciaría un trono en aras del amor del alma.
—Bien, dejémonos de almas que es una palabra como muchas otras para adornar la poesía, y lo que sé deciros es que no es capaz de despreciar vuestra estética belleza acompañada de...
—Mis metales, quisisteis decir?
—Me habeis adivinado.
—Os he comprendido, y á la vez la indignación mayor se apodera de mí al ver que habeis pod do, un instante, juzgarme interesada. Y desde yai os digo que Silis de Starleis no sacrificará jamás su amor en aras del interés, y mucho menos ante el

qué dirán. No tengo el alma forrada de oropel, ni mucho menos mis sentimientos buscan lucir en la apariencia, ¡no! Amo la verdad, la realidad adorada que bañó la ilusión en otro tiempo. Amo los tesoros del alma, y los ricos sentimientos del ser que adore; jamás el vil metal. Y aún amando, cual amo á Alberto, sabré reconcentrar en mi alma ese amor tan puro, y aún cuando las reminiscencias vengan á cada paso á visitarme, llenando de nostalgia el alma, en mis noches de insomnio, le amaré y aún cuando no logre sepultar en el olvido su recuerdo, lucharé, mas, no lo sabrá ya nunca.

—Mirad á quien hablais, Silis. Me habeis ofendido con las palabras que á mi rostro habeis arrojado.

¿Creeis acaso que tengo yo la culpa, si el destino os niega la dicha que á mi me brinda?

—No os he hablado más que lo justo y lo que mereció vuestra pregunta. Y podeis poneros en mi lugar un instante, juzgad y comparad entonces, cuál hubiera sido el proceder de vuestro amor ofendido y vuestra dignidad. Y...

—¿Creis que con esto podreis arrancarme el afecto de Omar? ¡Ah, qué equivocada estais! No sabeis ya, que la nobleza habiendo dado su palabra, antes de retroceder se sacrifica? Por lo tanto, no os tomeis la molestia de hablar en desierto al ir á comunicar lo ocurrido á Omar; pero ante mí, hablad no más, no calleis...

—Calmaos, Alicia, que no es este el momento oportuno para esclarecer un asunto de tanta importancia. Solo os diré: que al orgullo y la envidia no dieron cabida jamás en mi pecho: por lo tanto, no porque el destino me niegue la ventura que á otras brinda, no creais por esto que se han de abrir mis lábios —respecto a vuestro amor interesado— ante Omar.

Aún cuando nada de particular tendría, tomara parte en el asunto, porque se trata de la felicidad ó

desgracia de un hermano, no quiero que si sucede lo contrario de lo dispuesto, vayan á culparme un día á mi, no. Si es feliz á vuestro lado, que Dios haga redoblar y multiplicarse vuestra dicha y tesoros... Si es desgraciado, que se resigne con su suerte, que en la culpa va el castigo... Ahora, y en medio de mi honda pena y decepción, solo os pido Alicia, un gran servicio—que creo lo habeis de cumplir—y es: que ni siquiera le evoqueis mi nombre, muerto á la memoria de Alberto.

—Bien, Silis, olvidemos tan desagradable nube gris que entre nosotros estalló, como eco de la primera, y echemos un denso velo à tan inesperada conversación. Pensemos solo ahora en que saldremos victoriosas, y desde ya voy á tejer una guirnalda de laureles á la epopeya gloriosa que con vuestros méritos habeis sabido conquistar.

—Yo os ayudaré á tejerla si quereis, pero, para que adorne la espléndida cabeza de la jovencita aldeana. ¡Y qué soberbio quedará el color del oro representando la cascada, cayendo entre sus palmas, la hermosa cabellera, los espléndidos rizos color de ébano...

—Quedan mejor los vuestros que son rubios como el sol, pues se asemeja más al agua que el de la aldeana. Y todos parecerán lluvia de oro cayendo entre las palmas de laureles.

—Sobre gusto no hay nada escrito—así dice el refrán—por lo tanto quedais con el vuestro; mientras que yo opino lo contrario: apruebo la elección de Alberto.

Los acordes de la orquesta volvieron á dejarse oir llamando al salón á las bellas, que ya se extrañaba no verlas cruzar por él.

A la vez que el Marqués Omar, venía en busca de su prometida, Alberto también venía en busca de su olvidado amor, Silis; pues, una tras otra pieza se iba bailando y Alberto, parecía haberse olvidado de la pobre Silis, quien ni esperanzas ya tenía de volver á pasar otro momento agradable con él, porque

parecía éste se esquivaba de ella: mas, su caballerosidad le obligó á invitarla de nuevo, á lo que Silis aceptó, y una vez que estuvieron en la soledad los dos, retirados lejos del bullicio, ella, con toda diplocía, mirándolo á los ojos le dijo;

— Por fin os acordasteis de que estaba aún en la fiesta, vuestra sincera y siempre amiga, y aún cuando con afecto recuerda los hechos y promesas de amor, os jura — para vuestra tranquilidad — no reclamaros jamás un violado juramento hecho ante las marchitadas flores... pues como fueron su emblema... no me extraña que al morir ellas haya muerto el recuérdo y el amor.

Sed feliz Alberto, y dadme el placer de estar algunos instantes en vuestra compañía. No teneis necesidad de huir de mi presencia. Yo no os tacharé jamás de ingrato, puesto que recordareis aquel día en que os dije: Que el corazón no se mandaba y que forzosamente necesario, era cumplir la ley del destino. ¿Recordais Alberto?

— Lo recuerdo todo...

— No. Todo no quisiera que ya recordarais, sino — para vuestra dicha — tratad de olvidar el pasado que ya no tiene objeto — como trato de olvidarlo yo, Y en prueba quisiera que por mi hicierais el último sacrificio.

— Con placer, como ayer y siempre, Hablad Silis, que estando en lo posible quedareis complacida.

— No me atrevo, Alberto, creo mejor no exponerse á que guardeis un triste recuerdo mío.

— Ya sabeis que nunca puede ser triste lo que tan feliz me ha hecho, y tantas horas del pasado refrescarán mi mente soñadora...

— Echemos un velo al pasado, y para ello os entrego esta otra siempre-viva, emblema de amistad. Queréis guardarla, Alberto? Ya sabeis que como desinteresado símbolo de amistad, ¿la aceptais?

Alberto tomó entre sus manos aquella flor, y avergonzado inclinó sobre el pecho su cabeza, como mirando las flores que lucían en el ojal de su frac,

luego, y al fin decidido, sacó los blancos jazmines entretejidos con violetas, y entregó á Silis —correspondiendo la atención y fineza de ésta —que las tomó colocándoselas después sobre su lacerado corazón, que sufría en el silencio el dardo cruel de un desengaño, teniendo á su lado el ser amado, y sin poderlo olvidar.

Su alma estaba hecha girones por tan inesperada decepción, pues aún le quedaba un átomo, un moribundo perfume de esperanza, que aquella noche fatal espiró; pero, se armó de valor. Y no mucho menos Alberto que le pareció aquella noche volver á dar vida á aquel amor que descansaba en la tumba del olvido, y más aún cuando Silis, generosa y con cariño, le brindó con toda su alma su mano amiga y ayudarlo en sus amores, si le fuera útil.

El amor de la aldeana que profesaba á Silis, se encontraron en balanza en el corazón y en el alma de Alberto, y caía tan pronto uno, como el otro, en su peso, mas como ayer, hoy por hoy, triunfó la aldeana seductora.

Mientras que para unos, ó sea, la mayor parte de los asistentes á la fiesta —eran breves las horas de gozar. Para otras era una noche de eterno pesar y ansiosas esperaban el momento dado, en que diera el último arpegio de despedida la sublime orquesta, cuyas notas llevaron dichas al alma de unos, á la vez que para otros dolores y desengaños... Unos deseaban se prolongara la noche de espansiòn al placer, otras esperaban ansiosas el silencio y la soledad de la callada noche para verter sus lágrimas, despidiendo su última esperanza que no quiere abandonarla, como despediría sus cantos de amor: al redoble funerario que lanzaba su laud...

Ultimo rayo de una vana esperanza, que no se apagará ni al través de las distancias, ni tampoco con los años, pues, cuando pensaba en olvidar, aquella chispa, formaba una llama, y ésta, levantaba un incendio: Silis era una de las que deseaban

terminara la velada aquella, que dejaba en su mente las más fúnebres reminiscencias de un amor y un desengaño...

A la vez que, también Alberto deseaba llegara la hora dichosa de estar junto á María.

La hora deseada llegó, pues las miles de luces que alumbraban el lujoso palacio empezaban ya á oscilar, anunciando que se daría punto final á la gran fiesta.

Ahora quedaba á representarse la fiesta en la mente de cada uno. Representaríanse dramas de un pasado y un presente en el pensamiento de otros... mientras que otros en sueños!!!...

Cada pensamiento es un volcán.... Cada cerebro una interminable ciencia... así como cada hogar un mundo, y el mundo un interminable y gran carnaval...

. . . .

FLORES Y ESPINAS

Unos momentos después del toque de la oración, ya María cruzaba la Aldea en compañía de su anciano padre, llegando — después de mucho andar — á su destino, al Palacio del Recreo, donde aguardaba á la puerta un lujoso coche tirado por dos espléndidos troncos, que en aquel momento castigados por el látigo del cochero, arrancaron con la velocidad mayor de su carrera, para traer en su seno al hijo del Conde de Roksón.

Martha, así como viera llegar á María, corrió á la principal puerta de entrada donde rindió ella misma homenaje á la preciosa aldeana, á quien ofreciendo cariñosa su brazo — y aceptando aunque con temor María — subieron á la poética galería del palacio, donde no se notó en la aldeana ni la menor admiración, ni mucho menos asombro al ver que el oro lucía en todo aquel hogar lujoso y soberbio.

Así como llegó María a la galería, donde estaban los dueños del Palacio y varios de la alta esfera que esperaban la llegada de María, unos, para reirse de la bella hija del labrador, los otros para admirar su hermosura é ingenio.

En lo mejor de sus comentarios estaban todos los de aquella selecta reunión, cuando apareció Martha satisfecha, con la amiga de la mano, y luego, presentándola á todos aquellos que enmudecieron ante tan perfecta belleza, díjoles;

— Aquí teneis la beldad del bosque, la diosa de la Aldea, y la imágen adorada del que tiene la dicha de conocerla.

María miró á su amiga, y una oleada de sangre purpureó sus frescas mejillas; luego de hacér una cortesía á todos aquellos, díjole á su amiga:

—Os agradezco mi buena Martha, mas no me avergonzeis por piedad... Razón creo tenía en no querer venir, temiendo se extralimitara vuestra noble y generosa alma pura...

—La verdad, amiga de mi alma, tiene su acogida en el alma del razonable que sabe hacer su justicia.

Pues vosotros, lectores, ya conoceis bien el gran afecto que guardaba Martha para su mejor amiga, á quien sin vacilar un instante siquiera, hubiera dado su existencia ya cansada de sufrir.

Si á Beatriz fuéle la aldeanita en extremo simpática, no mucho menos á Silis, aún cuando sentía su alma abrasada entre las llamas de los celos, pero la amabilidad que le era característica y la sonrisa de sus lábios de coral no se apagaba un instante por satisfacer á Alberto, y á la vez que lloraba su corazón, vertiendo lágrimas de hiel á raudales, en silencio repetía ante el recuerdo de otra potente voluntad; que no era la suya: «Lo quiere el destino, que se cumpla; ella no tiene la culpa, y en vez de odiarla siento que también la amo.»

Todos, todos, admiraban y amaban á María, salvo Alicia, que ante tanta ponderación para la aldeana, rugía en el silencio, su alma ruín, como el enfurecido león, y odiaba á aquella criatura á quien deseaba ver muerta á sus piés, antes de que eclipsara su belleza.

En ese momento, y llamado por Martha anunciando ésta la visita de su amiga, salió el conde de Rókson de su lujoso gabinete, y al ver belleza tanta en María, quien ante él se inclinó con humildad, no pudo menos que exclamar:

—¡Qué criatura tan soberbiamente hermosa!... esto si que bien se puede llamar obra perfecta de la naturaleza...

Todos extendían su mano con cariño á la joven, hasta el mismo Conde, sólo Alicia permaneció muda y en su sitio, pues parecía rebajarse si daba su mano á la preciosa é inocente joven, ante quien no pasó

desapercibido semejante acto porque fué como un puñal lacerado que fué á herir su amor propio y su delicadeza de alma, en medio de su humildad, á la vez que un dardo que se clavara en su pecho inmaculado, pero como el rencor era desconocido para ella, pronto perdonó la ofensa, aún cuando no podía olvidarse, porque era esta la primera vez en su temprana vida que se sentia desairada en su pobreza, recibida y tratada como infeliz doncella. Despues de recibir tantas flores, doloroso era encontrar al fin sus espinas...

Martha sufría horriblemente aquel desaire marcado para María, y temia el fuera la causa de que no volviera su amiga al Palacio, y como esto era lo que iba buscando Alicia, no le bastó con eso sino que ya estaba proparando una trampa para burlarse y reirse á costa de la aldeanita, pero su gran inteligencia inclinada al mal, no pensó que en medio de sus riquezas y ostentaciones muy bien podía salir burlada.

Una vez después del saludo, todos tomaron asiento en la poética galería,

Alicia ansiosa esperaba el momento para reirse, momento en que María asustada de tanto lujo mirase á todos lados confusa é inquieta á la vez, mas no logró su objeto deseado; María era más prevenida, más inteligente y llena de conocimientos de lo que ella se imaginaba.

Nada atraía sus miradas, sino estudiando uno y otro semblante, como queriendo penetrar y estudiar los pensamientos de cada uno de aquellos seres.

Un momento de silencio se sucedió, luego que María proseguía en su tarea llegó á detener su mirada en Alicia; ésta, ante quien no pasó desapercibida la exigente mirada de María, dirigiéndose á la aldeana, le dice:

—¿Estais asustada? ó quereis retratarme?

—Ni una ni otra cosa de lo que os imaginais pensé al contempláros, señorita condesa—respondió

María.— Apesar que casi adivinasteis pues quería grabar en mi mente la belleza y delicadeza de vuestro rostro sin igual; mas, ahora que veo ha disgustado, con pesar dejaré de recrear mi vista en una perfecta obra del Señor.

Todos permanecieron mudos, pues muchos de aquellos comprendieron el delicado choque con tanta diplomacia y delicadeza que hacía María, y entre ellos el Marqués de Omar, que le indignó aquel acto tan poco noble de su prometida. Todos pensaban; luego rompió de nuevo el silencio el Conde, que dirigiéndose á María le dice:

—María ¿quereis quedaros en el Palacio?

—Perdonad, señor Conde—le dijo la aldeanita—pero, para doncella, creo teneis ya bastantes...

—Yo no os he dicho que vengais aquí como doncella, no, hija mía, Os ofrezco un cariño de padres, así como nuestros hijos el afecto de hermanos. ¿Quereis aceptarlo?

En ese momento entró Alberto, y así como oyera decir eso á su padre, no cabia en sí de júbilo, y suspenso admiraba interrogando con la vista á María; era el momento preciso para vivir siempre juntos sin separarse jamás, así como también su amiga Martha; pero Maria quedó un instante suspensa, luego mirando al azul firmamento, y como si en él se hubiera encontrado con la mirada del Señor, que le reprochaba si aceptaba semejante acto, como abandonar sus pobres padres por vivir en la opulencia, pronto bajó su mirada del cielo, y dirigiéndose al Conde le dijo:

—Señor Conde, con todo el corazón agradezco tanta generosidad, tanta indulgencia con quien nada merece, ni una atención de vosotros, mas... Me vais á perdonar os diga, no puedo aceptar vuestro sincero ofrecimiento.

—Y ¿por qué hija mia?

—Porque jamás podía ser ya dichosa cual lo soy hoy. Pongo la mano sobre mi conciencia y siento que ella me dice: si tengo tan cruel el alma como

para abandonar mis pobres padres que tanto se sacrificaron por mi educación. Ellos, á quienes tanto trabajo dí cuando niña... y mecieron mi cuna cuántas veces!!!... Yo, yo tanto sacrificio, galardonear con el abandono, y luego después quizá el completo olvido? Oh! no, no cabe tanta crueldad, en el alma mía; no puedo gozar sola yo; comodidades cuantas cual me ofrecéis á vuestro amparo, cuando pienso en las miserias que estarían pasando en mi pobre cabaña... Quiero con ellos reir si es que el destino no nos niega esa felicidad de que hoy gozamos. Con ellos sufrir cuando haya que sufrir porque no siempre encontraremos el sendero regado de flores, y á su lado morir.

—Pero, no veis que así es el mundo; y luego, no sois sola, ni tampoco la primera ni la única tampoco que abandona su hogar. Y más aún, que no á todas le brindan lo que os brindo á vos.

—Cada una de esas tendrá más tarde que arrepentirse; y tarde, quizá muy tarde, llorar el error, porque al principio, con la novedad, todo serán flores... pero... cuando el tiempo corra y se den exacta cuenta de su desviada ruta que le hubieron señalado en la vida, por un momento de ambición?

Yo, por ejemplo, que esto aceptara, ¿cómo poder ser feliz aquí, donde al llegar la noche es día, por el sin número de focos eléctricos que alumbran este soberbio palacio, mientras recorrerá mi imaginación y en ella veré el cuadro vivo de mi choza, que es alumbrada á veces solamente por la lluvia de plata, que nos envía la luna, esa diosa del espacio y compañera del pobre... No es para mí esta morada, señor Conde... El que no nació en cuna de oro no debe jamás ambicionarla. Así como la que lleva en su frente el sello latente de su humildad, hay que dar á cada uno el lugar que le corresponde por lo tanto. Así como la nobleza en sus grandes y lujosos castillos, el labrador en su rústica cabaña.

—Bien hijita. Ya que no queréis abandonar

vuestros padres, os haré el gusto por tal de que vivais entre nosotros, trayendo toda vuestra familia al palacio. ¿Lo aceptais así?

— Es imposible señor, yo os lo agradezco intimamente, pero, perdonad no acepte de ninguna manera vuestro ofrecimiento.

Dadme vuestra honrosa amistad que endulzarán muchas horas de nuestra vida, pero no me propongais dejar nuestro nido idolatrado, allí, que las aves, la choza y las flores, todo, forma parte de nuestra familia, porque desde que nacimos le amamos á cuanto vemos y tocamos. ¡Ah! yo creo que si saliera de él, ya se acabaría mi ventura, y la pena me mataría tan pronto!...

— Ya os acostumbraríais, luego con el trato de familia que os darían aquí!...

— No todos estarían dispuestos á tener compasión, ni sentir estimación por la aldeana, porque así como en unos de entre vosotros despierte lástima ó simpatía, en otros quizá inspire fastidio y la antipatía sin límites...

La tarde agonizaba, María ya sin sosiego estaba, y ansiosa esperaba la llegada de su padre que venía en su busca. Pero en vano fué su llegada, porque la tanta instancia de su amiga Martha le impidió marcharse del palacio hasta después de la comida, que en su coche la llevarían á la Aldea.

Gran sacrificio era el que hacía María al quedarse, pero al fin era feliz al complacer á su buena amiga Martha.

Pues como se decidió á quedarse, ambas tomáronse del brazo y bajaron al jardín; mientras que Alicia reía á carcajadas por detrás de María, pensando nuevamente en vengar la contestación de la aldeana,—que en su humildad le dió un buen ejemplo—y para esto estudiaba el medio de hacerla caer en la red, hasta que al fin pensó en la oportuna hora de comer para ridiculizar á María, que, por cierto, otro buen chasco se daría ella.

Las dos amigas despues de gozar unas horas en

el jardín, bajaron al huerto, allá en el confín, donde admiró María las preciosas peñas y cascadas artificiales por donde corría el agua cristalina. así como también los preciosos pececillos que habia en la gran fuente de la espléndida gruta, construida de preciosas piedras de colores.

Las aves que allí cruzaban, las flores de cuantas se buscaran en un ámplio y vasto jardín, allí de todas se encontraba. Así es que todo aquello eran nuevos placeres para María.

En lo mejor de sus goces estaban ambas, cuando llegó á sus oidos los repetidos llamados del timbre eléctrico del comedor del palacio, y recorrían toda la extensión de éste hasta el jardín, anunciando la hora de reunirse para la oración antes de la comida.

María no pudiendo omitir su curiosidad, preguntó á Martha, que, si aquellos timbres eran los que llamaban al comedor, ó bien, á qué respondían.

Como Martha le dijera lo que indicaban, las dos se pusieron en camino hacia el soberbio comedor, donde brillaba un lujo asiático.

Alberto ya venía á su encuentro, y así como estuvo junto á la aldeana, ésta, mirándolo, le dijo:

—Sabeis Alberto, que anoche tuve el gran placer y la mayor satisfacción, de que la brisa me llevara en sus alas, los arpegios sublimes que arrancaba la gran orquesta, que anoche hizo su debut en la velada?

—¿De veras María? Os felicito y me felicito también, porque en cada nota os mandaba un suspiro, ya un pensamiento, como una sonrisa, y cuántas caricias!...

—Gracias, Alberto. Pues no lo sabia, pero parece que algo presentía, porque me parecía que la brisa anoche, más que siempre murmuraba al pasar, trayéndome suaves perfumes de las flores tempranas que abrían su broche, y al oirla vuestro recuerdo acudía más vivo á mi alma!!...

—Os sentiais feliz entonces?... Quizás algunas

reminicencias os habrá traído á la mente, al oir esas que más ponderais...

—Muchos recuerdos queridos de mis pasados años, y aún más: el de mi inolvidable protectora, á quien con toda la satisfacción de mi alma le oía, sentada á su lado, ejecutar con tanta dulzura y sentimiento, y entre su gran repertorio, esa, la predilecta mia. «Fuerza del destino.»

—¿Y quién era esa feliz protectora vuestra, que tanto tiempo pasó á vuestro lado?

—La apacible hermana Sor María Gloria.

—¿Y en qué colegio os habeis educado, María?

—En el colegio del Sagrado Corazón. Allí, donde me enseñaron á amar á Dios, sobre todas las cosas...

—Pues yo amo á Dios, y sin embargo, primero que Él, soy la diosa que adora mi alma.

—Entónces, perdonad, os diga Alberto, no sabeis amar. Pues yo os amo, y más de lo que os ama mi corazón, Alberto, creo que nadie os podrá amar; porque chico seria para caber en él más cariño. Y antes, ya veis, amo á Dios, mucho más de lo que puedo amáros. Y también más de lo que amo á los autores de mis días.

En esta conversación estaba uno y otro, queriendo convencer, pues ninguno de los dos aceptaba su opinión. Alberto, porque amaba apasionadamente á María, y en su amor, ciego, no habia otro cariño mayor que el que profesaba á su adorada. Mientras que María amaba con mucha más calma, á pesar que amaba mucho, pero su clara inteligencia y su ingeniosidad le hacían ser razonable.

Así como llegaron al comedor de palacio, después de algunos cumplidos á María, ésta, dirigiéndose á todos aquellos personajes tan atenciosos, dijo:

—¡Qué honor tan inmenso para esta pobre aldeana, nada menos que formar número en compañía tan selecta... Tanta gloria no cabe en tan pequeño corazón.

—¿Estáis confundida?—interrogó Alicia, te-

miendo que antes que ella pudiera otro adelantarse á rendirle homenaje á las palabras finas de la labradora, y á la vez, queriendo ya temprano tender su red.

—Condesita, — respondió María — vosotras que sois tan indulgentes, tened á bien disimular, y que no os cause admiración si me veis confundida, pues ante tanta atención inmerecida, y la distinción que me haceis entre tantas labradoras!... no puedo menos de sentirme extraviada...

— Entre las paredes del comedor.

— No lo creais, futura condesa, el que pudiera confundirme entre el tapiz de terciopelo y los engarces del oropel tachonados de radiantes y hermosas piedras que al menor movimiento parecen rayos del disco solar. No, no porque acostumbrada esté al humilde comedor de mi hogar, adornado solamente por cinco miserables muebles, y tener en que descansar, no por esto que vea, voy á sentir enagenada mi razón. Y además, ¿qué puede llamar la atención á la que admira y en nada ve más encantos, más brillo y más riquezas sin iguales, como al mirar la divina bóveda azul tachonada de brillantes. Esas nubes, gasas de colores formando túnicas transparentes...

Ese foco grandioso y potente que con su lluvia de oro ilumina el mundo...

Esa luna, compañera del que llora. En fin, esas auroras de bonanza que lucen engalanadas y sonrientes hasta en las gotas de rocío?...

He ahí mi gran admiración, y lo único que contemplo con el alma enagenada y el pensamiento en Dios... Y también puede confundirse, aquí en la tierra, por ejemplo, vuestra estética belleza.

— Sois muy amable, ahora me confunde á mí vuestra gran galantería.

— No uso jamás perfumes para rociar mis humildes frases. Así es que no vayais á creer que fueron adornos los que rodearon el grito de justicia.

Como ya impacientaba, á la vez que aquellas res-

puestas iban á herir el corazón de Martha y Alberto, éste último, para poner punto final de una vez á tan desagradable conversación, dirigiéndose á María, le dice:

— Con que entonces, María, habeis oido la orquesta, anoche, desde vuestro poético balconcito?

— Por dicha mia, Alberto. Anhelaba tanto, después de tanto tiempo volverlas á oir...

— Pero aún cuando no oyeces la de anoche, creo que jamás os faltará música?

— Teneis razón, porque el feliz labrador lleva la música en el alma. Luego el trino de las aves, el murmurar de las fuentes y también el murmullo de la brisa... Ah nunca, ni un día nos falta concierto; agregando á todo esto los prados con su verdor, vestidos de esmeraldas, engarzadas entre las mil flores de colores, completa la poesía. Y ya veis que jamás tenemos á qué hojear un libro para aprender en él, cuando para nosotros está siempre abierto....

— ¿ Y también os gusta la poesía? — interrogó de nuevo Alicia con satírico modo. ¿ Y os gusta leer?

— Es mi ocupación favorita — desde que abandoné la escuela — y aprovecho en esos momentos desocupados. Leo para instruirme un poquito, qué mucha falta me hace ....

— ¿ Y no recordaríais, ahora, algunas de esas tantas que habeis leído?

— ¿ Recordarlas? Sí, felizmente tengo muy buena memoria. Mas no me atrevería á declamar porque si no hay gracia y sentimiento, parece mala hasta la poesía misma, por más sublime que sea,

— ¿ Y los nombres de algunas de ellas, no recordariais?

— Si tanto os gustan, yo os dictaré una gran lista, para que hagais acopio de ellas. ¿ Quereis?

— Bien, empezad.

— Ahi van: — « Orgullo y vanidad, » « Mi Laud, » « Las notas de mi Lira, » « Perdón á la Ofensa. » Estas os la recomiendo, por que es algo sublime, aunque todas son tan grandiosas! ... También es-

tas: « La torre en el abismo » « Amor al interés » y « En aras del Amor. » También, además de estas y muchas otras poesías que tengo impresas en mi memoria. He leído varias obras muy bonitas é instructivas, como ser:

« Envidia y caridad, » « Flores y espinas, » « La corona del martirio, » « Inclinada al mal, » « Las dos almas, ó sea, Luz y Sombra, » ésta es algo notable, y creo descuella entre todas. Luego, esta es muy buena también: « Llorar tarde, arrepentida ». En fin, son todas las que he leído y acuden á mi mente, que creo si prosigo no terminaría.

Ahora, podeis escoger una entre ellas si quereis que os dé su detalle completo, y también para evitaros el trabajo de leer.

También recuerdo otras bastante interesantes, como ser « El cristalino lago empañado por el lodo, al mecer sus aguas », ó sea « La reputación comprada con el oro. »

—Por lo visto habeis leido mucho, pero otra cosa me llama más la atención.

—¿Cuál es ella?

—Pues, me parece haber oído decir que tocabais el piano, ¿es verdad?

—En otro tiempo no me habria rehusado tocar porque convencida estaba de que no tocaba tan mal, puesto que mi protectora gozaba en hacerme lucir, y quererme dotar de los más grandes artes y conocimientos. Pero ahora hace ya tanto tiempo que mis pobres manos no recorren las blancas teclas de un piano, que no me atrevo á sentarme para hacer tan triste figura.

—Pero algo os habeis de acordar, —respondióle Alicia, creyendo estar segura ya de que tenía preso el pez en su red; y ya se forjaba la ilusión de que pronto podría levantarle, y reirse á costa del pez encarcelado. Pero... ella no sabe, no se imagina ni remotamente, que María goza de más lucidez de espíritu é inteligencia, y que cuando ella apenas venía, la aldeana ya estaba de vuelta.

María, comprendiendo perfectamente la crítica encarnizada que se le quería hacer, con toda la diplomacia que le es característica, mirando á Alicia, le dice:

— Bellísima y futura condesita, perdonad os diga que no admito me querais poner de relieve esa imaginaria aureola de artes que á mi no me adornan. Por lo tanto espero de vuestra generosidad querais tener la bondad de no ponerme en un compromiso que me será difícil desacirme de él.

— Pero sois inteligente, bien podeis probar á ver si podeis recordar aunque más no sea un acompañamiento, que tengo deseos de oiros.

— Os agradezco el buen deseo, mas, con el pesar más grande desde ya siento el momento de risa que os voy á proporcionar.

—Reiros de tí, María — contestò Martha, interrumpiendo ahora ella la conversación.

— Sí, Martha, reirse, porque junto á lo que sabeis vosotras !...

— El que poco aprendió, María, no está obligado á saber más. Y además, el que pudiera reirse es más digno de lástima, puesto que no comprende. No tiene un rayo de inteligencia para saber razonar.

— Bien ¿ os disponeis á tocar el piano? — volvió á decir Alicia.

— Lo haré, más para convenceros de que no sé, ó mejor de que no me acuerdo — respondió la aldeana — pero un favor os voy á pedir antes, y es, que riais todo lo que querais en mi casa y no á mis espaldas.

— Quedad tranquila por eso, No sé porque me parece que también sabeis cantar ¿es cierto ?

— Me habeis oído alguna vez?

— No, pero.... me supogo y no sé por qué.

— No sería difícil, pues. ¿ Habeis estado alguna vez en las fiestas del Sagrado Corazón ?

— Aquí en la aldea, creo que no hay ningún colegio con ese título.

— No ; no os he dicho en la aldea, sino allá en la

ciudad; en la calle principal, avenida de las Palmeras.

— Ah, sí, la conozco; precisamente queda inmediato al Castillo. ¿Y allí os hubistes educado?

— Allí, y tal vez me habeis oido cantar entonces cuando las fiestas en la gran capilla, ó bien en algunos exámenes.

— Nunca,

— Creía que hubiérais asistido á alguna fiesta; tan católica que sois. No me extrañaría que visitando el convento me hubierais oido.

— Es cierto, eh, ¿con qué cantais entónces? Bueno, es necesario que mostreis vuestras habilidades todas. ¿Estais dispuesta?

— Con mucho gusto, basta que me lo pidais; pero convencida, esperad que no vais á escuchar nada notable ni mucho menos bueno. de quien tan poco ha estudiado....

— Como quiera que sea — respondió Martha — tiene doble mérito, basta que haga tanto tiempo que no repasais, ni un estudio siquiera.

Alicia sonreía placentera pensando en lo que se reiría gozando á la aldeanita, sin imaginarse su gran inteligencia inclinada al mal; que si estaría segura María de las piezas que iba á ejecutar al piano, cuando casi sin ruego, y con toda desenvoltura, condescendía con Alicia.

Muchas veces aquellos que intentan burlarse, buen chasco se llevan al tirarse de vivos, y salir con la horma de su zapato, al salir burlados... Hay que guardar la risa para cuando se deba uno de reir, y entre tanto guardarla...

Terminada la comida dieron unos paseos por las amplias galerías, donde las frescas brisas de la noche, saturadas por los efluvios divinos de las más escogidas flores, parecía que al aspirarla, llegaban hasta el alma, embalsamando los recuerdos en su altar.

Luego bajaron al jardín, al huerto, y como la brisa refrescaba, temiendo les hiciera daño, volvie-

ron á palacio, dirigiéndose á los grandiosos salones. Allí, donde una vez de llegar, fué acompañada al piano María por Alberto y Martha, quienes extasiados se sentaron uno á cada lado de ella para oir con más atención las preciosas notas y admirables gorjeos que arrancaba María. Con tanta maestría tocó y cantó, que hasta su misma acérrima enemiga la admiró. Pues se asemejaba su dulce y gran voz, como los trinos y arpegios que arrancaban sus manos, la vibración óptica del arpa de los ángeles.

Gran número de aplausos recibió la aldeana, quien hizo redoblar con su talento, atención y fineza demostrada, y legítima de ella, el amor en el alma de quien como Alberto, el Marqués y Martha le amaban con inmenso afecto; mientras que el odio se apoderaba cada vez mas del alma de Alicia. odio hijo de la envidia, ese reptil venenoso y también madre de la infame calumnia... Y sin embargo, quien debió haberlo sentido no sintió más que afecto sincero por la bella aldeanita, porque su conciencia razonable hizo que sintiera en su inocente corazón la voz de la justicia, y que solo culpaba al destino la dicha que aquella le robaba, pues Silis también con entusiasmo aplaudió todas las bellezas y encantos de María, y en galardón á su canción ofreció las perfumadas flores que dormían sobre su pecho.

María aceptó con toda fineza aquellas flores, ofreciéndoles traerle unas de las cultivadas por ella, á lo que Silis, prometióle ir ella misma á buscarlas.

Alberto estaba confuso de felicidad.

Después que María ejecutó varias otras piezas más, entre ellas su favorita, « Fuerza del Destino, » que en ese momento la dedicó á Silis, cantando luego una espléndida romanza titulada « Amistad ; » luego otra, « Canción de amor, » que iba dedicada á cada uno con su pensamiento. Así que terminó abandonó el taburete, para cederlo á sus nuevas amigas, quienes se rehusaron á tocar, temiendo, y convencidas, de que el sentimiento y el gusto

con que tocó María, iba á eclipsar, y el orgullo, no quería que tan luego la aldeana les hiciera sombra.

Sólo Martha. la complaciente y noble Martha, sin importársele de nada, y con el deseo de que realzara más aún María, dejó oir una espléndida fantasía de concierto, que mereció ciertamente, justísimos aplausos.

Alicia rugía, como el león., de rabia. Tronaba en su ser con ronco estampido el odio ; mientras que, el rayo de la envidia estallaba y en furiosa cólera sonreía, pero con la sonrisa del hipócrita ; en vano quería disfrazarse de inocente avecilla...

No hay que leer en el semblante el temple del corazón. Ni brindar flores del alma sin conocer á fondo los sentimientos más íntimos, pues, muchas veces, un bello rostro, acompañado de fraces dulces y floridas que desprenden sus lábios, pero... no hay que buscar el sentimiento escrito en el lábio, porque está impreso en el alma lo que muchas veces se quiere decir, y por eso se dice: Está profanando el lábio. Está vertiendo flores y sonrisas, y lo acompañará talvez el presentimiento quizá más vergonzoso, abrasado en la atmósfera del odio....

Cerraba la noche, la pálida luna quería ya sepultarse, después de haber acariciado en su sueño la dormida Naturaleza, mientras le cantaba, como también á los últimos ténues rayos de esa diosa de la noche, el precioso ruiseñor, ese dueño de los bosques que busca el misterio y el silencio para cantarles... A esa hora en que las almas compañeras se buscan allá en las regiones rosas de lo ideal, para viajar unidas por esos prados desconocidos del amor y los ensueños... mientras descansa la fatigada materia cansada, á veces, de sufrir!!

La ida de María deshizo la animada velada.

Unas horas más tarde, ésta, ya tranquila, dormía en su feliz cabaña, soñando dichas y venturas mil. Mientras que Alberto acariciaba también en su sue-

ño un poema de dicha inmortal, en la poética choza de la Aldea, y junto á María. ¡ Cuánto hubiera dado por despertar y acariciar las realidades de su sueño, cuánto !...

¡ Qué triste aprisionar la dicha, y abrir los ojos para encontrarse con la penumbra del cerrado aposento !...

Pues como él, ya todos dormían en el palacio... es decir, los cuerpos dormían, mientras viajaban al acaso las almas !...

SONÁMBULA

La noche desplegó su manto de crespón, mientras que nubes de aureolas, de estrellas parpadeaban en la penumbra del firmamento. El silencio era profundo, la soledad absoluta, y el ruiseñor gorjeaba..... El creía estaba solo, y sin embargo, había quien lo oyera, quien, sentado en las peñas, allá, en el confín del huerto del palacio, esperaba impaciente la hora de una cita...

De pronto se oyó el crujir de una puerta que parece temblara y con temor se abría; de seguida apareció en el balcón que daba á un aposento, cual una celeste visión, envuelta entre encajes de seda blanca que se confundían con su blanco cútis, asemejándose á una estátua de Carrara, la esbelta figura de una mujer, que abandonando el balcón, se dirigió á una galería, bajando luego por una escalera de mármol; después otra, hasta que, aprovechando la penumbra, y aunque con temor, porque cada figura que en la sombra se formaba, el miedo le hacía forjar la ilusión de ver un fantasma que la llenaba de terror. Pero... seguía adelante sin detenerse, cerraba sus ojos para espantar la visión. El valor le daba alas para seguir adelante... Más podía el amor que el temor en la secreta lucha, hasta que al fin dos pasos solo faltaban... Ya apareció de nuevo la silueta divina, allá, al confín del huerto... El temor habíale pasado ya... ya estaba junto, pero, á las peñas hacía rato... quise decir, en brazos de su amor!!!...

Horacio rodeaba la cintura de Alicia con sus brazos, que temblaba al contacto del cuerpo de su amada, quien, entregada ahora sí, al amor — no al

interés, como cuando está junto al Marqués — y mientras hablaba dejaba reclinar su perfumada cabecita sobre el hombro de Horacio.

Entregados al amor estaban, sin pensar en el mundo, ni el honor. cuando sintieron los dos que sus seres se estremecieron bruscamente, al sentir de súbito el aleteo de una ave nocturna que cruzó el jardín, y trás de ella seguia otra su huella, y al cruzar por encima de sus cabezas cantaron al pasar, como anunciándoles que había gente; ó bien, como diciéndoles á aquellos: «Hea... mirad que no estais solos los dos!!!...

Alicia levantó con temor su cabeza siguiendo el vuelo de aquellas importunas aves. Horacio la miraba contemplándola extasiado...

El silencio era absoluto; ninguno de los dos se atrevía à interrumpirlo. Los corazones palpitaban al contacto de sus manos aún entrelazadas. Mientras que sus dos almas vibraban al unísono, y mientras enmudecia el lábio, sus almas viajaban por los países del amor....

— Alicia — dice de sùbito Horacio, rompiendo el silencio. — Las veis, Alicia mia, ¡cuán dichosas son!.... ¡cuánto se aman, y cómo se ocultan del cazador!

— Las veo, Horacio, — respondió la joven — y creo ellas son, el fiel retrato de nuestro amor.

— Y si es verdad que me amais ¿por qué nó marchamos al acaso, en busca de nuevas dichas y mejores glorias, cuál marchan ellas en pos?

Hablad Alicia, hablad y no calleis...

— Y sois capaz de marchar á merced de la ventura dejando en el olvido lo que dirán?

— Donde brilla á raudales el oro, hay que cumplir su voluntad y reirse del que dirán, porque: «El que dirán se compra»...

— Pero, ya no entonces cual hoy, podría levantar altiva mi cabeza y descubrir mi frente inmaculada...

— La dicha no os la dará el que algo pudiera de-

cir, porque ese, que pudiera decir algo, muchas veces tiene más que decirse á sí mismo...

—Y si ese puede altivo levantar su frente y pregonar al mundo el lodo que encerraría mi conciencia?

—De ninguna manera que no os importa, porque al fin, ellos no os darán la ventura que ambicionan nuestras almas.

Huyamos Alicia, antes de que tengais que pertenecer al Marqués... porque entonces!!...

—No pensais Horacio, lo que se murmurará mañana en la Corte?... lo que se proclamará de mi conducta?...

—¿Qué dirán? Que no podeis sacrificar vuestro amor en aras del interés, y labrar la desgracia de dos.

—Y si mandan seguir nuestras huellas, teniendo que volver como prisioneros de palacio?

—Volveremos los dos.

—Y si el Marqués, herido en su pasión y honor, os hace perecer?...

—Al fin, sería feliz siendo por ti...

—Qué horror, Dios mio! Horacio, mi amado Horacio. Pensad y comparad en el frío de una noche de invierno tempestuosa—por ejemplo—y en ella, vagando errante un ave peregrina rechazada del amor, sin abrigo, y sin nido!...

Desistid de vuestro horrible propósito, que como quiera que sea, os juro amor, y entregaros la corona de desposada en prueba de amor.

—La corona de vuestra noche de boda, y unida ya á otro mortal más feliz que yo?

—Tened piedad, Horacio, de mi alma, pero, ya sabeis que á los ojos de la sociedad tengo en apariencia que pertenecer á Omar... y tal vez muy pronto, así lo ha designado padre.

—¿Muy pronto? pues no lo sabía.

—Antes de marcharse el Marqués á la ciudad, quiere que se efectue nuestro enlace.

—¿Aquí en la Aldea?

—Sí, en este mismo palacio tan lleno de recuerdos queridos, desde nuestra infancia!... ¿Recordais, Horacio?

—¿Cómo no recordarlo, si fué el motivo por lo que nos distancia el Conde? ¡Oh, tiempos aquellos de íntimos encantos, que tocaron quizá por siempre al ocaso!... ¡Ya no volverán!

—¿Cómo no volverán? Y no estamos gozando de nuevo de la dicha, mientras viene á la mente aquel pasado?...

—Ahora sí; mas... Pronto la ventura se perderá en la sombra del deber cumplido!!...

—Las potencias del alma, Horacio, sobrepone su yugo, al deber cumplido.

—Bien se vé que sois joven y no teneis la suficiente experiencia como para pensar lo que hablais!!!...

—No me amais ya, cuando me recriminais las frases, y al sentír que tan sinceramente se explaya en su dolor mi alma. ¿Por qué me habeis engañado, haciéndome creer que me amabais? ¿No me habeis dicho, Horacio, que donde marchase, cual aquellas dos aves, me seguiriais en pos?

—Cierto es. Os amo y seguiría vuestras huellas...

—¿Me lo prometeis, amado mio?

—Pese á quien pese, ídolo de mi alma.

—Estais decidida, una vez unida á ese hombre, violar las leyes del destino y abandonar el hogar?

—Por vuestro amor, á todo estoy dispuesta, Horacio... Y además, que, violentan mi amor y voluntad, yo no tengo la culpa si desvío mis pasos en el erial...

—Bueno, ya que por mí sois capaz de todo lo creible, marchemos ahora mismo; la obscuridad que aún nos oculta en su enlutado manto, nos favorece.

—Me jurais amarme siempre cual hoy, y no abandonarme jamás?... Darme vuestro nombre al pie del altar?

—Sellemos el compromiso con un juramento en un beso, siendo el cielo testigo. Un beso de amor y eternidad?...

—Huyamos, Horacio mío. Os amo, y no me creo con fuerza para cargar con una pesada cadena de martirios al unirme á Omar: pudiendo ceñir mi frente de puras y perfumadas flores, que embalsamarán de ventura el ambiente de un hogar.

—¿Estais dispuesta?

—Sí, Y marchemos á la ventura antes que nos sorprenda la aurora, aquí, junto á las peñas. Huyamos...

Demos un adios al huerto adorado de mis amores y mis ensueños...

—¿Marchar decis? y ya me parece que quiere despuntar la aurora...

—¿Qué horas teneis, Horacio?

—No puedo ver por la penumbra.

—Ocultaos trás de las peñas y prended luz. Tened cuidado no vaya á coincidir que nos pesquen en mitad de la senda.

—Allá voy.

Con mucho trabajo pudo ver la hora, el hijo del Banquero; luego volviéndose al lado de su amada le dice:

—Cielo santo... Alicia mía, se frustraron nuestros sueños rosas!...

—¿Qué hora es?

—Son las tres y media pasadas y está próximo á amanecer,

—¿Tendré tiempo de llegar á palacio?

—Tal vez si demorais, os van á sorprender el personal, doncellas ó los mismos jardineros del huerto.

—¡Qué triste es separarse cuando se ama!...

—No os entretengais, Alicia de mi vida... Dadme un beso... otro... Volved al aposento, y allá, en el silencio y soledad, meditad bien la determinación tomada... ¡Mañana será otro dia!!!...

—¿Me jurais que me amareis hasta morir?

—Os lo juro por mi honor, y mañana, después, os probaré palmariamente mi gran amor...

—Me esperareis á la misma hora?

—Si quereis así lo haré.

—Bien, separémonos, mi bien, que quiere despuntar el alba.

Las manos se entrelazaron con pasión ... mientras que también los lábios! . . . .
. . . .

Alicia volvió á su aposento; todos tranquilos dormían en el palacio. Subió al balcón de su dormitorio, para ver si distinguía la elegante figura del hijo del Banquero, pero ... ¡ cuál no habrá sido su asombro cuando vió que en su aposento entraba Martha ! Y como era sonámbula, bien podía descubrir en su sonambulismo su cita amorosa con Horacio.

Martha, ó Sonámbula, se quedó frente á ella; ni una palabra habló, solo la seguía con la vista, hasta que al fin Alicia, acercándose á ella, le dice:

—No habeis visto nada en el huerto del palacio? Quisiera saber porque me parece haber sentido cruzar á álguien por allí.

—Sí.

—¿Quereis decirme adónde?

—Sentados en las peñas.

—¿Podríais decirme quiénes son?

—A pesar de haber pasado tan al vuelo y no detenerme á mirar, pero, creyendo al principio que fueran algunos fatigados peregrinos, me detuve, pero pronto los conocí...

—Mira aún están, ¿quereis decirme quiénes son?

—No, ya uno se ha marchado, el otro sí allá está aún.

—¿Lo conoceis?

—Sí, Horacio se llama.

—¿Y quién le acompaña?

—Si no me equivoco creo que tú erais.

—Os habeis confundido.

—No, Sonámbula no se equivoca.

—¿Pero cuándo desperteis no os acordareis más de esto?

—Tal vez, y voy á evitar algún peligro.

—No, yo no quiero que lo recordeis ¿me habeis oido?

—Bien, si no lo quereis no me importará ya esto más.

—Bueno. Marchaos á dormir ahora, y que Dios os acompañe y os colme de ventura.

—Muchas gracias. Adios... Adios... Y pensad que no estais sola!... Medid vuestros actos... Pesad vuestras acciones... Mirad al cielo cada paso incierto, y en falso que esteís por dar. Y tened presente que Sonámbula sigue vuestros pasos, y que no os marchareis ...por que antes os descubrirá...

Ambas se encerraron en sus aposentos; ya en su lecho, mientras la una iba á despertar, habiéndose acostado ajitada por haberse dormido preocupada pensando en la descubierta que había hecho de una cita; en un descuido que cayó del seno de Alicia un perfumado papel de Horacio. La futura marquesa no podía conciliar el sueño, primero, por la agitación de la cita, después por la encontrada con Sonámbula y el temor de ser descubierta, y luego, por la claridad de la luz que entraba por las entreabiertas rejillas de la celosía y le espantaba el sueño.

El sol enviaba ya su disco de oro... Las aves también gorgeaban.

—¡¡Amaneció!!

LA PRIMERA ESPINA QUE FORMÓ LA CORONA DEL MARTIRIO

—Retiraos de mi presencia, hijo ingrato—proseguía diciendo el conde de Rókson dirigiéndose á su hijo Alberto, con toda gravedad y malisimo ceño. Vuestra presencía me disgusta, retiraos de aquí, y sabed, que el unir vuestra suerte á esa mujer, no lo consentiré nunca jamás.

—Pero padre—suplicaba Alberto, en su dolor profundo—oidme, padre mio, y vereis como poniendo la mano sobre el corazón, vereis que la voz de la conciencia os hará razonable.

—Ni una palabra quiero ya más oir de vuestros lábios. Ya os resolvereis á desistir de ese capricho que os costará muy caro; ó bien, marchaos á la torre como prisionero. Estad á vuestra elección, elegid!

—Una palabra, aunque la última, tal vez, en la vida, permitidmela. Dejad siquiera que desborde mi dolor, y abra mi corazón para haceros saber que es imposible olvidar ... dejar de amar á María! ...

—Infame, ¿y aún sois capaz de decir en mi cara que amais á esa mujer indigna que solo hará que perdais la corona?

—Padre: Herid mi pecho con el lacerado puñal- Traspasad mi corazón si quereis con el arma homicida, estoy á vuestras órdenes, mas, no hierais mi alma con el venenoso dardo de la calumnia, tachando de indigna una criatura tan inocente y pura cual las flores. A la mujer que adoro y no puedo borrar de mi alma su divina imágen...

—Callaos, miserable, ya tendreis vuestra merecida!...

—Desterradme á cualquier playa, si quereis; bien lo podeis hacer, puesto que desgraciadamente estoy bajo vuestro yugo... Ya habrá un día en que gozaré de mi voluntad absoluta del hombre libre.

—Y sereis capaz de ir á morir á otra playa por esa mujer, hombre indigno y sin pudor?

Alberto volvió de nuevo á presentar su valeroso pecho á su padre, á la vez que extendió su mano con una preciosa espada con empuñadura de oro y plata, diciéndole:

—Matadme, padre mio, mas permitid, al reo, esta su última palabra: Soy feliz al morir por la aldeana!!

—Callaos, infame, no quiero manchar mi honor, ni mi espada, con la sangre de un miserable. Mañana, quizá à estas horas, sobre un temible buque de guerra, tal vez, el enfurecído león oculte sus garras y se transformará en paloma...

—¿Mañana?... Será igual que hoy; y como el león siempre es y será león, guardará sus potencias, sin que la jaula lo convierta.

—Ya se convertirá el Tenorio en humilde Marino, ante las olas encrespadas y el rugido del embravecido mar...

—Ni el mar encrespado que se envuelva en sus olas cual enfurecida serpiente herida, lograrán vencer. Como en la tierra, así, en el mar, adoraré de hinojos el recuerdo de la mujer que hizo palpitar mi corazón, Maria.

—Pensais lo que haceis, desgraciado ú os habeis enloquecido, al insultarme de esa manera à mi rostro.

—Perdonadme, padre; no puedo poner freno al amor, y aun màs, viendo la injusticia que haceis. ¿No soy tan digno de María, como ella es de mi?

—Ya os he dicho que no soy vuestro padre, haced de cuenta que lo habeis perdido, al enlutar el hogar donde corrían tan dichosos los días...

—Voy á marchar resignado con mi suerte... Ah!

porqué Señor, no me negasteis el nacer en cuna de oro, para no vivir muriendo de amor entre el hielo y sin caricias? ¿Por qué mejor no me disteis á gozar la ventura que se goza en la rustica cabana?... Perdón padre... No puedo olvidarla!...

—Ni una palabra más quiero oiros, os he dicho. Y os repito, que os prohibo, me deis el nombre de padre; juzgo no es digno de llevarlo el que quiere por un capricho mancharlo.

—Bien, permitidme ahora, la última palabra que brotará en mis lábios. Escuchad, porque tal vez cuando querais oirme, será quizas muy tarde... porque muy bien puedo ser devorado y sepultado en las entrañas del mar...

—Lo sentiría que esto sucediera, mas no tendría porque llorar un extraño; puesto que el hijo que en la infancia adoró el conde de Rókson, lo guarda ya una tumba.

—Os habeis enloquecido, padre mio... ¿No veis que?...

—Que os calleis, os repito. No tengo hijo... Infeliz! puede serlo el que quiere manchar su honor!

—Bien. ¿Puede ser padre, tampoco, el que quiere al vil metal vender los puros sentimientos de un hijo, labrândole su desgracia en aras de la apariencia?

—No veis, desgraciado, que es ley de la Nobleza, el sacrificarse en aras de los poderes que les están legados?... ¿No sabeis que estais predestinado á unir vuestra suerte á la hija del marqués de Starleins?

—Y si no puedo amarla, ¿cómo voy á unirme á ella, para mañana odiarla? ¿Cómo poner mi amor bajo el yugo miserable del interés? ¿Cómo vender mi dicha por tan pesada corona ducal, cuando no puedo amarla? ¿No veis que puede matarme el pesar y sufrimientos morales?... ¿No veis que?...

—Que os ordeno calleis, ignorante; que bajeis vuestra frente y marcheís á la torre.

—Bien, marcharé: mas me queda en el alma la satisfacción del deber cumplido, defendiendo la pureza de la aldeana. Y también, aun cuando toda mi vida tenga que reconvenirme el haber faltado al respeto á vuestras canas, os repito señor conde—ya que me habeis negado el nombre de padre—que Alberto de Rókson no se sacrificará jamás en aras de la metálica corona que pudiera y le está legada para coronar su cabeza, sinó que pese a quien pese, coronará su alma con la entretejida corona de las flores de la dicha y el amor legítimo.

—Es inútil—prosiguió diciendo el conde, mientras se paseaba toda la extensión de su aposento con agitado y largo paso y abismado en una idea como el que le embarga un profundo pensamiento—y sin pena es menester encarcelar las fieras para domarlas.

—Pensad que, tal vez, á precio del oro vendeis una existencia, existencia que quizá no os la devuelva jamás el vil metal!...

Alberto fué prisionero en la torre. La noche llegó y el prisionero en sus fúnebres pensares estaba recostado al balcón de mármol mirando la luna, su ùnica compañera en su prisión, que enviára sus más claros rayos como para distinguir hasta el màs imperceptible objeto desde la altura en que se encontraba, á la calle.

Lloraba su alma en sus recuerdos mirando en su mente el mar embravecido, cuando oyó al pie de la torre pronunciar su nombre y en seguida un lamento.

Alberto se estremeció lleno de espanto al eco de aquel argentino acento tan conocido á su alma. Quería arrojarse á la calle desde la alta torre, pero no hubo necesidad.

Aquella noche estaba la familia del conde de Rókson en la ciudad para asistir á la boda de Beatriz de Starleins, hermana del Marqués Omar, con el buen abogado Roberto.

Solo Alberto quedó en el Palacio del Recreo con

su guardia de honor que lo vigilaba en su prisión, mas, aquella guardia fué tan bien paga y con creces, que todos en combinación ayudaron á que Alberto bajara hasta la puerta secreta del palacio donde esperaba María, á quien fué á llamar el Marqués Omar, ayudando éste, en aquel lance, á su desventurado amigo prisionero, para que no se marchara á playas extranjeras, sin darse ambos su adios.

María iba acompañada de su anciano padre. Luego de una larga y cruel despedida, la aldeana volvió á la Aldea con su alma hecha girones y las lágrimas en los ojos, mientras que Alberto subió de nuevo á la torre, casi decidido á terminar con su cansada existencia, para cortar de una vez esa pesada cadena de martirios.

La noche espiró y ya el sol naciente, pálido amanecía. Las brisas agitadas murmuraban, y al formar en su murmullo grave escala, asemejaban á los quejidos de un alma que lanza los suspiros más hondos impulsados por un gran pesar...

Unas horas después de esa mañana, cumpliéndose las órdenes del conde, Alberto ya se paseaba intranquilo sobre la cubierta del buque con su uniforme de marino. Luego se recostó en la barandilla de proa, mirando el mar revuelto é inquieto; y algunas grises nubecillas cruzar la azul inmensidad.

Su padre lo contemplaba absorto. Dos veces pidió al Capitán hiciera la señal de marcha, para ver si Alberto cedía al fin, mas todo fué en vano. Aún cuando la resignación no eximía las torturas de su alma, pensar que abandonaba sus lares, conservaba ante su padre, una apariencia de calma, y la sonrisa no le abandonaba. Su fuerza de voluntad fué mayor de lo que se pensó el conde. Alberto no tembló á la idea de que la tempestad los hiciera naufragar. Este era el momento oportuno para probar y medir el cariño verdadero. El cariño de padre y el del amor platónico.

Al fin el conde enfurecido se decidió á abandonar

el buque y sin pena dejar en su seno al enamorado hijo. Del buque se oyeron tres silbatos anunciando que se apartaba de la orilla. El mar parece querer ponerse en calma. Alberto seguía contemplando el adorado cielo azul de su patria, como dándole tal vez su despedida eterna, ya enviando en una blanca nubecilla — que marchaba en dirección á la aldea — entre celajes de púrpura y oro — por ella le envía su postrer adios á la inmaculada reina de sus pensamientos, al ángel de sus sueños más queridos que hubo con sus méritos conquistado su amor.

Casualmente en ese instante también á Maria le llamó la atención aquella misma nubecita blanca, mensajera de los suspiros de Alberto, pero... marchaba á rumbo opuesto por donde se dirigió el buque que partió de aquella playa, llevando en su seno el nuevo marino, y en él, sus sueños venturosos...

El buque habíase alejado á tantos kilómetros, que apenas si se divisaba; estaba á punto de que lo ocultara la niebla que caía, el día frío y cruel que hacía en esa tarde espantosa del invierno.

Un consuelo solamente les quedaba á los desventurados amantes, y este era la amistad de Martha con la aldeana. Y la noble hija del conde — de ese hombre sin corazòn, sería la mensajera de sus amores á la distancia y el consuelo de la desdichada María. Pero ... ellas no sabían lo que les esperaba. El conde puso pena al que del palacio se acercara á la choza. Y además, solo se esperaba la boda de Alicia con el Marqués Omar, para marcharse todos á la ciudad.

Es inútil luchar contra el destino porque es muy potente su fuerza ... Y si ahora, la voluntad de un mortal les hace separar, el destino quizá los volverá á unir. Si hoy les brinda el mundo una espina por la ambición, más tarde la verdad les brindará cuántas flores ! ...

He ahí sacrificio y lucha ... eso se llama amor á la verdad ! ...

Mientras María lloraba quizá larga ausencia en

sus noches sombrias, el nuevo marino, tal vez contemplando la imágen de María, con los recuerdos más tristes en su mente, buscará distraerse mirando las verdes olas del mar, y la estela que iba dejando el buque, al pasar. Pensaba en que, cuando las volvería á admirar y por ese mismo punto, pero de regreso ya á su adorada patria, á la adorada tierra donde nació María.

La imágen de la aldea no sabía ya casi reir; la avecilla del hogar había enmudecido y no se oyó desde ese día su dulce canto. Solo los pajarillos trinaban entre el follaje de su jardincito. Y mientras el ruiseñor canta cuando la noche gira en el misterioso silencio, María, oyéndolo, lloraba hasta que la rendía el sueño... El recuerdo muchas veces, como en este caso, es un dardo martirizador á la existencia. Sus almas eran antes liras de amor, que arrancaban notas de dicha y alegria... Hoy, en la ausencia, cada nota, eran tristes quejidos, redobles funerarios que lanza su laud . . . .
. . . .

EN ARAS DE SU AMOR

Corría el mes de Agosto, y como ya los dueños del palacio del Recreo estaban próximos á abandonarlo porque un año iba á hacer se encontraban en él, para marchar al castillo de la ciudad, y para esto solo se esperaba el enlace de la futura marquesa Alicia, que quería se efectuara allí — así como también el Marqués Omar — para pasar su luna de miel en el palacio del Recreo.

Ya estaba todo dispuesto á la fiesta, las campanas de la iglesia de la aldea sonaban, anunciando la boda nada menos que de nobles, que en breve se iban á realizar.

Un día solo faltaba para que la dicha les sonriera, cual creía y esperaba el Marqués, al unirse á Alicia, un día que le parecía á él una eternidad, mientras que para Alicia era un sacrificio vivir junto á aquel hombre que jamás amó, y á quien se unía con los indisolubles lazos de matrimonio, en aras del interés y sin amor. Solo por obedecer la voluntad de su ambicioso padre el conde, y también por gozar y ostentar en su orgullo la corona de marquesa.

El Marqués paseaba como de costumbre en la Aldea, allá en la choza de María, pues hasta hoy, él había sido el mensajero de amor de Alberto y María, al través de la distancia, iba á visitar la aldeana bella, para calmar su amargura en la soledad y el silencio que siempre aumentan los dolores.

Eran las cinco de la tarde del dia antes de la boda.

Mientras todos allí en el Palacio, en animada conversación, disponían una y otra orden para la gran fiesta de la noche de boda, solo la falta de Alicia se notaba entre ellas, pues, fingiéndose indis-

puesta, pidió la dejaran en el más absoluto silencio y soledad, para ver si conseguía reanimarse. Una vez que consiguió su objeto, cerró la puerta de su aposento, corrió el cortinaje de terciopelo azul eléctrico y blancos encajes.

Luego tomando un papel y allí sobre el velador, escribió un billete amoroso para su amado Horacio, en el que le anunciaba su próximo enlace, á la vez que citándole la hora de la noche en que ella bajaría allá en las peñas.

Una vez que terminó el billete, se decidió á mandarlo, luego poniendo un dedo sobre el botón eléctrico, sonó el timbre, y sobre la marcha, estaba ya su doncella á sus órdenes para que llevara el papel perfumado aquel á su destino.

Horacio recibió el billete muy satisfecho, á la vez que la idea de separarse de Alicia, le torturaba el alma; pero... ¿qué hacer? Prometió concurrir á la cita, tenía forzosamente que cumplir su palabra, y además, que aún le quedaba un átomo de esperanza, de que quizá se marcharan por la noche.

No le quedaba vuelta; la esperanza no lo abandonaba y estaba decidido á esperar resignado á lo que fuera, la fatal noche de la cita, que después de tanta angustia y esperar, al fin llegó.

Alicia, reclinada al hombro de Horacio, quien rodeaba con sus brazos su flexible cintura, lo miraba mientras que sus lábios ardiendo en el fuego celeste del amor, se juraban amarse al través del tiempo, estados y distancias...

—Mañana á estas horas, Alicia de mí alma, decía Horacio á la futura Marquesa—otros brazos más dichosos y en amplia libertad de absoluto dueño, reemplazarán los mios... Oh! si me amarais deveras, no lo permitiríais jamás... ¿No os remuerde la conciencia, el entregaros á un hombre, y sin amor, Alicia?

—Horacio, perdón—respondió la adúltera en pensamiento,—Tengo que cumplir la voluntad de mi padre, sobre quien recaerá más tarde la culpa,

si llego á cometer una falta. Os he prometido la corona que circunde mi frente esa noche, y, pese á quien pese, os la entregaré, luego que la haya llevado al pie del altar, donde os juraré de nuevo amor también sobre el altar de mi alma, —cuando reciba la bendición del sacerdote.

—¿Deveras, que sereis mia?

—Vuestra, como despues yo para siempre ... —es decir —si me amais y siguieseis mis huellas si me alejo ...

—Y si por desgracia os marchais sin que lo sepa, ¿me hariais saber vuestro paradero?

—¿Y lo dudais, Horacio?... No os lo he dicho ya, que vuestro amor está ante todo?

—Gracias, mi dulce Alicia...

—¿Y por qué quedais pensando y como abismado en una idea?... Acaso dudais de mi juramento?

—No es que dude, mujer adorada. Es que...

—¿Temeis olvide mi promesa?

—Tampoco!...

—Y entónces, ¿á qué viene esa sombra de tristeza á empañar nuestras horas de goce? ... Decidlo, Horacio mio, no calleis?

—No puedo olvidar la horrible noche de mañana, cuando otro mortal sea el dueño de vuestras caricias y os entregueis á él! ...

—¿Qué es una hora para una eternidad?

—Puede pareceros nada una hora, y sin embargo, puede pesar sobre tí, una existencia ... Sois tan joven aún ... que quizá rodeada de mimos, halagos y caricias, y en brazos del amor, cambieis de opinión ...

—Y qué hariais en ese caso si tal sucediera, Horacio? Me guardariais rencor? ... Acaso me odiariais?

—Nada de eso. Del amor verdadero, siempre quedan cenizas próximas á formar incendio, por lo tanto os amaria y seria feliz al veros dichosa.

—¿Y creeis que pudiera ser feliz con otro ser que no fuera mi soñado Horacio?

—Y sin embargo!!!...

—No sabeis ya cuánto os amo, y que en el caso en que me encuentro...

—Sería mejor marchar antes de la boda, al menos más disculpado que después.

—No, Horacio, ya os he jurado ser vuestra, y cumpliré mi juramento.

Un ruido de hojas se sintió cerca de los amantes, quienes se estremecieron de terror, desatando el lazo de flores por un amor adúltero en pensamiento que ceñían sus manos.

El ruido se agigantó, y en seguida se sintieron pasos próximos á ellos.

—Huyamos, Horacio— dijo Alicia—que estamos perdidos, huyamos.

Horacio tomando de la mano á su amada cerraron su carrera, mas todo fué inútil: los pasos del perseguidor ya casi pisaba la cola del traje blanco de Alicia, que servía de brújula para seguir sus huellas en la penumbra.

Una detonación se oyó en el silencio de la noche, y seguida de aquella, repitió otra, como devolviendo al enemigo la primera; pero no, no luchaban frente á frente.

Una tercera detonación se oyó seguida de un grito de ¡alto! grito que repercutió en todo el palacio, llenando á todos de agitación y terror, pues no se daban cuenta de lo que pudiera ocurrir.

Alicia ya había desfallecido, después de su gran carrera, y aún no había podido encontrar la puerta secreta para la fuga porque había confundido el rumbo que debía seguir en la obscuridad de la noche, y en la confusión, siguieron el sendero del palacio.

A la tercera detonación, Horacio cayó herido, y junto á él, Alicia, á quien el terror la desmayó.

Alicia maldecía y sin saber quién era el matador de su adorado Horacio, pues, con el susto, no se dió cuenta de que aún vivía. La futura marquesa, rugía como el león en su martirio. Luego abrió sus grandes ojos negros, y se encontró que á su lado estaba el Marqués, ofreciéndole sus cuidados.

Unos momentos después Alicia descansaba en su lecho, sus lágrimas empapaban su almohada de seda color de rosa y encajes. Ella fingía dormir, el Marqués á su lado velaba su agitado sueño.

Alicia despertó después de una lucha que en apariencia mantenía en sueños; sin duda, se le presentó el cuadro del acto representado en el huerto, y lloró al parecer arrepentida, mas sus lágrimas eran arrancadas por el sufrimiento que en ese momento estaría pasando su pobre Horacio, quien fué conducido al lecho del aposento de Alberto; en la segunda galería del palacio por donde se pasaba también por una puerta secreta que comunicaba con el gabinete de estudio y esta puerta secreta la formaba un gran espejo, que no habia más que tocar un resorte y abrirse.

El conde que creía solo él saber ese secreto, buen chasco se dará, puesto que ya tiempo hacía lo había descubierto Alicia, guardando para sí absoluta reserva.

Unas horas hablaron de su noche de boda, el Marqués y su futura, luego á pedido de Alicia, por fin pudo quedar solamente en compañía de su cómplice doncella, y como ésta estaba á las órdenes y voluntad de su ama, cumplió con el mandato impuesto por Alicia, llevando un billete à Horacio, quien, á pesar que luchaba entre la vida y la muerte, tuvo tino para leer el perfumado papel que le envió la causante de sus dolores. Papel donde le anunciaba que en la próxima noche le iría á entregar, ella misma, la prometida corona.

Horacio esperaba ansioso — en medio de sus torturas — la deseada hora de la llegada de Alicia, por que acariciaba en su pensamiento el deseo de su dulce venganza.

Alicia le amaba, juró marchar con él un día; su venganza era segura ! . . . La horrible fiebre parecía consumirlo. Horacio miraba con mirada vaga é incierta, y sus ojos desmesuradamente abiertos parecía que había perdido su razón.

El negro Verdugo que lo hubo traído en sus brazos, cuando él recibió la herida y cayó sin sentido, sentado junto á Horacio con torpe mano curaba sus punzantes heridas, y con la risa en aquellos gruesos y negruzcos lábios. El enfermo rechazó varias veces aquel antipático y repulsivo negrazo, de facción cual las de un criminal, repugnante é impasable, de corazòn más duro que una peña, porque sonreía ante las desgracias, en una palabra, bien llevaba su nombre, porque Verdugo era una hiena...

Las sombras de aquella fatal noche se perdieron bajo el azul manto de una risueña aurora. Solo las sombras del remordimiento envueltas en el funerario crespón del dolor y la venganza, eran las que quedaban, porque estaban escritos en la conciencia con caracteres de fuego: Venganza y Adulterio.

Así como se sepultó la noche, espiró también la risueña aurora de ese día, y como ellos, también la tarde ocultó sus resplandores rojos para dejar lucir la noche deseada para efectuarse la boda. La noche de alegría y tristeza ;¡que tendría por desgracia que dejar un canto tristísimo á los recuerdos y el porvenir soñado de puras rosas. Porque como desde el pasado dia hasta la presente noche, así siempre, la conciencia no quedará libre, sinó, esclava de remordimientos, dudas y venganzas.

Ahora solo esperaban se efectuara el enlace, para marchar todos á la ciudad; pues, con lo ocurrido, ya la joven y noble pareja, había desistido el quedarse en el Palacio del Recreo, cual lo habían pensado, puesto que la misma delicadeza lo exigía así. Y asi es que se resolvieron á pasar viajando su luna de miel, para echar las horribles reminiscencias entre las olas de algún mar encrespado; y, poniendo las caricias y el amor como lápida funeraria à los adúlteros pensamientos y la duda.

El Marqués la adoraba demasiado para abandonarla, cual lo pensó en momento del lance, y ella, galardoneaba con creces tan infames, tanto amor!!... En fin... ¡Trás la culpa vá el castigo! . . . . .

. . . .

NOCHE DE BODA

La catedral estaba soberbiamente preparada con guirnaldas de flores y focos eléctricos. Una sublime y completa orquesta, mientras esperaba, alzaba sus arpejios afinando alguna destemplada nota.

Sobre la alfombra, cubierta de perfumadas flores, formaron un camino de raso blanco desde la portada hasta el altar mayor, allá, donde un sacerdote revestido con todas sus galas, esperaba para echar la bendición, á la espléndida pareja del Marqués Omar de Starleins y su futura esposa Alicia de Rókson.

El ambiente saturado por los perfumes escogidos de las flores, se levantaba ofreciendo al templo, como el humo del incienso que en nubes se levantaba para brindarlo al Señor. A la vez embalsamaba con su esencia, los mirtos y azahares que adornaban á la desposada como símbolo de inocencia, pureza y castidad.

El acto era solemne. Los jóvenes esposos, de hinojos ya ante el altar, elevaban sus pensamientos; pensamientos que si fieles se hubieran retratado en los ojos, el escándalo hubiera sido grande, puesto que, mientras que el Marqués pensaba en su dicha y el Rey de lo creado, la otra ... acompañaba en la soledad algún herido carcelero, que quizá á esas horas se envolvía en su lecho de dolor ...

La orquesta dejó oir sus más sublimes acordes de un Ave María. A la vez que innumerable grupo de jóvenes amigas de la Corte, engalanadas todas con sus trajes de pureza, cantaban el Ave María á la madre del Señor, rogando en sus plegarias felicidad para los nuevos esposos, y que los efluvios de la

más completa dicha, embalsamaran con su aroma de alegrías y puras sonrisas, el nuevo hogar que hoy abría sus puertas.

Terminado el acto, la espléndida pareja siguió sus pasos por el sendero de raso blanco cubierto de flores: subiendo luego al coche tapizado de raso blanco y adornado con guirnaldas de azahares, que esperaba á la puerta de la catedral.

Una vez colocados los nuevos esposos ya en el lujoso coche tirado por dos espléndidas yuntas de troncos. El cochero que junto al que llevaba las riendas iba, — los dos vestidos de gala — éste dando un fuerte latigazo á los caballos rompieron su marcha, siguiendo trás de él dos innumerables hileras de coches que ocupaba la comitiva. Después de un largo trayecto llegaron á su destino, donde la orquesta rompió su marcha al presentarse los novios en los ámplios y lujosos salones del Palacio del Recreo.

Todo sonreía en torno de los novios. Todo era perfume, trinos, música y luz, y los corazones todos parecían desbordarse de dicha y entusiasmo, mientras que quizas la desposada fingía la risa que en sus lábios habia dibujado, en momentos mismos que lloraba su alma, al recuerdo del herido, ó bien, por el peso del arrepentimiento que cargaba su obscura conciencia.

Llegó para Alicia, el momento oportunísimo y deseado, en que, aprovechando la ida del Marqués, que fué invitado por sus amigos á pasar al ambigú para brindar por su dicha. Ella, en medio de la gran confusión y el bullicio, se marchó á su aposento donde su cómplice doncella la esperaba. Luego tomando de su toillet una corona de mirtos y azahares, y de su secreter una extensa carta é interminable, abandonaron el aposento tapizado de terciopelo azul eléctrico, dirigiéndose ambas al gabinete de estudio, que comunicaba por la puerta secreta al aposento de Alberto, — aposento que hoy ocupaba Horacio, el hijo del Banquero, á quien

por compasión, creyendo estaba próximo á espirar, la bondadosa y religiosa condesa de Rókson le dió albergue en su palacio. —Una vez dentro del gabinete — ama y doncella, — cerraron la habitación herméticamente con llaves y fallevas, para no ser sorprendidas en su empresa. Luego, convencidas de que estaban completamente solas, así como también lo estaba Horacio, Alicia, apretando con sus blancos dedos un botón eléctrico de la puerta secreta formada por un espejo, ésta se abrió, ¡y mientras la doncella guardaba la puerta no se cerrara trás de ellas, que luego si hubieran sido descubiertas, hubiera ocurrido tal vez un lance fatal, Alicia bajó al aposento donde se le dió hospitalidad á Horacio, que deliraba en su horrible fiebre, viendo á cada paso aparecer la visión celeste de su amada Alicia, hasta que al fin pudo verla y oirla en realidad y cuando menos la esperaba! . . .

— Horacio, mi pobre Horacio — díjole Alicia al penetrar en la escasa claridad del aposento. — Aquí vengo á entregaros la prometida corona. Recibidla y guardadla hasta mejores días !. . .

Horacio abrió sus ojos, quiso incorporarse en el lecho, mas. . . todas sus fuerzas fueron vanas; tuvo que dejarse caer sobre la almohada — como el soldado rendido — mientras dos lágrimas corrieron por sus mejillas: quedando á la vez en el más profundo silencio.

— Perdón, Horacio, — prosiguió la joven — y por la sangre que habeis derramado, os juro vengaros, siendo vuestra, un dia más dichoso en que, ya sano de vuestras heridas, vayais á reclamar mi amor y juramentos . . .

Esta corona, pues, Horacio, simboliza la eterna unión de nuestras almas, porque como os lo prometí, cumplí al pie de la letra. Y al hechar sobre ella la bendición hoy el sacerdote, os juró amor el alma mía sobre el altar de mi conciencia.

— Alicia, aún cuando os amo, quizá cual nadie sobre el planeta os amará, tratad de olvidarme en el

seno del hogar que hoy abre suspuertas... y al calor de las caricias de quien ya perteneceis en cuerpo y alma...

—Quiero vengaros, Horacio... Vengo á cumplir mi prometido, ¿y así me rechazais?

—No es que os rechace, Alicia... por lo tanto que os amo no quiero labraros una horrible desgracia, recibiendo esta corona, que debeis entregársela al Marqués, que es á quien hoy pertenece.

—Otra corona guardo para entregarle á él esta misma noche, que será el emblema del sacrificio... Ésta la ha tejido mi mano para que tú la guardeis,

—¿Para mí?... ¡Oh, quizá yo!... vaya á recibir la mia más allá... y resignado circundaré con ella mi alma, pensando nada más que fué el premio que se labró mi obra...

—¿Es que no me amais ya, Horacio, y me rechaza como indigna vuestro corazón?

—No comprendeis, Alicia, que por lo mismo que os adora el alma mia, por eso es que quiero veros dichosa, ya que el destino me niega la felicidad?...

¿No sabeis que el recuerdo del juramento que habeis hecho de abandonar vuestro hogar un día, puede haceros la más desgraciada de la tierra, cuando á vuestro paso os grite el mundo: «Mujer adúltera» y tengais avergonzada que inclinar tu cerviz?... ¿no lo sabeis?

—Os amo, Horacio, y cumplid vuestra promesa, que vuestro amor es más grato á mi alma y no lo cambio aún cuando tenga—como dèbil tallo de una flor—inclinar mis sienes fatigadas.

—El pudor de la mujer que se estima está ante las pasiones... El qué dirán, ante el adulterio; como los hechos, ante la conciencia... y ante Dios, las obras... Quizá cuando en la soledad y en recogimiento vuestra alma recapacite... entónces recién comprendereis, Alicia, que el cumplimiento del deber y la voz de la razón, os hagan, quizá, estremecer de espanto, al poner sobre vuestro corazón la mano y sintais al grito de la conciencia,

la voz de la justicia y el deber cumplido... En el pecado... va el castigo!...

—Horacio... Horacio... Yo que cifraba en tí mi ventura, os desviais de la ruta ya emprendida?

—Tratemos mejor, de no encontrarnos más en nuestra senda, y para esto, sigamos rumbos opuestos los dos.

—Sois un cobarde... Decidme mejor que me odiais al recuerdo del ayer, y el dolor de nuestras heridas que horriblemente estarán punzando... pero... no me deis tan tarde un consejo que fué en no muy lejanas horas inaceptable á vuestra razón.

— Si supiérais cuánto os amo, Alicia, cuánto!... ¡ Ay!... no habríais de ser tan injusta rechazando las razones y consejos que os doy en pró de vuestra ventura!... Por vuestro honor, tratad de olvidarme... despreciarme, antes que...

—¿Pensais rechazarme como indigna mujer y sin pudor?... Pensais...

—En amaros pienso y disculpar vuestra ligereza culpándola á la poca experiencia del mundo...

— Ahora que parece que mas os amo es cuando...

—Y también yo... pero quiero veros completamente dichosa y el adúltero pensamiento arrepentido, que se eleve á las regiones celestes á buscar un rayo de luz de verdad; y á la vez... rogad por el herido prisionero, que si vuestra voz ó pensamiento al llegar — si es que llega al infinito — compadecido de mi, Dios, calmará con sus potencias mi sin igual dolor sin límites...

—¿Y sufris mucho mi pobre Horacio? ¿Tan profunda es vuestra herida?

—Es grave y profunda, pero... es mayor la del alma!!...

—La de vuestra alma pensad que tiene remedio, porque si punza es vuestra la culpa... Yo que con mi amor os ofrezco un paraíso, tan sin razón y por mero capricho así me rechazais?

— Es cumpliendo la voluntad absoluta, de la insondable profundidad de los eternos designios.

—La voluntad de aquel que rige nuestros destinos, fué nuestra unión, Horacio, y no la sentencia que impuso y leyó mi padre, cumpliendo su voluntad — y no la mía — al unirme para siempre á un hombre que jamás he amado.

Decidme, Horacio, ¿es verdad que ya no me amais?

Guardais silencio? ... mas ... Teneis razón para ello y también para decir, cual habeis dicho, que en la culpa va el castigo, puesto que vuestro olvido y desprecio que hoy solo os inspiro, es el castigo de mi gran amor...

Tal vez las latentes heridas por mi causadas, en su martirio reclamarán su justicia.

Perdón, Horacio... perdón ! ! ...

Horacio clavó sus ojos fijamente en Alicia, como si contemplara algo sublime y seductor; luego tomándole una mano le dijo:

— Os amo más que á su vida este pobre moribundo, de alma errante y sin abrigo... peregrino sin fé y sin esperanza ya, que implorando un amor hubo para él caridad, mas... Le cerró el mundo del amor su puerta, y cansado ya de buscar sin encontrar por quien lloraba, compadecido de él, se abrió y lo llamó una tumba... Y cuando allí vaya á descansar — si es verdad que el espíritu se eleva á implorar por el desgraciado, — allá irá la mía, Alicia, á rogar por tu ventura...

— Por Dios, Horacio, ¿os sentís mal? ... delirais acaso?

— No son delirios de fiebre causados por la materia ... Son ellos, pues, puras verdades; ecos del alma ...

—No penseis en este instante en tumbas ni ultratumba. Pensad en amarme siempre, hasta morir, y formar con nuestras vidas un edén.

— ¿Y después?

— No hay más después que este, y un minuto de dicha en esta vida, cambiara por una eternidad ... Creo solo en esta vida y todas sus venturas, y no en

ese imposible del más allá... Bajo una lápida allí todo se acaba; dichas, placeres, goces y vida... por eso hay que aprovechar porque es muy corta ésta...

—Lo creeis así?... Y qué es entónces el espíritu... para qué al mundo venimos?...

—Creed y pensad solo en esta vida, y no en lo inhabitable... que, como aquí, está la dicha y los placeres. Aquí se vive, se castiga y se paga...

— Alicia, quizá — ó no quizá — sinó que seguro estoy de que, si en ese más allá pensárais... no daríais el incierto paso que vais á dar.

— Os sentís mal, Horacio mio, dueño mio, para delirar tanto con ese incierto más allá?

— Dueño mio, me habeis dicho?...

— Sí, ¿ quereis que os lo repita?

— No, no turbeis la calma de mi espíritu...

— Y con el tiempo, ¿ no lo pensais ser?

— Tal vez sí, en lo infinito, mas, creo yo jamás, nunca, en la vida terrenal...

— ¿ Y por qué?... ¿ no os lo he jurado ya?

— Sí, pero... A otro mortal ya perteneceis...

— ¿ Solo por esto?

— Sí, y sin más preliminares...

— Bien se vé que estais con fiebre, y en vuestro delirio creeis haber sondeado ese después de las tumbas... Pensad en esta vida, Horacio, que si es que existe la otra... es demasiado invisible... y talvez... sí, no cabemos nosotros en esa ilusión, por estar demasiado habitada...

— No creais que sienta fiebre como para delirar con locuras, Alicia, no. Tengo en mi alma un gran convencimiento de que existe otra vida para ella, cuando ya deje su cárcel material...

— Vuestra idea me causa risa. ¿ No veis que no puede caber tal error en mi cerebro? No será acaso el alma una facultad de?...

— Divina, y no de la materia.

— Bueno, bien. A los enfermos no hay que contradecirlos; que sea pues, como querais, una facultad de Dios. ¿ Estais conforme?

—No, no me conforman las frases que dicta y dice el lábio solamente, sinó, las que arranca el convencimiento y la razón.

—Bien, hablemos de nuestro amor, y dejemos ese largo tema que tendría mucho que discutir, puesto que solo me convencería la prueba de que, como el espíritu puede volver al mundo. Entretanto olvidad ese sueño, y delirad con el amor.

—También mi alma delira, pensando que os alejais en brazos de otro mortal, y que aquel que os amó tanto... se queda solo, abandonado y en su lecho, herido!...

—¿Y qué es el pensamiento entonces, Horacio mio? ¿Acaso no se cruzará en las brisas y ella será la mensajera que nos traerá en sus alas nuestros suspiros y caricias, como las olas del mar el eco de nuestro dolorido acento?

—Tal vez será así, las mensajeras de nuestro adios eterno!...

—No os prometo que tan pura cual las flores de la corona que circunda mi cabeza, á vuestros brazos caeré ébria de amor el día feliz en que sigais mis huellas y vayais á reclamar el juramento de mi amor.

—Imposible!

—¿Y por qué?

—Porque nuestros lábios profanando, entregarán sus besos.

—Horacio: ¿me jurais amor? ó bien, dejadme que me marche.

—No, por piedad, no os marcheis aún... Presiente mi corazón que otra vez, en la tierra, no nos volveremos á ver ya...

—No me hableis de ese más allá incierto... Habladme de amores y de los goces todos, de esta bendita tierra adorada que habitamos... Que brille la realidad no la fantasía. ¿No recordais ya vuestras promesas; la dichosa y fatal noche de ayer? ¿Ya no acude á vuestra mente soñadora el pasaje aquel, de las dos nocturnas aves?

—Todo, todo en atmósfera abrasadora acude á mi alma delirante, mas... Quiero cuanto mas pienso y amo, aprisionar la dicha y de la cárcel de la esperanza sin llegar á tocar la realidad todos se escapan, quedando solamente llena la red de la ilusión marchita...

—No, no son todas ilusiones. Estas tocarán al ocaso; y las esperanzas estarán próximas á golpear las puertas de la realidad, á cuya puerta llamareis, y pronta á responder, estará vuestra Alicia...

—¿De veras Alicia?

—Como lo oyes.

—Qué hermosa y seductora estais!!!... Un instante sentaos sobre mi lecho?

—No digo que delirais, Horacio mio. ¿No estoy á vuestro lado, sentada en vuestro lecho?...

—Perdonad, no me di cuenta: me confundió vuestra belleza inmaculada... Lo que quise deciros fué...

—¿Qué?

—Que acercarais vuestros lábios á mi boca, antes que otro mortal pida cuenta de vuestra alma, quiero yo beberla en este beso...

Del beso brotó un suspiro... del suspiro uña lágrima de amor y de dolor á un tiempo... Una inmensa mirada abrazó en el delirio aquellas dos almas, mientras que trémulo el lábio, arrancó el postrer adios...

Las manos se estrecharon con delirio: desatóse luego el lazo que los unía... Alicia avanzó un paso, otro y otro más con sus miradas sobre el enfermo, lanzó un profundo suspiro, y... la secreta puerta se cerró trás de ella, mientras que, el hijo del Banquero se revolvía en el lecho del dolor... La herida del alma punzaba más que la del cuerpo. La fiebre crecía y lo devoraba: su delirio era inmenso, pero tenía tino para estrechar contra su corazón, una carta perfumada que en su postrer adios le entregó Alicia, anunciándole, sin duda, en la playa que lo esperaba,

Si un momento más hubiera durado aquel coloquio, un nuevo y grave acontecimiento hubiera ocurrido en el Palacio del Recreo, que, en vez de llevar más tarde, solamente cual llevó después ni al año de unidos, un lema inmortal á la memoria de adulterio, duelo y deshonor; por un apiz lo hubiera inmortalizado y mejor hubiera sido aquella noche el escándalo y no con el engaño, entonar himnos de fingidas venturas labrando dos desgracias á la vez. Pues no tuvo tiempo más que á entrar al gabinete de estudío, tenderse en actitud de enferma, sobre un sofá tapizado de terciopelo verde luz bordado con relieves de oro, y entrar el Marqués en ese instante, todo fué uno.

En ese momento retiróse su doncella, quedando solos los novios. Alicia lloraba al recuerdo del herido prisionero. El Marqués engañado en su amor, secaba con sus besos las lágrimas que vertía su esposa, creyéndolas hijas del arrepentimiento.

Por fin el llanto se secó en los ojos de Alicia, y una adorable sonrisa fingió sus impuros lábios. El Marqués enloquecido y basado en aquella fingida sonrisa, ya creia habíase disipado el dolor y desapareció para siempre el mal que le atormentaba, pero...

Luego, haciéndose á la izquierda del sofá, apretó un botón eléctrico, y en seguida se abrió la puerta, poniéndose á sus órdenes la cómplice doncella, la mensajera de sus amores con el hijo del Banquero,

A las órdenes de Alicia, su criada obedeció sobre la marcha su mandato, y una vez que le colocó la corona que reemplazó á la que húbole entregado á Horacio. Corona, que bien llevaba dos clases de flores, más, suspendidas aquellas flores quc era demasiada pureza su símbolo; puesto que, mal colocados estaban los azahares y los mirtos, para lucirlos una mujer que sobre el pecho del esposo reclina su sien fatigada, y un momento después... sobre el corazón del amante!... La mujer que dos amores juró la misma noche de boda; á uno, su



profano amor de legítimo esposo, y á otro de querida, á la vez que brinda á cada uno de ellos sus besos ofreciendo en ellos, á uno el corazón, al otro el alma.

Dos coronas ofreció Alicia aquella misma noche, que con aplomo juró y cumplió al pié de la letra su juramento, pues por el momento iba cumpliendo uno... Las dos de la madrugada sonaban en la iglesia de la aldea y los novios ya en el tren, marchaban en aras del amor y á merced del destino; acompañados de Beatriz de Starleins y Roberto, el abogado, que dos semanas hacía se habían unido con el indisoluble lazo del amor eterno, regresando en el mismo tren á el poético chalet de la aldea; chalet de que era dueño Roberto; allí donde formó su nido de felicidad soñada, y donde unos años más tarde en aquel espléndido jardín, mientras paseaban dichosos aquellos dos seres que habían nacido para amarse, Beatriz y Roberto, aquel ejemplar de esposos, sonreían al traer á su mente las adoradas reminiscencias y batallas del pasado. Ya un pasaje regado con flores, como tan pronto otro sembrado de espinas y abrojos; pero, todo aquello era nada, porque hoy las veían convertidas en florecillas de dicha suspendiendo las lágrimas de entonces, como gotas de rocío benéfico, hoy. ¡Si les durará su dicha!...

Mientras sonreían al recuerdo del pasado, gozaban viendo correr á un fruto adorable de su amor, á quien llamaban Monino, y quien apenas contaba cuatro años; gozoso y feliz seguía el vuelo de las pintadas mariposas que volaban de flor en flor.

Luego arrancaba las más escojidas florecillas que iba con caricias á ofrecer á los idolatrados autores de sus días, que sentían reanudar el lazo indisoluble y sagrado de esposos, en sus soñadoras almas... Pero... como la felicidad no es completa, y siendo así tan fugaz y egoista. Aquel nido de amor, paz, dichas y venturas, bien pronto la mano destructora del destino, dejó caer su peso, arrebatando, cuando

apenas cinco abriles contaba Monino: Primero, á su padre, el timón del dichoso buque... y trás de él, Beatriz, su amada compañera, la remera que entonaba en su alma huérfana de caricias, cánticos de duelo, hasta que al fin, la tempestad del destino cortando su vida, rompió la vela, hundiendo la barca de felicidad, deshaciéndose al estallar sepultando en la tumba, cuánta dicha!! Solo y cual la estela que deja al pasar la barca, un recuerdo así dejaban al mundo aquellos dos seres. Monino, el fruto de aquel amor; reminicencias del feliz hogar deshecho...

¡Cuántas lágrimas amargas derramaba aquel niño en la orfandad, clamando por las caricias paternales!... cuántas!... Mas, un consuelo le quedaba, uno solo, y era Silis, que adorando aquella criatura desgraciada, y con sus caricias, le hacía olvidar aquellas eternas horas de dolor que nublaba el reposo é iba consumiendo al tierno niño, que no quiso jamás abandonar la morada de sus padres, salvo los días y semanas que lo llevaban á parar á casa del Marqués Omar de Starleins, y entretenido pasaba jugando con la hija adoptiva de éste, llamada Paz Eva, la niña aquella que encontrò en la entrada del palacio, cuando llegò á altas horas de la noche. Y como eran casi de la edad misma se entretenía, y eran las únicas horas de completa dicha y las que pasaba junto á Silis, pues la bondadosa Silis, tomó como suyo aquel desventurado y rubio angelito cariñoso, y cuando el dolor quería de él apoderarse, lo llevaba á la cercana fuente del chalet, en medio del espeso bosque. Silis cantaba aunque con el alma hecha girones, porque todo acudía á su memoria: los dramas representados en el pasado no muy lejano para cuando se ama legítimamente con el amor eterno del alma. Ya recordaba el pasado de sus amores; tan pronto el hogar deshecho. Y también, á su desgraciado hermano á quien su adúltera esposa Alicia hacia seis años habia abandonado, marchándose á mer-



ced del destino con Horacio, el hijo del Banquero. Los dos habian jurado su venganza y la cumplieron, hacía cinco años, al pie de la letra, pues la carta aquella que Alicia le dejó á Horacio al partir, era, donde le anunciaba donde irían á fijar su residencia, pues como á la voz de Alicia, por el tanto amor que le guardaba en su alma, obedecía como una ley el Marqués, segura estaba de que el hijo del Banquero la encontraría donde le citaba.

Todo, todo eso acudía á la mente enlutada de Silis, como en un vivo cuadro de duelos y desgracias, el pasado representando ante sus ojos... Y para ella que le era indiferente la existencia sentía que se eternizaba, mientras que al arrullo de los goces y placeres que á cada paso el amor les brindaba á Beatriz y á Roberto, pronto estuvo próxima la dicha á espirar... esto pues, nos demuestra que las dichas en el campo de la vida, son todos lirios del valle;... son fuegos fátuos que apenas á su luz divisamos una sonrisa, cuando ya se apaga esa luz, haciéndonos verter cuántas amargas lágrimas, cuántas!!!... Cuántas veces el recuerdo de la aldeana vino á visitarla en sus meditaciones, y al aparecer la imágen de su adorado Alberto, se marchaban los dos de su pensamiento, mientras que, por la lúgubre mente del marino, jamás quizá habrá cruzado un solo pensamiento para ella. Así como tampoco por la imaginación de la adúltera esposa de Omar jamás pasó el recuerdo del que era su esposo. Solo remontaba su pensamiento cuando la dicha le sonreía, para reir á carcajadas recordando las horas de la cita, y la venganza sangrienta que le hicieron.

En cambio el desventurado Marqués la amaba siempre y su vida hubiera dado por volverla á su hogar helado...



MORIR POR SU HONOR

Aquella misma noche en que, al entrar el Marqués Omar á su palacio, en avanzada hora, se encontró con la niña aquella que lloraba de frio sobre el mármol, donde le arrojó un alma despiadada, quizá una madre sin corazón ... ó bien madre desgraciada, estaría batallando con la muerte.

Era una horrible noche de cruel invierno. El viento azotaba con su látigo de hielo. El trueno, ronco y furioso retumbaba en el espacio sacudiendo la tierra, y en su estallido hacía mil descargas eléctricas, que hacían temblar de terror á los pobres en sus cabañas. La noche vestía su más funerario manto rodeando a la aldea en la más profunda obscuridad y solo era alumbrada de vez en cuando por la luz de los relámpagos que vivoreaban en el espacio, al choque de dos electricidades.

En la poética choza de María nadie había podido conciliar el sueño, pues, lo que en la vida les había pasado les ocurría aquella noche fatal de infortunio. El pensamiento de cada uno de aquellos seres que lloraban una ausencia en la cabaña, se habrá remontado al misterio buscando allí la causa del por que no tornaba á su nido, el anciano labrador padre de María, á la vez que el rugido desenfrenado del terrible huracan les hacía presagiar algo funesto, mas ellos buscaban en su fe la calma del espiritu intranquilo, pensaban en Dios, pero ... la calma no acudía á sus seres, parecía que una voz secreta y misteriosa, una fuerza mayor le cantaba á sus oidos haciendo percibir por medio de sus pensamientos, y un tumulto de ideas que bullían en sus

confusos cerebros; el desenlace fatal y fúnebre, avisándoles que las venturas y dichas de la poética choza ya tocaban al ocaso...

La tempestad no cesaba; cada minuto parecía más se enfurecía y quería hundir la tierra. Los relámpagos serpenteaban en el espacio, y tan repetidos, que el terror ni siquiera daba valor para abrir los ojos y mirar la noche cara á cara; mas, sin embargo, habia quien con la risa en los lábios, sin piedad á los ruegos y llantos de un anciano el cobarde y sin temor á Dios, esperaba la luz de los relámpagos para buscar el pecho del honrado labrador, á quien—al fin, favorecido por la luz—el Verdugo, le hundió una filosa daga que, al partirle el corazón, le dió muerte instantánea. Luego de luchar, el Verdugo, unas horas más, para ocultar el cadáver en la fosa, concluyendo su repugnante tarea, colocó al fin sobre la húmeda sepultura una sencilla y rústica cruz de madera á la memoria del que allí descansaba, después de una lucha fatal. Unos momentos después montó de nuevo en su brioso caballo, dirigiéndose á la triste cabaña donde lloraba la aldeanita.

María velaba el sueño de sus tres tiernos hermanitos que sonreían, mientras dormían, con la pura sonrisa de la inocencia, mientras que la joven los contemplaba llorando su desventura, pues las horas se sucedían. Y si su padre no había aún aparecido, tampoco su pobre madre, quien había salido á traer alguna nueva. La joven dirigía al cielo sus plegarias, ante aquel misterio, rogando por sus padres ausentes. En sus oraciones estaba cuando de pronto el terror apoderándose de ella, la hizo estremecer todo su ser. Cerró sus ojos como para espantar de su presencia alguna visión que la hizo temblar de espanto, y desesperada corrió á la puerta de la choza para huir por el bosque y ocultarse entre la selva y la penumbra, mas... la visión tomándola de un brazo impidió su fuga. María abrió sus ojos desmesuradamente, dió un grito de espanto á

la vez que el desaliento se apoderó de su ser ante el cuadro de crímenes que vió representado en su imaginación; y el valor desfallecido para poder salvarse, y salvar á aquellos tiernos ángeles que dormían tranquilamente sin pensar que podrían turbar su reposo.

La presencia de aquello que creyó visión, era la realidad latente del crimen, y el misterio de la demora de los pobres labradores; pues, ante la presencia del negro Verdugo, el cuidador del Palacio del Recreo, y el sentirse, María, prisionera entre las manos de hierro de aquel audaz negrazo, desfallecieron las fuerzas de la joven sin poderse desacir de entre las garras de aquella fiera, quien, aprovechando la crítica situación de su víctima, la levantó en sus brazos con brutal modo, la colocó sobre el caballo que lo condujo del crimen á la choza. Luego subió él, y castigando con furia el corcel, éste rompió en apresurada marcha internándose, hasta llegar al confín del bosque. Mas, esa fuerza secreta que rige los destinos, apiadada de la joven sin defensa; hizo perder al criminal, la brújula, en la obscuridad densa de la noche, haciéndole tomar rumbo contrario y muy cerca de donde felizmente, se encontraba una Ermita, donde moraba un caduco viejecito, con las huellas del pesar dibujado en su semblante y agobiado por el peso y el tormento de la cruz del martirio que cargó su alma.

Una hora hacia que el Verdugo había marchado con su carga, cuando cansado ya el caballo de semejante peso, —carrera en mitad de la ruta— se detuvo sin poder seguir adelante, apesar de ser ferozmente castigado.

El negrazo, viendo que era inútil seguir su marcha, bajóse con la joven, que parecía más muerta que viva, en sus brazos. Al fin la desventurada y bella aldeana abrió de nuevo sus grandes ojos, tan negros como la noche y el crimen, y vió que la penumbra la rodeaba. A pesar de todo, sentía un canto de resignación en su alma, parecía que desde

la altura, alguno por ella velaba. La tormenta había cesado y solamente uno que otro relámpago de vez en cuando alumbraba la aldea,

María, al volver en sí de su desmayo, no se habia dado aún plena cuenta de lo que le pasaba, Se creía demente, el terror pánico se apoderó de ella ante esta idea y pensando estaba sola en el desierto; mas, que desengaño sufrió cuando, á la luz de un relámpago que en ese instante alumbró, reconoció la fiera, el repugnante Verdugo que le tomaba una mano.

María, al darse exacta cuenta de semejante pasaje, ante el recuerdo de su pura inocencia, arrancó de entre las del negro, su blanca mano, luego, colocándolas sobre su pecho inmaculado en acción de súplica, miró hacia el cielo elevando al Señor su más intimo pensamiento de piedad. Verdugo la contemplaba con calma, á la vez que, presentándole la filosa daga con la cual dió muerte al labrador, la dijo:

— La dicha que hasta ayer gozastes, no volverás á gozarla, porque á vuestro hogar lo ha deshecho esta daga.

— Desgraciado, miserable! ¿Qué habeis hecho? respondió en su dolor la joven.

— Nada más que cortar la respiración á vuestros padres, y también morirás entre estas manos ... si á Verdugo no te entregas ...

Maria dió un grito de espanto, grito que fué ahogado por una de sus brutales manos que colocó el negrazo sobre los purpúreos lábios de la delicada joven, diciendo;

— Si alzas vuestras quejas, un grito más, te ahogo, maldita! Callaos y entrégate.

Maria lo miró un instante como desafiando las fuerzas del miserable y valerosa ante el recuerdo de su honor, presentando su inmaculado pecho al negrazo, volvió á gritar:

— Despreciable fiera, inmundo criminal, tomad. Concluid con vuestras víctimas; quiero que la

misma daga y las miserables manos del cobarde que cortaron la existencia á los autores de mis días, sean las que también corten mi vida... Vívora... Miserable... mátame de una vez; mas... no me toqueis, porque me mancharía el roce de vuestras manos.

—No quiero matarte, te tengo lástima, desgraciada, y te ordeno ahora que te entregues á las buenas, porque sinó... te entregarás á las malas,..

—Os he dicho ya que me matéis, vil, que os valéis de la debilidad de una mujer indefensa...

Os he desafiado poniendo ante el arma mi pecho; descargad sobre él vuestra mano criminal manchada con la sangre del inocente.

—Elije: ó te rindes, ó te llega la última bora,— respondióle el criminal poniendo ante la debilidad de aquella criatura la filosa y temible daga.

—Quiero morir, os lo he dicho—replicó la joven.

—Es que no quiero matarte, quiero que te entregues...

—Ante el cielo os juro, que no conseguireis jamás vuestro propósito. Ruin, matadme; no quiero que me tengais lástima, que ya habrá quien ha de vengar vuestras obras.

—Cuando menos tenés esperanza en que te vengue el desgraciado aquel que por tu amor se fué á cruzar los mares?

—También él, puede muy bien que vengue vuestros crímenes... Mientras late el corazón hay esperanza...

—Es que el señorito Alberto, ya no volverá más á su patria, ¿no lo sabes?

—Nadie puede decir, criminal... de esa agua no he de beber!

—Bueno, ya estoy cansado de tantas contemplaciones; no te has querido entregar á las buenas, bien, párate y marchemos al Palacio del Recreo; allí...

María rugía como una leona en su dolor, y ante el recuerdo vivo de su pudor y honradez, joyas

adoradas, lanzó un tercer grito enronquecido por la furia ante el valor creado por su gran virtud, mientras que, con fuerte y segura mano, arrebató la daga á Verdugo, y dando con ella sobre su casto pecho, sin un lamento ni una queja solo dijo:

—Ante el deshonor la muerte! ... Infame criminal, en nombre mio y vuestras víctimas yo os perdono...

Todo quedó en el más profundo silencio, y ante aquel silencio misterioso, creyendo estar solo en compañía de un cadáver, se aterrorizó Verdugo; tembló ante sus crímenes que se presentaron vivos ante su imaginación y él creía ante sus ojos. Se aterrorizó, y convencido de dejar tendida en el campo otra víctima, volvió á servirse otra vez de su caballo, y montando en él, olvidó que del crímen siempre quedan las huellas, porque las potencias de Dios así lo manda.

Un momento después, Verdugo, mientras luchaba con su tercera víctima, con la desgraciada madre de María, á quien llevó prisionera al subterráneo sótano del Palacio del Recreo, recordó que el puñal lo había olvidado y podía caer en manos de la justicia. Encerró su víctima y se marchó en su busca. Mas, ¡cuán grande fué su asombro, cuando llegó al sitio del crimen y se halló que ni el arma ni el cadáver allí estaban!...

Preocupado y con la misma se volvió, pensando en su escondite si la justicia lo buscaba; pronto se tranquilizó, cuando vino á su mente el recuerdo de que èl no era culpable de aquellas obras, puesto que no hacía más que cumplir con su deber ejecutando órdenes sagradas como las eran las del conde de Rókson.

En el momento dado en que la pobre labradora madre de María, caía prisionera en las garras de aquel tigre, María se revolvía entre el musgo con las punzadas dolorosas de la herida.

El musgo aquel empapado con el agua de la tormenta, estaba matizado con la sangre que derramó

de su brazo, María, pues una fuerza secreta y misteriosa, parece que al querer golpear la daga contra su corazón y quererse, en la desgracia y ante el honor, dar la muerte, una mano invisible desvió su mano, hundiendo el arma en el brazo izquierdo. El dolor la hizo desmayar, y su desmayo fué favorable; esto la salvó, porque Verdugo se marchó creyéndola muerta. La joven volvió en sí, y en la profunda obscuridad de aquel silencio, quería gritar mas no se atrevía ni á moverse siquiera, por temor de que el criminal negrazo estuviera cerca de ella. En aquel momento, cuando ella suplicaba á Dios que se apiadara de su alma enferma, porque no podría sobrevivir ante el cuadro vivo de su hogar deshecho, alumbró un relámpago la obscuridad que la rodeaba. Los relámpagos se repetían, y ella se tranquilizó, pensando en que Dios, apiadandose de sus lamentos, pronto, quizá, se la llevaría.

Convencida de estar sola en el desierto, abandonada del mundo y sin amparo, perdiendo ya el último átomo de esperanza, se alzó la fé en su alma, y sin pensarlo, empezó á dar voces de ¡socorro!

Apenas había concluido su tercera repetición de ¡piedad y socorro! cuando ya junto á ella velaba el anciano Ermitaño, quien, con ternura la tomó en sus brazos con cariño de padre y se la llevó á la ermita, allí, donde en una blanca cama con sus ropas como la espuma, colocó su enfermita prodigándole sus cuidados, y la primera cura, ciñendo con una venda la herida para atajar la sangre, —que mucha ya había perdido — mientras que mandaba un propio al Hospital, en busca de la Madre Superiora del Convento del Sagrado Corazón, que desde esa mañana se encontraba en la aldea, asistiendo á unos huérfanos enfermos; y marcharía después de unos días, otra vez, á la ciudad.

Como llegara á oidos de aquella santa mujer, que solo vivía para mitigar las penas y atender en la desgracia al que imploraba caridad, la noticia de la fatal noche y la joven herida. No tenía sosiego,

quería proceder sobre la marcha y amparar aquella criatura quizas huérfana y desgraciada; pero, era imposible ponerse en marcha, é impaciente esperó hasta el despuntar de la aurora, que entonces se puso en camino con sus dos acompañantas, dos apacibles Hermanas de Caridad.

Una vez que éstas llegaron á la Ermita, el dueño de ella recibiéndolas con fineza, mostrole á las caritativas viajeras, la preciosa joven herida, contándoles á la vez, el estraño y misterioso hallazgo de una criatura que junto á la joven estaba, criatura á quien recogiéndola una mujer — que al parecer le fué conocida, bastante — la tomó en sus brazos marchándose á la ciudad aquella misma noche, en que, recordareis lector, en avanzada hora de la noche al llegar á su Castillo, el Marqués, como al año de casado y abandonado recogió una criatura que á su puerta hubiéronle arrojado con todas las señas para que fuera reconocida como hija de la pobre aldeanita María, quien ni siquiera imaginaba la horrible red que le habían tendido el miserable conde y la doncella de la adúltera esposa del Marqués Omar, quien adoraba con idolatria aquella criatura creyéndole, convencido, era fruto de la divina aldeana, aquella mujer á quien amó tanto en tiempos más dichosos.

La Superiora Madre y las Hermanas de Caridad, rodearon el lecho de la herida, rogando á Dios por aquella preciosa criatura. Luego en medio de la penumbra, la apacible Madre del Convento, acercándose á ver si la fiebre era muy alta, ó bien si estaba en condiciones de podérsela llevar con ella, María se estremeció al contacto de aquellas suaves manos, é imaginando estaba con su propia madre, le pidió que abriera la puerta que tenía ganas de ver la luz de la mañana, ó de la tarde, que no se daba cuenta ni de que estaba en su choza.

Una de las Hermanas de Caridad obedeciendo la orden de la Superiora, abrió la puerta; los rayos del sol bañaron la Ermita, á la vez que la bondado-

sa mujer aquella dejando caer sus miradas sobre el lecho, reconociendo á la hija del labrador, no pudo menos que en su dolor; y con lágrimas en los ojos, de exclamar:

—Es ella... pobre María, y quién lo diría!... Lo que va de ayer à hoy!... ¡Tan feliz que fuisteis á mi lado, y luego, junto á vuestros padres; y hoy, tan desgraciada!...

María que sintió aquella voz entre sueños: luego que le hubieron tomado la mano, pues, como estaba bajo la impresión de la brutal mano del Verdugo, se estremeció; abrió sus ojos, y sin pronunciar palabra, rompió en amargo llanto, y como si en aquel instante se le presentára el terrible acto de la noche fatal con extraviada mirada empezó á gritar: Socorro!... Piedad... allá viene... es él, el matador de mis padres!... El que quemó mi hogar haciendo huir de él las avecillas de mi alma... Ya llega... Socorro... socorro Señor,... piedad... mi honor primero... porque ante la deshonra, morir!!...

María Gloria, ó sea, la Superiora, lloraba á la par de la pobre enferma que en la espantosa fiebre deliraba con el drama sangriento representado en la horrible noche. Quería consolarla ofreciéndole su amparo, mas, la enferma la rechazaba desconociéndola. Hizo un esfuerzo para arrojarse del lecho, y creyendo sin duda estar ante el criminal, proseguía en sus lamentos que desgarraban el alma oyente... Padres mios, no me abandoneis, por piedad, yo sufro tanto!... Yo no puedo vivir sin vosotros... Venid á mi, oh dulces pedazos de mi alma hecha girones!... Venid á mi, oh queridas avecitas y cantadme en vuestros gorjeos, de nuevo, la dicha que perdí... Otra vez quiero volver á mis lares, á mi hogar, á gozar de la ventura que me robaron... Piedad Señor, dadme valor que me siento ya rendida, y en mi tormento quiero morir...

—Callaos por piedad—respondióle María Gloria—aquí está quien tanto os amó en el Convento del

Sagrado Corazón... Aquella Hermana soy que os educó, y sabiendo vuestra desgracia, corrió á vuestro lado á reclamaros. No es verdad que estais sola en el mundo, teneis aquí otra madre, María. Estais en vuestros lares, es que, como sentis fiebre os parece que estais lejos de donde nacísteis. María nada atendía, solo proseguía gritando:

—Qué tengo en mis ojos y oidos, que nada veo ni oigo? ¿Dónde estais padres mios de mi alma?... venid todos á mi que ya llega mi postrera hora... corred, corred todos á mi que siento ya el frio de la muerte?... Dónde está mi choza, mi jardín, mis flores y mis amadas avecillas, dónde todos esos pedazos de mi vida, están?... Piedad Dios mio, piedad, con todo aquello que ayer sonreia, quiero hoy que me faltan, con ellos morir... Venid á mi oh, Martha idolatrada, y ved que me devuelvan la alegría que perdí...

—Calmaos hija mia—díjole la Superiora, interrumpiendo á María en su lamento—os lo pide María Gloria, ¿no veis que podeis enfermaros?

María la aldeana sonrió y en la convicción que lo ocurrido lo habia visto imaginario y creyendo despertar de su sueño tomando la mano de María Gloria, llevándola á sus lábios, le dice con dulzura y gesto de disgusto á la vez:

—Si supierais Hermana María Gloría que sueño más horrible tuve la pasada noche.

—¿De veras?—respondió María Gloria—temerosa que se diera cuenta de la realidad. ¿Y qué es lo que soñabais?

—Vería representado un cuadro de crímenes en mi choza y mí hogar adorado ardiendo entre las llamas, y yo, pobre de mi, por la calumnia por el mundo despreciada. ¡Qué feliz ahora que despierto y me veo entre vosotros y en el colegío... He sufrido tanto!... Mas ¿qué veo?—dice después de una pausa y como dándose cuenta de lo que pasaba.—¿Quereis decirme, buena Hermana María Gloria, si es verdad que estoy en el convento, y al recuerdo de mi hogar delira mi alma?

¿Seré acaso protagonista de algún martirio representado en la vida?.... ¿Estaré loca, Señor, y el recuerdo del sepulcro más me atormenta, enajenando por completo mi razón? Decidme, por Dios os lo pido, y no me engañeis, ¿en verdad sois la adorable Hermana María Gloria?...

—Soy la misma María Gloria, la Hermana aquella que tanto habeis amado, y como también os amo, supo vuestro dolor y corrió en vuestro amparo.

—¡No me abandoneis, por piedad, y volvedme á mi hogar triste y deshecho por la mano del orgullo y criminal!... Protectora, mi dulce protectora, compadeceos de esta humilde desventurada, que va á morir por su honor.

—¿Por vuestro honor?

—Sí, Hermana, y antes de entregar mis puros besos á un hombre repulsivo y criminal, tomé el arma homicida entre mis manos con la idea de partirme el corazón. El me dijo... ¡ah!... que la dicha de mi hogar, aquella arma fatal con la que yo me he herido, cortó para siempre la ventura y la paz de mi alma... El me dijo que... sobre mi recaería los tormentos que sufrieran mis pobres pedazos de mi alma... Ah! yo no puedo más soportar los tormentos del dolor!...

Llevadme de estos lares, que hasta daño ya me hacen sus tristes resplandores... Hasta las brisas en sus murmullos, todo, todo me hace á la memoria el postrer lamento de las fraternales caricias!... Venid á mí pedazos de mi alma y llevadme con vosotros!...

—Bueno, hija mía, mañana á estas horas ya dejareis la ermita, y estareis en el Convento con nosotras...

—¿Mañana?... Y por qué no ahora, yo no quiero estar ni una hora más en este hogar desconocido...

—No se puede hoy, hija mía, tened paciencia. La fiebre...

—Salid de aquí, marchaos, de mi presencia, ¡oh cómplice del crímen!...

Si en realidad fuerais Sor María Gloria no me abandonaríais en mi desgracia, cual vosotras me abandonais ¡insensatas!... Infames... máscaras, marchaos, marchaos!.. ¡Ah, si me vierais Sor María Gloria, en un triste lecho de dolor y desgracia revolver, ¡cuántas lágrimas vertierais... y cómo no correríais á mi voz de socorro!...

—No me conoceis, niña querida? ¿No veis que soy yo María Gloria? en tan poco tiempo que hace me hubisteis visto, ya me habeis olvidado tan pronto?... Abrid los ojos niña mía, y vereis como soy María Gloria.

María abrió sus ojos y un gemido desgarrador se escapó de su pecho, á la vez que abrazándose desesperada al cuello de la apacible Hermana, rompió en nuevos gritos desaforidos...

—No me dejeis llevar, María Gloria... Socorro... allí viene... Miradle las manos, como corren por ellas la sangre de sus víctimas, mi misma sangre!... Es él, el negro del Palacio del Recreo... el criminal... No me dejeis llevar que viene en pos de mí, no me dejeis llevar, por piedad, Sor María Gloria: soy tan desgraciada!!... Señor, Señor, no puedo más soportar tanto martirio, me rindo al dolor, y me entrego á un sepulcro resignada: llevadme á mejor patria.

María perdió por completo su sentido, y cuando despertó con su conocimiento todo, y recobrada su razón perdida, ante los horribles recuerdos del crímen, se halló en una celda del Convento del Sagrado Corazón, allí donde le prodigaron los más delicados cuidados y velaron lo posible por su salud.

Sus heridas se cerraron, mas... la peor quedaba abierta, y quedaría tal vez por toda su existencia. Esta era la herida del alma. El recuerdo, del sufrimiento, y las luchas que habían embargado el espíritu y todo el ser de los autores de sus dias ante el

filo horrible y el dolor causado por aquella inolvidable daga, que vió brillar á la luz de un relámpago, y nunca más se le borró de su imaginación.

El sepulcro de su madre creía saberlo, pues un gran consuelo le quedaba, y era el que segura estaba que allí estaban sus despojos adorados, á donde quería ir á cubrir de flores, mas nunca encontró el dia oportuno, nunca se atrevía á volver á la Aldea. Cuando se hacía el propósito de ir, parece que algo la detenía, presentía algún trance horrible; su lucha era muy cruel, y al fin las otras compañeras, Hermanas de Caridad, le hacían desistir de su propósito.

El recuerdo de su padre era un puñal lacerado que tuvo clavado en su pecho por siempre, puesto que no le quedaba el consuelo siquiera de saber la tierra que guardaba á su padre, á quien hacía años buscaba sin tregua y todo era vano, ni siquiera pudo saber, que fué de sus infortunados y tiernos hermanitos.

A los gritos de dolor de su alma triste, que lanzaba en el silencio cuando ya cerraba la puerta de su celda y quedaba sola, acudía á su mente y como único consuelo, la idea de encerrarse por siempre en el convento y profesar. Su idea tocó á la realidad, pues María la aldeana, la Imágen de la Aldea, la mujer adorada y bendecida por cuantos la trataban, hoy daba el adios al mundo jurando ser esposa inmaculada del Señor, hoy corría al lecho del herido y el enfermo á mitigar sus dolores y darles sus consuelos al que los imploraba.

Acompañaba al caído, ayudaba al pobre en sus tormentos. Amparaba al afligido. Y rogaba al Señor por el espíritu del moribundo, de rodillas ante una cruz, con el nombre de Sor Angeles de Jesús, borrando el de María para el mundo ante el claustro.

María era proclamada en todos los hospitales de la ciudad, por sus cuidados é inteligencia, pues ante el recuerdo de sus padres atendía á los enfermos con toda la delicadeza que le es característica.

He ahí lectores, otra de las prometidas páginas que aumentan la historia interminable de la que fué la Imágen de la Aldea.

La envidia, ese reptil venenoso, hermana de la calumnia que traen consigo la perversidad, fué la causa tal vez de tan horribles dramas representados y en los que fué el desgraciado protagonista la pobre María. Pues la perversidad es hija de las malas pasiones, y por lo tanto, solo encierran el crimen, y he ahí por la cadena que tuvo que pasar la pobre aldeana María, para hacer creer á Alberto de Rókson que tanto la amaba—que había muerto la aldeana en su deshonra y era evidente la prueba, pues allí estaba la lápida con su nombre donde se leía solo, ¡María! El nido de felicidad deshecho. Las avecillas se habrán alejado de esos lares ya para siempre, así como también se habrán marchitado las flores, y en esta trayectoría del tiempo, los yuyos que crecieron, ya todo tapaban, hasta los escombros de la choza.

Otra prueba aún más latente del deshonor de la aldeana quedaba y era la peor. ¿Y qué significaba pues, Paz Eva, aquella niña que la noche del crímen arrojaron á las puertas del Castillo del Marqués Omar, aquella niña que un año apenas contaba?...

No era una base sólida para sostener una calumnia? ¿Qué quería decir, la cruz aquella que como señal llevaba al cuello la niña; la misma cruz que usaba María, pendiendo de un hilo de corales que desde pequeña llevó en su cuello? Cruz, que, cuantas veces tuvo el Marqués entre sus manos y reconoció al instante, luego un año hacia no veía á la aldeana, puesto que desde su desgracia no pisó jamás la Aldea; antes aún, desde que hirió al hijo del Banquero, al encontrarlo en coloquio con su adúltera esposa.

Ya no habia que dudar, ante la prueba se confirmaron los hechos...

LOS HUÉRFANOS DE AMOR

Seis años hacían que el pobre Marqués Omar vivia huérfano de las caricias de su esposa, recibiendo solamente las de aquel divino angelito que vino como enviado del cielo para mitigar en algo sus pesares. Eran tan sombríos sus días!... tan fúnebres sus noches! que ya creia que las lágrimas no se secarían jamás de sus ojos, hasta que una noche ¡feliz noche!... cansado de sufrir, se decidió romper la cadena del pesar. Meditó un instante, y unas horas después, en compañía de varíos amigos de la Corte, risueño y en apariencia, feliz, después de un año de su desgracia, se veia contento y en animada conversación gozar y latir palmas á las artistas que trabajaban en el teatro de la Opera.

Desde esa noche—aun cuando al volver á su hogar la pena lo ahogaba ante los recuerdos del pasado—pero, se decidió determinadamente á seguir la verbena, y para esto, abonóse al lujoso palco donde noche á noche asistía cuando no solo, con sus amigos. Y he ahí, como fué, que en vez de ser alguno de su servidumbre el del hallazgo, fué él, que al volver del bullicio al Castillo, donde todos ya dormian, en avanzada hora de la noche tropezó con la preciosa beba—que bien conoceis ya lector—puesto que de ella hablé en mis anteriores páginas.

El tiempo corrió, y en su apresurada marcha, próximamente iría á cumplir los seis abriles, Paz Eva, que así se llamaba, y fué el nombre que le dejaron por traerlo escrito en su pequeña camisita—la noche que la echaron en la puerta—seguramente como indicio de que era ya bautizada.

Desde aquella noche—el Marqués Omar, empezó

á sentir vivo cariño por aquella inocente criatura á quien, su madre, sin piedad pudo abandonarla. No conoció el amor paterno á causa de su desgracia horrible, tomó aquella suponiéndola suya, y á quien más tarde enseñola le diera el dulce nombre de padre.

Paz Eva crecía, y la belleza iba siendo extrema. El Marqués que la adoraba con pasión, no la dejaba separar un segundo de su lado, salvo las horas en que la niña dormía, mientras sus doncellas velaban con cariño su sueño. Paz Eva, también llegó á amar tanto al Marqués, como si en efecto fuera aquel su verdadero padre.

Era una noche de riguroso invierno, en que el viento y la lluvia azotaba los cristales. El Marqués no estaba en su castillo, y, Paz Eva, que tenía por costumbre abrazar á su padre antes de dormir, al no venir aquella noche á su llamado, rompió á llorar amargamente hasta que al fin rendida por el sueño se durmió, dejando en su angelical rostro, las huellas de sus postreras lágrimas.

Apenas un momento hacía habíase dormido la niña, cuando entró el Marqués, quien, sentándose junto al lecho de Paz Eva, contemplábala dormida á la vez que derramaba á raudales su llanto con la mirada vuelta hacia el pasado para si... Entre tanto pensaba, diciendo:

—¡Con razón sabeis amar tanto ángel divino, si llevais un alma cual la de vuestra santa madre!... Pobre María... pobre Imágen de la Aldea, quien lo hubiera dicho que la envidia mezquina, y el vil orgullo la puso bajo su planta, robándole su inmaculada pureza!... ¡Ah mundo de ilusiones, mundo de mentiras!... Si en vez de haber nacido en un castillo, hubiera sido en una pobre cabaña; no tendría hoy que llorar arrepentido, cual vierto mis lágrimas más amargas que la hiel; porque es peor que llorar sobre un cadáver... Fuí demasiado caballero, por eso tiene que amargarme la desventura. Amé demasiado, y generalmente su galardón es la mentira.

Ah! si á ti hubiera ligado mi suerte cuando en tiempos más dichosos os conocí, cantando feliz, cual las avecillas entre el follaje, y amando solamente á ellas y á las flores!... Oh María... ¡Cuántos sueños venturosos forjé al calor de tu amistad... soñando el porvenir con un Edén a vuestro lado un día, aún cuando satisfecho renunciara á la corona de Marqués; porque al fin... ¿Para qué quiero yo honores, sin la ventura eterna que soñaba?... ¿Para qué coronas y riquezas en un hogar sin llamas, huérfano de caricias el alma, y con la cruz del martirio á cuestas por una senda de espinas, marchando toda una existencia?... ¿Para qué títulos, renombres, apariencias y oropeles; con el alma enferma y las lágrimas brillando en las pestañas?... ¿Para qué tantas mentiras, para dormir después bajo una lápida?... Para las almas que se adoran, no hay cuna, clase ni esfera... Si ante el mundo ignorante hay crítica, la crítica el tiempo se la lleva en su carrera, mientras que sonrien, las almas que se adoran!... ¿Por qué mirar un deshonor ligar mi suerte á la de una aldeana? si es tan honrada cual soy... y tal vez!!... Cada hogar es un mundo, hay que mirar muchas veces, cuánto lodo encierran en su seno algunos opulentos palacios!...

Mas, yo me quejo en mi tormento, y sin embargo; no soy yo solo huérfano de caricias!... También á este ángel le faltan las caricias maternales, cuando más falta le hacían en su vida!

Hay que resignarse ante el destino, porque no es todo de flores que se encuentra regada la senda de la vida, es pues, como en un jardin ámplio y vasto que se encuentran las más escogidas flores, mas entre ellas también hay espinas!... Así como hay también de abrojos, entre las campestres florecillas de desiertos campos. Para dar una rosa el rosal, da á la vez cientos de espinas... Perfumó la flor con su pura esencia, embalsamó las brisas, bebieron las avecillas la perfumada gota de rocío sobre sus na-

carados pétalos... y pronto marchita y mústia dobló su tallo, hasta que la tronchó: el huracan arrastrándola quizás sobre las duras peñas... He ahí, pues, el fiel retrato de la vida. Para cada alegría que gozamos, hay despuês cien amarguras que lloramos!

Pobre Evita, que feliz hubierais sido—y á un tiempo también yo—si aquí, junto á vuestro lecho cual hoy los dos estamos, llamarnos ¡hija mía! mas no en ilusión—pudierais también gozar las caricias maternales... ¡Qué felices hubiéramos sido, ver en una, confundidas nuestras tres almas!...

¡Oh, sueños de mi mente ilusoria!... ¿porqué venir á mí, tan luego en momento de tanto infortunio?... ¿Por qué me haceis soñar hoy los imposibles que acaricié, en aquel dichoso entonces... en aquel entonces de puras alegrías, y henchido de felicidad el alma, y el corazón de venturas, cuando acudían á mi los sueños más queridos de mi vida, y refrescaban mi frente soñadora!... ¿Por qué imposible ayer, vienes hoy á visitarme, por qué? ¡Oh, esperanzas marchitadas ya, é ilusión perdida, si pudierais al rocío de la fé unir vuestros lozanos pétalos del ayer querido; solo así yo levantaré eternamente en mi alma la cruz, emblema de la Fé!... Aún menos que el ayer yo pido, y es volver á encontrar en la triste y escabrosa trayectoria de mi vida otra vez á la bella aldeana, para devolverle de nuevo y ofrecerle un porvenir junto á su bello angelito que quizá la pobreza le hubo hecho abandonar... Ayudarla en su martirio. A su lado contarle mi triste historia, y al calor de su amistad sincera y franca retemplar mi espíritu abatido... Y á su lado sufrir!... ¡Oh, sueños adorados de mi vida! ¿por qué á estas horas vinisteís á flotar en mi memoria?... ¿Por qué el destino cruel se encarnizó conmigo, y para hacer más latente mi desgracia y desventura, arrojó á las puertas de mi hogar el fruto primero del amor de una mujer que con suprema adoración amé en tiempos de alegría, cuando era tan pura como las flores?... ¿por qué?

Los sollozos ahogaron la voz en su garganta, Evita asustada abrió sus grandes ojos, tan negros cual los tormentos del Marqués, miró en torno de su lecho, recordando la ausencia de su padre, iba á llorar, pero pronto el llanto se trocó en risa cuando vió que no estaba sola, y que, por quien lloraba al dormirse, á su lado estaba esperando su despertar. Luego estirando sus bracitos dió un salto en su camita dorada, apartó el cortinado color de rosa que la rodeaba, y arrojándose al cuello del Marqués gritando:

—Papaito mío... Papaito querido, volvisteis por fin, yo no podía dormir, tenía mucho, mucho miedo... ¿No os ireis más ya, verdad?

Como el Marqués la convenció de que no se iría; como se durmió tarde esperando la vuelta de su padre, otra vez de nuevo, el sueño la rindió. El Marqués la cubrió de besos, y dormida entre sus brazos la contemplaba, mientras que Paz Eva sonreía en su sueño de inocencia, su padre lloraba, ante las reminiscencias de aquel pasado que tocó al ocaso para no volver á brillar ya más.

Una hora hacía en esa posición estaba, y no se movía, por no despertar su niña adorada. En el cúmulo de ideas que se agolparon á su mente, una idea se le ocurría y era: volver á la Aldea, después de seis años de dolor, y cuànto le costaba el decidirse!... Pero, con el objeto que lo hacía, y tal vez pensando, y con la esperanza de volver á ver á María, al rayar la aurora ese día, después de una noche de insomnio, esperó en la estación, tomando el primer tren que marchó á la Aldea,

Apenas se oyó repetidas veces el silbato del tren, anunciando la llegada á su destino, el Marqués, sin sosiego y en completa agitación todo su ser, no se atrevía á bajar del coche que lo condujo hasta aquella tierra tan llena de recuerdos. Por fin bajó, y tomando un coche de alquiler se marchó hacia el Palacio del Recreo, ayer y hoy, el Palacio de las reminiscencias y los duelos.

Así como llegó á la gran puerta de entrada el corazón latía tan agitado, que por dos ocasiones tuvo que detener su marcha, porque parecía que le quería saltar de su pecho. Cruzó la primera galería del Palacio del Recreo, luego subió á la segunda y, ¡ oh dolor!... ¡Cuánto sufrió allí el pobre Marqués! con el alma reclinada á los recuerdos, y sentado sobre el lecho en que tantas veces hubo soñado con él su adúltera esposa... ¡Cuántos recuerdos, cuántos dardos sintió clavados en su pecho mientras contemplaba el aposento aquel, tapizado de terciopelo azul eléctrico!... y también ¡ qué mar de lágrimas empapó las almohadas de aquel lecho ante cada objeto que miraba; en cada flor que tocaba! Todo, todo, cuanto sus ojos abarcaban, en todo parece estaba adherido al contacto, algo de aquel ser que con alma aún amaba.

Salió desesperado de aquel aposento tan lleno de recuerdos, cruzó de nuevo la galería, donde otro pesar le atormentó al encontrar entre los tantos retratos de la familia Rókson, también el de Alicia.

Mirarlo y apresurar su paso, todo fué uno, pues se le presentó el cuadro vivo de su noche de boda, y también, el de la noche aquella, en que, de un balazo tendió en el huerto al hijo del Banquero.

Con los recuerdos impugnes en su alma, bajó al huerto, y allí encontró otra vez al negro Verdugo, de criminal figura, y con la risa siempre dibujada en los labios; luego dirijiéndose á él interrogóle en esta forma, y con escasas palabras, pues le era tan sumamente antipático, que le repulsaba conversar con él.

—Verdugo, ¿no habeis visto los moradores de la choza?

—Nada sé de ellos — respondió el negrazo — después que murió aquella muchacha bonita que sabía venir al Palacio.

—¿Murió, la bella aldeanita?

— Sí señor, creo que murió.

— ¿Y no sabeis dónde está su sepulcro?

— Sí, más allá de la choza, pero creo que hace tanto tiempo que no viene á estos lados, que ya no se acordará ni donde queda, y además, que todo está en ruinas. Lo único que en verdad sé, es que la hija que tuvo y por lo que murió, es la que vive en su castillo.

Sin dar su adios al horrible negro, montó el Marqués, de nuevo en el coche, y, sin mirar siquiera la choza, aquel nido de paz y de venturas sin cuento, se dirijió á la tumba, allí donde dejó rodar sus lágrimas para humedecer el sepulcro seco y olvidado, llanto que fué á caer sobre la inscripción, donde solo se leía. ¡María!

Luego, juntando un ramo de lozanas margaritas, de aquellas que siempre María acostumbraba á adornar su negra cabellera; lo colocó también sobre la rústica cruz. Las memorias más negras invadían su imaginación y enlutaba su pensamiento, mientras que, su alma rendida, ese templo profanado por un amor incierto, no pudiendo ya soportar el peso de la cruz del martirio, dió un adios á la tumba para volver quizas cuándo!... Marchóse de nuevo de allí á la ciudad con destino al castillo, allí donde intranquila ya lo esperaba Paz Eva, quien al verlo entrar corrió á su encuentro. El Marqués con el alma llena de recuerdos de María, aún más adoró á la niña, pues imposible era amar más á un hijo de lo que el Marqués desgraciado, adoraba entonces á Paz Eva.

Se confundieron entre besos y estrechos abrazos, aquel padre adoptivo, hubiera hoy dado hasta su última gota de sangre, por la niña, sabiendo que era hija de una mártir é inocente. La voz de recriminación en su conciencia jamás le dejaba libre, puesto que amando cual amaba á la aldeana, no se debió nunca desviar de su senda, por solo cumplir su palabra de caballero.

Si es verdad que junto á Alicia podrá ostentar su

corona de Marqués, tejida de palmas de oro, y adornada de brillantes y preciosas piedras, pero ¿de qué le servía esa ridícula ostentación de tan soberbia corona material, admirada por seres sin conciencia, cuando estaba el alma con la corona de espinas?...

Si los ojos del alma no se alumbran con la divina luz de la verdad, amor, paz y justicia, nada es la luz que abarca el universo todo para los ojos materiales, porque se vive siempre entre sombras; habiendo huracan en la conciencia, no puede haber calma en el espiritu!...

Si la calma empezó á llamar su triste alma llena de tristeza, como la negra noche envuelta en su sudario. Hoy se apoderaba de él la horrible nostalgía y los más acerbos dolores, porque oculta al mundo el pesar inmenso en su alma hecha girones. Las noches plateadas cuando á su luz divagaba acariciando las ilusiones soñadas, las esperanzas y la imágen querida; todo, así como la realidad, así se marcharon, dejando una estela como el último resplandor del sol de la felicidad que se pierde en la penumbra para llegar la primera sombra de la noche...

En este campo de amarguras, valle de lágrimas, puede describirse con toda exactitud el sublime y completo cuadro de la eterna felicidad completa, mas... muy lejos, muy lejos está de los mortales esa felicidad que buscamos y llamamos en nuestro sueño de la vida, cuando ha corrido el pensamiento las regiones de la sublimidad. Y si no, he ahí este cuadro, uno pudiendo tener á su lado su esposa, la hija á su madre, por las debilidades del género humano miradles abrazados. A uno sin esposa, y sin madre á la otra!!

LA VUELTA DEL MARINO

Nueve años pasaron y después de tantos dramas representados en la Aldea, dramas de los cuales á todos estaba ageno el pobre Alberto, pues desde la desgracia del Marqués, abandonando éste la Aldea, ya se había cortado la correspondencia que mantenía Alberto con María la aldeana, porque siendo Omar el mensajero de esos amores, y sucumbiendo éste en el dolor más profundo, el dolor le hizo olvidar su promesa y juró no volver quizá hasta cuando á la Aldea de las reminiscencias tristes...

Por medio de su familia tampoco jamás pudo saber nada de lo ocurrido el pobre marino, puesto que ni una letra nunca escribió ni recibió de su familia, pues que esa era la ley del conde de Rókson, y su voz era una orden que habia sin resistencia que cumplirse.

Alberto no lo hubiera hecho por ningun principio, salvo que hubiera sido para tener noticias de su adorada Maria, pues de otro modo no, puesto que guardaba un resentimiento íntimo con su padre; el ambicioso padre que le negó su cariño queriendo comprar á fuerza de oro el amor puro de una alma.

Las dos de la tarde serían cuando el buque que á bordo traía el marino arribó á la playa de la patria de Alberto. ¡Qué hermoso fué el panorama que presentó á su vista la hermosa tierra donde nació, y también nació María!... Cuànta ventura soñó mirando flotar su bandera patria que le recordaba la voluntad absoluta del hombre libre, cual lo iba á ser él hoy. Hasta las brisas de la tarde, ya le

traía en sus alas el aroma de las flores que esparcía en el espacio.

El céfiro, el cielo, y hasta más claros los rayos del sol; todo, todo, le pareció allí más sublime, y el canto de los pajarillos, las verdes campiñas que á la distancia divisaba, á todo alzaba magestuosamente un himno de adoración en su alma, que creía en unas horas más, repercutiría en un corazón quizá cansado de sufrir la cruel ausencia de nueve años!

Nueve años, sí, que triste luchaba su alma en la distancia, lejos, muy lejos de su patria y en playas extranjeras, y hoy lleno de felicidad volvía, deseoso y gozoso, de tocar pronto la realidad.

¡Pobre Alberto!... Qué horrible y cruel va á ser la decepción cuando llegue á los sepultados escombros de lo que fué nido de felicidad!...

¡Qué desengaño, hoy que decidido venía á realizar su soñado porvenir de rosas, ante el hogar deshecho, y en un sepulcro tener que sepultar sus ensueños más queridos!

Solo el recuerdo de la dicha que acarició su pensamiento le quedaría gravado como chispas de fuego en el alma, y regadas con lágrimas de sangre.

Como quedan los perfumes de las flores al marchitarse éstas, así morirá también la flor de la esperanza y la ilusión, que trae Alberto para realizar sus ideales, y sólo los recuerdos, esas espinas, le quedarán como dardos clavados en el alma, cuando contemple el hogar deshecho.

Nueve años! batallando su alma como el buque — en que á bordo iba — luchaba indeciso á veces en medio de las encrespadas olas, pero en este momento ya nada del pasado venía á su memoria, solo contemplaba la preciosa tarde de estío, que le trajo el recuerdo de la vez que conoció á María, sin pensar en la noche que así como avanzaba, también se convertiría en noche sus más queridos dias esperados, porque ya veía trocarse la realización de sus ideales en su voluntad de hombre. Ya no pensaba en la mano cruel de la ambición que lo

distanció de la dicha, matando en flor todas sus venturas soñadas; abismando en la tristeza un alma joven y llena de ilusiones... marchitando un corazón lleno de vida!... ¡Oh ambición acariciada por el alma y el pensamiento del ignorante, cuando dejareis correr el velo de la verdad, y os dejarái sin venda para mirar la dicha al través de la verdad!... cuándo!... Cuando dejareis—¡oh ambición!—de regar con tus gotas de veneno las almas débiles, para no enfermar á las otras que están bajo su dominio, labrándoles muchas veces la infelicidad!!...

Cuantas veces el pobre marino sobre la proa del buque contemplando las enfurecidas olas, venia á visitar á su alma la imágen de su María!... Y mientras él, adorando su recuerdo, y bendiciendo en el silencio el porvenir; cuantas veces, cuantas! la pobre aldeanita lloraría su infortunio al pié de una rústica cruz!!... Cuántas veces el recuerdo de María hízo fuerte al marino en todas las batallas de la vida; así como también, mientras contemplaba en su alma la dulce y cándida imágen de la aldeana, olvidaba la tempestad que rugía sacudiendo el buque como si lo fuera á sepultar—del mar—en sus entrañas.

De todos esos sueños que acariciaba, pronto, muy pronto despertará cuando al correr en busca de sus ideales tropieza con una sepultura!... mas, podrá sufrir mucho, ser cruel el dolor que embargue su ser, todo, pensar en tantos sueños deshechos en la nada, pero no alcanzará su martirio á los que sufrió la desdichada María; cuando después de luchar entre la vida y la muerte con el alma hecha girones, recobrando su valor perdido, volvió á la Aldea, en busca de su hogar, el que encontró entre los escombror, y allí, entre ellos, tantos sueños venturosos que forjó la fantasia, y fueron arrebatados por la mano de la ambición!...

Aquel poético jardincito—admiración del transeunte—era un desierto, las hierbas habían crecido

en torno del esqueleto de las plantas, plantas que María con todo ahinco cuidaba y se miraba en sus divinas flores que cultivaba para sus divinas avecillas; todas ya, todas, se habían marchado á los bosques, allá entre la selva umbría... Les faltaba el cuidado de la prolija mano de su querida protectora. No oyeron más la melodiosa y dulce canción de María, al rayar la aurora: al declinar las tardes, así como al lucir el lucero de la noche. Los árboles quedaron desnudos, ya había espirado la poesía de aquel admirado paisaje, como moribunda y última nota perdida en el espacio. Qué dolor tan cruel para María, cuando recordaba el momento fatal en que nécia dió su Si del alma, á aquel hombre á quien amaba con todo su ser, y quien de igual manera á ella la adoraba sin pensar ambos, que era imposible esa unión. Cuanto más feliz hubiera sido María, si no se hubiera cruzado Alberto, en la senda de su vida!... Cuantas veces en medio de su infortunio le vino á su memoria el recuerdo de aquella avecita muerta que lloró, y le trajo á su alma un presagio doloroso, cuantos!...

A esa hora en que él lleno de glorias y feliz llegó á la Aldea, delirando por ver á su María, á quien enviaba un pensamiento en cada estrella, en cada rayo del sol una caricia, y de la poética luna, en la lluvia argentada que enviaba la diosa del espacio, cuántos besos de amor le enviaba!

Imaginaos pues, cual habrá sido su tormento al llegar junto á las ruinas, donde forjó en tiempos mas dichosos, tantos sueños de esmeraldas, záfir y rubí... y en las regiones celestes la adorada imágen de sus ensueños!!...

Marcharse de nuevo al extranjero y dar un eterno adios á su patria—fué lo que primero pensó é iba á ejecutar sobre la marcha. Hubiera dado su existencia, si en aquel instante de martirio inmenso hubiera encontrado su madre, para derramar sobre su pecho adorado, la primera y más amarga lágrima que derramó en su vida.

El dolor ahogó su fé, y ante el hogar en ruinas, desfallecieron sus postreras esperanzas... Su ilusión la guardaba ya una tumba!...

El corazón palpitaba, parecía que quería saltarle de su pecho lacerado... El vacío de su alma era incomparable. Corría como un loco, desde el jardín á los escombros en que quedó la choza, y por espacio de largo rato anduvo, como ave abandonada en el desierto buscando su nido, á su compañera. Buscaba á su María en aquella soledad, y en medio de la desesperación horrible é imposible de describirse buscaba sus huellas con las ansias del que ha visto la luz del día, y luego quedó ciego... Como busca el aire el que se asfixia ó el náufrago su tabla salvadora...

Se determinó por segunda vez marcharse de aquel tristísimo paraje; tumba de su felicidad, pero le detuvo otro incidente, y fué el negrusco del humo que dejaron las llamas en las paredes de la choza; y al mirar esas huellas; esas marcadas sombras del incendio, sintió en su corazón renacer una esperanza, al pie de la última ya desvanecida...

Salió de entre los escombros y sin rumbo fijo siguió maquinalmente con paso tardido é incierto; hasta que, lo detuvo el murmullo de un tranquilo lago que llevava en su carrera y sobre el cristal de sus diáfanas aguas las hojas amarillentas arrancadas por el viento. Al borde del lago sentóse y allí se puso a meditar en el desierto y la orfandad de su alma, buscar hasta encontrar el paradero de su María adorada, esa imágen de sus ensueños...

Entregado á sus meditaciones estaba, cuando volvió de nuevo su mirada á el jardin. Se puso de pié, y de nuevo se marchó á sentarse sobre aquella pileta, donde tantas veces á la sombra de un corpulento árbol sentábase junto á María. Las tardes de estío, aquellas tardes pasadas, se dibujaron en la imaginación de Alberto, á su recuerdo vertía su alma las más amargas lágrimas que asomaban á sus tristes ojos como las gotas de rocío en las tempranas flores.

Unas horas estuvo sentado allí, entregado á sus recuerdos y llorando sobre aquella lápida que encerraba hoy sus dichas; y antes habia sido el excenario de sus más grandes alegrías, y sus más queridos y gratos sueños: cuando se estremeció al contacto de una mano que posaron sobre sns hombros — como para despertarlo de su sueño — y de seguida oyó resonar en sus oidos, una voz que aún cuando esperaba; en la zozobra é incertidumbre y la tristeza en que estaba, le pareció una música que venía á consolarlo en su martirio:

—Y que hace el señorito y futuro Conde, aquí entre las ruinas de una choza?...

Alberto sorprendido y temeroso de que lo pudieran reconocer llevando luego la noticia al Palacio, dirigiéndose al labrador le dijo:

—Os habeis confundido buen hombre, ¿quereis dar títulos, — ó mejor — hacer desear al que con ellos sueña?...

Pues me habeis dicho futuro Conde... ¿y de qué?

—No es Vd. el señorito, hijo del Conde Rókson?

—Ah!... no se de quien me hablais, mas, ¿vosotros no sabeis que Alberto de Rókson fué desterrado de su patria?...

—Sí, mas hace tantos años de eso, que bien puede haber vuelto hoy á su tierra?... pero, si os he ofendido, espero sabrá disimular una equivocación, que á cualquiera le pasa?

—Bien, estais disculpado, pues no veo motivo como para ofensas, al contrario, me habeis hecho gran honor, al confundirme con tan estimable caballero.

—Y á qué viene el señorito á visitar estas ruinas?

—Nada más que con el objeto de estudiar estos tristes parajes, que he oído decir era digno de verse.

—¿Es escritor el caballero?

— Sí, ¿por qué?

— Porque si quisiera yo podría darle algunos detalles de los dramas representados en esta choza?

—Estais al corriente de lo ocurrido aquí... Sabeis quién habitó, y quién era el dueño de esta rústica cabaña?

—Vaya que sí... Si este nido de poesía, la admiración de todos nosotros los aldeanos, que pudimos admirar también la bella hija y el encanto de aquellos pobres padres, era nada menos que mi pobre compadre.

—Sí, y dónde está ese labrador vuestro compadre?

—Desapareció de la Aldea y jamás se supo su paradero.

—Entonces es cierto lo que me han relatado, de que aquí existió una joven seductora, à quien llamaban Imágen de la Aldea?

—Que no le quepa duda. Y tal vez su belleza fué la culpa de su desgracia.

—Sí, eh?... ¿Y no sabeis decirme el paradero de esa joven, ó bien, el rumbo que tomaron todos los moradores de esa choza?

—Que interesado está el señorito en saber de la joven?... y qué preocupado me parece!... y qué triste!...

—Cierto es todo, sí, muy cierto, pero ¿no sabeis que desearía saber minuciosamente todos los detalles para poder completar la novela, pues de lo contrario quedará truncada...

Mira, ya os diera todo el dinero que me pidais, si me relatas toda, toda y completa, la historia de la joven, pues, mucho me interesa.

—Nada quiero señor, nada, pues; un favor tan sencillo como este y que tan poco cuesta, siempre que esté en la mano no se le pone precio.

—Bien, como quiera que sea, yo os pagaré el servicio, hablad, contad esa historia.

—Pues una noche horrible de tormenta... ¡pobrecita! Se corrió la voz, que habían desaparecido todos de la Aldea. Y... que la pobrecita...

Como que el anciano aquel hablara con toda la más grande pachorra y era eterno aquel esperar

para Alberto que ansioso esperaba saber el por qué —de aquella pobrecita, que torturaba su alma, acercándose más al labrador, le dijo;

—Contadme más á prisa esa larga historia, pues la hora es ya avanzada y tengo que marchar á la ciudad, y como quisiera llevar en mi imaginación todos los dramas aquí representados, apuraos, que mejor os pagaré. Que fué pues de esa pobrecita joven, ¿dónde se encuentra?

—Q. E. P. D. en la gloria.

—Es cierto lo que oigo? ¿Estais seguro buen hombre, de que, ha muerto la preciosa aldeanita?...

—Como que vive Dios, señor, y si quereis convenceros, si estais dispuesto á saber la verdad— seguidme, que ya no guardareis duda, y podreis concluir la obra que deseais.

—Y qué prueba vais á darme de que ha muerto la joven?

—La más evidente que sería para vuestro convencimiento... la tumba que guarda sus despojos.

—Sí, podré ver ante mis ojos una tumba, mas ¿qué hago yo con esto? ¿no decis que desaparecieron todos de la Aldea, los felices moradores de esa choza?

—Sí señor, pero aquella es la tumba de la aldeana.

—¿Cómo podeis probarlo?

—Por la inscripción que se lee sobre su lápida.

—¿Qué inscripción se lee sobre ella? podríais decirme?

—¡María!... Solo este nombre está escrito, y seguido de este nombre unos puntillos que, á la verdad, no sé que significan.

—Pero, no sabeis si la madre de esa joven se llamó también María; bien puede ser ella entonces.

—No, no estoy confundido, no es la madre, no. Esa es la tumba de la bella aldeanita.

—Y cómo sabeis con tanta seguridad?

—Porque siendo tan pura, al verse deshonrada esta fué la causa de su muerte tan temprana.

—¡Pobre niña!—respondió Alberto con sus esperanzas ya muertas en flor, y también marchitas sus ilusiones todas ante el sepulcro donde se leía solo el nombre de ¡María!.... Ahogando su dolor y omitiendo ante el corazón el dardo que tenía clavado en su pecho, yen el silencio bebiendo las lágrimas de sangre, prosiguió diciéndole después de una larga pausa: ¿Y no sabríais decirme en qué manos fué á caer ese bendito fruto de aquella mujer divina?

—Facilmente, pues si interés tiene Vd. en saberlo como que vá para la ciudad, no tiene más que llegar al Palacio del Marqués de Starleins, y allí de seguro la encontrará, ó le darán razones de la chiquilla, que á la fecha, contará unos diez, para once años.

—¿En el Palacio del Marqués de Starleins me habeis dicho?

—Si señor, como que vive Dios.

—Y conoceis al Marqués de Starleins, ¡sabriais decirme donde queda su castillo.

—Si le conozco ¿me pregunta el señor? Vaya que sí, si es más conocido por sus historias.

—¿Por sus historias?

—Sí, por sus historias ó mejor, por las de su esposa.

—Si eh? y no podríais decirme porqué se hizo tan popular la marquesa?

—¿Sois extranjero, que no conoceis tan repasada y sabida historia!

—Si, hace apenas unos días, llegué de la orgullosa Argentina, pero no había oido hablar de la marquesa.

—Bueno, ahora ya ni se acuerdan de ella, asi que no es fácil sepais nada, haciendo tan poco tiempo que en esta tierra os encontrais. Pero antes!...

—Qué sucedió?

—Nada menos que, ni un año de casada tenía con el Marqués, cuando se escapó con el hijo del Banquero; un joven llamado Horacio, á quien hirió el Marqués en vísperas de casarse. 16

—¿Sí? bueno. Esto no me interesa, pues es cosa sabida, que entre gente grande, lo mismo es ser honrado que con manchas, puesto que las coronas y el oro todo lo tapa.

Decidme, ¿entonces créeis convencido que allí encontraría el fruto del amor de María la aldeana?

—Si señor, en el castillo de Starleins. Es una preciosa jovencita con quien he conversado varias veces, Es cariñosa y bondadosa como lo fué su madre. Y llora ante el mendigo al verlo en la miseria como que participara de su pobreza, ó fuera para ella la limosna. Es tan bella!... en fin, es el retrato de su madre, con esto basta.

—Y no sabeis si el Marqués la quiere, y á su lado pasa como hija?

—Quererla? es poco. La adora como su propia hija... ¿Y cómo no ha de quererla también, y no la hubiera de haber adoptado, cuando fué él, la causa de una deshonra, y la muerte de María?

—Ah, es su padre el Marqués entonces?

—Para bien decir señor, tanto se culpa al Marqués de Starleins, como al hijo del conde de Rókson, por eso cuando hoy lo vi sentado aquí, me pareció reconocerlo, y me acerqué á Vd., para hecharle en cara su cobarde infamia. Decirle que era un miserable, y recordarle que si no pensó que la pobre joven también tenía padres que lloraron su desgracia horrible.

—Qué infamia!... qué calumnia atroz!... Haced caer, Señor, ese velo de falsia que oculta la verdad, tachando de criminal á un inocente!...

—Y cómo sabeis que Alberto de Rókson es inocente?

—Porque lo conozco, porque he hablado con él, y adorando en su alma la imágen pura de la aldeana, maldice la ambición perversa de su padre, que lo desterró de su tierra y marchó en aras del amor.

—Estais seguro que Alberto es inocente?

—Estoy tan seguro de su inocencia como lo estoy de la existencia de Dios.

—Bueno, entonces no hay que dudar, el tirano habrá sido el perverso Marqués, y Dios lo ha castigado, tiene bien su merecido. El que hace, justo es que la pague.

—Y no será también algún falso que le han podido miserablemente levantar á aquella preciosa criatura? ¿Teneis como probar su deshonra?

—Ja!... Ja!... Ja!... señor, ¿ya no os he dado la prueba más evidente?... Pues entonces á que sale usted con calumnias?

—Pues, también dudo de que el Marqués de Starleins haya sido tan cobarde y miserable.

—No dude Vd. señor, que precisamente la gente grande es muchas veces la más vil, y... debiendo ser màs despreciable, es la más admirada, y á la que el mundo más pronto le abre paso, por más cargado de manchas que ella vaya!...

—Teneis razón; mas, no hay que juzgar á todos por uno. ¿Y sabeis quién es el Marqués Starleins? ¿conoceis la nobleza de su alma?

—No dudeis que por más noble que pueda ser, puede también como todos, tener unas horas de miserable y cobarde...

El más profundo silencio reinó entre Alberto y el labrador.

El primero, buscando en el misterio y las regiones de la sublimidad, sus sueños ya sepultados. Y esperando la soledad para desahogar en llanto sus pesares. Mientras que el otro, esperando el momento de acariciar entre sus manos la prometida propina...

Alberto al fin puso en la mano del anciano una moneda de oro, y no articulando palabra, para dar lugar à que se marchase aquel hombre, que si antes le fué útil, hoy le molestaba, pues no quiso darse á conocer, ni hacerle conocedor tampoco de que tenía que descargar su alma, la atmósfera del tormento.

Alberto, que pagó á aquel hombre para despacharlo de una vez, pues fuê todo lo contrario, puesto que parece que al sentir entre su mano la preciosa moneda, era para pagarle para que siguiera hablando. Hasta que al fin, después de gran esperar, viendo que Alberto se reclinó en la cruz y ni pensaba ya en marcharse, se despidiò después de agradecer nuevamente aquel inmenso pago por tan pequeño favor.

Asi como hubo quedado solo Alberto, ante la soledad, el silencio y el misterio que le rodeaba, no pudo ya soportar la tempestad que en su alma bramaba como enfurecido león, pero ya débil cayó sobre la fria sepultura, cual soldado herido y rendido en la batalla...

Jurando ante la cruz, amar hasta morir la memoria de María. Y con el alma muerta al mundo y otros amores... Ya sin temor á los azotes de la tempestad que sepultaran en el mar el buque, que á veces, temía, al verlo juguete de las olas, dió su «adios» á la tumba y caminando y mirándole de vez en cuando iba à marcharse al buque que en la orilla lo esperaba, mas, pensó en que todo no había aùn perdido en la vida, y un consuelo, un bálsamo le esperaba; para poder salpicar sus bárbaras heridas. Ante el recuerdo de su madre que potente se levantó en su alma, haciéndole desvanecer la idea del suicidio que abrigaba su imaginación. Volvió de nuevo á amar en algo la vida al calor de las reminiscencias de su madre. Su adorada madre que tanto lo acompañaba en su dolor, dándole siempre un átomo de esperanza, cuando le oia cantar en el arpa de amor, al pobre marino, celestes melodías dedicadas á la adorable imágen de sus ensueños: para galardonear las que en su alma—esa lira dulcísima—arrancaba para él también la bella aldeana, quien al verse olvidada de su Alberto, y huérfana de caricias su alma, en medio del mayor infortunio, quiso un día templar de nuevo su lira

y la encontró que estaba muda... ya sin cuerdas... Entonces viendo que con lágrimas sonó su laud, siguió tocando, y vió que al redoble funerario que él lanzaba, marcharon ya sus sueños, su amor, su dicha, sus esperanzas é ilusiones todas, siéndole indiferente el vivir... Como se creyó cobarde el matarse, arrojó la idea, mas, juró no volver jamás tampoco á su hogar, maldiciendo su cruel padre, á quien, jamás, mientras viviera, le perdonaría nunca.

Abandonó al tiempo mismo, tronchando en flor la carrera de marino cual se troncharon sus esperanzas, y allí entre el espeso bosque y muy cerca del sepulcro, entre la espesura, vivió como un ermitaño en una blanqueada choza, olvidado del mundo, y apartado del carnaval de la vida.

Toda su familia ya había llorado muerto al pobre marino, sin que nadie pudiera darle razon de él y sin pensar, ni imaginar siquiera un instante que, convertido Alberto en un ermitaño, se ocupaba de vestir una tumba y llorar sobre ella su eterna desventura.

Una mañana de las últimas del mes de las flores, apenas rayaba la aurora y paseando por la Aldea, muy cerca del sepulcro, vi que lloraba un joven, mas no pude nunca saber quien era, hasta que la curiosidad me llevara hasta dar con la verdad, y al siguiente día al caer la tarde, volví de nuevo á hacer mi paseo con el objeto de saber quien era aquel, y sobre qué tumba lloraba, de quién sería aquel sepulcro tan espléndido que se encontraba en el desierto.

Al principio creí que fuera algún suicida, bien algún personaje: mas acerquéme á leer y salí de mi error, cuando reconocí que aquella rústica cruz que adornaba la sepultura de la aldeanita, había ya cambiado de aspecto, al cubrirla una preciosa lápida de mármol de Carrara, cuyo contorno estaba representada por una guirnalda de siempre vivas del mármol mismo. Luego en el centro de la lápida

un espléndido pensamiento en cuyas hojas se leían este escrito con letras de oro y, al pié una estrella representando el amor.

¡MARIA!...

Mi alma y mi pensamiento
Ante tu imágen, María...
Postrados están de hinojos
Para adorarte en la vida...

ALBERTO.

NO HAY EFECTO SIN CAUSA

Paz Eva, admiraba el teatro, sin haber ido jamás, ni conocido nunca lo que era el interior de un teatro; pues solo por lo que oyó hablar á su padre de una famosa artista, que en una completa compañía trabajaba — en « Fuerza del Destino » — é iba á hacer su debut la noche del 5 de Agosto, á tanta súplica, conquistó su primera entrada en el mundo social, y así como esa noche la conquistadora niña — de la voluntad del condescendiente Marqués, hizo que éste se abonara por toda la temporada al espléndido y lujoso palco de la Opera.

No era la función precisamente lo que á Paz Eva llevaba al teatro, ¡ no ! pues desde la noche primera que hubo ido, trajo impreso en el astral de su alma la divina imágen de una seductora mujer, que junto á un gallardo joven, ocupaba un palco, muy frente, al que ocupaba ella y el Marqués.

La niña no sacaba de aquella mujer — su mirada insistente, tan pronto clavaba en ella sus gemelos, y así se pasaba la noche, trayendo, al volver de cada noche que pasaba, un grato recuerdo, una espresión diversa y misteriosa de aquella divina mujer — infalible á la Opera — y cuya hermosura la tenía sugestionada. — Para Paz Eva no había horas más dichosas en su vida, que desde el momento que aquella mujer — viendo con la insistencia que la niña miraba — la miró también, dirigiéndole los gemelos y á un tiempo mismo le sonrió.

¡ Cuántos años de su vida hubiera dado aquella tierna niña por caer en brazos de aquella mujer,

sin conocerla, ni aún saber la larga historia, pues, aún sabiendo las infamias de su alma, quizá, Paz Eva, así mismo la hubiera adorado, puesto que no hay efecto sin causa ...

¿Pues, por qué la amaba tanto, y su alma suplicaba sedienta las caricias de aquella mujer, para ser dichosa, y encontrar el mundo lleno á su lado? ... ¿Por qué? ... ¿Acaso porque desde la cuna quedó huérfana, y anhelando las nunca recibidas caricias de una madre, amando aquella mujer, entre sus brazos, podía suponerla su misma madre?...

¿Por qué sin saber ni siquiera quien fuera, la soñaba, y embriagada con sus sonrisas, á su recuerdo no más, sonreía y la levantó en el altar de su inmaculada é inocente alma, guardando siempre una esperanza viva de caer un día rendida entre los brazos de aquella mujer que adoraba con todas las potencias de su pureza? ¿por qué ...

Las grandes fuerzas secretas y misteriosas del alma, es un gran problema difícil de descifrar! ... é incomprensible, para el que no piensa en el más allá y no remonta su pensamiento á esas eternas regiones de la sublimidad, para bañar su espíritu en la luz divina de la verdad! ...

Lo único que sé deciros es, que parece que una corriente eléctrica, estaba continuamente comunicando á sus almas el amor y la simpatía, que ambas se guardaban y que al recordar aquella mujer, Paz Eva, sentía un sacudimiento extraño en todo su ser, mientras que las lágrimas corrían á raudales por sus sonrosadas mejillas. Lágrimas vertía en el silencio, y á la verdad, no se hubiera dado cuenta nunca el Marqués la causa de aquellas lágrimas tan puras como el rocío sobre las tempranas flores.

Pudiera él pensar muy bien que en el capricho de Paz Eva, quien apenas abría su boca ya se cumplía su voluntad; deseando hoy tener á su lado á aquella mujer, viendo que era imposible esa dicha, por no disgustar á su padre, esperaba la hora de acostarse,

y entonces empapaba la almohada con sus lágrimas, pues, en el misterio de su amor inmenso, guardaba en su alma angelical, la tempestad horrible de los celos, que la enferma, cuando veía ó pensaba en aquel hombre á quien, feliz hubiera sido ella, si lo hubiera visto desterrado, para no verlo jamás junto á la seductora dama que conoció en la Opera.

Tenía momentos que en su egoista cariño y pensamiento de niña sin experiencia, meditaba, y al pensar pudiera aquel ser el esposo de la mujer divina y éste robar todo el cariño que por ella pudiera sentir; odiaba aquel caballero, y el recuerdo de la feliz pareja estaba riñendo en su alma, es decir, se encontraron frente á frente como enemigos acérrimos, el amor ylas primeras ráfagas del odio.

¡ Oh misterios de la vida ! ¡ oh grandes potencias del espíritu, que desprecia lo ficticio para seguir la senda luminosa del ámplio campo de la verdad ! ¿ cómo no amar el corazón tierno de aquella niña, y odiar al mismo tiempo su alma cuando los lazos que á aquella mujer la unían eran tan grandes ? ...

Era una hermosa mañana de primavera, las tibias brisas perfumadas por las esencias de las flores, pasaban junto al balcón, acariciando al pasar la negra cabellera rizada de Paz Eva, que sentada allí, esperaba ansiosa que el Marqués abriera la puerta de su lujoso aposento, — lujoso sí, mas cubierto por el hielo del dolor, el abandono y el desengaño, apesar que todo esto estaba reñido con su conciencia, por que amaba la nobleza del alma y sus verdades ; que éstos destruían por completo, los errores del mundo y las farsas de la vida ... — para ir á depositar en la frente del Marqués sus tiernos besos, besos que aminoraban sus dolores y adormeciendo al arrullo de sus caricias los crueles recuerdos que roian su alma soñadora.

¡ Qué bálsamo santo hubiera sido para su corazón desgarrado por el abandono, si hubiera sabido que aquella adorada criatura hubiera sido en verdad su hija¡y él, compañero de María, la seductora aldeana !

Como la puerta del aposento del Marqués estaba apenas entreabierta, Paz Eva se acercó, y como oyera hablar dentro, la curiosidad de quien pudiera haber penetrado allí, la llevó hasta la puerta, poniendo el oído en la endija para escuchar mejor, pero nada sintió, porque casualmente en ese momento enmudecía el Marqués, y ésta, al sentir de súbito el profundo silencio, temerosa de haber sido descubierta, de puntillas se retiró de la puerta; pero el temor la hizo creer, puesto que el pobre Marqués en su tormento y entregado á los recuerdos del pasado, ni siquiera se dió cuenta ni de su existencia, y luego de un instante de silencio prosiguió asi, en su lamento mientras acariciaba unas marchitas flores entre sus manos:

—Oh!... si pudieran estas lágrimas volverlas á la vida, cuántas lágrimas, cuántas yo vertiera!... en cambio, tengo que buscarles una tumba, porque ni se conocen ya las flores que fueron!... Ah, si las reminiscencias del pasado pudiera sepultarlas, pero...aquellos recuerdos buscaron su tumba en mi memoria y mientras late el corazón el sepulcro está mojado... No hay flores sin espinas...

Así como el tiempo, tiene la existencia también sus faces.

Nace la primavera con su sol reververente de dichas, y nos trae en cada rayo una sonrisa y un nuevo placer... Besa el verano con sus divinas auroras y sus poéticas tardes, que hace aumentar las pasiones del alma con su ardiente sol de amor y de dichas. Se apaga la tarde obscureciendo la inmensa esfera azul las sombras primeras del otoño, y en su sonrisa triste arrastra unas dichas y alegrías... hasta que al fin llega el cruel invierno con su frio beso; y sepulta entre la nieve de un dolor, un desengaño, ó bien, dentro una tumba, los coloquios é idilios, y venturas soñadas, y así termina la feliz leyenda bajo un dolor, en la nada. ¿Qué es, pues, la existencia, y dónde bien se puede ver reflejada?... Nada más que en las estaciones

del tiempo, he ahí su fiel retrato... Es todo, solo un mundo de florecillas de ilusión y amor, regadas con la esencia de la esperanza y poetizado á la dulce melodia de ensueños que arranca en sus notas un arpa de oro!!!... A qué, pues, acariciar tantas quimeras, amar tantas mentiras, para verlas convertidas en la nada?... Mas, es verdad—estaba soñando y hablaba impulsada por un dolor,—pues si es el alma que acaricia, no encuentra nunca su tumba, y qué importa para el cuerpo una tumba acariciada por la brisa y acompañada de flores y el quejido ó trino de las aves, ó bien azotada por vendables, cuando vive en paz el alma, allá en en el ideal de su patria adorada?...

Pero, apesar que el Marqués pensaba en ese después, parece que el gran apego á su materia y los placeres pasados le hacían olvidar el mañana y solo pensaba, el triste hoy y las venturas del pasado, pasado que en vano lo llamaba con llanto, y ni por esto, volverá quizá ya más!...

Lloraba sí, y sin consuelo sobre aquellas ya negruzcas flores por los años, tristes memorias y perfume moribundo de sus sueños color de rosa.

Entre las cenizas siempre queda alguna chispa, y de la chispa bien puede brotar la llama, y de esa llama el incendio... y si esa luz del recuerdo se incendió, iluminando en su imaginación todo su pasado, ¿cómo no iba á derramar su llanto el desgraciado Marqués, ante el cuadro de dicha que se reflejó en su alma, si duró, su soñada ventura, lo que un lirio, que apenas abre sus pétalos á la brisa perfumada, cuando pasa una ráfaga y la hace inclinar mústia, llevándosela en sus alas... si su felicidad pasó con la rapidez de un ave que á todo vuelo y huyendo del cazador. cruza un jardín...

—Volver!...—proseguía diciendo—¿por qué, ya que no vuelve aquel pasado, ni tampoco á su vida estas flores, al menos por qué no vuelve otra vez una sonrisa siquiera de aquellas pasadas glorias... y así, al través del empañado prisma con que hoy

miro la existencia, yo sintiera un átomo de esperanza y amaría la vida entonces?

Siguió en su profunda meditación acompañado del llanto, ¿y acaso no llorasteis también sobre el sepulcro de un bien perdido?... pues, las flores esas que entre sus manos acaricia el Marqués, es nada menos que la tumba adorada de su ayer de flores, que hoy la contempla circundada de espinas.

Así acariciaba las flores, entre sus manos, en su mente los recuerdos; mientras que un cúmulo de ideas bullían en su agitado cerebro, y mientras que su pensamiento se remontó á la región celeste, buscando allá la imágen adorada de María, sus ojos se clavaron sobre una cajita de cristal en cuyo seno guardaba una coronita de azahares, regalo de su adúltera esposa sobre la cual le juró eterno amor— amor que la perjura por él nunca sintió jamás... Y como los dos recuerdos se encontraron reñidos en el alma del pobre Marqués, llevando á sus lábios las marchitas flores, depositó con ardor sobre ellas un ósculo de fuego, mientras que, tomando con la otra mano la preciosa caja de cristal y arroja con furia contra el suelo; aquel objeto que en otro tiempo fué el emblema de su dicha y hoy un dardo que torturaba su alma diciendo:

—Infame mujer!... maldita seais y la hora también en que os conocí y caí ébrio de amor á vuestros pies!... Mujer infame, adúltera, que dejaste mi alma sumida en el dolor, por toda una existencia... ¡Oh máscara del mundo, porqué no os habrá caído el antifáz ante los nobles sentimientos de un amor tan puro, y dejasteis que descubiertos ante mi alma los impuros sentimientos de la vuestra ¿por qué?... Mas, ¿por qué ante la maldición siento un fuego misterioso que parece quiere retemplar de nuevo aquel sentido amor que quiero arrojar de mi corazón, y el deseo loco me vuelve de aprisionar entre mis brazos, una infame y adúltera mujer, sin corazón, cuyo pudor y honor enlodado, mansilló mi nombre tan puro, manchando sin pena mi honor y

virtud?... ¿Por qué quiero beber en esos lábios, que quizá como en una copa de placer tantos bebieron! el alma pecadora de una mujer ya sin honra y sin pudor, despojada de joyas tan preciadas, ¿por qué?... y ante todo ¡ay!... os amé tanto!....

Sus brazos cayeron como insensibles sobre su velador, y entre ellos su cabeza — como ocultando su rostro de si mismo, por la vergüenza de que, ó aún ante su honor manchado amaba y perdonaba á aquella mujer que soñaba en volverla á sus brazos.

Sus párpados cayeron como para espantar quizás — la visión viva y marcada del honor, para dejar paso á que el amor reinara; pero, apenas los sueños queridos que en el dolor buscaba, vinieron á acariciar su pensamiento, y una gota de esperanza perfumó su corazón para aminorar en algo su martirio; cuando se abrió de par en par la puerta de su lujoso aposento, y cuando menos pensó, se sintió rodeado su cuello por los blancos brazos de su idolatrada Paz Eva, ya como de costumbre, venía, como todas las mañanas á dar — no su primer beso, por que en su pensamiento, apenas despertaba cuando ya se lo enviaba á aquella mujer, que aunque ya dos ó tres meses hacia no la veia en la Opera, (por que ya había terminado la temporada); pero si, al pasar a veces por frente á el balcón de su aposento en algunas mañanas, llevase ésta el beso, sobre las flores que Paz Eva, le dedicaba, y pendiendo de una cinta color de rosa le alcanzaba desde el segundo piso del castillo — Ocultando todo esto la niña, el Marqués satisfecho recibia como si fuera el beso primero de su despertar.

Paz Eva miró á su padre, y como lo viera llorar, el recuerdo de lo que á él le ocultaba quemó su pecho imaculado, y como si esto fuera la causa de que aquellas dos gruesas lágrimas se desprendieran de los ojos del Marqués, abrazándolo contra su pecho le dijo:

—Papaito de mi alma, no lloreis, que ya no lo haré màs. Os quiero más que ella... Lo hacia...

porqué la amaba tanto!... y os lo ocultaba, por no daros un pesar...

El Marqués, no se apercibió de lo que pudo haber dicho la niña, quedó mudo, solo en el silencio entre besos la acariciaba, levantando en su alma la imágen de María que creía fuera madre de la niña.

—Papaito mío — prosiguió la niña — porque llorais?... ¡Si supierais qué miedo me dan esas lágrimas, yo que en la vida las vi brotar en vuestros ojos!..,

¿Acaso algún recuerdo adorado de la idolatrada madrecita mia vino á visitaros, y al despedirse enlutó aún más vuestra alma triste?...

—Sí, hija mía — respondióle el Marqués — lo habeis adivinado todo.

—Y yo, que sonriente y dichosa, venía á contaros un sueño venturoso que tuve, con la imágen seductora que me sonrie al encontrarla en la Opera... Yo que pensaba veros reir, padre, cuando os contara, que sin saber lo que es odiar, odiaba en sueños con el alma toda, á ese joven que junto á ella está siempre en el palco, y pasa á veces también con ella por debajo de nuestros balcones.

— ¿Los habeis visto pasar? — preguntóle espantado el Marqués y algo agitado,

— Casi todas las mañanas, y desde mi balcón, padre mío, á ella le arrojo un ramo de flores que al verlo colgar de la cinta ya sabe que para ella ya lo guardo, y entonces hace parar su precioso coche, me mira, se sonrie conmigo, me dá las gracias, me tira un beso, recoge el ramo, y se marcha.

— Y si os dijera que no repitierais esa escena hija mía, obedeceríais á vuestro padre aún cuando sufrierais ?

— Por no veros llorar mi existencia yo os daría.

— ¿ Os gusta dedicar flores, Paz Eva ?

— Tanto!...

— Bien, entonces, guardad esas flores, que os llevaré siempre que recojais un ramo de ellas, á depositarlas sobre una tumba ?

—¿Sobre una tumba?

—Sí, sobre la tumba de vuestra madre.

—Bien, papaito mio, ya guardaré esas flores, para regar la lápida que encierra los despojos adorados... Pero... las flores son tantas!!... que alcanzan para todo.

El Marqués guardó silencio y dos lágrimas rodaron otra vez por sus enflaquecidas mejillas... Paz Eva absorta lo miraba, y comprendiendo que aquellas frases últimas que dijo no hicieron buen efecto al Marqués, siguió diciendo para borrar lo dicho:

—Qué diríais de mi, padre, que mientras llorabais, yo os vine á saludar con la risa en los lábios? ¿Por qué antes que hoy no me habeis llevado á la cruz de mi madre adorada, para así apagar como se apagó de vuestros lábios esa contínua sonrisa que á cada paso aparece en los míos?

—Porque no quiero que tan temprano se marchite ese rostro seductor que adora vuestro padre, hija mía.

—Mas, como no os voy yo á acompañará sufrir;y siendo por la misma causa, por qué juntos los dos no sufrir? Si es por eso que llorais, llorad no más padre, que no se seque esa fuente de lágrimas que guardais para verterlas por ella, y yo dejaré rodar las mías para ofrecerlas también á su memoria...

—Llorad no más hija mía, llorad, que bien merece esa santa mujer, vuestra madre, una lágrima del alma sobre su tumba...

—Ay, cuánto, cuánto yo diera como tú padre mio si pudiera caer entre sus brazos, un segundo aunque nada más fuera, y luego se cerrara de nuevo—pero con las dos—esa tumba!... Qué sublimes deben ser las caricias maternales, esos perfumes del alma, que el destino al darme la flor de donde ellas moran, me negó flores y aroma!... Mil veces mas desgraciada soy yo, porque siquiera os quedó la dicha de conocerla. Tuvisteis la felicidad de oir su acento que lo imagino era cual melodía que arranca

el arpa de oro de los ángeles... Recibisteis sus miradas que se habían retratado en vuestra alma, sus besos llenos de ternura, que cuantas horas de placer os dieron ála existencia!... y en sus lábios bebisteis cuanto amor!... cuantas dichas y glorias!!! mientras que yo ¡pobre huérfana! tan rica, y en un castillo tan lujoso, apenas al nacer quedó sin luz mi cuna!... Lloremos padre mío, y olvidemos al mundo... lloremos... ¡qué triste es el despertar del huérfano!...

—Oh, hija mía, si este hoy, y sabiendo lo que hoy si fuera aquel pasado en que nacisteís, quizas habría fuego en este hogar helado... Paz en el alma, vida en el corazón, y en el lábio risa... No estaría cubierto de nieve de dolor y abandono, y siempre entre sombras cual está hoy!...

—Y vuestra Paz Eva, padre mío, ¿no retempla un poco siquiera el hogar helado por la mano del destino?... ¿No soy también yo un pedazo de vuestra alma?

El Marqués la oprimió contra su pecho, pues, aquel inmenso amor, regado con el inocente llanto, le trajeron á su memoria el pasaje aquel del avecilla muerta que encierra en sus pájinas la larga historia de María la aldeana, y aún más vivo fué el dolor, cuando convencido estaba de que tenía entre sus brazos un pedazo del alma de María.

Luego de calmar su tormento, y secar las lágrimas que corrían á torrentes por las mejillas de la niña, relató á ésta algunas de las páginas de la triste y horrorosa historia de la Imágen de la Aldea. Historia que hizo derramar algunas lágrimas á Paz Eva, pues su noble corazón inocente, estaba pronto á verter siempre su puro llanto, y con tristeza dirigiéndose á su padre, le dice:

—Todo me habeis contado, mas, no me habeis dicho si á esa mártir tan divina, es el cielo que la guarda, ó esta tierra, tan llena de espinas.

—La gloria, sí, guarda el alma pura è inmaculada, la tierra solo la cárcel perfecta donde se encerraba una chispa tan sublime como su espíritu.

—Entonces, ¿era muy bella?

—La más perfecta que pisó la tierra?

—Mirad padre. El martirio que sufrió esa mujer os enceguece á tal punto de que no os deja ver, que esa pobre mujer habrá sido bonita, pero ¿á qué no eclipsaría la belleza de esa preciosa dama que me sonríe en la Opera?

—Os engañais Evitita mía, á vuestra alma es que enceguece amor, pues si hubierais conocido á la bella Maria, con su traje precioso de aldeana, sus espléndidos risos negros adornados con blancas margaritas del valle, no precisaba ella mas que estos adornos para parecer una diosa, mientras que esa que veis en la Opera, está adornada con las más ricas galas y piedras espléndidas.

—Y dado el caso, decidme papaito, ¿cuál hubierais elegido de esas dos para inseparable compañera de vuestra vida?

—La preciosa y seductora aldeanita.

—Oh picaruelo mío! con qué os gustaba la aldeanita bella?

—Mucho.

—También fuisteis á todo viento, cual gira la veleta eh... Bien... ¡como que también sois hombre!... Pero, no hubierais sido capaz de echar en el olvido á mi bella madrecita por esa aldeana, que solo la habeis amado en un sueño que forjó la fantasia ¿verdad papaito?

—No era sueño, mi amor fué realidad, y creedme Paz Eva, hubiera sido como yo, tu, màs dichosa, si hubiera elegido por compañera la bella aldeanita.

— Un Marqués con una aldeana ¿y la corona?

— La hubiera cambiado feliz por una choza.

—¿De veras? y cuál fué la choza de esa desgraciada mujer?

– Ya os la enseñaré, cuando os lleve á visitar la Aldea... ¡Oh choza idolatrada aquella, si hubierais sido mi morada, no hubiera sido yo tan desgraciado como en este frio castillo, que desde apenas un año de casado hacía, empecé á verter tantas lágrimas

amargas, y desde entonces solo impera la desgracia.

Al oir aquel lamento la niña, sintiò en su alma un vivo pesar, é interrumpiendo á su padre, dijole desesperada:

—Callad padre, por piedad callad... No culpeis vuestra desgracia á mi pobre è inocente madrecita... Culpad vuestra fatal estrella que al nacer nos alumbró, mejor todavía, al cruel destino.

Decid mejor que estabais enamorado de esa aldeana, y solo asi creeré justo vuestro involuntario arrepentimiento.

Decidme papaito mio querido. ¿Qué culpa tiene el marinó si con serena mar desplega la vela del buque, y se marcha, y en medio del camino azote tempestad furiosa y sepulta, con su azote, la barca en las arenas del mar?...

—Ninguna.

—Bien, pues si él hubiera sabido lo que le iba á pasar ,segura estoy que detiene su marcha y se queda en una orilla cualquiera, ¿verdad? pues esto es prueba, que tampoco sabría madrecita que nos iba á hacer tan desgraciados á los dos, abandonándonos tan pronto, pues de lo contrario quizas no se casa.

—No trateis de disculparle que también fuè pecadora.

—Padre, no la ofendais. Decid con franqueza que amabas con ciega idolatría, á esa mujer de quien no hubiera deseado oiros hablar nunca, jamás, pues ahora me dice su historia, que quizas ¡ pobre madre mía!... cuanto habreis sufrido quizas por ella!...

—Teneis razón, bastante que ha sufrido, mas, si hoy unido á la aldeana estuviera, no hubiéramos sentido ninguno de los dos, ni penas ni dolor. Pues si hubiéramos un dia pasado miserias, allá en la choza, las caricias de María nos hubiera hecho olvidar las miserias que nos rodeaban.

—¡Pobre madre mía!...

—Haceis bien, en compadecerle tanto, y llorar tanto por ella!... Llorad, llorad Paz Eva, y jamás se sequen en vuestros ojos la fuente de lágrimas que guardais y verteis á su memoria!

—Perdonad padre, pero dejadme que os diga, que me dejeis sola llorar mi gran infortunio. Que no la recuerde vuestro injusto pensamiento, que quizas desde allá, ella nos estará oyendo, y su alma llore también, al ver que nunca la amasteis, nunca...

Dejadla que duerma en paz. No quiero recordar más á la aldeana, quizas por ella, cuantas lágrimas de hiel la madre mía derramó...

Le tuve piedad un instante; mas, ahora pienso, que quizas la justicia puso sobre ella su mano de hierro...

—Callad, Paz Eva, callad y no ofendais la memoria de esa mártir, que si supierais quien fué caeríais de rodillas encima de su tumba...

—¿Caer yo sobre su tumba olvidada, sobre el sepulcro de una mujer desconocida y derramar mis lágrimas allí?... Lo haría solamènte, cumpliendo vuestra orden y voluntad, nunca la mia...

—También seria la vuestra si supierais quien es.

—Nunca, papaito, nunca pues mi alma solo llevará y besará la funeraria lápida de mi adorada madre; y ojalá que jamás á mi paso, encuentre la de esa mujer...

—No os habrá conmovido la triste historia de la aldeana que os he relatado, y me hubisteis dicho que con placer y satisfecho pondriais sobre su cruz unas flores, si cruzarais por cerca de su sepulcro?

—No puede conmover el alma mía, ya su historia. Otra sensación siento al pensar en ella ahora, y á la vez un dardo que aguijonea mi corazón. ¡Cuántas lágrimas de pesar habrá derramado en el silencio la que me dió el ser, por culpa de esa mujer que solo habrá sido hermosa!... cuántas!... Ya ni oir su nombre deseo, apesar que es imposible puesto que también era el que llevó la adorada madre mía.

—Es que la odiais Paz Eva?

—Perdonad padre mio, la odio.

—Respetad su santa memoria, y pensad que como era de bella, así fué de noble!...

—Yo no puedo mandar mis sentimientos, veo que ellos van naciendo á impulso de las impresiones, ó sensaciones, como el agua de una fuente.

—Pues mirad Paz Eva, aún no he terminado la triste historia de la aldeana, y si supierais quién es, en vez de odiarla, la amariais con toda el alma, con toda.

—No la termineis tampoco, dejadla trunca, que aún cuando una hora hace apenas, deseaba cayera de una vez el telón para saber el desenlace de la historia, esa última y terrible representación, ahora (lo confieso, padre mio) no quiero saberla porque ni un ápiz siento conmoverse el alma mia.

Dios es justo, por lo tanto, bien sabrá el premio que debe recibir cada uno, y quizas ese fuera su castigo, porque cuánto habrá hecho á otra padecer... cuánto!...

—No la tacheis de cruel, respetad su memoria Paz Eva, porque entonces caeran sobre tu misma, esas ofensas todas.

—Después de la memoria de mi madre, lo único que puedo sentir si llegara à ofender, sería esa imágen que adoro en las noches más felices de vida, cuando me llevàis al teatro.

—Y por qué sufrir por esa mujer qué sabe Dios quién será? ¿Porqué tanto le amais que tal vez sea una indigna y perjura? Quizá...

—No me lo pregunteis, ni la ofendais tampoco, yo no sé, no sé que misterio encierra mi alma, que le adora; y al verla sonreirme soy capaz de llorar á la vez que soy dichosa, porque no sé, qué raras sensaciones me confunden...

—Sabeis cómo se llama?

—Sí, la he oido nombrar á su esposo, que debe serlo ese joven que al teatro la acompaña; la llamó Alicia..

—Esa mujer, más que amor, merece que la odiárais.

—¿Por qué, padre? ¿No sabeis que si me obligais que la olvide, es arrancarme pedazos del ama?

—¿Y si yo os dijera que fué esa la culpable de la muerte de la aldeana?

—No inventeis, padre; no es así que me arrancareis su cariño.

—¿Acaso la conociais en ese entonces?

—Tan de cerca! ... ah! no quiero recordarlo; no agrupeis nubes á mi alma! ...

—Bien, decidme, ¿por qué me habeis dicho hoy esto que no escapó de mi memoria, que no me ofendiera yo mismo al ofender esa aldeana?

—Porque esa mujer á quien odiais, Evita, fué la que con amor maternal meció vuestra cuna. La que entre sus brazos, cariñosa os miraba, mientras bebíais en su palpitante seno el primer alimento de vuestra vida ... Esa mujer á quien sin saber por qué, ódias, fué de quién recibisteis, al nacer, el primer beso ...

—¿Y por qué me lo dió ella, debiéndolo recibir de mi madre primero que de nadie en la vida? ¿Acaso porque quedé huérfana tan temprano? Le agradezco, mas ... no puede guardarle amor mi pecho...

—Perdonad, hija mia, Evita de mi alma, lo que os voy á decir, pues es tiempo ya que caiga el denso velo ante vuestra inteligencia, y que no ignoreis por más tiempo la verdad.

—Hablad, papaito, hablad, antes que con el alma la odie.

—La mujer á quien quiere odiar vuestra inmaculada alma, respetad y amad su memoria, porque esa mujer fuè tu madre . . . .
. . . .

Cayó el telón al concluír la historia, dejando entre lágrimas y en tristes abrazos estrechos, los huérfanos de amor . . . .
. . . .

LAS DOS HERMANAS DE CARIDAD

Así como recordareis, lector, que tan pura como las flores, María la aldeana, se encerró trás las puertas de un convento, borrando su nombre ante el mundo, y cambiando en el claustro por el de Sor Angeles de Jesús, así también habia muerto, Martha de Rókson, la hija del conde de Rókson, dueño del Palacio del Recreo, sepultando su belleza en el Convento y también cambiando su nombre por el de Sor María de Jesús.

¡Cuántas lágrimas amargas derramó Martha en la solitaria celda, cuántas y sin que una mano compadecida de su martirio que le tendiera una caricia para consolarla.

Las sonrisas de felicidad se habían apagado de sus lábios para reemplazarla una amarga sonrisa de tristeza, y en su semblante risueño, una sombra de dolor.

Y còmo no llorar y no empapar Martha con su inocente llanto, aquel blanco traje de novicia, si en aquel sepulcral silencio del convento y huérfana de caricias, sentía en ansia inmensa de la muerte. Su vida parecía íbase agotando trás las cerradas puertas del claustro, y en el más profundo silencio sufría sus martirios, allí, donde hasta el aire le faltaba para darle á sus acostumbrados pulmones á recibir con libertad la pura y perfumada brisa. Aquello para Martha, era lo mismo que si estuviera encerrada en una tumba, pues sus altísimas paredes apenas dejaban bajar un palido rayo de sol, como para demostrar que existía. Luego entregada puramente al rezo, pero, más que al rezo era al recuerdo, y las oraciones eran un bálsamo para su alma

cansada de sufrir. El vacío que sufria al no sentir las caricias de su madre era tan inmenso como cruel.

Quizá Sor María de Jesús, ó sea Martha, no podria soportar más esa vida y tenga que abandonar el convento antes de morir. Bien se veia que ignoraba á fondo lo que era renunciar al mundo para profesar.

Se iba apagando su vida como un lirio, mas, jamás ante las compañeras de tareas dejó escapar un quejido de su pecho desgarrado. Solo la melancolía aparecía en ella y en sus ojos brillaba el llanto impulsado por el recuerdo; mas, no lo dejó correr ante nadie nunca, porque no encontraba en ninguna de aquellas Hermanas, por más bondadosas que ellas fueran, una siquiera que le inspirara confianza para poder, ante ella, descargar en algo su pesar inmenso que marchitaba dia á dia su joven existencia.

Para todas aquellas á quien tenía por mártires y santas, á todas amaba, á todas, así como también les inspiraba y guardaba gran respeto, y mucho más para la Madre Superiora del convento, aquella Sor María Gloria, que en otro tiempo recogió á la pobre aldeanita herida, la noche fatal del crimen.

La Superiora siempre la alentaba con su amable y tan distinguida conversación, dando valor para seguir su emprendida senda, ó bien para abandonar el claustro antes de enfermarse, pero Martha, apesar que atenta y con afecto la escuchaba, inclinaba sn cabeza y marchábase para su triste celda.

La hora de la comida llegaba, y como siempre sonó la campana de la capilla, anunciando la hora de ir á orar antes de comer.

Reuniéronse todas junto á la Superiora, y entre ellas también la pobre Martha, dirigiéndose todo el grupo á la capilla á elevar unidos sus preces al Señor.

En la oración estaban cuando se oyó repetido el tañido de la campana, anunciando la llegada de las

dos esperadas Hermanas de Caridad que años ya hacía faltaban del convento.

Ambas viajeras dirigiéronse también á la capilla, todas dieron vuelta y se pararon para saludarlas, y seguir luego en calma y unidas sus plegarias. Solo Martha, ó sea Sor María de Jesús permaneció en su puesto, reclinada su cabeza á un reclinatorio de madera, como si recién hubiera tomado su comunión, á la vez que seguía dando vueltas el rosario entre sus blanquísimas manos. En aquel momento que desapercibido pasó para ella, ésta lloraba sin poder reprimir el llanto. Y así como concluyó la oración, volvió á dar aviso la campana que podían retirarse.

Sor María de Jesús, acercándose á la Madre Superiora, solicitó permiso para retirarse á su celda — sin comer — por el motivo de sentirse muy descompuesta. El permiso le fué concedido, como era esperado de la buena y cariñosa Madre, que quería á las Hermanas como si en realidad fueran sus hijas.

Todas contentas y risueñas festejaban demostrando en su alegría el contento que sentían al tener de nuevo entre ellas aquellas dos buenas viajeras, solo Martha faltaba para completar la reunión, pero era ella más feliz, allá sola en su celda. Y mientras todas reían, ella derramaba sus lágrimas.

La noche avanzaba, y como una de las viajeras quiso conocer á la novicia, y más aún, la Madre Superiora la mandó á la celda de aquella para ayudar á reanimarla y ofrecerle cariñosa sus servicios.

Una de ellas, Sor Angeles de Jesús, aquella que fué en tiempo más dichoso la Imágen de la Aldea, se adelantó hacia la celda triste, abrió de súbito la puerta, sin dar tiempo á Martha á que secara el llanto de sus ojos, pero la favoreció la obscuridad que la rodeaba.

Sor Angeles de Jesús acercóse al lecho de María de Jesús, la Hermana enferma, y tomando entre las suyas una mano de Martha, le dice:

— Estáis arrepentida de ser esposa del Señor, mi buena Hermanita?

Sor María de Jesús tembló ante aquel argentado acento que encontró un eco dulce y misterioso en su alma, y atribuyendo aquella prueba de cariño á un consuelo, ó bien un arranque, aún sin conocer aquella que á su lado estaba, apesar que no lo hizo jamás nunca con ninguna, correspondiendo á su ternura, volvió á estrechar ella su mano diciéndole:

—No es que yo vierta mi llanto por estar arrepentida por ser esposa del Señor, ¡no, mi buena Hermana, pues si os imaginarais cuán dulce es el sacrificio que por él me impongo, mas sin embargo sufro ¡ay!... sufro tanto!...

—Y cuál es la causa? podriais decirme, habladme no más con entera confianza.

—Porque no debí yo trás las puertas de un convento calmar mi martirio. Reconozco tarde que fuí cobarde en las luchas de la vida, y no es así, no, que se conquista un laurel. El valiente soldado no se rinde, debe luchar hasta vencer ó morir.

Sor Angeles de Jesús temblaba también ante aquel acento dulce, mas no imaginó el por qué, pero dirigióse nuevamente á Sor María de Jesús en esta forma:

—Hablais de soldados, pero pensad querida hermanita de que nosotras no nos podemos comparar á ellos.

—¿Y qué somos, pues, en este mundo y ante sus batallas? el retrato del ejército, soldados ante las luchas de la vida. Unos más fuertes que batallan hasta morir, cumpliendo su misión con calma. Mientras que otros cobardes se quitan la vida, ó bien se encierran como yo, ante el pesar rendidos.

—Comprendo todo vuestro pesar, todo, porque también fuí novicia, é iguales luchas se agitaron en mi alma, trayéndome á cada hora, los más negros recuerdos.

Pero ahora, no hay más remedio que seguir victoriosa su carrera, cumpliendo con la misión destinada, hasta el fin de la jornada.

—¡Ah!... si hubierais sufrido—cual yo sufro hoy—¡pobre Hermana!...

—Que no os quepa duda, pues todas las que profesamos tenemos que pasar lo mismo.

—Lo comprendo, mas sin embargo, no sé porque en este instante estoy algo animada.

—¿Sí? cuánto me satisface el saberlo! cuánto!...

—Mirad, con nadie pensé explayarme en mi dolor, sino reconcentrarlo toda mi vida, porque ninguna de esas buenas Hermanas, apesar de ser conmigo cariñosas, ninguna, ninguna, siento decirlo, pero no me ha inspirado confianza.

—Cuanto os agradezco entonces, que apenas me conoceis, y no os sucede lo mismo conmigo.

—A la verdad, que siendo yo tan reservada, no sé que os encuentro, y que encerrais de misterioso, que siento con placer al escucharos y aminorados mis dolores á vuestro lado.

—De veras, ¿no me engañais?

—No ha engañado jamás mi alma...

—Quizá nuestras penas hayan sido muy parecidas, y por eso en el misterio se buscaron nuestras dos almas.

—Tal vez... Hay fuerzas tan superiores!...

—Mirad, escuchadme no sé porqué también siento que os amo Sor María de Jesús.

—Si, y que feliz yo fuera si no me apartaran nunca de vuestro lado Angeles de Jesús, entónces creo que feliz y satisfecha siguiera yo, mi misión.

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—Bien, entonces, seamos amigas reservadas... Mas esperad...

Voy á cerrar la puerta de la celda, que como yo jamás he manifestado aquí un secreto; no quiero que nos vayan á oir en tan íntima conversación, porqué desde el momento que nos oyeran...

—¿Qué puede suceder?

—Callad un instante... Hablad ahora con toda confianza, pero muy quedo.

—Bien, ¿que puede sucedernos si nos sorprenden en íntima conversación os preguntaba?

—Que nos separarian, porqué aquí dos Hermanas no pueden ser íntimas. Y si esto sucediera, tienen que demostrar ante todas, igual indiferencia, también por aquella que se quiera.

—Es triste un convento ¿verdad? privase de la libertad y la voluntad própia despues de haberle gozado como el aire!...

—Mas, no decis que á mi lado, se aminoran vuestras penas.

—Es cierto.

—Mas, no me lo probais con eso.

—Tiempo al tiempo y el os probará palmariamente si es verdad lo que os he dicho.

—Bien, ¿quereis contarme porqué os habeis arrojado á este convento?

—Apesar de que os amo, tengo miedo, he tropezado con tantas maldades en mi camino, que ellas me sirven de experiencia, pero, si siguiera los impulsos de mi corazón, sin vacilar os contaria mi completa historia.

—Pues yo, siento que os amo, y pienso contarosla. Pues, después de tantos años de tormènto, parece que Dios, quiere hacerme sonreir aunque sean muy raras esas veces...

—Sí, pues si así lo haceis quizá me atreva á abrir de par en par mi corazón: en una palabra, quizá os ponga en vuestra memoria mis secretos. Y habeis sufrido mucho Sor Angela de Jesús.

— Ah, tanto, tanto, juzgue por vuestro dolor más inmenso.

—Pobre Hermanita!... ¡ah si yo pudiera haberos acompañado desde entónces!... Quizá no hubiera sido tan cruento nuestro martirio, porque con nuestra amistad hubiéramos mitigado nuestros mas acerbos dolores.

Angeles de Jesús escuchaba á la que ante el mundo fué Martha de Rókson, y enjugándose una lágrima, á la vez que sacando de su pecho una cruz depositó un beso sobre de ella diciendo:

—Ah si esta compañera inseparable hablara, cuanto os contaría!...

—También yo llevé por mucho tiempo una sencilla cruz que adoraba, porque era recuerdo de...

—¿También llevasteis una cruz?

—Sí, en tiempos más dichosos que éste.

—¿Y como símbolo de qué la llevasteis?

—De amistad, tan pura como la brisa que juróme su amistad un día.

—Perdonad mi curiosidad, mi buena amiga y Hermanita, como que no habrán ya secretos entre las dos, decidme: ¿Quién os ha dado esa cruz? quiéres mostrármela?

—Ay mi cruz!... Qué feliz yo fuera, si como la llevais pudiera yo también ya llevarla!... y cuántas veces abrazada de ella, recordando su amistad tan sacra, hubiera podido aminorar mis males.

—Y cómo os habeis podido desacir de ella? ¿la habeis perdido acaso?

—No, no es que la haya perdido, pero aquel que al mal está inclinado, no le faltó ocasión para estirar su mano infame, y aprovechando mi sueño, me la arrancó inclemente.

—Acaso creyendo fuera de algún amor, y se oponían á vuestra unión Sor Maria Gloria?

—Os voy á responder á vuestra sincera pregunta. La cruz que creeis llevara oculta en el cuello como simbolo de amor platónico, era un emblema de amistad sincera, amistad de quien sin piedad amando con las potencias de mi alma, de ella me apartaron.

—También la cruz ésta—respondió Sor Angeles de Jesús, la que fué María la aldeana en otró tiempo—la llevo y llevaré hasta morir, como símbolo de amistad y un juramento. Siento en mi alma vibrar siempre aquella voz melodiosa y triste, como notas sublimes arrancadas de una lira, y perfumadas con la esencia de verdad.

—Y os han podido olvidar siendo un ángel como lo sois, Sor Angeles de Jesús?

—No, no me digais olvidarme porque no puedo creerlo un solo instante... Quizá cuántas veces en el silencio, aquellos purpúreos labios repetirán con amor mi nombre!... Y cuántas lágrimas amargas habrá por mi derramado — al través de la distancia—aquellos azules ojos en los que satisfecha y orgullosa tantas veces me miraba, contemplándome y en ellos recreábame como si fuera el cielo de mi adorada patria! Ah! si pudiera un segundo aunque fuera encontrarla de nuevo en la senda de mi triste vida... Estoy segura que me reconocería, cual me reconoció en mi humildad, como amiga del alma!...

—No haría más que cumplir con la ley del Señor.

—¿Por qué?... pues otra en su lugar y ante su título, no me hubiera ido á buscar á un hogar tan pobre cual fué el mio...

—Se conoce que os amó ante Dios y no ante el mundo... ¿Sabeis una cosa, Sor Angeles de Jesús?...

—No, ¿cuál es?

—Que al hablarme de esa amiga que tuvisteis, me siento egoista, y ese egoismo son los celos.

—¿De veras que me amais tanto como para celarme?

— Os lo juro por mi honor y ante de quien soy esposa...

— Por Dios me lo jurais?

—Sí, y ya veis que cuando se evoca al Señor, no puede haber engaño.

—Mirad, Sor María de Jesús: este es el instante primero—después de mi infortunio, —que vuelve mi alma á sonreir.

—También yo. después de tanto llorar, parece que hoy un rayo de dicha penetró á lo más intimo de mi espiritu secando mi llanto...

—Quizá con vuestro cariño, ya que tantos celos os da al oir recordar... ¡Oh, Dios mio! ¿Qué es lo que yo iba á decir ante esta cruz?... ¡no!...

no puedo decirlo ante la injusticia, la palabra se revela á pronunciar lo que pensaba.

Podré, tal vez, con el tiempo,, llegaros á amar cual amé á ella, mas olvidarla por otras caricias, nunca, jamás!

— Ya veo que sabeis amar, pues también yo, aún cuando os amo después que ella, al calor de nuevas caricias tampoco puedo olvidarla, porque su amor fué tan puro como las flores, tan sacro y verdadero cual el que le profesó mi alma... ¡Pobre amiga! ¡pobre mártir! inocente y sin culpa, en la flor de su edad, cuando apenas despertaba á la vida de las ilnsiones morir tan joven!... mas, sus amigas y compañeras eran los ángeles, no era digna tal vez yo de su amistad.

— Y hace tiempo que la habeis perdido?

— Mucho tiempo há ya.

— No desmayeis Hermana, haced que la fé en Dios viva lozana en vuestra alma; no dejeis nunca marchitar tan bella flor; y así hallareis de par en par las puertas á la esperanza... Mientras late el corazón hay vida, y también haced que viva siempre lozana y perfumada la esencia de amistad, cual vive en mi alma el recuerdo de mi pobre amiga.

— Y también la habeis perdido á la vida, cual la perdí yo?

— Nó; vive aún, más no sé dónde, ni tampoco ella sabe dónde vivo yo.

— Feliz de ti, Hermana, pues con razón vive la fe y la esperanza tan fuerte en vuestra alma, cual las gotas de rocio entre los pétalos nacarados de una fresca flor... Pero yo, ¿qué esperanza voy á guardar en mi alma si bajo una lápida descansa aquel ángel de mis sueños venturosos, que con su amor trocaba en dichas mis pesares todos!...

— Sor María de Jesús, secad vuestro llanto y pensad que no estais huérfana de caricias, pues ¿aquí en mi pecho no os guardan otras?...

— Y cuando recordeis aquel amor primero?... ¡Pobre de mí!... quizá hasta dejeis de amarme.

— ¿Juzgais por vuestro corazón al mio?

— Ah, no hablemos de mí que soy tan desgraciada!... Dejad cerrado ese gran libro de las pasadas dichas; no lo abrais por piedad, no quisiera leer de él ni una página ya jamás...

—¿Es tan cruel vuestra historia que al recordarla os veo estremecer?

— Tan cruel como que está escrita con caracteres de sangre en mi memoria!... Ah, no me digais que guarde esa fé, porque ella no podrá golpear ya en la puerta de la esperanza. La esperanza que en mi vive y acaricio en mi tristeza es el día feliz en que esta pobre peregrina errante termine su jornada, después de cumplir de representar el papel para que he sido designada al venir á este teatro y gran carnaval del mundo. Esa es la esperanza que alimento, regresar á aquella mansión celeste de paz inmortal, y encontrar el alma compañera que me estará esperando!...

— Bien, Sor María, que eso lo piense vuestra alma, cual lo piensa también la mía, está bien, mas ya que somos las dos tan desgraciadas, unamos nuestro corazón con estrecho lazo de amistad sincera aquí abajo, en esta vida... A pesar que teneis razón... os queda una tumba para llorar sobre ella todavía...

— Ni esa esperanza aquí en la tierra guardo, como el pasar ya jamás por su olvidada tumba un dia.

— Quizá seré importuna en mi pregunta, mas como que también os relataré toda mi historia ¿quereis decirme, tengo gran curiosidad de saber, cuál fué el nombre que llevó vuestra pobre amiga?

— El que lleva la madre del Señor.

— ¿María?

— María, ese dulce nombre, música celeste del alma mía, que al escucharlo endulzó tantas horas de mi vida.

Sor Angela de Jesús, ó sea la que en otros tiempos fué la aldeana seductora: ahogada en un mar de

lágrimas, y con las palabras suspensas esperando para responder, sin poder omitir en nada su gran confusión en aquel momento que creía tenía su razón perdida le dijo:

—Y de qué cuna era vuestra pobre amiga?

—Siendo una humilde aldeanita, llevaba en su alma la inmortal y verdadera nobleza.

—Y siendo tú de cuna tan ilustre y noble teníais relaciones con la pobre aldeana?

—¡Oh Sor Angeles, hermana mía, la que piensa en la verdad del alma, desprecia las vanidades de este mezquino mundo... Cuando en su hogar estaba, me creía tan humilde como ella y asi era feliz, lo mismo cuando recorríamos los jardines y huertos del Palacio, la creía de mi misma cuna... y su amistad me bastaba para ser feliz.

¡Ah, si yo os relatara toda la adorada leyenda que con nuestra amistad formamos!... luego encontrarme con las enlutadas páginas en que termina esa historia!... Dejadme que calle, no puedo proseguir, siento que el llanto quiere ahogarme... un día quizá os contaré toda esa historia tan lamentable como interesante...

—Quereis decirme, Sor María, el nombre que llevasteis ante el mundo cuál es?

—Martha.

—¿Martha?... repitió la apasible compañera de sus dolores en medio de una gran turbación.

—Si Martha, ¿no os agrada?

—Mucho, pues encierra para mi un gran poema.

—Si, cuanto me alegro, y vuestro nombre cuál fué?

—El mismo que llevó, vuestra inolvidable amiga.

—María!... María!... ah, ¿sabeis que siento que os amo más hoy, y desde este momento con idolatría?

—Me felicito entonces en llevarlo, pues, desde hoy en nuestra celda y á solas, llevemos nuestros nombres de pila, para asi recordar nuestras santas y adoradas madres!...

—Para mi, es una dicha esto, puesto que al pronunciarlo será una nota perfecta que arrancará mi alma.

—No mucho menos para mi, puesto que también lo llevo grabado en mi memoria.

—Sabeis que me siento confundida, pues, que gran casualidad, que arcano grandioso encierra el mundo!...

—¿Por qué Martha?

—Pensad en el nombre que llevais y el que yo llevo, y también en el que llevaron nuestras amigas?

—No me había apercibido, pues, qué misterio hay encerrado en esta celda?

—Está extraviado vuestro pensamiento, que culpais el misterio á esta celda?

—No pensé lo que os decia, pues me siento preocupada.

—También yo...

—Está esta celda tan oscura, y como me siento algo mal, en medío de tantos recuerdos, me permiteis Martha, que prenda un rayo de luz.

—Estamos tan bien así.

—Bien, cúmplase vuestro santo gusto.

—Lo deseo, si es también el vuestro María.

—Basta que lo querais tú, para que esté satisfecha. Ahora decidme, Martha, ese palacio que habeis mencionado en medio de nuestra conversación, de quién era?

—Propiedad de mi padre. Nunca habeis oido hablar del famoso Palacio del Recreo?

—¡Cielo santo! qué es lo que oigo?

—María, ¿qué tieneis, os sentis mal?

—No, no os alarmeis con lo que os voy á decir; conozco ese palacio famoso y teatro del drama de mi desgracia...

—Decidme por qué? ¿y quién sois?

—La pobre María, la feliz aldeana de otro tiempo y protagonista de la senda del Martirio...

—Sois vos María la aldeana, á quien llamaron Imágen de la Aldea?

—Sí esa, mas hoy soy solo una sombra de lo que fuí.

—No me engañeis, por piedad!

—En nada.

—Quereis jurármelo ante este Omnipotente.

—Con el alma toda os juro ante el grandioso Universo y el Creador.

—Me siento mal María, me parece que voy á perder el juicio, pues no sé explicarme si es realidad lo que escucho ó bien lo he soñado al calor de un amor sin esperanza, y el frio de una sepultura.

—No estais loca ni vuestro pensamiento os ha extraviado un instante, pues por la existencia de Dios os juro, que la que teneis reclinada á vuestro pecho y creiais la guardaba ya una tumba es María la aldeana, aquella que un día más dichoso, y muy lejano, juro amor eterno sobre una cruz á la hija del conde de Rókson.

—Es verdad, Señor, tanta ventura, como que la desdichada Martha de Rókson, después de tanto sufrir encuentre su dicha otra vez después de llorarla muerta?... No,... no es verdad tanta dicha, no pueden nacer ya flores, en la escabrosa senda de mi vida... Todo son fantasías forjadas por el confuso pensamiento y al calor de amistad, los recuerdos é ilusiones!..,

—Piedad, Señor, piedad,—repetía María, mirando hacia la altura—que no puede caber tanta dicha en un alma tan pequeña!

—Madre del alma, por fin un rayo de luz alumbró el templo obscuro de mi espíritu y también cesaron de tocar los redobles funerarios... ¡Oh, qué grandioso eres, Señor, qué Omnipotente!... Pero... no estaremos las dos soñando?

—No que estamos despiertas.

—Decidme: ¿es verdad que aquella seductora aldeana?...

—Vuestra amiga, Martha. Aún viven los recuerdos allá en la Aldea, en los árboles están escritas nuestras dos iniciales... en la fuente del palacio...

en los árboles también del huerto!... allá en los muros.

—¿Y cómo lo sabeis? Ne se habrá escrilo alguna historia de la aldeana y estais relatándomela, como que fuistes la principal protagonista?

—Vayamos á la Aldea, Martha de mi alma, y allá entre el bosque y los muros, oculto entre la selva umbría, os enseñaré las ruinas de aquella poética y rústica cabaña... Sigamos adelante, y allí está la helada tumba que encierra los despojos de mi madre...

—¿Y conoceis la tumba? teneis seguridad de ella?

—Sí, fué la que creyeron mia, haciendo correr la voz, que me dí la muerte, sintiéndome deshonrada...

—¡Qué calumnia!...

—¡Encierra tantas este mundo!!...

No dudais de quién fué la que os habla?

—No dudo ya, alma de mi alma... Y, ¿me amareis hoy como entonces?...

—Aún más, mucho más en el desierto en que quedó para mi el mundo y el alma huérfana de amores y caricias.

—Siento ánsias de veros, de oiros, Maria, amiga mia, bendita seas,

—No olvideis que nos falta la libertad, y que estamos en el Convento.

—Para vivir unidas por toda la existencia, salgamos del Convento, ó bien sigamos aqui las dos la jornada.

—Yo no puedo abandonarlo, no tengo á nadie más que á tí en el mundo....

—Y mi hogar ¿no es también vuestro?

—Nunca fué, ni será Martha, puesto que...

—No calleis, seguid.

—No quiero clavar un puñal en el alma inocente de una hija sin culpa...

—Esto es peor, pues soy muy cavilosa.

—Nada, nada más que por haber sido expulsada de él.

—¿Y quién se atrevió á tanto?
El infame negrazo del palacio, pues él no ha hecho más que cumplir las órdenes imperiosas de su amo.

—Bien, olvidemos el pasado regado de sangre y pensemos en el hoy... Tengo el alma desgarrada, no puedo más sufrir, quiero olvidar algo horrible, algún pasaje inolvidable, y siento que se fija más en el astral de mi alma, y á la vez rechaza mi conciencia razonable algo muy grande que en mi niñez adoré...

. . . .

Las manos que se estrechan después de tantos años de sufrir martirios y dolores mil. Los ojos que se miran con pasión ante el recuerdo de una larga ausencia. Los seres que se encuentran después de haberse llorado, creyéndose sepultados ya en la tumba; y los lábios que se posan con amor después de un inesperado encuentro. He ahí el cuadro que al abrir la puerta se encontraría alumbrado por un rayo pálido de luz que á la celda entraba.

Una flor apareció entre las espinas y abrojos de que estaba regado la senda de esas dos jóvenes existencias. La mano del hombre, manchando con sangre inocente su nombre, si es verdad que se interpuso á las fuerzas superiores. He ahí la prueba de que si es inútil luchar contra las fuerzas del destino! Lo que la mano potente del destino escribe, no hay ser humano que cambie sus leyes ni borre del gran libro las sentencias y designios ya allí escritos.

La campana de la capilla anuncia el ave María, y las dos hermanas y amigas que no habian pegado los ojos en toda la noche de tan inolvidable aventura, bajaron sus cabezas con todo respeto ante la efigie del Señor, luego juráronse nuevamente amor, cual se juraban bajo el tapizado y esmaltado docel de la glorieta de la aldea.

Ya de pié, las dos se dispusieron salir de la celda en tinieblas, y luego de orar unas horas en la capilla, la abandonaron marchándose al huerto del convento, allí donde se detuvieron para contemplar dos felíces avecillas trinar dentro un mismo nido...

Ambas se miraron, y en pos de una lágrima que arrancaron sus almas, sus làbios se unieron y á un tiempo se confundieron en un abrazo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

FÉ DE ERRATAS

PAGINA	RENGLON	ERRORES DONDE DICE	LÉASE ASI
126	10	alumbria..................	alumbraria
126	18	sonando....................	soñando
128	15	todo........................	toda
136	7	asi marchitará.............	así se marchitará
141	14	vuestra........	nuestra
152	37	poddo	podido
152	38	yai	ya
166	17	soi	sois
167	33	confundirse	confundir
169	11	son todas...................	son tantas
170	31	en mi casa..................	en mi cara
175	2	nubes de aureolas.........	nubes, y aureolas
183	14	estad á vuestra............	está á vuestra
201	9	nuestras heridas...........	vuestras heridas
201	22	experiencia del mundo.....	experiencia que teneis del mundo
203	19	yo jamás....................	ya jamás
204	18	será así.....................	será si
204	27	nuestros lábios.............	vuestros lábios
211	7	desgraciaoa, estaria.......	desgraciada, que estaría
213	31	peso—carrera..............	peso y carrera,
216	13	ante su imajinación........	en su imajinación
218	24	convencido	convencido
220	17	ved que.....................	haced que
220	32	veria........................	veia
221	29	hace á la memoria.........	trae á la memoria
225	13	latir palmas...............	batir palmas
235	28	tropieza.....................	tropiece
236	27	la diosa.....................	esa diosa
260	27	de vida...........	de mi vida
261	4	del ama.....................	del alma
263	12	que le tendiera una.......	le tendiera, prodigándole una
269	25	Maria Gloria...............	María de Jesús
271	21	en par las..................	en par abiertas



